La casa de los siete tejados
NATHANIEL HAWTHORNE



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

INTRODUCCIÓN

I

DESDE la fundación de las colonias de Nueva Inglaterra en el primer tercio del siglo XVII por ingleses puritanos que huían de la patria buscando libertad para la práctica de sus creencias religiosas, la vida espiritual e intelectual de esas colonias estuvo dominada por sus dirigentes religiosos, que inculcaron a esas comunidades comportamientos y hábitos de pensamiento y de juicio que se extendieron a toda la sodedad norteamericana por el prestigio intelectual y social de Nueva Inglaterra y que aún perduran, a pesar de los esfuerzos de épocas posteriores por liberarse de ellos. Las obras de los puritanos de la época colonial, sermones en su mayor parte, tienen un valor literario desigual, pero la literatura norteamericana posterior está marcada por el puritanismo y por el gran debate a favor o en contra de él. Nathaniel Hawthorne, descendiente de uno de los primeros colonos de Salem, estudioso de la historia colonial, admirador del valor y entusiasmo de los que implantaron en América una civilización y crearon instituciones democráticas, crítico de su intransigencia religiosa y de la contradicción de la espiritualidad que confesaban y el materialismo que profesaban, de la libertad religiosa que buscaban, huyendo de la persecución en Inglaterra, y el anatema que lanzaban contra los que disentían de sus creencias, es heredero consciente, dos siglos después, de ese puritanismo que produjo en su propia familia la sombría grandeza del primer antepasado que llegó a Nueva Inglaterra con su Biblia y su espada, soldado y dirigente religioso, legislador y perseguidor de cuáqueros, y la terrible intolerancia de otro antepasado de la generación siguiente que tomó parte, como juez, en la persecución y ejecución en Salem de los sospechosos de brujería[1]. Nathaniel Hawthorne siente esas persecuciones como una vergüenza y una maldición que pesan sobre su estirpe y aunque disienta de la ortodoxia calvinista o mantenga respecto a ella una postura ambigua, hereda de sus mayores la preocupación por el mal, por el pecado y las consecuencias del pecado, que hace centro de su obra literaria.

Esta preocupación por el mal, que inspiraría asimismo a Melville, quince años más joven que él, contrasta con las corrientes de la época, en que la filosofía de Emerson (1803-1882), el trascendentalismo, lejanamente basado en teorías kantianas, niega la existencia misma del mal, se rebela contra toda autoridad y proclama la independencia religiosa y moral de América, especialmente en su *Ensayo sobre la Naturaleza* (1836), y la independencia intelectual, en su famoso *Llamamiento a los estudiantes americanos* (1837), que es una llamada a la conciencia de la individualidad, al espíritu nacional, a la ruptura del seguimiento servil de la cultura europea.

Hawthorne no fue ajeno a la influencia de Emerson; vinculado a su grupo, aunque no compartía sus creencias filosóficas y religiosas compartió su entusiasmo por una literatura nacional; se inspiró en la historia y en las tradiciones de su Nueva Inglaterra natal y en ellas encontró la fuente de sus mejores relatos, los que le merecieron el título de primer gran novelista norteamericano y le dieron un puesto de honor en la literatura del «Renacimiento Americano» junto a Emerson, Thoreau, Melville y Whitman.

II

Nathaniel Hawthorne nació en Salem, Massachusetts, el 4 de julio de 1804. En Salem recibió su educación, que completó más tarde en Brunswick, Maine, y a Salem volvió y allí vivió con su madre -su padre había muerto cuando tenía cuatro años- de 1825 a 1836, llevando una vida bastante solitaria, dedicada a escribir artículos e historias. En 1836 se trasladó a Boston para dirigir *The American Magazine of Useful and Entertaining Knowledge*, y tres años después y en la misma ciudad desempeñó varios puestos de

[1] Hawthorne recuerda estos orígenes familiares en varios de sus escritos, especialmente en «The Custom House», su Introducción a *The Scarlet Letter, La Letra Escarlata*.

responsabilidad en la aduana, que abandonó en 1841 para tomar parte activa, durante ese año y el siguiente, en la experiencia comunal de Brook Farm, en West Roxbury, Massachusetts.

En 1842 se casó con Sophia Peabody, que le daría tres hijos. Con ella se estableció durante tres años en Concord, Massachusetts, donde formó parte del círculo intelectual en el que participaban Emerson, Thoreau y Longfellow. En 1845 regresó a Salem y en su aduana trabajó hasta 1849, en que fue destituido por razones políticas, según nos cuenta irónicamente en «The Custom House», introducción a *The Scarlet Letter*, que se gestó entonces, aunque tenga claros precedentes en escritos anteriores, publicados en 1837, en *Twice-Told Tales*.

Los tres años siguientes, en que vivió sucesivamente en Lenox, West Newton y Concord, dedicado a una intensa labor literaria, le consagraron como escritor. De esa época son sus mejores obras: *The Scarlet Letter (1850), The House of the Seven Gables (1851), The Blithedale Romance* (1852) entre sus novelas, y *The Snow-Image and Other Twice-Told Tales* (1851) entre sus colecciones de relatos breves.

En 1853 dejó Massachusetts y vivió en Europa hasta 1860; primeramente en Inglaterra, en Liverpool, como cónsul de su país, luego en Francia e Italia, que le inspiró *The Marble Faun*, y, finalmente, en Londres; de allí regresó a su Massachusetts natal que tanto amó y describió, a Concord, donde vivió hasta su muerte, acaecida mientras viajaba, el 17 de mayo de 1864.

Dejó varias novelas inconclusas que se publicaron después de su muerte: *Septimius Felton, The Ancestral Footstep, Dr. Grimshawe's Secret, The Dolliver Romance.*

Escritor romántico de estilo cuidado y melodioso, es creador de parábolas y alegorías, a veces difíciles de interpretar, y precursor del simbolismo en la literatura norteamericana.

La mejor fuente biográfica de este gran escritor son sus propias notas y su diario, cuyos manuscritos originales se encuentran en la Pierpont Morgan Library y han sido publicados como *The American Notebooks, The English Notebooks y The French and Italian Notebooks*.

III

The House of the Seven Gables, La Casa de los Siete Tejados, o de las *Siete Torres*, en la traducción de H. C. Granch, que es la de la presente edición, fue escrita y publicada en 1851, un año después de *The Scarlet Letter, La Letra Escarlata*, que ganó para Nathaniel Hawthome la fama de gran escritor y que se considera su obra maestra.

En *La Letra Escarlata* Hawthorne revivía el mundo colonial de Nueva Inglaterra en la época de los asentamientos del siglo XVII, y en ese fondo histórico de una sociedad centrada en Dios, narraba una historia de delito y soledad, de pasión en lucha desesperada con la conciencia propia y la intransigencia ajena, de hipocresía, de celos, de odio y de venganza. Una historia de culpa en la que la crítica ha visto una alegoría moral: la brecha irreparable que el pecado abre en el alma, la incapacidad del hombre de purificarse una vez manchado; una visión desoladora, ensombrecida por el pesimismo calvinista en cuanto al perdón, tanto para el pecador que arrastra en público las consecuencias de su pecado como para el que oculta arrepentido el delito en su corazón, o el que comete el pecado imperdonable, el de profanar la intimidad del corazón humano. Una alegoría de la naturaleza pecadora del hombre después de la primera caída, de la participación de todos en el mal.

La historia que Hawthorne narra después en *La Casa de los Siete Tejados* es también una historia de pecado y de culpa y, asimismo, ocurre en Nueva Inglaterra, pero a diferencia de la anterior, que se desarrolla en el espacio de siete años y se concentra en días, ésta perpetúa durante dos siglos las consecuencias de un primer delito en las generaciones de una familia, en tanto que esa familia habita en la casa construida en un terreno injustamente apropiado, del que se desposeyó a un primer morador.

La casa es protagonista en esta narración; la casa con su jardín que acota el espacio de una calle, que primero se llamó de Maule y luego de Pyncheon según los diferentes propietarios del terreno de la casa, en una ciudad que se ha tomado por Salem porque allí tuvo lugar la persecución y ejecución de brujos y de

brujas que la narración recuerda, pero que Hawthorne nunca nombra como tal, porque el lugar es simbólico y la casa es simbólica en una Nueva Inglaterra que se da como real[2].

La casa protagonista tiene un rostro, «como si fuera un rostro humano», envejecido por los años, por las inclemencias del tiempo y de las luchas y vicisitudes sufridas en el curso de su larga existencia. Esas huellas del tiempo, que cuentan por sí mismas su historia, permiten al narrador retroceder dos siglos o avanzarlos, hacer que pasado y presente pierdan sus contornos y se confundan, detener el pasado irrevocable, proyectar en él el presente, o proyectar en éste aquél; para, finalmente, neutralizar a ambos en un futuro que ya no estará condicionado por el pasado, sino que será una nueva posibilidad de renacer, en un nuevo Edén en que inocencia o culpa serán elección y no predestinación. Hawthorne, que ha hecho que generaciones de Pyncheon expíen sucesivamente la culpa primera del fundador de la casa, que les ha predestinado a muerte violenta por la maldición que un primer delito arrancó a la víctima desesperada, les ha dado la posibilidad de opción individual entre el bien y el mal. Si a todos se extiende la desgracia, consecuencia del pecado original de la familia, no todos participan de la culpa. Entre los Pyncheon, fundadores, herederos y habitantes de la casa, los hay angelicales, como Phoebe; inocentes, como Clifford y Hepzibah; arrepentidos de un único pecado, el del orgullo, como Alice, y culpables también, pero por elección personal y libre albedrío, como Gervayse Pyncheon o el juez.

El espacio, decíamos, es protagonista en esta narración. La casa da título a la obra, una casa construida en Nueva Inglaterra de material perecedero, pero que resiste sol y viento durante siglos. Una casa de varios pisos y múltiples cuerpos de edificio -siete, que es número simbólico-, rematados por sendos aguilones o gabletes, con la enorme chimenea de un gran hogar central que debiera acoger a los miembros de una familia, primero próspera y numerosa; que recibió con espléndido festín a una multitud de invitados en épocas pasadas, que brillaba al sol, es decir a la alegría, a la esperanza, en el simbolismo de Hawthome, pero que al cabo de los tiempos ha decaído tanto que el hogar apenas tiene una función. La casa, casi desierta de vivos, alberga sólo fantasmas y desaparecidos; la cal y cristal de sus muros, que recibían y reflejaban el sol, ya sólo cobijan e irradian sombras.

Las sombras y los fantasmas no son enteramente fruto de la maldición que pesa sobre la familia, puesto que, a pesar de la muerte del coronel y de su presencia permanente en el retrato, la casa sigue intacta, llena de vida e incluso embellecida en el interior, aunque anticuada externamente. Dos generaciones después, Gervase Pyncheon llama al descendiente del Maule despojado y del Maule constructor, que no facilita a los Pyncheon el dominio de las posesiones del este que reclaman, pero que se adueña del espíritu de la hija de la casa hasta su muerte. Esta muerte de la bella, aristocrática y orgullosa Alice Pyncheon sí parece que inicia la decadencia de la mansión y de la familia, aunque el autor de la historia no lo diga explícitamente y aunque silencie los hechos acaecidos a varias generaciones y tome la cadena familiar varios eslabones después. Alice Pyncheon sería así un personaje clave en la historia de la casa, lo que justificaría la inclusión de su historia, rompiendo la estructura del tiempo y de la narración, las frecuentes alusiones a ella, antes y después de que se relate su trágico destino, a través de las flores y de la música, y que sea ella, la visión de su espíritu, la que cierra el relato. La posesión de ese espíritu por Maule habría dejado así la casa desierta y sin función, un cuerpo sin alma, cuya muerte anuncia la muerte del cuerpo de Alice; y si su espíritu vuelve a la casa no es ya para animarla con su vida, sino para convertirla en morada de fantasmas, del espíritu del pasado. Y es ese espíritu purificado, y no el del coronel ni el del juez ni el de los otros muertos, el que vuela al cielo y deja la casa definitivamente abandonada.

Mientras, Maule, el descendiente de los propietarios del terreno, tiene que volver a la casa y conseguir su espíritu de nuevo; su triunfo, que es el triunfo de los Maule sobre los Pyncheon, es el triunfo de su herencia y la identificación de su espíritu. Holgrave no se apodera violentamente del alma de los Pyncheon ni se burla de ella, como su antepasado; la respeta y la gana. Para llegar a esa identificación los Pyncheon han tenido que despojarse, en Phoebe, de su orgullo y sus pretensiones de aristocracia, y los Maule, en Holgrave, de su odio y su voluntad de dominio, para construir juntos una realidad diferente, una casa que no

[2] Se ha pretendido para diferentes casas de Salem el honor de ser la «casa» de la novela, pero aun cuando una o varias de ellas inspiraran a Hawthorne el espacio físico, esto no se opondría a mi creencia de que es simbólica; en cuanto a Salem, el autor dice claramente en la Introducción que su libro tiene más que ver con las nubes que con el condado de Essex, del que Salem es la capital.

sería edificada en un terreno usurpado ni discutido, una casa que, a pesar de todas las invectivas de Holgrave y Clifford contra la estabilidad que representa y que podemos interpretar como dirigidas exclusivamente a *La Casa de los Siete Tejados*, al pasado abominable, ellos, lo mismo que Hawthome, desean sólida y duradera, perpetuada en los tiempos. Ese deseo y esa esperanza que la unión de Pyncheons y Maules hace posible es el verdadero final feliz de la obra; el deseo y la esperanza de un futuro asentado sobre el amor y la comprensión, no sobre la culpa y el remordimiento.

La estructura peculiar de la casa la caracteriza y le da nombre; no obstante, la vida del pasado y la supervivencia del presente se centran en la sala baja. La vida colectiva tiene lugar en la tienda, en contacto con el exterior; en el jardín, que admite a escasos amigos o allegados, y en la sala, santuario familiar donde no se admite a intrusos y a cuya puerta se habían detenido años atrás los más altos invitados, hasta el mismo vicegobernador. De la enorme mansión, la sala es la única habitación que se nos describe plena y reiteradamente con sus muebles y adornos. Allí está el retrato que preside y vigila, allí el mapa de las perennes ambiciones, allí los muebles que cambian según los moradores y los que permanecen en el correr del tiempo; allí el sillón que es el centro de la sala como la sala es el centro de la casa; y si el mapa y lo que representa pertenece al mundo de los sueños, lo que podría haber sido y no fue, el sillón pertenece al de las realidades, es lo más real de la morada y es su posesión lo que da vida o mata. Amplio y cómodo, a pesar de los años, es el asiento del dueño de la casa: sentarse en él equivale a adueñarse de ella.

La tienda, otro espacio importante, vergüenza de los Pyncheon y consecuencia de su decadencia, situada como un mal augurio bajo el piso que proyecta pesadez y melancolía, es casi el único modo posible de comunicación con el exterior, de contacto con la vida, cuando el acceso a la casa por el amplio portón como de iglesia está reservado estrictamente a los dos hermanos que la usufructúan y a Phoebe, a su llegada. El juez mismo ha de entrar por la tienda, ni siquiera por la puerta del jardín, entrada de Holgrave, porque el jardín, que recibe al tío Venner, le está prohibido.

El jardín es el lugar de los encuentros de Phoebe y Holgrave y objeto de sus cuidados, de la distracción de Clifford, de las charlas amistosas y descanso en las tardes dominicales. Jardín y huerto, silvestre y cultivado; vibrante de vida con pájaros que anidan e insectos que zumban, pero dominio de una raza decadente representada en la decadencia de sus aves de corral; es para los jóvenes protagonistas, como el jardín del Edén donde se ha deslizado el mal; las aguas del manantial, primero puras, están envenenadas, y acecha un gato negro, figura del mal y de la muerte.

El tiempo es también esencial en el relato: los tiempos, más bien. La supervivencia de un pasado que revive intermitentemente, como el coronel en algunos de sus descendientes; pasado, para ellos, de culpa. El pasado misterioso y terrible de Clifford que esconde inocente en el otro pasado culpable y doloroso de la casa; el pasado que para Holgrave, el pensador, es como el cuerpo muerto de un gigante que yace sobre el presente; un pasado, un cuerpo muerto familiar, «que sólo necesita ser enterrado decentemente».

Hawthorne, que respecto al espacio asegura que su ficción está «relacionada más con las nubes del cielo que con el suelo real de Salem»[3], marca unos hitos de tiempo para situar su narración en la Historia, pues «el aspecto histórico del relato no por ser ligero es menos esencial en el plan de la obra», según nos dice en el prefacio. La construcción de la casa cuya inauguración coincide con la muerte del coronel tiene lugar «ciento sesenta años antes» -el libro se publica en 1851-, durante el reinado del rey Guillermo de Orange (1689-1702), puesto que se da al vicegobernador tratamiento de representante suyo en Massachusetts. Esto sería coherente con el tiempo de la ejecución de Maule, pues los procesos por brujería de Salem tuvieron lugar en 1692. El desenlace de la historia ocurre «en una época no muy alejada de la actual», es decir no muy alejada de 1851. El autor nos da número de años, pero habla más de generaciones que de fechas[4], en esos

[3] Aunque se puedan relacionar algunos de sus personajes o personas a las que alude con habitantes de Salem de aquella época, de las mismas características y profesión e incluso del mismo nombre. Véase por ejemplo: Thomas Griffiths, *Main Sources in «The House of the Seven Gables»* (Waterville, Me., 1945).

[4] Con cierta frecuencia Hawthorne dice el número de años, aproximado o exacto, con los que relaciona hechos, personas o cosas entre sí o con la época. Si con esos datos se intentara reconstruir

eslabones que ha elegido en la cadena de los hechos que, contados en su totalidad, ocuparían más volúmenes «de lo que sería prudente añadir a los anales de Nueva Inglaterra» -y aquí nuevamente sugiere el carácter histórico de su relato. Esos eslabones elegidos son los momentos en que un personaje del carácter del primer Pyncheon -su inmortalidad intermitente-, origina una crisis en la historia de la familia y de la casa, crisis a la que inexorablemente está vinculado o de la que es testigo un Maule. Sabemos así que Gervayse Pyncheon es el nieto del coronel, niño a la muerte de su abuelo y padre de la joven Alice, casi anciano, cuando la expone a su ambición, y que hay luego un salto de tres generaciones hasta el desenlace, puesto que Phoebe es biznieta de una hermana de Alice. Si los hechos fueran históricos o se tratara de una alegoría histórica, sobre estos hitos de tiempo, tanto como sobre los hechos mismos, habría que basar su interpretación.

Un estudio de los personajes de la obra nos llevaría a su clasificación entre principales y secundarios y, siendo la casa la protagonista, la importancia de los personajes dependería de su relación con ella; por tanto serían principales los que habitaron y habitan en ella o pretendieron y pretenden su posesión. Tendríamos pues Pyncheons y Maules. De ambas ramas familiares el autor selecciona, en el paso de las generaciones, personajes de tres momentos claves en la historia de esas familias y en su mutua relación.

La primera crisis se genera en el litigio por la posesión del terreno de la casa. Los dos protagonistas de la acción morirán violentamente y ninguno está enteramente libre de sospechas respecto a la muerte del otro, si no ante la ley, al menos en las habladurías del pueblo. Matthew Maule y el Coronel Pyncheon, tienen en común además el perpetuar en su descendencia sus propias características personales. Si Maule era considerado brujo terrible en su día y como tal sentenciado y ejecutado, su nieto, que siguió el oficio y estatus social de su padre, heredó la características cuestionables del abuelo; como a un brujo se le tenía y como tal se le consultó, y el último Maule, Holgrave, que tiene como él poderes de hipnotización, comparte su heterodoxia en cuanto a la ley y a la política. Todos ellos mantienen el orgullo que les da la conciencia de la superioridad de su espíritu y sus derechos sobre los Pyncheon.

En cuanto al coronel, avaricioso, sensual y ceñudo, tiene su réplica siglo y medio después en el juez, aunque oculte lo negativo de ese parecido bajo su fingida benignidad. Gervayse, nieto del primer Pyncheon, no comparte algunas de sus características, no se ajusta fielmente a ese primer modelo, perenne en el retrato, pero mantiene la pretensión familiar al dudoso territorio del este.

Los antepasados de las dos familias tienen pues en común el perpetuarse en sus descendientes, aunque con grados diferentes de identificación o evolución.

Para los Maule, esa evolución va, respecto a su actividad, de la roturación y cultivo de la tierra a la artesanía, y, finalmente, al arte y a toda la inquietud profesional e intelectual que Holgrave representa. Su evolución sería cultural: primero conquistar la tierra, convertir el bosque primitivo en terreno laborable, luego construir la choza y más tarde la casa -que sea para otro, ese es su agravio- y, finalmente, adornarla. En otro orden de cosas, pero íntimamente relacionado, su evolución va de la libertad en la paz de Matthew, el primer colono, a la rebeldía suya y de su descendencia. Esta rebeldía será junto a su orgullo, el rasgo permanente de los Maule, por eso su pérdida, en Holgrave, ha sido considerada frecuentemente por la crítica como la pérdida de su identidad y, por tanto, una quiebra del personaje, si bien podría considerarse igualmente en esa pérdida la identificación final con el carácter de su antepasado antes de su rebeldía, su paz en la libertad, penosamente reconquistada en un Edén que primero sería la tierra de Nueva Inglaterra y, más tarde, la tierra prometida que Phoebe, «la flor del Edén», encarna.

Para los Pyncheon, la evolución social sigue dos líneas: una, manteniendo su rango, consistiría en la diversificación aparente de las funciones. Así, si el coronel es a la vez soldado y caballero, dirigente militar, religioso y político y como tal exhibe las insignias de espada, Biblia y bastón, los espíritus de la media docena de descendientes suyos que se reúnen a media noche en torno al retrato ostentan cada cual una sola de esas prerrogativas. Uno será clérigo puritano vestido de negro; un segundo, oficial con casaca roja; otro, caballero vestido de brocado y un último será juez. Este juez, el juez Pyncheon, volverá a reunir todos los poderes del viejo antepasado: influirá en la iglesia, en la política y en la vida social. Encubrir este hecho bajo

---

fechas, en el caso de que se quisiera interpretar la obra bajo un punto de vista histórico, habría que tener en cuenta que el número de años unas veces se refiere a los transcurridos en el relato y otras se cuentan a partir del momento en que el autor escribe, en un momento «no muy alejado» del tiempo en que la narración tiene su desenlace.

una aparente fundón única de juez, pretender que ejerce la justicia cuando practica la arbitrariedad de su lejano antecesor, lo mismo que disimula la identidad de su carácter, visible sólo para sus víctimas y para los ojos clarividentes del artista, constituye su hipocresía radical, al menos la hipocresía que Hawthome le atribuye.

El juez, epílogo de todos los Pyncheon, tiene también las características de los que siguen diferente evolución, de los que pierden el pretendido rango aristocrático de la familia. Como el Pyncheon que abre una tienda en la casa solariega, para vergüenza de su descendencia, el juez tiene intereses comerciales, aunque sus transacciones sean de la clase que borra la pretendida afrenta con lo sustancioso de las ganancias.

Es Hepzibah, la Pyncheon empobrecida, quien reanuda la «afrentosa» tradición del comercio al por menor, con ganancias de a perra chica, la que nacida señora acepta ser plebeya para que su hermano siga siendo aristocrático. Es esa evolución la que en Phoebe, insertada en el pueblo antes de su nacimiento, va a producir finalmente la Pyncheon despojada de orgullo y de pretensiones de aristocracia capaz de curar de ellos a Pyncheons y a Maules. Una flor, como Alice, nacida del viejo tronco familiar -y a flor compara reiteradamente Hawthome a ambas-, pero no como aquélla una flor exótica, exquisita y frágil, sino la flor sencilla y espontánea de la naturaleza primitiva, «la flor del Edén».

En esta división de los personajes de la obra en Maules y Pyncheons es digno de observar que mientras los representantes de los Maule son siempre masculinos, los Pyncheon seleccionados son hombres y mujeres, lo que podría llevarnos a otra posterior clasificación de éstos y al estudio de otra evolución, la de los caracteres femeninos.

En efecto, de la Pyncheon primera en el tiempo, aunque introducida la última en la narración, Alice, la Pyncheon de la leyenda de Holgrave, a la Pyncheon última y definitiva, Phoebe, pasando por la vieja Hepzibah, eslabón intermedio entre el antiguo espíritu aristocrático de la primera y el nuevo espíritu democrático de la última, hay una línea de evolución que no corresponde exclusivamente a la evolución de la condición de la mujer ni del ideal de mujer en el tiempo que abarca la narración y que desemboca en lo que podría ser lo que Hawthome propone como ideal femenino de su época, que no corresponde con el modelo de las mujeres intelectuales de ese tiempo representado por Margaret Fuller, del grupo emersoniano, y que en cualquier caso podría ser exigido por necesidades del sentido alegórico de la obra.

Tres mujeres elegidas y las tres solteras. La vieja Hepzibah, presentada primero, podría representar la vieja tradición de Nueva Inglaterra, con hábitos puritanos que, desprovistos de su primer sentido religioso, se reducen a un vestido, un tocado y un ceño poco atractivos, que la impiden ser amada, y que ocultan la entereza y la ternura de su naturaleza. La joven Alice, hermosa, pero altiva en demasía, sería como un ensayo, un intento antes de tiempo, de esa novia final capaz de unir a Maules y Pyncheons para que inicien juntos un futuro. Podría representar también el espíritu aristocrático frente al democrático que triunfaría finalmente en Phoebe[5].

Hawthome da a las tres un tratamiento especial. Duro con sus personajes masculinos, con sus defectos y debilidades, aunque haga justicia a sus cualidades, con excepción del juez, expresa ternura repecto a las mujeres, reconocible incluso en la enumeración de sus defectos, que no oculta. Piadoso con la fealdad de Hepzibah, tolerante con sus peculiaridades, cuida muy bien de hacernos ver la bondad de su corazón y la belleza de sus sentimientos. Respecto a Alice, antes que su pecado de orgullo sea expiado y perdonado, hace que lo perdone y olvide el lector, conmovido por su belleza, su gracia y su patético destino. Phoebe es resumen de todas las cualidades femeninas, demasiado perfecta para ser real, en opinión de muchos críticos, a pesar de que su autor insiste repetidas veces en que es lo único real en un mundo de irrealidades.

A diferencia también de la mayoría de los personajes masculinos de la obra, las mujeres evolucionan en el transcurso de la narración. Hepzibah encuentra en el amor por su hermano la fuerza necesaria para

[5] Las características del padre de Alice son las de los caballeros del siglo XVII que regían las colonias y que introdujeron en Nueva Inglaterra modas y modales cortesanos que contrastaban con la sencillez y austeridad de los puritanos. Nathaniel Hawthome escribe en *The Grandfather's Chair* que los hombres que ejercieron el gobierno por nombramiento del rey, llevaron consigo el refinamiento de cortesanos y las costumbres de Londres. Véase, *The Grandfather's Chair, The Complete Works of Nathaniel Hawthorne*, vol. 8, Boston, Houghton Mifflin, 1883, pág. 528.

vencer sus prejuicios sociales, tratar de salir de su aislamiento y enfrentarse con un trabajo para el que está mal dotada. Alice convierte su orgullo en humildad a través de la locura y de la muerte. Phoebe madura por el amor y la compasión y gana en profundidad lo que pierde en alegría.

Ciertamente hay personajes masculinos que cambian, pero su cambio, exigido por la dinámica del relato o del sentido total, parece brusco más que evolutivo. Cambia Clifford violenta y momentáneamente después de la muerte del juez y cambia Holgrave, inexplicablemente para muchos críticos, lo mismo que para Phoebe.

Si consideramos la relación de los personajes entre sí, sus enfrentamientos en las diferentes crisis de la historia que se narra, vemos que en la primera el conflicto estalla entre un Maule y un Pyncheon, personajes masculinos los dos, y que la victoria de éste sobre aquél no es absoluta, sino transitoria.

En la segunda crisis la situación es más compleja. Como en la primera, la origina un Pyncheon, en términos igualmente altivos, aunque más amistosos. En la anterior, un Pyncheon exigía a un Maule, en ésta le ruega, pero ahora es Maule quien pone sus condiciones, exige la propiedad de la casa e impone la relación: el conflicto ya a ser entre un Maule y una Pyncheon; triunfará el espíritu más fuerte, el de Maule, pero su triunfo tampoco va a ser definitivo, sólo va a satisfacerle momentáneamente.

En las crisis finales, cuya complejidad aumenta aún más, el antagonismo cambia de rumbo. Es cierto que en la ocasión anterior, porque un Pyncheon cede, y cede por ambición, no por debilidad, una Pyncheon sucumbe: un Pyncheon expone a otro Pyncheon a la derrota -situación agravada por la relación padre-hija de los vencidos-, pero la lucha no es entre ellos. Posteriormente, los enfrentamientos serán entre los Pyncheon, y los Maule, meros espectadores, tendrán sólo que esperar su autodestrucción y recoger el botín.

En Jaffrey y Clifford se enfrentan por vez primera dos ramas de la familia, dos primos, y se enfrentan, como antes Pyncheons y Maules, por la herencia familiar, real o imaginaria. Dos partes desiguales: en Jaffrey está la fuerza, la sensatez, el prestigio, la riqueza; en Clifford la debilidad, la locura, la deshonra, la pobreza. Jaffrey es el hombre de las realidades, Clifford el de los sueños. En su enfrentamiento Jaffrey es el juez y Clifford el juzgado; juzgado y condenado, pero éste es el inocente y el culpable es aquél.

En lucha tan desigual, a uno le apoya la ley y la sociedad entera, a otro sólo una mujer, su hermana, débil y pobre como él, y como él reclusa, aunque voluntaria, pero que en su amor generoso encuentra fuerza para la debilidad de su hermano, y bienestar, si no riqueza, para su indigencia. Ayuda de los dos hermanos, será finalmente su prima Phoebe, que aportará además la juventud, la belleza, la laboriosidad y la alegría que necesitan.

Esta relación familiar no generacional de hermanos y de primos y su rivalidad, elemento nuevo en la narración, hace posible la clasificación de los Pyncheon en fuertes, dominadores y culpables, por una parte, representados siempre por personajes masculinos; e inocentes, aunque no todos débiles y dominados, por otra, con exponentes casi exclusivamente femeninos -y «casi femenino» es el carácter de Clifford. Todos los Pyncheon inocentes tienen algo en común: ninguno es heredero directo de la casa, aunque habite en ella; la culpa no se hereda por la sangre, sino por la posesión; por eso el autor da a cada generación de Pyncheons la elección de asumir libremente esa culpa o ser inocente; y por eso, cuando la herencia corresponde a los inocentes, la garantía de que van a conservar su inocencia es que abandonan la vieja mansión[6].

La casa es, en cualquier caso, centro de la relación de todos los personajes y hay pues que considerarlos respecto a ella. Un estudio de la situación de los personajes con referencia a la casa nos lleva a conclusiones asimismo interesantes. Si en el curso del tiempo Maules y Pyncheons mantienen unas constantes familiares, su actitud con respecto a la mansión cambia con las generaciones.

Para el primer Maule la causa del litigio no es la casa, sino el terreno en que se asienta; por eso lo que pide insistente más allá de la tumba es la renta del suelo, o la casa si se le niega la renta, o en último caso, el derecho a intervenir en los asuntos de los Pyncheon y turbar sus sueños.

[6] Para algunos críticos el abandono de la vieja casa por la casa nueva que albergará a nuevas generaciones equivale a perpetuar el presente en el futuro, el mismo error cometido en el pasado.

El segundo Maule adquirirá sobre la casa otro poder y otro derecho: continuador de las pretensiones sobre el terreno, él será el constructor; la casa será más suya; no sólo poseerá el resorte secreto que guarde el territorio de los Pyncheon, y será así, como su padre, dueño de los sueños de sus rivales; sino que dejará además en ella su carácter y la marca familiar, las extrañas figuras que decoran el exterior.

El Maule de la tercera generación, hijo del que construyó la casa y nieto del primer propietario del suelo, que como legítimo dueño agraviado entra altivo por la puerta principal, a pesar de su condición de artesano, tiene ocasión de reclamar la casa a cambio de sus servicios, pero cuando es suya renuncia a ella; deja de interesarle porque consigue lo que alberga de más precioso, el alma de Alice. A partir de ahí los Maule abandonan la casa a su maldición. Cuando vuelva el último Maule sin pretensión alguna de poseerla, atraída su curiosidad por la inminencia del desenlace del drama de los Pyncheon, no entrará por la entrada principal, vivirá en ella como huésped sin reclamar perdidos derechos, pero, lo mismo que su antepasado el artesano, querrá poseer el alma de una Pyncheon.

Paralelamente, el interés de los Pyncheon por la casa decrece en la tercera generación. El coronel atropello derechos por edificarla y será su guardián perenne desde el retrato. Su nieto no querrá vivir en ella, por el recuerdo del abuelo muerto y porque no la juzga digna de él; la confía primero a parientes y, cuando regresa, la cambiaría por otro espacio, por un sueño de grandeza y de dominio: por el perdido derecho del territorio del este. Desde entonces, un Pyncheon propietario piensa en restituirla -y muere a pesar de ello o quizás por ello de muerte violenta-; se confía otra vez de por vida a parientes, y cuando finalmente un Pyncheon que encarna a los viejos Pyncheon intente entrar en la casa y lo haga por la puerta de la tienda -no por la principal-, no es por la mansión misma, que piensa va a ser suya, sino por el dominio del territorio, del espacio de los sueños por la que había cambiado su antepasado aristócrata.

El abandono de esa herencia por Pyncheons y Maules, que se consuma con la marcha de Hepzibah, Clifford, Phoebe y Holgrave, comienza realmente varias generaciones antes; por eso la historia de Alice, que parece romper el relato, es esencial para su comprensión. La casa tiene tres pisos y «vive» tres generaciones, en perfecta identificación; las flores de Alice coronan su tejado; a partir de entonces se inicia su decadencia, arrastra su existencia como la arrastran los viejos moradores y las viejas aves del gallinero. El derecho final que le discuten el último Maule y el último Pyncheon varón superviviente no es el de asentarse en ese suelo, sino el derecho de existir siendo cadáver; albergando a un cadáver llegará otra vez a la perfecta identificación.

Y va a enterrársele en el corazón mismo de la casa, en la sala familiar que preside el retrato; en la sala de todas las ambiciones, todas las crisis y todas las muertes violentas de los Pyncheon; en el viejo sillón de roble.

Ninguno de los extraños tiene acceso a esa sala, si no son los Maule, en ocasiones excepcionales, ni tampoco los escasos personajes secundarios de la obra. Entrar en esa sala equivaldría a ser protagonista, un protagonismo que busca el juez y consigue a la fuerza para encontrar la muerte; un protagonismo que se concede generosamente a Phoebe, pero que se niega al tío Venner, «especie de familiar de la casa», a quien se acoge amistosamente en el jardín y en la tienda.

De los personajes secundarios es el tío Venner el más interesante y el que más participa en la acción. Si no tiene acceso a la sala sí lo tiene al jardín, que es el segundo espacio protagonista, un espacio propiedad de los Pyncheon, pero dominio de los Maule: de Maule se sigue llamando el pozo cuando todo el resto se llama de Pyncheon, y el Maule contemporáneo, el de todas las profesiones y todas las inquietudes, gana sobre el jardín con su trabajo bien hecho un segundo derecho, paralelo al derecho que había conquistado sobre la casa el Maule constructor; un derecho que le autoriza a organizar y a disfrutar las tareas de cultivo y encomendar parte de ellas a una Pyncheon.

El tío Venner, curioso personaje «misceláneo» -así le llama Hawthorne-, hecho de diferentes modas como de diferentes tiempos, vestido de antiguo y de moderno, viejo como hoja seca, fuerte para resistir los vientos que matan a los jóvenes, cansado hasta pensar siempre en retirarse a descansar, activo para hacer mil trabajos penosos, humilde para recoger las sobras de las puertas de veinte casas, digno para tratar familiarmente a las familias más aristocráticas, considerado necio en su juventud, sabio de viejo, práctico en sus consejos y en su quehacer y poeta en sus ocios, está en relación de autoridad con todos los protagonistas, si exceptuamos al juez, pero incluso el juez le saluda obsequioso y sonriente, aunque dado su carácter no pueda tomarse su saludo como prueba de amistad.

Hepzibah le respeta con una especie de «reverencia familiar» porque es respetable y viejo; acepta sus servicios y su compañía, pide o sufre sus consejos y comparte con él las pequeñas fiestas dominicales. A Clifford, que detesta lo vulgar y lo viejo, le gusta «como el aroma de una manzana», disfruta con su simple ingenio, hace planes para su futuro bienestar cuando carece de recursos, y le llevará con él en los tiempos de abundancia. Holgrave, el rebelde social, reconoce en sus principios los de Fourier, y acepta que le aconseje sobre su futuro. Phoebe, que es para el tío Venner «como su propio aliento», camina junto a él. Con todos ellos disfrutará la nueva herencia. Y es él quien oye la música feliz que anuncia el fin de la maldición y el comienzo de una nueva etapa de esperanza.

Un personaje secundario en relación con Hepzibah y Phoebe y a través de la tienda -el tercer espacio en importancia-, favorito entre los clientes, es el pequeño Ned, más descuidado que pobre, más sano que descuidado, el pequeño devorador de hombres, de animales y de cosas, «emblema del tiempo», nos dice el autor, emblema quizás de la vitalidad americana, de la hora que marca otro tiempo.

Otros personajes son interlocutores para los protagonistas, relacionantes u observadores de su actividad, solicitantes de su atención y recursos.

La casa es un símbolo central en *La Casa de los Siete Tejados*, pero no el único; Hawthorne los multiplica en la narración y de su interpretación, tanto como de los personajes, depende el sentido último de la obra.

En el párrafo final que reúne a todos los personajes, y parece que resuelve todos los conflictos, explica todas las situaciones y da un remate feliz, que a muchos no convence, hay varios símbolos recurrentes en el relato y presentes en su desenlace; uno de ellos es el pozo, la fuente de Maule.

La fuente aquí predice un futuro más allá de lo que Hawthorne sabe, que quizás prevé, lo que tal vez no puede o no quiere decir, lo que acaso ya había visto Clifford. La fuente está desde el principio; es más antigua que Maules y que Pyncheons; formaba parte de la naturaleza -y sigue siendo «propiedad de la naturaleza» se nos dice-, antes de que se asentara el primer morador, atraído por el raro tesoro de su agua. Va unida al destino de los Maule, cuando se les expulsa se enturbia y envenena, como su carácter.

Otro símbolo presente en la conclusión y asimismo recurrente, es el árbol,el olmo, antiguo, pero no tanto como la casa y menos aún que la fuente. Un árbol de ancho tronco y follaje frondoso que ensombrece la mansión, barre su tejado y la convierte en parte de la naturaleza; un árbol que se alegra, como la fuente, en el final feliz, que también profetiza cuando pasa la tormenta y cambia en oro una de sus ramas «como la rama dorada que permitió a Eneas la entrada en el Hades», quizás significando que un Pyncheon va a reunirse en el infierno con el Pyncheon antepasado, o tal vez prediciendo la ventura de la descendencia familiar, de la última Pyncheon, de Phoebe.

Si el olmo ensombrece la casa, es amplio cobijo; el viento, que se dice repetidas veces que la ennegrece, mata o acompaña a la muerte. Una ráfaga de viento repentino recorre la.casa y roza a los invitados antes de que descubran la muerte del coronel. A Alice la mata el viento, Hepzibah tiene un chai que la proteje a lo largo de los años contra él, Clifford, una antigua capa, mientras el viento sopla helado durante los días que preceden a la muerte del juez, en verano, como cuando la muerte del coronel. Y ese viento es siempre el viento del Este y el juez es el viento del Este mismo.

Hawthorne explica algunos de sus símbolos: la maleza crece frondosa en torno a la casa como los vicios transmitidos en la sociedad; el ómnibus tipifica el mundo; otros son los mismos que emplea o explica en diferentes narraciones; el sillón, por ejemplo, en *The Grandfather's Chair*, las rosas, el sol, el roble y el hierro, las ventanas y los espejos, en *La Letra Escarlata*. Como en esa obra, la voz tiene unas resonancias que van más lejos que en la voz humana y dan a algunos personajes su caracterización mayor. La del juez es como un trueno, cuando Phoebe no acepta su beso; la de Clifford es una presencia, un murmullo, un balbuceo inarticulado; la de Holgrave, un encantamiento; la de Alice suena como su arpa, traída del otro lado del mar; pero es la de Hepzibah la que mejor revela toda la espléndida potencialidad de su carácter que oculta su aspecto ingrato: una voz rica, profunda, dulce, melancólica y exquisita.

Atención especial merecen los retratos que, como los espejos, manejan los Maule, menos el de Clifford que custodia Hepzibah y Holgrave no puede ni siquiera ver. El del viejo coronel, inamovible, preside, amenaza, oculta y convoca espíritus de muertos; el del juez, réplica de aquél, por obra del sol y de un Maule, niega lo que parece y afirma lo que es; el de Clifford, lo que pudo haber sido. En cuanto a los espejos, son «siempre especie de ventana o puerta abierta, al mundo espiritual»; a través de uno de ellos, el de la sala, el padre de Alice contempla cómo Maule se adueña de su espíritu.

Hawthorne dice en el prefacio de *La Casa de los Siete Tejados* que su obra tiene una moraleja: las culpas de una generación se perpetúan en las siguientes, y empeoradas, porque carecen de las ventajas que pudieran ofrecer cuando se cometieron. Esta moraleja, acorde con el concepto calvinista de los efectos del pecado, no es sin embargo esencial en la obra, según sugiere el mismo autor. En ese mismo prefacio asegura que los personajes son de propia invención, niega toda relación de los lugares con casas y calles reales, pero afirma una conexión histórica esencial a su plan. Estas afirmaciones y esas sugerencias pueden guiarnos en la búsqueda de una interpretación de la obra.

La casa es la protagonista que da título a este relato, una casa que, con palabras de su autor tomadas asimismo del prefacio, está construida con materiales que se usan desde hace mucho tiempo para hacer castillos en el aire. En todo caso Hawthorne con esos mismos materiales había construido ya una casa semejante, también en Nueva Inglaterra, para *La Letra Escarlata*.

La Casa de los Siete Tejados, cuando se inaugura y todavía mientras habita en ella la tercera generación de los Pyncheon, antes de que el viento del Este la ennegrezca, se levanta orgullosa, aunque de madera, y se adorna totalmente en su exterior con extrañas figuras, fruto de una fantasía grotesca, dibujadas o impresas en los muros recubiertos de cal, guijarros y trocitos de cristal; la casa de *La Letra Escarlata* «tenía en verdad un aspecto muy extraño; estando recubiertas las paredes de una especie de estuco en el que se mezclaban abundantemente fragmentos de cristal».

La casa de *La Letra Escarlata*, como *La Casa de los Siete Tejados*, ha sido invadida por el musgo y ensombrecida por las desgracias en la época en que el autor describe su brillante pasado. Ambas tienen ventanas semejantes, si bien la primera tiene en arco la puerta mientras que en la otra es arqueada la ventana que se abre sobre la puerta, en el piso que se proyecta pesadamente, una proyección que existe también en la primera casa, pero flanqueando la puerta de entrada.

En ambas casas el salón tiene muebles de roble y vistas al jardín, más bien huerto, en el que crecen plantas semejantes. Una es la casa de Pyncheon; la de *La Letra Escarlata* es la del gobernador. Y los dueños de ambas casas son hombres de espada y de Biblia, los dos, viejos dirigentes puritanos.

Si el coronel Pyncheon fuese el gobernador o encarnara al gobierno *La Casa de los Siete Tejados* podría tener un sentido alegórico, ser una alegoría histórica, y así la conexión histórica sería, como dice Hawthorne en el prefacio, esencial.

Que el coronel pudiera asumir ese papel, parece confirmarlo su prestigio y su autoridad en la colonia. Es responsable y está presente en las ejecuciones; recibe y despacha cartas de Inglaterra, y acoge en su mansión como invitados a todos los que habitan en la ciudad, con distinciones de rango y distanciado de todos, incluso del vice-gobernador. Es el Reverendo Higginson quien celebra sus virtudes y enumera sus aciertos, «que han sido impresos»; y es Francis Higginson quien escribió una historia de la colonia primitiva, *New England's Plantation.*

Si el coronel Pyncheon representa al gobierno también han de representarlo los Pyncheon en los que se reencarna.

Y «gobernador Pyncheon» se llama al juez, el descendiente en quien se perpetúa, y ése es el título del capítulo en que, forzada la resistencia de Hepzibah y la entrada del salón, ocupa el sillón de roble en el que se identifica totalmente con el coronel antepasado y con su muerte. El título de gobernador aplicado al juez es irónico, porque es gobernador sólo en sus pretensiones, porque ha pasado ya el tiempo de los Pyncheon, de su gobierno en Nueva Inglaterra; del coronel, «la primera hora brillante de una historia que no estaba destinada a ser brillante».

La muerte del juez que, se nos dice muchas veces, es el mismo coronel que reaparece intermitentemente, serla su muerte definitiva; por eso cae su retrato. Retrato y casa serán en adelante sólo reliquias del pasado.

Cierto que la casa del gobierno debiera estar en Boston, como sucede en *La Letra Escarlata*, y que esta casa se sitúa aparentemente en Salem, pero Salem fue sede del gobierno de la colonia de Massachusetts, antes que Boston y volvería a serlo en los días de las represalias contra la rebeldía de Boston en las primeras luchas por la independencia. Por otra parte, los hechos, según declara el autor, tienen poco que ver con ese suelo real.

La casa es de los Pyncheon, de los Pyncheon lleva el nombre y con ellos se sepulta en el pasado, pero no son los Pyncheon los dueños legítimos del terreno -o al menos la legitimidad es discutible y discutida-, ni son los constructores. Constructores y dueños son o pretenden ser los que llegaron primero y siguen trabajando en la Colonia.

Esto haría que los Maule, en su doble carácter laborioso y rebelde representaran, por un lado, a los colonos que ocuparon el suelo y lo labraron y así el terreno fue suyo; que edificaron su casa y la colonia que ocupó el gobierno a expensas de su libertad. Los Maule serían en su carácter laborioso, todo el pueblo, y la casa llena de vida y de abundancia que en esa hora primera brilla al sol de la esperanza, sería ese mismo pueblo, la colonia que creó una primera generación, un primer piso, con su puerta «amplia como la de una iglesia», ancha, para que cupieran todos, porque pretendían que edificaban una casa en la Ciudad de Dios.

Sobre la primera planta, la segunda generación proyectaría la sombra de su severidad y de su intransigencia. La historia de esa segunda generación es la que inicia el relato.

Por otro lado, en su carácter de rebeldes los Maule reclamarían el derecho de su libertad, la libertad que conquistaron al alejarse de la tierra y de la ley civil y religiosa de Inglaterra, para seguir lo que sería su propia ley, esa ley que Hepzibah reconoce que sigue todavía el último Maule.

La «brujería» de su inconformismo religioso y político está en la Colonia desde el principio. El coronel Pyncheon, que presidió los ajusticiamientos por brujería, asentó su casa en tierra de «brujos» y su casa lleva en el exterior signos extraños, los mismo signos cabalísticos de la casa que en *La Letra Escarlata* ocupa el gobernador y alberga a una bruja, su hermana.

Un brujo de éstos lanzó su maldición al primer Pyncheon o, por ser brujo, leyó clarividente su destino, la muerte de los Pyncheon anegados en sangre; pero los reproches de Maule y las reclamaciones de todos los Maule, no se asientan en que un Pyncheon ha presenciado y quizás provocado su condena, sino en que les han arrebatado la tierra de su libertad.

La primera libertad que los colonos de Nueva Inglaterra buscan y la primera que les arrebatan es la religiosa; la persecución de Maule sería la de todos los disidentes religiosos, primero juzgados, condenados y expulsados o ajusticiados, como Roger Williams, el defensor de la libertad religiosa en la Colonia como Arme Hutchinson, que exigía y predicaba libertad en la relación con Dios, como los cuáqueros, como los brujos y brujas de Salem, juzgados todos en Nueva Inglaterra[7]. Pero éste fue un delito imputable a toda la comunidad, y a todos sus dirigentes, «clérigos, jueces, estadistas, las personas más sabias, ecuánimes y sagradas», aunque el coronel hubiera gritado más alto que los demás y presenciado los hechos desde un puesto más elevado. Cuando los Pyncheon edifican sobre el terreno de los Maule éstos ya eran «brujos», ya les habían arrebatado su primer derecho a la libertad.

El derecho que reclaman a los Pyncheon es el de la propiedad del suelo y de la casa, y si la casa es la casa del gobierno, es un derecho político.

Los asentamientos de Nueva Inglaterra habían comenzado por iniciativa no estatal unos setenta años antes del reinado del rey inglés Guillermo III; el de Plymouth en 1620, el de Salem en 1628[8], el de Boston en

[7] Roger Williams, padre de la libertad religiosa de América, que defendió con su ejemplo y con su pluma, desterrado de Massachusetts buscó refugio en Rhode Island y acogió en Providence a todos los disidentes religiosos, excepto a los cuáqueros. En Rhode Island buscó también asilo Ame Hutchinson, asmismo condenada, en un sínodo que reunió a todos los ministros de Massachusetts, y en Massachusetts fueron condenados y en Boston ahorcados William Robinson y Marmaduke Stephenson y, más tarde, Mary Dyer, por volver de su exilio, en la persecución de los cuáqueros que comenzó en 1656 y se prolongó hasta que Carlos II, recién restaurado el trono de Inglaterra en 1660, prohibió en sus dominios el derramamiento de sangre con pretexto de celo religioso y obligó expresamente al gobernador Endicott de Massachusetts a poner fin a las persecuciones.

[8] Parece que los primeros habitantes ingleses de Salem fueron Peter Palfrey y Roger Connat, que llegaron en 1626; dos años más tarde el grupo dirigido por John Endicott estableció el asentamiento.

1630, y en esos modestos principios las diferentes colonias elegían sus propios magistrados, gobernaban su modesta choza. Fue más tarde, en 1685, cuando Inglaterra suprimió sus privilegios e impuso gobernadores a Nueva Inglaterra, cuando fundó allí su *Casa* y se estableció. Este establecimiento sería el de los Pyncheon. Pyncheon equivaldría al gobierno inglés. Por eso una rama de la familia había emigrado a Virginia, y en Inglaterra tenían los Pyncheon su mansión principal, «Pyncheon Hall», y de Inglaterra venían todos los Pyncheon, incluso el último, el hijo del juez, que se ahogó en el mar.

Desde 1685, el rey inglés Jacobo II había nombrado un presidente de Nueva Inglaterra e impuesto seguidamente como gobernador general con todos los poderes a un oficial del ejército inglés; esta etapa sería el gobierno del viejo coronel. Su «muerte repentina», el fin abrupto de ese gobierno, ocurriría en efecto en el reinado de Guillermo III, que es el tiempo histórico que el autor nos da, porque fue al advenimiento de ese monarca, en 1689, cuando el pueblo de Massachusetts se levantó -como Maule de su tumba-, derribó el gobierno impuesto por Inglaterra y encarceló a los que habían sido presidente y gobernador, a Joseph Dudley y a Sir Edmund Andros.

El pueblo de Massachusetts eligió su propio gobernador, el que lo era antes que Andros, el viejo puritano Simón Bradstreet, que lo sería tres años más, hasta su muerte. Pero los Pyncheon eran tan inmortales como los Maule: en 1692 Massachusetts tuvo una nueva carta constitucional del rey Guillermo y un nuevo gobernador nombrado por él, Sir William Phipps, al que premió así servicios militares.

Los Maule, que por derecho propio intervienen en los asuntos de los Pyncheon y trastornaron sus planes, impondrán nuevamente su espíritu más fuerte. «Treinta y siete» años después la hija de los Pyncheon, del gobierno inglés, la Colonia que por ser Nueva Inglaterra lleva su nombre, estará a merced del espíritu rebelde de los colonos y bailará a su son hasta su muerte. Dejada «todavía» bajo la custodia de su padre, porque no ha sonado aún la hora de la independencia, llorará cuando se alegre Inglaterra en sus victorias; se alegrará cuando Inglaterra lamente sus derrotas; saldrá de su *Casa* para asistir en Philadelphia a los Congresos Continentales. La altiva y aristocrática Nueva Inglaterra servirá al espíritu de independencia que creará en la democracia una nueva nación. Los Maule no se contentarán en adelante con la *Casa*, su rebeldía se extenderá y privará a los Pyncheon de inmensos territorios. Las trece colonias que crearán una nueva nación en la democracia. Esto podría significar la hermosa y aristocrática Alice Pyncheon sometida a Mathew Maule y asistiendo a su boda con una hija del pueblo.

Los Pyncheon hicieron un gran funeral a Alice, con asistencia de grandes personajes -Inglaterra no se consoló de la pérdida de sus colonias americanas ratificada ante el mundo por el tratado de París, que el 3 de septiembre de 1783 reconocía oficialmente la independencia de los Estados Unidos.

La *Casa* era devuelta, no pacíficamente, un Pyncheon tendría que morir ensangrentado. Una larga rivalidad se había establecido entre ingleses y neo-ingleses, primos y hermanos: la lucha por la indenpendencia fue larga y dolorosa. Inglaterra culpó a Nueva Inglaterra de insurrección; allí cayeron las primeras víctimas, «la matanza de Boston» de 1770; Boston capitaneó la rebelión contra los impuestos arrojando al Atlántico 342 cofres de té, la carga de tres barcos, en diciembre de 1773 y sufrió el cierre de su puerto y la supresión de su comercio seis meses después, y en Boston los patriotas pondrían cerco a la guarnición cuando empezara la guerra. Fue también en Massachusetts, en Suffolk, donde se propusieron, en 1774, a las colonias sanciones económicas contra Inglaterra, y de nuevo en Massachusetts donde las tropas del rey sufrieron el primer ataque y la primera derrota en Lexington, lo que se considera el inicio de la guerra de la independencia americana, el 19 de abril de 1775; y en Cambridge, Massachusetts, asumió Washington el mando del ejército patriota. John Hancock, un bostoniano, elegido presidente del Congreso Continental firmó la Declaración de Independencia y otro bostoniano, Benjamín Franklin, buscó apoyo para esa independencia en Francia y en España.

No es extraño que el juez Pyncheon, que es el Pyncheon mismo del gobierno inglés, culpe a su primo de Nueva Inglaterra de la muerte del Pyncheon que iba a beneficiarle con su herencia. No es extraño que la vieja Hepzibah, fantasma de la vieja Colonia de Nueva Inglaterra, con su antigua altivez, siga haciendo frente al fuerte juez Pyncheon, impidiendo su entrada en la Casa, guardando el sillón del gobierno colonial, el sillón de roble en que Hawthorne sienta en *The Grandfather's Chair* a los primeros grandes puritanos de Massachusetts, a sus primeros gobernadores elegidos por la colonia, a Winmrop, Bellingham, Dudley y Brandstreet, los que habían gobernado casi con independencia de la metrópoli; a Endicott, el que arrancó con su espada la cruz de la bandera inglesa. El sillón en que Hawthorne hace sentarse también a los primeros disidentes religiosos, a Roger Williams, Arme Hutchinson y a la cuáquera Mary Dyer, antes de su ejecución. Un sillón en cuyo amplio asiento descansaron por lo tanto los rebeldes. Y rebeldes son ahora todos los neo-ingleses; por eso Maule puede volver con ellos a la *Casa* donde el juez quisiera de nuevo ser gobernador.

Porque la muerte del juez es «treinta años más tarde». Esos treinta años podrían ser el tiempo transcurrido desde la primera guerra de la independencia de América hasta la nueva guerra con Inglaterra de 1812 a 1815, que fue la guerra definitiva por su independencia, en «una época no muy alejada» de 1851, cuando Hawthorne escribe una historia que podría ser la versión de los hechos de un neo-inglés que ve a Inglaterra como juez hipócrita y peligroso, como le ha visto siempre la antigua Colonia puritana -la vieja Hepzibali-; juez próspero y bien intencionado a los ojos del resto del mundo, deseoso de mantener esa reputación mientras se pasea seguro y dominador por su calle Pyncheon, que sería todo el Imperio Inglés que Hepzibah reconoce en todas partes en su viaje de escapada y pesadilla. Ese imperio que quisiera aumentar todavía con el «territorio del este» que codiciaron siempre los Pyncheon y que bien pudiera ser Nova Scotia, siempre ganada con ayuda de los colonos y siempre perdida; ese territorio que, justo cuando se construye la *Casa*, sería objeto de la expedición militar de Sir William Phipps, y más tarde asediado en la guerra entre Francia e Inglaterra, en 1702, y de nuevo en 1710, y devuelto a los franceses tres años más tarde, en la paz de Utrecht. Ese territorio para cuya conquista Inglaterra recurrió reiteradamente a los neo-ingleses, que en otra guerra con Francia, en 1744, realizaron lo que Hawthorne llama, en *The Grandfathefs Chair*, uno de los hechos más notables de la historia de Nueva Inglaterra: el asedio y toma de la fortaleza francesa más inexpugnable de todas las que construyeron en América, la de Louisburg en la isla de Cape Bretón, cerca de Nova Scotia, que Inglaterra tuvo que devolver en la nueva paz con Francia de 1748. Hechos los de esta guerra que pudieran ser los servicios que el padre de Alice reclama de Maule.

En los treinta años en que el juez vigila desde su calle Pyncheon, la única puerta de la *Casa* que puede abrir es la de la tienda, un comercio que primero le indigna y luego le hace sonreír, condescendiente y enigmático; una tienda, un modesto comercio, que se había abierto ya una vez, pero se volvió a cerrar -el Parlamento había prohibido que los colonos comerciaran con cualquier nación que no fuera Inglaterra.

Y todos esos años él juez vigila mientras se ensayan legislaturas que sólo van a conocer infancia -y que quizás personifica Clifford, como puede personificar también la ley colonial en colisión desde antiguamente, y por eso Clifford es viejo, como los intereses gubernamentales y las leyes dictadas a las colonias por los Consejos ingleses, o acaso los «derechos naturales», que inspiraron la Revolución, los que sintetizó Jefferson en la Declaración de Independencia: el derecho a la vida, a la libertad, a la propiedad y a la consecución de la felicidad; una legislatura como la que rigió a Massachusetts desde la retirada de los ingleses, sin otro gobierno durante cuatro años, hasta que en 1780 el pueblo tuvo una nueva Constitución de su Estado y eligió a su propio gobernador; o como la primera Constitución de la República, destinada a no tener mañana, como la débil legislatura americana que apenas pudo sobrevivir; esa legislatura que podría también representar Clifford, la más hermosa para la antigua Colonia de Nueva Inglaterra, que hizo posible su nacimiento y la sostuvo-Hepzibali-; la más hermosa para la joven nación nacida de la democracia -la joven Phoebe resumen de toda perfección-; la más hermosa e inocente también para el autor; la destinada a la felicidad; esa legislatura, legítima heredera de los poderes de la Corona y del Parlamento ingleses, que carecía de poder ejecutivo, de poder judicial y de recursos financieros.

Esos treinta primeros años de la República en los que los americanos se adaptaban a la independencia, sufrían el caos de su economía, y reclamaban un gobierno más fuerte.

Si Hawthorne en los días de la galerna, del viento del Este, que preceden a la muerte del juez, representara la guerra de 1812-1815, la marcha de Phoebe, la huida de los dos hermanos horrorizados y la imposibilidad de Hepzibah de tomar toda iniciativa, que cede a su hermano, podrían significar la renuncia de los estados de Nueva Inglaterra a apoyar la «Guerra de Mr. Madison» con hombres, provisiones o dinero.

La historia *nacional* de Estados Unidos empezó realmente con esa guerra. El abandono de la *Casa*, de la Colonia, por sus moradores, para instalarse en la *Casa Grande* que Pyncheon poseía en el campo, en el país[9], sería así la consecuencia inmediata de la muerte del juez y del nuevo espíritu que permitió que el espíritu de Alice, cumplida su misión, volara al cielo. Mientras, seguía intacto para siempre el árbol, casi tan

[9] El término inglés country equivale en castellano a «país» y a «campo», lo que permite una doble interpretación de la procedencia de Phoebe, de los lugares de actividad de Holgrave y del emplazamiento de la casa del juez.

viejo como la *Casa*, el olmo de los Pyncheon, generoso de sombra, que sería el árbol de la libertad, *Liberty Tree*; el árbol conectado con los acontecimientos revolucionarios, bajo el que se reunían los bostonianos para expresar su protesta contra la política colonial de los ingleses y en cuyas ramas ahorcaron en efigie a los responsables de la Ley de Tasas que fue causa casi inmediata de la insurrección[10]; ese árbol de la libertad, plantado cuando se perdió la libertad primera, cuando se enturbiaron las aguas naturales que atrajeron a los colonos a sentarse junto a la fuente de la libertad.

En la nueva casa que Holgrave quisiera de piedra inamovible en su exterior, aunque conceda el derecho de cambios internos a cada generación habitarán todos y también el tío Venner; pues el tío Venner, hecho de trozos y tiempos, recorredor de todas las casas de la vecindad, la de los *Siete Tejados*, lo mismo que las otras, menos señoriales o más humildes, que podrían ser los otros estados, las otras antiguas colonias de la misma vieja calleja que se llamó luego calle Pyncheon; el tío Venner, solicitante diario de las sobras de cada uno para engordar su propio cerdo que luego compartiría; el tenido por necio, pero prudente y sentencioso; el que conoce a todos y les aconseja, bien podría ser el Tío Sam, y las vacilaciones del tío Venner entre seguir trabajando o retirarse corresponderían con los debates a favor o en contra del federalismo[11]. El tío Venner, se nos dice, fue el primero que salió a la calle después de la tormenta. Y, represente o no esa última galerna la guerra de 1812, fue esa guerra la que hizo nacionalistas a los republicanos, primero dogmáticos localistas; fue entonces, y en el proceso mismo, cuando absorbieron el federalismo; fue entonces cuando acabó realmente la historia colonial de América del Norte.

Pero faltaba por realizarse una última independencia americana, la independencia cultural, y ésta se haría también en Nueva Inglaterra: sería la última rebelión de los Maule. Holgrave por eso habita en la *Casa* y asume un papel de joven pensador y artista; de pensador simplemente, no filosofo, de artista de daguerrotipo, no verdadero artista, aunque sus cuadros digan la verdad del sol, pero buen narrador. Es como Hawthorne, quizás ve, con ironía, el movimiento cultural de Nueva Inglaterra, que Holgrave representa -«representante de muchos compañeros de su país natal»-, con su individualismo a ultranza, que es el mismo que proclama Emerson, el mismo de los miembros del «Club Trascendental»; como lo es su desprecio a toda tradición y toda autoridad, su desconfianza de las instituciones y su defensa de un modo de vida utópico, de una vuelta a la naturaleza, que repite las palabras del gran utópico del grupo: Thoreau. Con su inquietud intelectual compartida con el cultivo de la tierra, como los participantes de la experiencia agraria de Brook Farm, en West Roxbury, Massachusetts, experimento de las teorías de Fourier, de esos principios que Holgrave reconoce en las ideas sociales del tío Venner; el joven Holgrave que fue también maestro, porque en el campo de la educación obtuvo aquel grupo sus mayores éxitos y reconocimiento nacional, con sus nuevos conceptos de enseñanza practicados en la Escuela de Brook Farm.

El joven Holgrave, con su ley propia y su propia voz con la que cuenta la historia de su Casa y de su tierra, una voz que conquistaría, en Phoebe, a la joven República americana, que haría suya: la voz de la nueva literatura nacional, la voz del mismo Nathaniel Hawthorne.

IV

[10] *Liberty Tree* fue cortado por las tropas británicas antes de su retirada definitiva de Boston.

[11] El gran experimento de la creación de una república democrática encontró al principio grandes dificultades. Elegidos un Congreso, y un Presidente, sólo una minoría, en su mayor parte urbana, los *federalistas*, deseaban un fuerte Estado nacional, frente al movimiento anti-federalista que apoyaban los pequeños granjeros y los grandes agricultores; esos pequeños granjeros formaban más del noventa por ciento en el censo de 1790. El futuro del tío Venner, «su retiro a la granja», podría estar pues vinculado a ese proceso de reafirmación de un gobierno federal o del triunfo del antifederalismo. (La expresión *Uncle Sam's Farm*, «la granja del tío Sam», significando el territorio de los Estados Unidos, es posterior a la obra de Hawthorne. Aparece escrita por primera vez en 1861, en *Biglow Papers*, de Lowell. Véase, *Dictionary of American English*, Londres, Oxford University Press, 1970, pág. 2.388.)

A diferencia de *La Letra Escarlata*, conocida en España a través de numerosas traducciones, la obra siguiente de Nathaniel Hawthorne, *La Casa de los Siete Tejados*, ha llegado tardíamente al público español. Las únicas traducciones hechas en España que figuran en los catálogos de la Biblioteca Nacional han sido publicadas en Barcelona en 1943, 1945 y 1982. De esas traducciones hemos elegido para esta edición la segunda, la de H. C. Granch, ligeramente modificada con algunas correciones; por parecemos más fiel al original. Como esta traducción omite el prefacio del autor lo hemos tomado de la de P. Elias, de la edición de 1943.

PREFACIO DEL AUTOR

CUANDO un autor dice que ha escrito una ficción[12], no necesita hacer observar que reclama una holgura de movimientos, tanto en su técnica como en sus materiales, que no se creería autorizado a disfrutar si pretendiera escribir una novela. Se presume que ésta debe ser fiel no sólo a lo posible, sino a lo probable en el curso de la experiencia humana. La ficción, como obra de arte, ha de someterse a rígidas leyes y peca imperdonablemente cuando se aparta de la verdad del corazón humano, pero, en cambio, tiene derecho a presentar esa verdad bajo circunstancias elegidas o inventadas por el escritor. Puede éste aumentar o disminuir las luces de la atmósfera ambiente, enriquecer u obscurecer las sombras de su cuadro. Sería prudente, sin duda, usar con moderación de esos privilegios y especialmente mezclar lo maravilloso a lo real como un aroma ligero, delicado y desvanecido, en vez de presentarlo como uno de los ingredientes del plato que ofrece al público. De todos modos, si olvida estas precauciones, no se le podrá acusar de un crimen literario.

En la presente obra, el autor se ha propuesto permanecer siempre dentro del límite de esas inmunidades aunque, afortunadamente, no es él el llamado a juzgar si lo ha conseguido.

Este relato puede considerarse romántico si se tiene en cuenta que intenta relacionar un tiempo pretérito con el presente que se nos está escapando a toda prisa. Es una leyenda que se prolonga desde una época ya enterrada en la distancia hasta nuestro amanecer actual, envuelta en una legendaria bruma que el lector, de acuerdo con su gusto, puede soslayar o permitir que siga flotando casi imperceptiblemente alrededor de las figuras y los sucesos, en gracia a sus efectos de pintoresco. La narración está, quizás, tejida con una trama tan humilde que precisa de esa ayuda y, al mismo tiempo, hace más difícil conseguirla.

Muchos escritores apoyan todo su peso en algún propósito moral definido, hacia el cual pretenden converger toda su obra. Para no hallarse al descubierto, el autor se ha provisto de una moraleja: la verdad de que la mala conducta de una generación sobrevive en las generaciones posteriores, desprovista de sus hipotéticas ventajas accidentales, convirtiéndose en un puro e incontrolable perjuicio. El autor se considerará suficientemente gratificado de sus esfuerzos, si esta ficción logra convencer a la humanidad -aunque sólo sea a un solo hombre- de la locura de volcar una avalancha de oro mal adquirido sobre la cabeza de los desgraciados sucesores, abrumándoles hasta que la masa acumulada de riquezas vuelva a desperdigarse en sus átomos originales. Ha de confesar, sin embargo, con toda buena fe, que no se cree dotado de suficiente imaginación para abrigar la menor esperanza en tal sentido. Cuando las ficciones enseñan realmente algo o producen un efecto eficaz, suele ser a través de un proceso mucho más sutil que el ostensible. El autor considera, pues, que no vale la pena limitar implacablemente la historia con una moraleja como si fuera con un cerco de hierro -o mejor dicho, como si atravesara una mariposa con un alfiler-, privándola así de vida y dándole, a la par, una actitud desgarbada y falsa. Una verdad moral, expuesta con gracia y habilidad, brillando a cada paso y coronando el desenlace de una obra de fantasía, puede añadir, realmente, gloria artística al libro, pero no por ello es más verdad en la última página que en la primera.

El lector intentará, quizás, asignar un escenario real a los imaginarios acontecimientos de esta narración. Si lo hubiera permitido el aspecto histórico del relato -que no por ser ligero es menos esencial en el plan de la obra-, el autor habría evitado de buena gana localizar la acción de su libro. Sin mencionar otros motivos, ello expone la ficción a una crítica excesivamente peligrosa, al poner sus cuadros de fantasía en positivo contacto con las realidades del momento. No se ha propuesto describir costumbres locales, ni mezclarse en modo alguno con las características de una comunidad que aprecia y respeta. Espera que no se le considerará ofensivo por el hecho de abrir una calle que no perjudica ningún interés particular, y de apropiarse de un terreno sin dueño conocido, construyendo en él una casa con los materiales usados desde

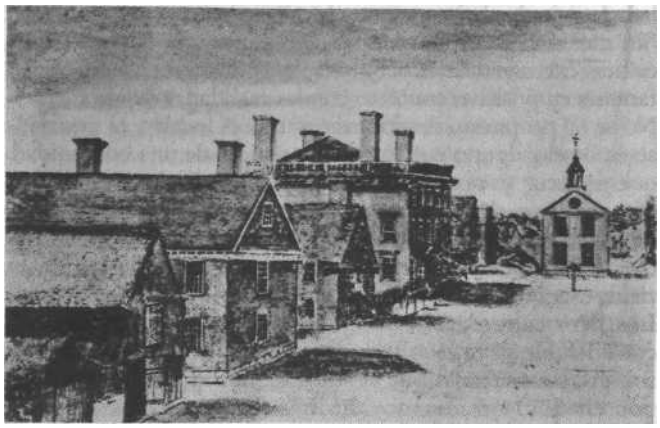
---

[12] Nathaniel Hawthorne dice *Romance* y hace aquí la distinción entre novel y romance, su propio quehacer como escritor de relatos largos. En el Prefacio de *The Scarlet Letter*, *La Letra Escarlata*, había explicado antes su teoría de la creación literaria.

siempre para edificar castillos en el aire. Los personajes de este relato -aunque se vanaglorien de considerable distinción y de larga permanencia en el país- son criaturas creadas por el autor o, en todo caso, amasadas por él. Sus virtudes no añadirán brillo, ni sus defectos descrédito, a la venerable ciudad de que se fingen habitantes. El autor se alegrará, pues, si el lector lee esta obra estrictamente como una ficción relacionada más con las nubes del cielo que con ninguna comarca del verdadero Condado de Essex[13].

Lenox, 17 de enero de 1851.

[13] [N. del TJ Condado del noreste del estado de Massachusetts, cuya capital es Salem.



SALEM, WASHINGTON STREET

Este cuadro de 1765 muestra aún el poste de los azotes en medio de la calle y a la izquierda la escuela de ladrillo cuyo último piso albergó los juicios por brujería. El bisabuelo de Hawthorne presidió los procesos.

CAPÍTULO PRIMERO

LA ANTIGUA FAMILIA PYNCHEON

EN mitad de una callejuela de una ciudad de Nueva Inglaterra[14], se alza una casa de madera, mohosa y carcomida, con siete puntiagudos, tejados[15], de cara a los diyersos puntos de la rosa de los vientos, y, en el centro, una enorme chimenea.

Un olmo de gigantesco tronco, conocido por toda la chiquillería por el nombre del «olmo de los Pyncheon», se yergue frente a la puerta.

---

[14] El capitán John Smith dio el nombre de Nueva Inglaterra a la costa atlántica del norte de América, que exploró en 1614. Abarca el territorio que cubren los actuales estados de Maine, New Hampshire, Vermont, Massachusetts, Rhode Island y Connecticut. Nunca constituyó una unidad política, aunque a mediados del siglo xvn existió la Confederación de Nueva Inglaterra que agrupó por breve tiempo, para su mutua defensa, a las colonias asentadas en este territorio. Viejos establecimientos, en su mayor parte procedentes de Massachusetts, tenían en común el carácter religioso y el deseo de libertad política.

[15] Nathaniel Hawthorne llama a su obra *The House of the Seven Gables*. En el texto original gable no designa simplemente «gablete» o «aguilón», sino cuerpo de edificio rematado individualmente por un tejado a dos vertientes, formando el total lo que el autor llama «una hermandad de edificios». En la traducción que hemos elegido para esta edición, H. C. Granch ha traducido gable por «torre» o «torrecilla». En Cataluña la palabra «torre» tiene el doble significado de edificio y torres, pero, considerando que no es así en el resto de España, hemos preferido traducir gable por «tejado» o, cuando lo exige el texto, «cuerpo de edificio».

En mis visitas a dicha ciudad, rara vez dejo de recorrer la calle Pyncheon, para pasar junto a la sombra de estos .dos restos antiguos: el olmo gigantesco y el edificio vetusto y maltratado por las inclemencias del tiempo.

El aspecto de la venerable mansión siempre me ha afectado como si fuera un rostro humano: ostenta huellas, no sólo de las tempestades, del clima y del sol, sino también, y muy expresivas, del transcurso de la vida mortal y de las consiguientes vicisitudes ocurridas en su interior.

Un relato de tales vicisitudes no carecería de interés ni sería poco instructivo; poseería, además, cierta unidad notable, que hasta pudiera parecer resultado de un «arreglo» artístico.

Pero semejante historia habría de incluir una serie de acontecimientos desarrollados a lo largo de los siglos; y escrita con razonable amplitud, formaría un infolio mayor, o una serie de volúmenes en dozavo, más largos de lo que sería prudente añadir a los anales de Nueva Inglaterra.

En consecuencia, es imperativo prescindir de la mayoría de las tradiciones relativas a la mansión de los Pyncheon, conocida, además, por el nombre de *La Casa de los Siete Tejados*.

Tras un breve bosquejo de las circunstancias de su fundación y una rápida ojeada a su singular aspecto, a medida que se ensombrecía por los vientos del este -señalando, acá y acullá, algunos sitios de musgos más verdoso en los muros y el tejado-, iniciaremos nuestra historia en una época no muy alejada de la actual.

Sin embargo, perdurará una relación con el remoto pasado-una referencia a contecimientos y personajes ya olvidados, y a opiniones casi o totalmente anticuadas que, transmitidas adecuadamente al lector, servirán para explicar cómo muchas cosas antiguas contribuyen a formar las más flamantes novedades de la vida humana.

De aquí, también, podría sacarse una lección del hecho cierto y poco considerado de que la obra de la generación que pasa es el germen de fruto bueno o malo, en un futuro lejano; y que, con la semilla de la cosecha meramente temporal, que los mortales llaman utilidad o conveniencia, siembran algo más perdurable, que puede ensombrecer a su posteridad.

La Casa de los Siete Tejados, a pesar de su aspecto antiguo, no fue el primer edificio levantado por el hombre civilizado en el terreno que actualmente ocupa. La calle Pyncheon llevaba antaño el humilde nombre de Maule, apellido del primer ocupante del terreno, y delante de la puerta de la cabaña era una simple vereda para el ganado.

Una fuente de agua mansa y deliciosa -raro tesoro en aquella diminuta península donde se establecieron por vez primera los puritanos[16]- indujo a Matthew Maule[17] a construir una cabaña de troncos de árbol, en aquel paraje demasiado alejado de lo que a la sazón constituiría el centro de la aldea aquella.

Con el crecimiento del caserío, al cabo de unos treinta o cuarenta años, el lugar ocupado por la cabaña despertó la codicia de un prominente y poderoso personaje que reclamó la propiedad de este terreno y otro adyacente, basándose en la concesión otorgada por los legisladores provinciales.

El coronel Pyncheon[18] -así se llamaba el reclamante- se caracterizaba por una energía férrea, a juzgar por lo que de su recuerdo se conserva.

---

16 El texto dice, *where the Puritan settlement was made*, «donde se asentaron los puritanos» o «donde se hizo el asentamiento puritano». Salem se fundó en 1626, antes que Boston (1630). Anterior es la ciudad de Plymouth (1620), el asentamiento de los «peregrinos» que viajaron en el *Mayflower*.

17 Existe un personaje histórico, Thomas Maule (1645-1724), que Hawthorne puede haber tomado como base de su Matthew Maule y de su hijo, a quien da el hombre de Thomas. Como el padre, el Thomas Maule histórico fue perseguido, no por brujo sino por cuáquero, aunque se le encarceló por defender con sus escritos a las víctimas condenadas por brujería. Como el hijo, el Maule histórico fue arquitecto; fue él quien construyó la primera iglesia cuáquera de Salem, en 1688.

Matthew Maule, por otra parte, aunque humilde, era terco en la defensa de lo que consideraba su derecho; y, durante varios años, logró conservar el acre o dos de tierra que, con el sudor de su frente, arrancara a la selva virgen, para convertirla en su hogar y huerto.

No se conserva ningún testimonio escrito de este pleito; sólo sabemos de él, por la tradición. Sería, por lo tanto, muy audaz y probablemente injusto, aventurar una opinión acerca de sus méritos. De todas formas, se dudó de los derechos del coronel Pyncheon y hubo quien afirmó que fueron indebidamente exagerados con el propósito de que alcanzaran al pequeño terreno de Matthew Maule.

Refuerza esta sospecha el hecho de que este pleito entre dos litigantes desiguales -entablado en una época en que se daba a la influencia personal mayor importancia que en la actualidad- quedó sin decidir hasta el día en que murió el ocupante del terreno en litigio.

Las características de su muerte afectan al espíritu de nuestro tiempo de forma muy distinta de como lo hicieron hace siglo y medio.

Fue una muerte que cubrió de horror el nombre del humilde habitante de la cabaña y que hizo aparecer casi como un acto religioso el pasar el arado sobre el pequeño terreno en que se asentaba su vivienda y borrar para siempre su lugar y su recuerdo de entre los hombres.

El viejo Matthew Maule, en una palabra, fue ejecutado por el delito de brujería.

Fue uno de los mártires que nos demuestran, entre otras cosas, que las clases influyentes y los dirigentes de los pueblos están expuestos a todos los errores característicos de la plebe mas enloquecida.

Clérigos, jueces, estadistas -los hombres más sabios, prudentes, serenos y santos de la época- formaron círculo en torno al patíbulo para aplaudir aquel acto sangriento y para confesar ulteriormente que se habían engañado miserablemente[19].

Si algún aspecto de su conducta merece menos censura que el resto es la singular falta de discriminación con que persiguieron no solamente a los pobres y a los ancianos, como en anteriores matanzas judiciales, sino a gentes de todos los rangos, a sus iguales, hasta a sus hermanos y a sus esposas.

En aquella época de espantoso desorden, nada tiene de particular que un hombre de tan poca importancia como Matthew Maule siguiera la senda del martirio, sin que nadie se fijase en él, entre la multitud de sus compañeros de sufrimiento.

Mas, posteriormente, cuando se hubo calmado la locura de aquella época odiosa, se recordó con cuánto empeño el coronel Pyncheon se había unido al coro general que reclamaba que se limpiara el país de brujos y brujas; y hasta se murmuró que había algo de envidia en el celo con que reclamaba la condena de Matthew Maule.

Era sabido que la víctima había declarado que el coronel le perseguía encarnizadamente para despojarle de su terreno.

En el momento de la ejecución -con la soga al cuello y el coronel Pyncheon montado en su caballo, contemplando ceñudo la escena- Matthew Maule, desde el cadalso, se encaró con él y pronunció una profecía de la cual la historia y las tradiciones relatadas al amor de la lumbre han conservado las palabras.

Señalando con un dedo y con aire sepulcral hacia el rostro impasible de su enemigo, el coronel, dijo el condenado:

---

[18] Pynchon es el nombre de una familia asentada en Nueva Inglaterra desde 1630. William Pynchon ocupó cargos políticos en la colonia de Massachusetts a partir de 1630 y gobernó Connecticut. A su vuelta a Inglaterra en 1652 dejó sus inmensas propiedades de Nueva Inglaterra a su hijo John. El autor ha elegido para sus personajes nombres históricos, aunque ya advierte en el Prefacio que el uso que hace de ello no debe tomarse literalmente.

[19] Las persecuciones, juicios y ejecuciones por brujería de Salem tuvieron lugar en 1692. Nathaniel Hawthorne en diferentes escritos -*The Grandfather's Chair, Alice Doane's Appeal*, «The Custom House», introducción a *The Scarlet Letter*-, se avergüenza de este triste episodio de la historia primitiva de Nueva Inglaterra, del que fueron responsables las autoridades religiosas y civiles, entre las que se encontraba un antepasado suyo, que actuó de juez.

-¡Dios, Dios le dará a beber sangre![20].

Después de la muerte del supuesto brujo, su humilde hogar y su terreno cayeron fácilmente en las garras del coronel Pyncheon.

No obstante, cuando se corrió la voz de que el coronel se proponía construir una mansión familiar -espaciosa, con sólidas vigas de roble y destinada a albergar a muchas generaciones- sobre el lugar donde estaba la cabaña de Matthew Maule, menearon la cabeza los chismosos del pueblo. Sin manifestar la menor duda sobre si el acérrimo puritano había obrado como hombre íntegro y recto, insinuaban, sin embargo, que iba a construir una casa sobre una tumba. Su casa incluiría entre sus paredes la cabaña del brujo muerto y enterrado, dando a su espíritu como una especie de derecho a rondar por las habitaciones en que los futuros novios conducirían a sus desposadas y donde nacerían los hijos de la sangre de los Pyncheon. El terror y la fealdad del crimen de Matthew Maule y la infamia y desventura de su castigo ensombrecerían las paredes recién pintadas dándoles pronto el aroma de una casa vetusta y melancólica.

¿Por qué, pues -habiendo tanto terreno a su alrededor, en los bosques aún vírgenes-, por qué el coronel Pyncheon prefería un terreno ya maldito?

Pero el puritano militar y magistrado no era hombre a quien se podía apartar de la realización de sus planes, ni por el miedo al fantasma del brujo ni por insubstanciales sentimentalismos.

Si le hubieran dicho que el aire era malo, tal vez le hubieran convencido; pero estaba dispuesto a enfrentarse con un fantasma en su propia guarida.

Dotado de sentido común, macizo y duro cual bloque de granito, y de una energía inflexible, siguió adelante con su plan, probablemente sin imaginar siquiera que se pudiera objetar algo contra él.

El coronel, como otras muchas personas de su clase y de su generación, era impermeable a las delicadezas o a los escrúpulos que únicamente una sensibilidad más fina que la suya podía conocer.

Hizo construir, pues, los cimientos de su bodega y de su casa en el recuadro de tierra que Matthew Maule cuarenta años atrás había desbrozado de mato jos y de hierbas.

Fue un hecho extraño y, como algunas gentes pensaron, ominoso, el que, al comenzar las obras, la fuente cercana, ya mencionada, perdiera la frescura y limpidez de su agua. Fuese que las tierras removidas enturbiasen el manantial, fuese por causa más sutil, lo cierto es que el agua de la fuente de Maule, como siguieron llamándola, se volvió áspera y salobre.

Así la encontramos hoy; y las viejas de la vecindad aseguran que produce trastornos intestinales a los que en ella apagan su sed.

Al lector podrá parecerle singular que el maestro carpintero de la nueva casa fuese el propio hijo del hombre de cuyas agarrotadas manos de muerto se arrebató la propiedad.

No es improbable que fuese el mejor obrero en su oficio; quizá el coronel lo juzgó conveniente; quizá, animado por algún buen sentimiento, quiso borrar de este modo toda animosidad contra la familia de su vencido enemigo. Tampoco puede descartarse -teniendo en cuenta la rudeza de la época- la posibilidad de que el hijo quisiera ganarse honradamente unos peniques o, mejor dicho, un buen puñado de libras de las que contenía la bolsa del enemigo mortal de su padre.

El hecho es que Thomas Maule fue el arquitecto de *La Casa de los Siete Tejados*, y que realizó su trabajo tan a conciencia que el armazón, ajustado por sus manos, todavía se mantiene unido y sólido.

Así se construyó la espaciosa casa, cuyo recuerdo es familiar al autor, por haber sido objeto de su curiosidad desde la infancia, como ejemplo de sólida arquitectura de madera y como escenario de sucesos más llenos de interés humano, quizá, que los de un castillo feudal, aunque, en su estado de decadencia, resulta tanto más difícil de imaginar qué aspecto tenía cuando, por vez primera, brilló el sol sobre el edificio concluido.

---

[20] Esas palabras fueron en efecto dirigidas por una condenada a muerte por brujería, Sarah Good, a uno de sus jueces, el clérigo Noyes, que murió tras una hemorragia, según dice la *Historia de Massachusetts* de Thomas Hutchinson, publicada en 1795. Véase «Backgrounds and Sources» en *The House of the Seven Gables*, edición de Seymour L. Gross, Nueva York, Norton, 1967, 328-29.

Su aspecto actual da escasa idea de cómo debió ser hace ciento sesenta años, la mañana en que el magnate puritano invitó a toda la ciudad a la ceremonia de consagración, en la cual había tanto de fiesta como de acto religioso.

Las plegarias y el sermón del reverendo míster Higginson[21] y el salmo entonado por las gargantas de la comunidad entera fueron soportados con alegría gracias a la abundancia de cerveza, sidra, vino y brandy y, según afirman autoridades en la materia, a un buey asado entero o, por lo menos, a la substancia y el peso de un buey servido en forma de cuartos y solomillos. Un ciervo cazado a veinte millas de la ciudad, suministró suficiente material para la vasta circunferencia de un pastel de carne. Un bacalao de sesenta libras, pescado en la bahía, se disolvió en un fastuoso estofado.

La chimenea de la casa nueva, vomitando el humo de su cocina, impregnó la atmósfera de la ciudad de los aromas de carnes, aves y pescados, olorosas hierbas y abundantes cebollas. La fragancia de la fiesta, que acariciaba el olfato, era, a la par, invitación y augurio de buen apetito.

La callejuela de Maule o la calle Pyncheon, como ahora parecía más decoroso llamarla, estaba llena de gente a la hora fijada.

Todo el mundo, al acercarse, levantaba la cabeza para contemplar el imponente edificio que iba a entrar en la categoría de hogar.

Alzábase algo retirado de la calle, pero no con modestia, sino con orgullo. Su fachada ostentaba fantásticas figuras que, por lo grotesco, parecían concebidas por una imaginación gótica, dibujadas en el brillante enlucido de cal, guijarros y trocitos de vidrio.

Los siete tejados apuntaban hacia el cielo, presentando el aspecto de una verdadera hermandad de edificios que respirasen por una gran chimenea.

Las numerosas celosías, con sus cristales romboidales, dejaban penetrar la luz en el vestíbulo y en las estancias; mientras que el segundo piso, saliente con respecto al primero y hundido a su vez respecto al tercero, arrojaba una sombra en los cuartos inferiores.

Gruesas bolas de madera parecían sostener los pisos salientes. Espirales de hierro remataban los tejados. En la porción triangular de la torre que daba a la fachada principal había un reloj, colocado aquella misma mañana, y en el que el sol marcaba con sus brillantes rayos el paso de la primera hora de una historia que no estaba destinada a ser tan brillante.

Por los aledaños de la casa había esparcidas virutas, ladrillos rotos, cascajos y trozos de tablones, contribuyendo con su presencia y la de la tierra removida a dar una sensación de cosa extraña y flamante, propia de un edificio que va a ingresar en el número de intereses cotidianos de los hombres.

La puerta principal, casi tan ancha como la de una iglesia, se hallaba en el ángulo formado por los dos cuerpos de edificio frontales y la protegía un porche descubierto, bajo el cual se veían algunos bancos.

Restregándose los pies en el umbral, virgen de toda huella humana, los clérigos, los magistrados, los diáconos y la aristocracia de la ciudad del condado se apresuraban a entrar. Entre ellos iban plebeyos en gran número y tan libremente como los anteriores.

Junto a la puerta dos criados indicaban a los invitados el camino de la cocina o del salón, según fueran de una u otra clase.

Esos criados escudriñaban a todo el mundo con ojos expertos. Trajes de rico terciopelo negro, pelucas lisas y bordados guantes, barbas venerables, el aire autoritario, todo, en conjunto, distinguía a los caballeros de calidad, de los comerciantes que andaban con aire trafagoso y de los jornaleros vestidos con chaquetín de cuero. Muchos de los últimos entraban en la casa que habían ayúcfado a edificar.

---

[21] Higginson es también el nombre de una familia de clérigos de la época de los asentamientos. Francis Higginson, que fue maestro de Salem, emigró a Nueva Inglaterra en 1629 y escribió sus experiencias en *New England Plantation*. John Higginson, que por vivir en la época en que comienza el relato (murió en 1708) se ha tomado como el reverendo Higginson de la narración, fue pastor de la iglesia de Salem, famoso por su intransigencia respecto a los cuáqueros.

Una circunstancia de mal augurio provocó el desagrado, difícilmente disimulado, de los visitantes más puntillosos. El fundador de aquella lujosa mansión -un caballero que se hacía notar por la grave cortesía en su porte- hubiera debido hallarse en el vestíbulo, para dar la bienvenida a los eminentes personajes que le honraban con su asistencia a la solemne fiesta y, sin embargo, no se le veía por ninguna parte.

La tardanza del coronel Pyncheon se hizo más notoria cuando el segundo dignatario de la provincia se presentó y no encontró a nadie que saliera a recibirle. El subgobernador, cuya visita era una de las glorias de la fiesta, saltó del caballo, ayudó a su esposa a apearse del suyo y atravesó el umbral de la casa del coronel sin recibir otro saludo que el del mayordomo.

Éste -un hombre de barbas grises y modales respetuosos- explicó que el señor seguía aún en su gabinete privado, al entrar en el cual, una hora antes, había indicado que no se le molestase por ningún motivo.

-¿No te das cuenta -murmuró el sheriff al oído del mayordomo- de que se trata nada menos que del subgobernador? Llama en seguida al coronel Pyncheon. Sé que esta mañana ha recibido cartas de Inglaterra y puede que leyéndolas se le haya pasado el tiempo sin darse cuenta. Pero se enojará si no le llamas para recibir al subgobernador, que es como si dijéramos al representante del rey Guillermo[22]. Llama a tu señor al instante.

-¿Cree Vuestra Señoría que debo hacerlo? -balbuceó el criado perplejo, con un temor que demostraba el severo carácter de la organización doméstica del coronel Pyncheon-. Las órdenes de mi señor fueron rígidas y ya sabe Vuestra Señoría que no permite ninguna iniciativa en la servidumbre. ¡Ay del que abra una puerta sin permiso! No me atrevería a hacerlo ni que me lo mandara el propio gobernador..

-¡Bah, bah! ¡Eh, sheriff! -gritó el subgobernador, que había escuchado la conversación-. Yo mismo me ocuparé del caso. Ya es hora de que el coronel acuda a recibir a sus amigos... de lo contrario podemos sospechar que ha tomado un sorbo de más de su vino de Canarias, al escoger el mejor tonel para este día... Ya que se retrasa, iré a recordarle la hora que es...

Dirigióse hacia la puerta que le señaló el criado, pisando tan recio con sus botas de montar, que debió oírse el taconeo en el más apartado de los siete cuerpos del edificio, y llamó fuertemente en uno de los paneles. Luego, mirando sonriente a su alrededor, esperó la respuesta. Como no la obtuvo, volvió a llamar, con idéntico resultado negativo. Y como era hombre de temperamento colérico, con el puño de su espada golpeó en la puerta con tanta fuerza que alguien murmuró que podía haber despertado a los muertos. Pero no despertó al coronel Pyncheon Apagado el eco de los golpes, reinó en toda la casa un hondo silencio, opresivo y desconcertante, a pesar de que unas cuantas copas de vino habían desatado las lenguas de muchos invitados.

-¡Muy extraño, muy extraño! -comentó el subgobernador, cuya sonrisa se vio substituida por un ceño-. En vista de que nuestro anfitrión nos da el ejemplo de olvidar la etiqueta, yo le imitaré y entraré en su gabinete sin esperar su permiso.

Empujó la puerta, que cedió bajo su mano y se abrió de súbito por efecto de una ráfaga de viento que pasó como un suspiro por todas las estancias de la casa nueva, haciendo crujir los vestidos de seda de las damas, temblar los rizos de las pelucas de los caballeros y ondear los cortinajes de las ventanas. Todo el mundo se estremeció y calló, de miedo y de temerosa anticipación, nadie sabía de qué ni por qué.

En la impaciencia de su curiosidad, se lanzaron en tropel hacia la puerta abierta, empujando al subgobernador.

A primera vista, el cuarto no ofrecía nada de particular: era una habitación bien amueblada, de moderadas dimensiones, sombreada por espesos cortinajes. Varios estantes de libros en las paredes, un gran mapa y el retrato del coronel Pyncheon, debajo del cual se hallaba el coronel en persona, sentado en un sillón de roble y sosteniendo una pluma en la mano. Ante él, encima de la mesa, pergaminos, cartas y hojas de papel.

El coronel parecía mirar al curioso grupo que se aglomeraba en la entrada de su despacho. En su frente se veía un ceño airado, resentimiento quizás, ante la audacia de los intrusos que iban a molestarle en su retiro.

[22] Guillermo III, rey de Inglaterra de 1689 a 1702.

Un chiquillo -el nieto del coronel, único ser humano que se atrevía a familiarizar con él- abrióse paso entre los convidados y corrió hacia la figura sentada, pero se detuvo a medio camino y lanzó un chillido de terror.

Los invitados, temblando como las hojas de un árbol, se acercaron y vieron algo anormal en la fija mirada del coronel Pyncheon. Su gorguera y su canosa barba estaban manchadas de sangre. Era demasiado tarde para prestarle ayuda. El puritano de corazón férreo, el infatigable perseguidor, el codicioso y voluntarioso coronel, estaba muerto. ¡Muerto en su casa nueva!

Una tradición, que vale la pena de citar, solamente por el matiz de supersticioso terror que añade a la escena, ya de por sí bastante tétrica, afirma que una voz se levantó de entre la gente, una voz que sonaba como la de Matthew Maule, el brujo ejecutado. Y que esa voz gritó:

-¡Dios le ha hecho beber sangre!

Así, antes que nadie, el huésped que visita todas las moradas humanas, la muerte, franqueó el umbral de *La Casa de los Siete Tejados*.

El repentino y misterioso fallecimiento del coronel Pyncheon causó gran sensación. Se murmuró -esos rumores han llegado hasta nuestros días- que en el caso había trazas de violencia, que en el cuello del coronel se veían marcas de dedos y la huella de una mano ensangrentada en la blanca gorguera.

La aguda barba cana aparecía revuelta, como si hubiese sido mesada y hubiesen tirado de ella violentamente. Se afirmó que la ventana más próxima al cadáver del coronel estaba abierta y que pocos instantes antes del momento fatal se había visto a un hombre saltando la valla del jardín.

Pero sería una locura conceder importancia a historias de esas, que siempre salen a luz alrededor de casos parecidos y se prolongan durante largos años, igual que las setas venenosas señalan el lugar que ocupó un tronco convertido desde entonces en polvo y tierra.

Por nuestra parte, les damos tan poco crédito como a esa otra fábula, según la cual, el subgobernador vio el esqueleto de una mano apretando la garganta del coronel, y que se desvaneció al acercarse al cadáver.

Lo que puede afirmarse es que hubo una consulta de doctores alrededor del cuerpo muerto. Uno de ellos -llamado John Swinnerton y hombre eminente- opinó que se trataba de un caso de apoplejía. Sus colegas sostuvieron distintas hipótesis, más o menos plausibles, todas expresadas con frases tan misteriosas que si no muestran la perplejidad de los médicos, la provocan en el profano que las escucha. El jurado que acompañaba al Juez, y que estaba formado por hombres difícilmente impresionables, dio un veredicto de «muerte repentina».

Es difícil imaginar que haya podido existir una sospecha de asesinato fundada en algo sólido, algo que permitiera señalar a alguien como autor. El rango, la riqueza y la eminencia del muerto debieran haber disipado toda circunstancia ambigua. Como no se conserva memoria de ninguna, cabe suponer que no existió. La tradición a veces pone de relieve verdades que pasan inadvertidas a la historia, que, en general, se limitan a reproducir chismes de viejas, de las que antes se contaban junto al hogar y ahora se divulgan en la prensa.

En el entierro del coronel Pyncheon, el sermón corrió a cargo del reverendo míster Higginson. Este panegírico, que puede leerse aún, enumera, entre las muchas dichas que acompañaron la vida del difunto, la dicha suprema de morir en momento oportuno: sus deberes cumplidos, conseguida la mayor prosperidad, su familia establecida sobre sólidas bases, con un firme techo bajo el cual guarecerse en los siglos venideros... ¿qué escalón podía aún subir el noble caballero, aparte del escalón final que lleva a las doradas puertas del Paraíso? No cabe duda de que el piadoso clérigo no hubiera pronunciado semejantes palabras de haber sospechado que el coronel había sido enviado violentamente al otro mundo. La familia Pyncheon, en la época de la muerte del coronel, parecía destinada a disfrutar de posición tan sólida y permanente como lo permite la inestabilidad de los asuntos humanos. Era de prever que el curso del tiempo más aumentaría que destruiría su prosperidad. El hijo del coronel entró en posesión de una rica hacienda, aparte de unos terrenos en litigio y extensos territorios inexplorados en el este, donde vivían los indios...

Estas posesiones comprendían la mayor parte de lo que es hoy el condado de Waldo, en el estado de Maine, más extenso que muchos ducados y hasta que algún reino de Europa.

Cuando la selva no hollada diera paso a la fertilidad del cultivo humano -cosa que sucedería inevitablemente-, sería fuente de incalculable riqueza para la familia Pyncheon. De sobrevivir el coronel unas semanas más, es probable que su gran influencia política y sus poderosas relaciones hubieran conseguido que le fueran concedidos aquellos terrenos.

Pero, a pesar de la elocuencia panegírica del buen míster Higginson, el coronel, pese a su sagacidad, dejó muchos cabos por atar en aquel asunto. Murió demasiado pronto. Su hijo carecía no sólo de la eminente posición del padre, sino también de la energía y del talento necesario para llevar a feliz término la reclamación. Le faltaron sus influencias políticas; y la justicia de su causa no resultaba tan clara después de la muerte del coronel como lo fue en su vida. Algún eslabón de la cadena se había roto y no se le encontraba por ninguna parte.

Los Pyncheon hicieron múltiples esfuerzos, a lo largo de los cien años siguientes, para obtener lo que ellos se obstinaban en considerar su derecho. Pero en el curso de aquel tiempo el territorio en cuestión fue concedido a otras gentes que lo desbrozaron y cultivaron. Si los actuales ocupantes oyeran hablar de los derechos de los Pyncheon, se reirían de que hubiese personas que, basándose en viejos pergaminos, reclamaran las tierras que ellos o sus antecesores arrancaron a la selva.

Esta impalpable reclamación alimentó de generación en generación un absurda ilusión sobre la importancia de la familia, que nunca dejó de caracterizar a los Pyncheon.

Hasta los miembros más pobres de la estirpe sentían como si heredasen una especie de nobleza y estuvieran a punto de entrar en posesión de fortunas principescas.

En los mejores ejemplares de aquella sangre, esa esperanza era como una gracia que les ayudaba a soportar los rigores de la vida humana. En los ejemplares inferiores, aumentaba la tendencia a la indolencia, induciendo a la víctima de aquella esperanza a no esforzarse mientras aguardaba la realización de sus sueños.

Muchos años después -ya olvidado el litigio por las gentes- los Pyncheon aún consultaban el antiguo mapa del coronel, trazado cuando el condado de Waldo era aún un terreno inexplorado. Donde el antiguo cartógrafo puso bosques, lagos y ríos, marcaban los espacios cultivados, las aldeas y ciudades que surgían, calculando el aumento progresivo del valor del territorio, con la esperanza de que algún día sería para ellos como una especie de principado.

Casi en cada generación había algún descendiente dotado de la energía, la agudeza y el sentido práctico que tanto distinguieron al fundador de la casa. A través de esos miembros mejor dotados se podía ver, algo diluido, es cierto, como si el coronel poseyera una intermitente inmortalidad en este mundo.

En dos o tres épocas, cuando la fortuna de la familia estaba en decadencia, esas cualidades hereditarias, representativas de los Pyncheon, se manifestaron e hicieron decir a los chismosos de la ciudad:

-¡He aquí el viejo Pyncheon resucitado! La Casa de los Siete Tejados volverá a prosperar...

De padres a hijos se apegaron a la mansión ancestral con singular tenacidad doméstica.

Por varias razones, no obstante, y por impresiones demasiado vagas para ponerlas en el papel, muchos, si no la mayoría de los poseedores de aquella casa, llegaron a dudar de su derecho a detentarla.

Sobre el aspecto legal no había problema, pero es de temer que la imagen de Matthew Maule se había hincado profundamente en la conciencia de más de un Pyncheon. Si es así, nos queda la desagradable duda de si cada heredero de la propiedad -consciente de su error y sin atreverse a rectificarlo- no se hizo solidario de la gran culpa de su antecesor e incurrió en las mismas responsabilidades...

Y suponiendo que ese fuese el caso, ¿no sería más acertado decir que los Pyncheon heredaron un gran infortunio, en vez de afirmar lo contrario?

Ya hemos indicado que no nos proponemos trazar la historia de la familia Pyncheon en su nunca interrumpida relación con La Casa de los Siete Tejados, ni mostrar, como en un cuadro mágico, la influencia del tiempo en el venerable edificio.

Solía haber en una de las estancias un ancho y empañado espejo que, según se afirma, conservaba, en su profundidad, todas las figuras que reflejó a lo largo de los años: el viejo coronel y sus numerosos descendientes, unos en la adolescencia, otros en todo el esplendor de la belleza femenina, o la virilidad juvenil, y otros, por último, entristecidos por las arrugas de la vejez. Si poseyéramos el secreto del espejo, nos sentaríamos frente a él y luego trasladaríamos sus revelaciones a estas páginas.

Existe una leyenda, a la que parece difícil encontrar fundamento, según la cual los sucesores de Matthew Maule tenían alguna relación con el misterio del espejo, que, por lo que parece ser un fenómeno de hechicería, ellos solos podían revivir las imágenes de los Pyncheon alojadas en el fondo del espejo, no como se mostraron al mundo en sus momentos felices, sino cuando cometieron una mala acción o en el momento más amargo de su vida. No se olvidó la leyenda acerca del viejo Pyncheon y del brujo Maule. La maldición lanzada por éste desde el patíbulo era recordada frecuentemente, con la adición de que se había convertido en una parte de la herencia de los Pyncheon.

Si uno de la familia carraspeaba, siempre se hallaba alguien para comentar, medio en serio medio en broma:

-Se le atraganta la sangre de Maule.

La repentina muerte de un Pyncheon, hace un siglo, en circunstancias muy semejantes a las que rodearon el fin del coronel, aumentó los visos de probabilidad de la creencia popular.

Fue considerado mal presagio que el retrato del coronel, de acuerdo con lo que éste disponía en su testamento, siguiera colgado de la pared desde que contempló la muerte de su modelo.

Aquellas torvas y austeras facciones simbolizaban una influencia maléfica, mezclando la sombra de su mirada con el sol de la ventana e impidiendo que ningún buen pensamiento o propósito pudiera nacer bajo su inspiración.

El que reflexione, no nos tildará de supersticiosos si afirmamos que el espíritu de un antecesor -quizás como parte de su propio castigo- se ve frecuentemente condenado a ser el espíritu malo de su familia.

Los Pyncheon, en resumen, sufrieron durante dos siglos menos vicisitudes que la mayor parte de las familias de Nueva Inglaterra durante el mismo lapso de tiempo. Poseían rasgos propios, muy marcados, sin que por esto dejaran de adquirir las características de la comunidad en que vivían; una ciudad notable por la frugalidad, discreción y orden de sus habitantes, que se distinguían por su apego al hogar y por el limitado campo de sus simpatías.

En esa ciudad, sin embargo, existían individualidades fuertes o excéntricas y a veces ocurrían en ella sucesos más extraños que en otras partes. Durante la revolución[23], los Pyncheon se mantuvieron fieles al rey y buscaron refugio en el Canadá; pero luego, arrepentidos, reaparecieron a tiempo para evitar que les confiscasen La Casa de los Siete Tejados.

En los últimos treinta años, el acontecimiento más notable fue, a la vez, la peor calamidad sufrida por la familia: la muerte violenta de uno de sus miembros a mano de otro del mismo apellido.

Ciertas circunstancias que rodearon el hecho señalaron como autor a un sobrino del Pyncheon muerto. El joven fue juzgado y declarado culpable del crimen, pero la naturaleza de las pruebas y alguna duda de los jueces fueron la causa de que se le conmutara la pena de muerte por la de cadena perpetua. También contribuyó a ello la respetabilidad e influencia de los parientes del criminal.

El triste suceso ocurrió unos treinta y pico años antes de comenzar la acción de nuestra historia. Más tarde, corrieron rumores -que pocos creyeron y sólo a una o dos personas interesaron- de que aquel hombre enterrado desde hacía tanto tiempo estaba a punto de ser sacado de su tumba viviente.

Es preciso decir algunas cosas referentes a la víctima de aquel crimen casi olvidado. Era un viejo solterón, poseedor de considerable fortuna, aparte de la hacienda de los Pyncheon. De carácter excéntrico y melancólico, aficionado a escudriñar viejos recuerdos y a escuchar leyendas, dedujo que Matthew Maule, el brujo, había sido despojado de su hogar, si no de su vida. Siendo así, detentaba el fruto de un despojo, manchado de sangre. Se le presentó, pues, la cuestión de si no era deber suyo, aunque fuese con retraso, restituir sus bienes a los descendientes de Maule.

Para un hombre que vivía tanto en el pasado y tan poco en el presente, siglo y medio no le parecía lapso de tiempo suficiente para relevarle de la obligación de reparar el mal hecho por sus antecesores.

Los que le conocian bien creían que habría tomado la singular decisión de dejar La Casa de los Siete Tejados a los sucesores de Matthew Maule, de no ser por la violenta oposición que este proyecto encontró en toda la familia Pyncheon.

Suspendió la ejecución de su propósito, pero se temió que llevase a cabo después de muerto, por medio del testamento, lo que no le dejaron hacer en vida.

Sin embargo, no hay nada que el hombre haga tan raramente como legar su propiedad a gentes de otra sangre. Se puede apreciar a los amigos más que a los parientes, incluso abrigar contra éstos un odio feroz, pero a la hora de la muerte predomina el fuerte prejuicio del parentesco y el testador deja su fortuna de acuerdo con costumbres tan inmemoriales que llegan a parecer naturales. En los Pyncheon, ese sentimiento

---

[23] Se refiere a la revolución que precedió a la independencia americana, declarada en 1776 y reconocida por Inglaterra en el Tratado de París de 1783. Nueva Inglaterra tuvo un papel primordial en la insurrección y en la lucha revolucionaria.

tenía la fuerza de una enfermedad. Fue más poderoso que los escrúpulos de conciencia del viejo solterón, a cuya muerte la casa y la mayor parte de la fortuna pasaron a poder de su sucesor legal.

Era éste un sobrino, primo del desdichado que fue condenado por el asesinato de su tío. El heredero era un joven disipado, pero, al entrar en posesión de la fortuna familiar, se reformó y convirtió en un respetable miembro de la sociedad. De hecho, estaba dotado de las cualidades características de los Pyncheon y ocupó puestos más eminentes que cualquiera de los de su familia desde los tiempos del puritano coronel. En la adolescencia, decidióse al estudio de las leyes y, como sentía vocación por la abogacía, llegó a ocupar ciertos cargos en la administración de justicia, de cuyo periodo le quedó el imponente título de juez.

Se dedicó luego a la política, fue diputado y senador. El juez Pyncheon era un honor para la familia. Mandó construir una casa de campo a pocas millas de la ciudad, donde pasaba el tiempo que no consagraba al bien público, dedicado al ejercicio de toda clase de virtudes, comportándose como un buen cristiano, buen ciudadano, buen horticultor y excelente caballero. Esto aseguró a sus lectores un diario de la ciudad en vísperas de elecciones.

Quedaban pocos Pyncheon para brillar al resplandor de la prosperidad del juez. La estirpe seguía una tendencia natural a extinguirse. Los únicos miembros de la familia eran: el propio juez y un hijo suyo que se hallaba viajando por Europa; el sobrino condenado a treinta años, y su hermana, que vivía retirada en La Casa de los Siete Tejados, gracias al usufructo que le dejó el viejo solterón. Dábase por supuesto que era muy pobre y que no deseaba salir de su pobreza, pues su influyente primo, el juez, le había ofrecido repetidas veces todas las comodidades de la vida, ya en la vieja mansión, ya en su moderna residencia campestre.

El último y más joven de los Pyncheon era una muchacha de diecisiete años, hija de otro primo del juez, casado con una mujer sin posición ni fortuna. El padre de esta chica murió joven y la viuda volvió a casarse.

En cuanto a la descendencia de Matthew Maule, se la suponía extinguida. Durante un largo periodo, los Maule siguieron viviendo en la ciudad donde su progenitor fue injustamente ajusticiado.

Según todas las apariencias, fueron gentes honradas y pacíficas, que no sentían el menor odio contra nadie por el daño que les habían causado.

Si en las horas de asueto, junto al fuego, se transmitían algún sentimiento hostil por la suerte del brujo y por la pérdida de su patrimonio, jamás lo demostraron.

Nada tendría de particular que hubieran olvidado que los cimientos de La Casa de los Siete Tejados descansaban sobre un terreno que les pertenecía.

Hay algo tan estable, macizo e imponente en las apariencias de los rangos establecidos y de las grandes fortunas, que su simple existencia ya parece darles derecho a existir o por lo menos una imitación tan excelente de ese derecho que son pocos los hombres humildes y pobres que poseen fuerza moral suficiente para ponerlos en duda.

Los Maule guardaron siempre sus resentimientos en lo más hondo. Eran gente pobre y plebeya. Trabajaban con diligencia como artesanos, como descargadores en los muelles o como marineros. Vivían en casas alquiladas y pasaban los últimos días de su vida en los asilos de los pobres. Finalmente, después de arrastrarse a lo largo de aquel charco oscuro que para ellos fue la vida, se sumergieron en el pasado que es, tarde o temprano, el destino de todas las familias, principescas o plebeyas. Al cabo de treinta años, no se conservaba vestigio alguno de los descendientes de Matthew Maule ni en losas de tumbas ni en el registro, ni en el recuerdo de los hombres. Su sangre podía existir en alguna otra parte, pero aquí, desde donde podemos seguir su mansa corriente hasta el origen, había cesado de manar.

Donde se encontraba algún Maule, se destacaba -no llamativamente, no con señales evidentes, sino por algo que se sentía aunque no podía expresarse- por un hereditario carácter de reserva. Sus compañeros, o los que intentaban serlo, se daban cuenta de que estaban rodeados de un círculo de cuya santidad o hechizo, a despecho de su exterior de franqueza y sociabilidad, era imposible pisar.

Quizá esta indefinible característica, al aislarles de la ayuda humana, les hizo siempre tan desgraciados. En todo caso, prolongó los sentimientos de repugnancia y supersticioso terror con que los habitantes de la ciudad, aun después de calmado el frenesí de persecución, seguían mirando cuanto se refería a los brujos.

El manto, mejor dicho la capa harapienta del viejo Matthew Maule, cayó sobre los hombros de sus hijos. Hubo quien creyó que habían heredado, además, misteriosos atributos y se afirmaba que los ojos de los Maule poseían extraño poder. Entre otras propiedades y privilegios inútiles, les asignaron el de ejercer honda

influencia sobre los sueños de las gentes. Si esas leyendas fueron ciertas, los Pyncheon, con toda su altivez, no serían más que siervos de los Maule apenas entraran en el trastocado mundo de los sueños.

Dos o tres párrafos descriptivos del aspecto actual de La Casa de los Siete Tejados podrían dar fin a este capítulo preliminar. La calle en que se levanta la venerable mansión ya que no pertenece al barrio distinguido de la ciudad, está rodeada de edificios modernos, pero bajos, de madera y vulgares. En cada uno de ellos, sin duda, puede latir la historia entera de la existencia humana, pero sin la apariencia pintoresca que atrae la imaginación o la simpatía.

En cuanto al viejo caserón de nuestra historia, sus andamiajes de roble, sus tablas, su resquebrajado enlucido, su enorme chimenea, constituyen la parte menor y más despreciable de su realidad. Han pasado por él tantas experiencias humanas y tan variadas, se ha sufrido tanto y también disfrutado entre sus paredes, que las mismas maderas de la casa rezuman algo así como la humedad de un corazón. Como un gran corazón humano, con su vida peculiar, llena de ricas y sombrías reminiscencias.

La sombra proyectada por el saliente del segundo piso da a la casa una apariencia meditabunda que hace que no se pueda pasar frente a ella sin pensar que debe guardar extraños secretos y una terrible historia.

Frente a la casa, junto a la esquina sin pavimentar, se alza el gigantesco olmo de los Pyncheon, plantado por un biznieto del primer Pyncheon y aunque tiene ochenta años o quizá es centenario, todavía está fuerte, da sombra a todo lo ancho de la calle, descuella por encima de los siete tejados y barre el negro tejado con su follaje. Embellece el vetusto edificio, pareciendo convertirle en una parte de la naturaleza. Hace cuarenta años se ensanchó la calle y la fachada de la casa quedó al nivel de las demás.

Una vieja celosía deja entrever un patio cubierto de hierba y, en los ángulos de la casa, bardanas de hojas por lo menos de dos o tres pies de largo. Detrás de la casa, un jardín, invadido por vallas y saledizos de otros edificios contiguos.

Sería omisión trivial, pero imperdonable, no mencionar el musgo que cubre los tejadillos de las ventanas y los resquicios del tejado. No hemos de olvidarnos de llamar la atención del lector sobre unas matas floridas que cuelgan en el aire, en el hueco entre los aguilones, cerca de la chimenea. Las llaman los ramilletes de Alice porque, según la tradición, una Alice Pyncheon arrojó allí las semillas, que germinaron en el limo formado por el polvo y el desgaste de los troncos, y florecieron cuando ya Alice estaba enterrada.

Vinieran como vinieran aquellas flores, es agradable observar que la naturaleza adoptó la desolada y ruinosa casa de los Pyncheon, y que el verano siempre se esfuerza en alegrarla con la tierna belleza de las flores y acaba poniéndose melancólico al ver la inutilidad de su intento.

Hay otro rasgo esencial, pero tememos que perjudique la impresión pintoresca y romántica que hemos querido arrancar del respetable edificio.

Al pie del cuerpo de la fachada, bajo la protección del saledizo del primer piso y junto a la calle, en la mitad superior de una puerta de tienda, partida horizontalmente, se abre un escaparate cuadrado.

Esta puerta de tienda ha sido causa de no pocas mortificaciones para el actual ocupante de la augusta casa de los Pyncheon, igual que para algunos dé sus predecesores. Asunto desagradable y delicado de tratar. Pero ya que es preciso poner al lector en el secreto, diremos que hace cosa de un siglo el jefe de los Pyncheon se vio envuelto en serias dificultades financieras.

En realidad, aquel tipo -caballero solía llamarse a sí mismo- era un espurio, y en vez de solicitar algún empleo o cargo al rey o al gobernador, o de dar prisas para que se resolviera su reclamación de las tierras orientales, no encontró más recurso para procurarse dinero que abrir una puerta de tienda en la fachada de su residencia ancestral.

Era costumbre que los mercaderes almacenaran sus mercancías y tratasen de negocios en su propio hogar. Pero había algo de mezquino y pequeño en la manera en que aquel Pyncheon quiso establecerse en el comercio. Se decía que con sus propias manos daba la vuelta hasta a un chelín y probaba por dos veces la calidad de los medios peniques. No había duda de que por sus venas corría sangre de chalán, aunque se ignoraba por qué camino llegó a ellas.

Inmediatamente después de su muerte, la puerta de la tienda fue cerrada y atrancada y probablemente no volvió a abrirse hasta el periodo en que se inicia nuestra historia. El viejo mostrador y los estantes de la tienda seguían tal cual los dejó el avariento comerciante. Murmurábase que el viejo tendero, con peluca blanca, casaca de mustio terciopelo y mandil en la cintura, podía ser visto por las hendeduras de la puerta, cualquier noche del año, hurgando en la gaveta del dinero o escudriñando las sucias páginas del libro diario.

Por la aflicción de su rostro se deducía que su destino era pasarse la eternidad en un vano esfuerzo para hacer balance.

Y ahora -de una manera muy humilde- vamos a iniciar nuestro relato.

CAPÍTULO II

EL PEQUEÑO ESCAPARATE

FALTABA media hora para salir el sol cuando miss Hepzibah Pyncheon no diremos que despertó -quedan dudas sobre si la pobre dama pegó los ojos durante aquella corta noche de verano-, pero sí que se levantó de su lecho y comenzó lo que sería mofa llamar el adorno de su persona. Lejos de nosotros la indecente idea de querer asistir, ni siquiera en imaginación, a los manejos de tocador de la solterona.

Nuestra historia, pues, tiene que esperar a míss Hepzibah en el umbral de su dormitorio, contentándose con afirmar que del pecho de la dama salían suspiros cuya lúgubre profundidad y fuerza no se veía limitada por el temor de que alguien pudiera oírlos a no ser un oyente incorpóreo.

La vieja solterona estaba sola en la vetusta casa. Sola, si no tenemos en cuenta a cierto respetable y ordenado joven, un artista del daguerrotipo, que desde hacía tres meses se alojaba en una remota buhardilla -casi tan grande por sí sola como una casa-, separada del resto de la mansión por innumerables puertas bien atrancadas.

Así, pues, los borrascosos suspiros de la pobre miss Hepzibah no corrían el riesgo de que alguien los oyese. Inaudibles eran también los crujidos de las articulaciones de sus pobres rodillas al hincarlas al lado de la cama. Inaudible, asimismo, para todo oído mortal -pero escuchada sin duda por el inmenso amor de los cielos- fue su plegaria, casi agónica, murmurada a trechos, a trechos gruñida y a trechos callada, pidiendo la ayuda divina para el día que iba a empezar.

Evidentemente, aquél iba a ser un día de prueba para miss Hepzibah, que durante un cuarto de siglo había vivido en estrecha reclusión, sin tomar parte en los negocios de la vida, en el teatro social ni en los placeres... La aletargada dama no rezaría con tanto fervor si aquella jornada tuviese que contar como uno más de los fríos, húmedos y monótonos días sin sol que formaban el ayer.

Las devociones de la solterona han terminado. ¿Pisará por fin el umbral de nuestra historia? Todavía no. Primero ha de abrir los cajones de la alta cómoda antigua, en una sucesión de espasmódicas sacudidas y luego ha de cerrarlos con la misma torpe impaciencia.

Se oye un frufrú de sedas, un ir y venir a través del cuarto. Sospechamos que miss Hepzibah se ha subido a una silla para contemplarse mejor en el empañado espejo del tocador. ¡Es verdad! ¿Quién lo diría? ¡Qué manera de perder ese tiempo tan precioso recomponiéndose y embelleciéndose una vieja que jamás ha salido de la ciudad, que nunca recibe visitas, y de la cual, aun retocada y emperifollada, lo más piadoso es apartar los ojos!

Ya casi está lista. Démosle aún otra pausa, pues la dedica a sus sentimientos, o, mejor dicho, a la pasión más fuerte de su vida, hecha más intensa por la pena y la reclusión.

Oímos el rumor de una llave al girar, abriendo un cajón secreto del escritorio. La dama está, con toda seguridad, contemplando una miniatura hecha con el mejor estilo de Malbone y que representa un rostro digno de tales pinceles...

Una vez tuvimos la buena suerte de ver ese retrato. Es un hombre joven, de mirada soñadora y traje muy pasado de moda. Tiene labios llenos y tiernos, que se adaptan muy bien a los hermosos ojos que más que capacidad de pensar indican emociones voluptuosas y amables. No tenemos derecho a preguntar nada sobre el poseedor de estos rasgos. Es un hombre destinado a abrirse paso y ser feliz en este mundo. ¿Fue un enamorado de miss Hepzibah, cuando joven? No, nunca ha tenido amores, la pobre... ¿Cómo iba a tenerlos? Ni siquiera ha tenido ocasión de saber por experiencia, técnicamente, la palabra amor. Sin embargo, su inquebrantable fe y confianza, su fresco recuerdo, su continua devoción a esa miniatura han sido el único alimento del corazón de miss Hepzibah.

Parece que ha guardado de nuevo la miniatura y está otra vez frente al espejo. Hay en sus ojos unas lágrimas que secar. Unos pasos de aquí para allá, y por fin -con un escalofrío y un suspiro como una ráfaga que saliera de una cripta cuya puerta está entreabierta-, por fin miss Hepzibah Pyncheon cruza el umbral y

avanza por el obscuro pasillo. Una alta figura vestida de seda negra, con la cintura apretada, busca en la negrura los primeros peldaños de la escalera, como una persona a la cual contemplan desde cerca...

El sol, entretanto, se acerca más y más al horizonte. Unas nubes que flotan a lo lejos recogen los primeros rayos y los reflejan en las ventanas de todas las casas de la calle, sin olvidarse de La Casa de los Siete Tejados que, a pesar de haber presenciado otras tantas salidas del sol, acoge ésta con semblante risueño. Sus reflejos muestran el aspecto del cuarto en el cual acaba de entrar Hepzibah, después de bajar las escaleras.

Es una habitación de techo bajo, partido por una gruesa viga, y artesonado obscuro. En un ángulo, la ancha chimenea de azulejos pintados, tapada por una mampara de hierro, atravesada, a su vez, por el tubo metálico de una estufa moderna. Cubre el suelo alfombra de rico tejido, mustio ya y de desvanecidas figuras. Hay dos mesas: una construida con inextricable complicación y con tantas patas como un ciempiés; la otra, una mesita para el té labrada delicadamente con cuatro esbeltas patas, tan frágiles que parece increíble que se sostenga sobre ellas por tanto tiempo. Media docena de sillas, tiesas y duras, tan ingeniosamente dispuestas para la incomodidad de la persona humana, que uno se siente cansado con sólo mirarlas, y que despiertan la idea más fea posible sobre el estado de la sociedad que pudo adoptarlas. Hay una excepción: un sillón muy antiguo, de alto respaldo, de roble labrado y ancha hondura entre sus brazos, que compensa la falta de esas curvas artísticas que tanto abundan en los asientos modernos.

En cuanto a objetos de adorno, no recordamos más de dos, si es que pueden llamarse así. Uno es un mapa del territorio de los Pyncheon en el este, dibujado por un hábil cartógrafo y grotescamente iluminado con figuras de indios y fieras, entre ellas un león. El otro adorno es el retrato del viejo coronel Pyncheon, que representa los dos tercios de su figura, con los firmes rasgos de un personaje puritano, con barba parda y casquete. En una mano sostiene una Biblia y en la otra la empuñadura de la espada. Este último objeto, que el pintor representó con habilidad, resalta mucho más que el sagrado volumen.

Al entrar en el cuarto, miss Hepzibah Pyncheon se detuvo frente por frente del retrato y se lo quedó mirando con ceño singular y un extraño gesto en las cejas, que quien no conociera a la dama tomaría por expresión de amargo enfado y mala voluntad. Pero no había nada de esto. En realidad, sentía por aquella figura pintada una reverencia que sólo una vieja solterona podía experimentar. Su ceño era la muestra del esfuerzo para concentrar sus poderes de visión con el fin de substituir una imagen por una persona.

Detengámonos un momento en esa desgraciada expresión de las cejas de la pobre Hepzibah. Su ceño -como persistía en llamarle la gente que lo distinguía por un resquicio de la ventana-, su ceño había prestado muy malos servicios a miss Hepzibah al hacer creer que su carácter era el de una desapacible solterona. No es imposible que a fuerza de contemplarse en los empañados espejos de la casa, llegara a juzgarse a sí misma tan injustamente como la juzgaban los demás.

-¡Qué aire de mal genio tengo! -solía decirse, y acabó creyendo que aquello era una especie de inevitable condena o predestinación.

Pero su corazón jamás se enfurruñaba. Era tierno y sensible. Seguía latiendo con ternura, mientras su rostro tornábase torvo y huraño.

Estamos perdiendo el tiempo medrosamente en el umbral de nuestra historia. La verdad es que experimentamos una invencible repugnancia a revelar lo que miss Hepzibah Pyncheon va a hacer.

Ya hemos dicho que en el piso inferior del cuerpo de edificio frontal, un antepasado indigno estableció una tienda, cien años antes. Desde que el viejo se retiró del comercio y durmió bajo la tapa de su féretro, la tienda y sus muebles permanecieron intactos, cubiertos por el polvo de los años, que formaba una capa de media pulgada sobre los estantes y el mostrador y una balanza., como si tuviera bastante valor para que lo pesaran. Se respetaba también el cajón del dinero, donde se aburría una pieza de seis peniques, sin más valor que el del hereditario orgullo expuesto allí a la vergüenza pública. Así había visto la tienda Hepzibah durante su infancia, cuando ella y su hermano solían jugar al escondite por aquellos espacios muertos. Y así había continuado hasta hace unos pocos días.

Pero ahora, aunque la ventana de la puerta seguía cubierta con una cortinilla, tras ella ocurrió un notable cambio.

La rica y pesada cenefa de telarañas, obra de generaciones de arañas, que pasaron la vida hilándolas, había sido cuidadosamente destruida. El mostrador y los anaqueles fueron despojados de polvo y el suelo fregado con sulfato de cobre. La balanza también había sufrido los rigores de una limpieza que ¡ay! no logró quitar el moho que se la comía.

Y, por fin, la tienda no estaba ya vacía de mercancías. Unos ojos curiosos que contemplaran aquellas existencias, habrían visto, detrás del mostrador, un barril... Sí, un barril o dos, o tres, conteniendo harina, manzanas y maíz. Además, una caja llena de barras de jabón y otra de velas de sebo. Un montoncito de azúcar moreno, otros de habas y guisantes y otros cuantos artículos baratos formaban el fondo de venta de la tienda. Se les hubiera tomado por fantasmagóricos restos del Pyncheon comerciante, de no ser que algunos de aquellos artículos tenían formas desconocidas un siglo atrás. Había, por ejemplo, un bote de salmuera y otro lleno de trozos de roca de Gibraltar, bueno, en realidad no provenían de la famosa fortaleza, sino que estaban hechos de pedacitos de azúcar cande. Un pan de jengibre mostraba a un negro bailando una de sus danzas. Un escuadrón de dragones de plomo, uniformados a la moderna, galopaba en un estante. Junto a ellos, unas figuras de azúcar de las que se podía sospechar que representaban nuestras modas mejor que las de hace un siglo. Otro fenómeno más típicamente moderno era el paquete de los llamados fósforos de Lucifer, que cien años antes habrían sido considerados obra de los habitantes del Infierno.

En resumen, para dejar de una vez la cosas en claro, era evidente que alguien se proponía reanudar el comercio del olvidado míster Pyncheon, aunque con otros parroquianos. ¿Quién podía ser este audaz aventurero? ¿Y por qué escogía La Casa de los Siete Tejados, entre todas las casas del mundo, para convertirla en escenario de sus especulaciones comerciales?

Volvamos a la anciana señora que por fin apartó los ojos del sombrío rostro del retrato, ahogando un suspiro -su pecho, aquella mañana, parecía la caverna de Eolo.

Cruzó el cuarto de puntillas, con ese leve andar de las viejas, y abrió la puerta que daba a la tienda. Debido al saledizo del primer piso y a la sombra del olmo, la luz era, allí, más cercana a la obscuridad de la noche que al sol del día. ¡Otro suspiro de miss Hepzibah! Después de una pausa en la entrada, miró a la ventana con su ceño de persona corta de vista, como si tuviera frente a ella algún oculto enemigo, y penetró repentinamente en la tienda. La prisa y aquella especie de impulso galvánico, diríanse producto del miedo.

Nerviosamente, casi con frenesí, arregló en los estantes y en los escaparates de la puerta algunas chucherías para los niños. Tenía la vieja un aire profundamente trágico que contrastaba con las grotescas figurillas que ocupaban su atención. Resultaba una anomalía que aquel desmayado personaje cogiera un juguete en sus manos y un milagro que el juguete no se desvaneciera al ser cogido.

¡Era absurdo que la vieja dama se preocupase por la manera de tentar a los chiquillos para que le comprasen las mercancías! Y, sin embargo, este era, indudablemente, su objeto.

Colocó un elefante de pan de jengibre en el escaparate con manos tan temblorosas que el animal cayó al suelo y se rompió la trompa y tres patas. Dejó de ser elefante para convertirse en una masa informe de golosina. Se le volcó luego un cubilete lleno de jaspeadas canicas de cristal, que el diablo se apresuró a ocultar en los lugares más obscuros.

¡Dios ayude a la pobre Hepzibah y nos perdone por minar su grotesca postura! Cuando vimos que su envarado cuerpo se inclinaba y luego se ponía de rodillas, para buscar las inhallables canicas, nos sentimos inclinados a derramar por ella lágrimas de simpatía, precisamente porque tuvimos que ocultarnos para que no oyera nuestra risa. La verdad es que esa escena era muy triste, y si el lector no lo considera así y no se impresiona, la culpa es nuestra y no del tema. Era como la agonía de la que a sí misma se llamaba vieja nobleza.

Una dama atiborrada desde la infancia de reminiscencias aristocráticas, que cree religiosamente que las manos de una señora se mancillan al trabajar, una dama que piensa así, después de sesenta años de penuria, desciende de su imaginario pedestal. La pobreza, que le estuvo pisando los talones durante toda su vida, la ha vencido finalmente. ¡Tiene que ganarse la vida o morir de hambre! Y hemos descubierto irreverentemente a miss Hepzibah Pyncheon, la dama patricia, en el momento en que se está transformando en mujer plebeya.

Pero ya que hemos presentado a nuestra heroína en poco favorables circunstancias, nos esforzaremos en presenciar su triste hado con la debida solemnidad.

Veamos en la pobre Hepzibah a la dama legendaria -doscientos años en esta parte del Atlántico y tres veces más en la otra orilla- con sus retratos, genealogías, cotas de mallas, recuerdos y tradiciones y su reclamación como heredera de aquel fabuloso territorio del Este -ya no salvaje, sino poblado y fértil-, nacida en la calle Pyncheon, a la sombra del olmo de los Pyncheon y en casa de los Pyncheon..., veamos a esta dama convertida en revendedora, en tendera de una tienda de a dos el cuarto.

Con su vista corta y sus dedos temblorosos, a la par que delicados, no podía ganarse la vida como costurera aunque conservaba labores de aguja hechas cincuenta años antes... Pensó en establecer una escuela

para niñas y hasta repasó sus lecciones. Pero el amor por los niños jamás hizo latir su corazón, y ahora estaba adormecido, si no apagado. Desde su ventana veía pasar a los pequeñuelos y se preguntaba si podría soportar un trato más íntimo con ellos.

Estremeciéndose ante la idea de entrar en contacto con el mundo, del cual tanto tiempo se mantuvo apartada, la pobre mujer pensó en el escaparate, la ruinosa balanza y los polvorientos estantes. Cada día de reclusión había amontonado nuevas piedras en la entrada de la caverna de su ermita y hubiera podido retrasar un poco la decisión, pero una circunstancia apresuró aquel paso.

Ya se terminaron los humildes preparativos y la empresa estaba pronta a iniciarse. Hepzibah no tenía ni el consuelo de quejarse de que su hado fuera demasiado exclusivo, pues en la ciudad se podían señalar varias tiendecitas parecidas, en casas tan viejas como la de los Siete Tejados y detrás del mostrador de dos o tres de estas tiendas nobles damas tan representativas del orgullo familiar como la propia miss Hepzibah Pyncheon.

Hemos de confesar que era sumamente ridículo el comportamiento de la solterona al poner en orden su tienda. Se acercó de puntillas a la puerta con tanta precaución como si algún sanguinario villano la espiara detrás del olmo, esperando el momento de arrebatarle la vida. Alargando su largo y descarnado brazo, colocó un cartón con botones de nácar o lo que fuese, en el escaparate y se retiró inmediatamente a la obscuridad como si el mundo ya no tuviera que esperar verla de nuevo.

Podría creer que se figuraba que iba a administrar las necesidades de la invisible comunidad, como una divinidad o una encantadora exhibiendo una mercancía impalpable al reverente espíritu de un comprador. Pero Hepzibah no soñaba en cosas tan halagadoras. Comprendía que era preciso seguir adelante y en su papel, pero como otras personas sensibles, no podía soportar la idea de que alguien observase aquel gradual proceso de decadencia y prefería presentarse repentinamente con su nueva personalidad ante la asombrada mirada del mundo.

Ya no podía aplazarse mucho el inevitable momento.

El sol comenzaba a acariciar las fachadas de enfrente, en cuyas ventanas se reflejaba e iluminaba, a través del follaje del olmo, el interior de la tienda. La ciudad comenzaba a despertar. El carrito del panadero pasó por la calle, ahuyentando con sus campanillas los últimos vestigios de la santidad de la noche. Un lechero repartía el contenido de sus vasijas y un pescadero pregonaba sus langostas en la esquina. Nada de eso escapó a la observación de Hepzibah.

Había llegado el momento. Demorarlo sería sólo prolongar su dolor. No quedaba nada por hacer, excepto quitar la tranca de la puerta, dejando libre la entrada... Más que libre, acogedora, como si todo el mundo fuese amigo de la casa. Hepzibah representó este último acto de su tragedia dejando caer la barra de madera, que produjo para sus excitados nervios un asombroso chasquido. Entonces, como si hubiese derribado la última barrera que se interponía entre ella y el mundo, y una ola dañina se dispusiera a penetrar por la apertura, fue al salón interior, se dejó caer en el antiguo sillón de roble y rompió a llorar.

¡Pobre y desgraciada Hepzibah! Es un fastidio para el escritor que quiera representar la naturaleza con un trazo correcto y un colorido original, el tener que mezclar tantas cosas malas y viles con los más puros sentimientos.

¡Qué trágica dignidad, por ejemplo, en esta escena! ¡Cómo podemos dar elevación a nuestra historia, si para mostrar el precio que se paga por los pecados de los antepasados nos vemos obligados a presentar, no una linda y joven muchacha, ni siquiera los restos majestuosos de la belleza abatida por la desgracia, sino una solterona ajada, lívida y descorazonada, vestida de seda negra y con una especie de turbante en la cabeza! Su rostro no es ni siquiera feo y únicamente su ceño de persona corta de vista la redime de la insignificancia.

Finalmente, la gran prueba de su vida aparece a los ojos del mundo como si, después de sesenta años de ociosidad, se decidiera a ganarse cómodamente el pan, con un tienda de pocas pretensiones.

No obstante, si miramos los ejemplos de heroísmo que nos da la humanidad, vemos la misma mezcla de lo vil y malo con lo que hay de más noble en la alegría o el dolor.

La vida está hecha de mármol y lodo. Y si no tuviéramos plena confianza en una comprensiva simpatía de lo Alto, podríamos sospechar que en el férreo semblante del hado hay una risa burlona o un ceño implacable.

Lo que se llama visión poética es el don de discernir, en esa esfera de elementos extrañamente mezclados, la belleza y la majestad que se ven obligadas a asumir tan sórdidas apariencias.

CAPÍTULO III

EL PRIMER CLIENTE

Miss Hepzibah Pyncheon permaneció sentada en el sillón de roble, con el rostro entre las manos, dando rienda suelta a esa desesperación que muchas personas experimentan cuando hasta la propia imagen de la esperanza parece moldeada en plomo, en vísperas de una empresa a la vez dudosa y trascendental.

Súbitamente, se estremeció por el tañido agudo e irregular de una campanilla. Se levantó, pálida como un fantasma, al escuchar el canto del gallo, porque ya se sentía como un espíritu esclavizado y el repique era el talismán al cual debía obediencia. La campanilla, para hablar claramente, estaba atada por encima de la puerta y una barrita de hierro la hacía sonar, llevando la alarma a lo más recóndito de la casa. Su feo y maligno clamor, oído por primera vez desde los tiempos del empelucado antecesor, tensó los nervios de la mujer en tumultuosa vibración. ¡Ya llegó el momento! El primer cliente estaba a la puerta.

Sin darse tiempo para un segundo pensamiento, fue a la tienda, pálida, aturdida, con gestos y expresión desesperada, portentosamente ceñuda, más dispuesta, en apariencia, para un fiera batalla con un ladrón que para recibir a un parroquiano, saludándole desde detrás del mostrador en agradecimiento por el gasto de unas monedas de cobre que pudiera hacer. Un cliente ordinario, realmente, volvería sobre sus talones y huiría. Sin embargo, no había fiereza en el pobre corazón de Hepzibah, ni albergaba ningún amargo pensamiento contra el mundo ni contra nadie. A todos deseaba bien, pero asimismo deseaba haber acabado todo trato con ellos y descansar definitivamente en una tumba.

El parroquiano estaba en el umbral. Viniendo de la fresca luz mañanera, parecía traer con él la alegre atmósfera del exterior. Era un hombre delgado, de unos veintiuno o veintidós años de edad, con una expresión más grave y pensativa de lo que pertenecía a sus años, lo cual no le quitaba viveza y vigor. Estas cualidades no sólo se percibían físicamente, en sus gestos, sino que se manifestaban inmediatamente en su carácter. Una barba color castaño, no precisamente sedosa, le orlaba la barbilla sin ocultarla por completo, y un corto bigote le sombreaba la boca. Todo ello se compaginaba muy bien con su sombrío talante. Vestía estrechos pantalones a cuadros, sombrero de paja con basta trencilla y chaqueta de tela veraniega y barata. Lo que más ponía de relieve su condición de caballero -caso que pretendiera serlo- era la blancura y calidad de su camisa limpia.

No se alarmó ante el ceño de la vieja Hepzibah, como si ya supiese que era inofensivo.

-Vamos, querida miss Pyncheon- dijo el daguerrotipista, pues el visitante era el otro habitante de La Casa de los Siete Tejados-, me alegro de ver que ha persistido usted en sus propósitos. Sólo he entrado para desearle buena suerte y preguntarle si me necesita para algo.

La gente, cuando se halla en una dificultad o se enfrenta con el mundo, puede soportar malos tratos y fortalecerse con ellos, pero se ablanda ante la menor muestra de auténtica simpatía. Eso le ocurrió a la pobre Hepzibah, pues cuando vio la sonrisa del joven -como un rayo en su rostro pensativo- y oyó sus palabras, rompió en una histérica risita y luego empezó a sollozar.

-¡Ah, míster Holgrave! -murmuró, tan pronto como pudo hablar-. Jamás podré hacerlo... ¡Jamás! ¡Jamás! ¡Jamás! Ojalá estuviera ya muerta y enterrada en nuestra tumba familiar, con mis padres y hermana... Sí... Y con mi hermano también, que mejor le sería hallarme allí que acá. El mundo es demasiado duro y frío... Y yo soy demasiado vieja, demasiado débil, y estoy demasiado desesperanzada...

-Créame, miss Hepzibah -repuso quedamente el joven-, cuando se acostumbre a la vida de tendera, no pensará así. Ahora no puede evitarlo, pues mira el mundo desde el lindero de su larga reclusión, pero pronto advertirá que no se halla poblado de gigantes y ogros como en un libro de niños. No encuentro nada tan singular en la vida como el hecho de que todo parece perder su substancia en el instante en que uno va a tocarlo. Lo mismo le ocurrirá con esto que hoy le parece tan terrible.

-Yo soy una mujer -contestó Hepzibah lastimeramente-. Iba a decir una dama... Pero veo que esto ya pertenece al pasado.

-No importa, pues, si ya es del pasado -contestó el artista con extraño brillo en los ojos-. Déjese de esas cosas... Le hablo francamente, miss Pyncheon... ¿No somos amigos? Opino que este es uno de los días más afortunados de su vida. Pone fin a una época y empieza otra. La sangre se le iba helando a usted en las venas, mientras permanecía sola en su círculo de nobleza, dejando que el mundo luchara por sus necesidades. Por fin conocerá lo que es un esfuerzo sano y natural para conseguir algo, y unirá su fuerza, mucha o poca, a la batalla de la vida. Eso es ya un éxito... El éxito que todos buscamos.

-Es natural, mlster Holgrave, que tenga usted estas ideas -repuso Hepzibah, retirando un poco su desvaída figura, ligeramente ofendida en su dignidad-. Usted es hombre joven, educado como supongo que lo está todo el mundo, ahora, para buscar la fortuna. Pero yo nací y he vivido como una señora... No importa que haya sido con estrecheces, pero siempre como una señora...

-Yo no soy un caballero ni he vivido como tal -dijo Holgrave sonriendo levemente-. No espere, pues, que simpatice con sentimientos como los suyos, aunque, a no ser que me engañe, creo comprenderlos más o menos imperfectamente. Esos nombres de caballero y señora tuvieron un significado en la historia del mundo, cuando conferían privilegios, deseables o no. En el presente, y aún más en el futuro, implicarán no privilegios, sino restricciones.

-Eso son ideas modernas -comentó la vieja señora, moviendo la cabeza-. Nunca llegaré a entenderlas, ni lo deseo.

-Pues no hablemos de ellas -replicó el artista con sonrisa más animosa que la anterior-. Mejor es que usted compruebe por sí misma si no es preferible ser una verdadera mujer que una señora. ¿Cree usted, miss Hepzibah, que alguna dama de su familia ha realizado un acto más heroico, desde que fue edificada esta casa, que el que usted realiza hoy? Yo estoy seguro de que no, y si los Pyncheon hubieran obrado siempre con su nobleza, dudo de que ese anatema del viejo brujo Maule, que usted me explicó, hubiera tenido tanta influencia contra ellos.

-¡Oh, no! -interrumpió Hepzibah, halagada por esta alusión a la sombría dignidad de una maldición heredada-. Si el espíritu de Maule o uno de sus descendientes pudiera verme detrás del mostrador, vería cumplidos sus peores deseos... Pero agradezco su ayuda, míster Holgrave, y ya verá usted cómo haré todo lo posible por ser una buena tendera.

-Pues permítame el honor de ser su primer cliente -dijo Holgrave-. Voy a dar un paseo a orillas del mar, antes de retirarme a trabajar a mi buhardilla. Unas cuantas galletas de esas, mojadas en agua de mar, serán un excelente desayuno. ¿Qué vale la media docena?

-Déjeme ser una señora por un minuto más -replicó Hepzibah, con aire solemne, iluminado por melancólica sonrisa. Puso unas galletas en manos del artista y rechazó las monedas-. Una Pyncheon no puede, bajo el techo de sus antecesores, recibir dinero por un bocado de pan dado a su único amigo.

Holgrave aceptó y se fue, dejando a la solterona con ánimo menos deprimido. Pero pronto volvió a caer en su antigua angustia. Con el corazón palpitante escuchó las pisadas de los viandantes que empezaban a pasar por la calle. Una o dos veces parecieron detenerse. Aquellos forasteros y vecinos se paraban, quizás para mirar los juguetes y golosinas expuestos en el escaparate de Hepzibah. Se sentía doblemente torturada: primero por la deprimente sensación de vergüenza, de que ojos extraños e indiferentes contemplaran el escaparate; y, segundo, por la idea de que estaba mal arreglado. Le parecía como si el éxito o el fracaso de la tienda dependiera de la manera de exponer los artículos o substituir una manzana por otra más fresca. La cambió, en efecto, y en seguida se imaginó que el escaparate ofrecía peor aspecto que antes, sin darse cuenta de que el nerviosismo del momento y sus escrúpulos de solterona lo echaban todo a perder.

A poco, dos trabajadores, a juzgar por su áspera voz, se encontraron frente a la puerta. Uno de ellos reparó casualmente en el escaparate, y llamó la atención del otro.

-¡Mira! -exclamó-. ¿Qué opinas de eso?... Parece que el comercio levanta la cabeza en la calle Pyncheon...

-¡En la vieja casa de los Pyncheon y bajo la sombra del olmo de los Pyncheon! ¿Quién lo hubiera creído? La vieja Pyncheon ha abierto una tienda de chucherías...

-¿Crees que tendrá vida Dixey? -dijo el otro amigo-. No es este un sitio muy bueno. Hay otra tienda en la esquina...

-¿Qué si tendrá vida? -repitió Dixey con tono desdeñoso, como si fuera una idea disparatada, inconcebible-. Ni por casualidad. El rostro de la dueña... lo vi un año que le arreglé el jardín, es para espantar al propio diablo, si se atreviese a tratar con ella. Frunce el ceño por nada... por simple mal carácter.

-Eso no importa -insistió el otro-. Esas gentes de mal carácter tienen buenas manos para los negocios y saben lo que se proponen. De todos modos, no creo que tenga vida. Hay demasiadas tiendas de esta clase, igual que demasiados artesanos y jornaleros. Lo sé por experiencia. Mi mujer puso una tiendecita de esas y perdió cinco dólares.

¡Mal negocio! -gruñó Dixey-. ¡Mal negocio!

Por uno u otro motivo, difícil de analizar, Hepzibah no se había sentido nunca tan dolorosamente conmovida, a lo largo de su vida mísera, como al escuchar aquella conversación.

La opinión de Dixey sobre su ceño era terriblemente importante, como si le revelase su imagen con aspecto tan horrible que no se atrevía a mirarla.

Además, sentíase profundamente herida por el insignificante efecto que causaba en el público -del cual aquellos dos hombres eran representantes directos- un asunto tan importante para ella como el de la apertura de la tienda. Una mirada indiferente, unas palabras al pasar, una risa brutal y sin duda al volver la esquina ya la habían olvidado. No les importaba nada su dignidad ni su degradación.

El augurio de fracaso, pronunciado por la voz de la experiencia, caía sobre su esperanza como un terrón de tierra sobre la tumba abierta. ¡La mujer de aquel obrero había intentado la misma experiencia y había fracasado! ¿Cómo podría triunfar una señora sin experiencia en la vida, a los sesenta años de edad, donde una vulgar y enérgica mujer de Nueva Inglaterra había perdido cinco dólares? El éxito aparecía como una imposibilidad y la esperanza como una insensata alucinación.

Algún espíritu maléfico quería enloquecer a Hepzibah haciendo desfilar ante su imaginación el panorama de una calle llena de actividad y de parroquianos ¡Cuántas y qué hermosas tiendas se veían por allí! Mercerías, tiendas de juguetes y de comestibles, con enormes escaparates, grandes rótulos, vastos y completos surtidos de mercancías que valían verdaderas fortunas. ¡Y aquellos anchos espejos al fondo de los establecimientos, doblando su riqueza con una brillante visión de cosas irreales!

A un lado de la calle, esos lujosos almacenes con numerosos dependientes sonriendo, saludando y sirviendo géneros. Al otro lado, la obscura y vieja casa de los Siete Tejados, con el anticuado escaparate a la sombra del saliente primer piso y la propia Hepzibah envuelta en un vestido de ajada seda negra, detrás del mostrador, mirando ceñudamente a la gente que pasaba de largo.

Ese contraste era para la vieja solterona como una imagen de la desventaja con que había de empezar su lucha por la vida. ¿Éxito? ¡Absurdo! ¡No había que pensar en ello! ¿Qué importaba que la casa permaneciera sumida en una eterna bruma, mientras sobre las otras cabrilleaba el sol, si jamás nadie cruzaría su umbral ni una mano empujaría la puerta.

Pero en este preciso instante, la campanilla repicó como si estuviera embrujada. El corazón de la solterona parecía hallarse en contacto con el vibrante acero, pues pareció palpitar al unísono con el tintineo. La puerta se abrió, aunque al otro lado del escaparate no se veía ninguna forma humana. Hepzibah, sin embargo, se quedó mirando, con las manos juntas, cual si hubiera evocado a un espíritu maligno y estuviese asustada, aunque resuelta a enfrentarse con el temible enemigo.

-¡Dios me asista! -gimió mentalmente-. ¡Ha llegado la hora de la prueba!

La puerta movióse con dificultad sobre sus chimantes goznes, hasta que, por fin, quedó abierta dejando ver a un robusto muchacho de mejillas sonrosadas.

Iba hecho un gitano, debido, al parecer, más al descuido de la madre que a la pobreza del padre. Vestía delantal azul, pantalones cortos y sombrero de paja por cuyas rasgaduras asomaban rizados mechones de pelo. Llevaba un libro y una pizarra bajo el brazo, indicios de que se dirigía a la escuela. Miró ún momento a Hepzibah, probablemente igual que lo hubiera hecho un parroquiano mayor que él, y se quedó sin saber qué hacer ante la trágica actitud y el extraño fruncimiento de las cejas de la mujer.

-¡Hola, muchacho! -dijo ella, animándose al ver un personaje tan poco formidable-. ¿Qué deseas?

-Ese Jim Crow[24] del escaparate -contestó el rapaz, señalando con un centavo la figura de pan de jengibre que había atraído su atención-. El que no tiene el pie roto.

---

[24] Jim Crow es el nombre de una canción negra escrita y cantada por Thomas D. Rice en 1832, cuyo protagonista llegó a ser representativo del negro en general. Crow es también el nombre de una tribu de indios sioux. Si el niño representara aquí el yankee, Hawthorne podría expresar así su actitud respecto a negros e indios.

Hepzibah alargó el descarnado brazo, cogió el dulce y lo entregó a su primer cliente.

-No me debes nada -dijo, empujando al chiquillo hacia la puerta, pues su rancia nobleza se avergonzaba a la vista de la moneda de cobre, y además le parecía feo aceptar el dinero del pequeño a cambio de un pobre pedazo de jengibre-. No importa el dinero. Jim Crow te da la bienvenida...

El pequeño recibió con asombro aquella muestra de generosidad sin precedentes en su larga experiencia de tiendas de golosinas. Éso no le impidió coger al hombre de pastel y marcharse. No había llegado a la otra acera cuando ya la cabeza de Jim Crow estaba entre sus dientes de pequeño caníbal. Se olvidó de cerrar la puerta y Hepzibah tuvo que hacerlo, rezongando sobre el atolondramiento de los niños. Acababa de poner otra efigie del renombrado Jim Crow en el escaparate, cuando la campanilla tintineó de nuevo, y otra vez se abrió la puerta, con su característico chirrido, para dar paso al mismo robusto chiquillo que había salido por ella dos minutos antes... Los restos del canibalesco festín eran aún visibles en la boca sucia.

-¿Qué quieres ahora, pequeño? -preguntó la solterona, impaciente-. ¿Has regresado para cerrar la puerta?

-No -contestó el chiquillo, señalando la figura que acababa de aparecer en el escaparate-. Quiero ese otro Jim Crow.

-Aquí lo tienes- dijo Hepzibah. Pero comprendiendo que, mientras quedara jengibre en la tienda, no se podría quitar de encima al pertinaz parroquiano añadió-: ¿Dónde está el centavo?

El muchacho tenía el centavo, pero, como verdadero yanqui, hubiera preferido la ganga anterior. Con cara contristada, dio su centavo y se fue, enviando al segundo Jim Crow en busca del primero.

La nueva tendera dejó caer en el cajón el primer resultado tangible de su empresa comercial. ¡Ya estaba hecho! La sórdida mancha de aquella moneda de cobre jamás se le borraría de la mano.

El chiquillo, con ayuda de la picaresca figura del bailarín negro, había causado una ruina irreparable, había derribado la estructura de la rancia nobleza, como si con la fuerza de su mano infantil hubiese derruido La Casa de los Siete Tejados.

¡Ya no le quedaba más que volver de cara a la pared los retratos de sus antepasados y coger el mapa de sus territorios occidentales para encender el fuego de la cocina y avivar la llama con el hálito de sus tradiciones ancestrales!

¿Qué relación tenía ella con sus antepasados? Ninguna: ni tampoco con la posteridad. Ya no era una señora, sino simplemente Hepzibah Pyncheon, una solterona solitaria y desamparada, la dueña de una tenducha.

No obstante, mientras estos sombríos pensamientos desfilaban por su mente, la invadió (cosa sorprendente) una extraña calma. La ansiedad y los recelos que la atormentaron dormida de noche o en sus melancólicos ensueños durante el día, desde que empezó a perfilarse su proyecto comercial, desaparecieron por completo.

Se daba cuenta de la novedad de su posición, pero sin turbarse ni apenarse. De vez en cuando sentía incluso un estremecimiento de juvenil alegría. Era el aliento vigorizador de la fresca atmósfera exterior, tras la larga monotonía y letargo de su reclusión. ¡Qué sano es el esfuerzo! ¡Qué milagrosa la fuerza que nos da! Se encontraba mejor que nunca. Parecía haber recuperado la salud apenas hizo un esfuerzo para ayudarse a sí misma. El redondel de cobre recibido del rapaz, empañado por los servicios prestados aquí y allá, resultaba ser un verdadero talismán merecedor de ser engastado en oro y de colgar junto a su corazón. Era tan potente como un anillo galvánico y dotado, quizás, de su misma eficacia. Hepzibah, en todo caso, le debía un profundo cambio de cuerpo y de espíritu, tanto más, cuanto que le dio energías para desayunar. Con el fin de mantener su valor, en el té que se preparó puso una cucharada más que de costumbre.

Aquel primer día de vida comercial no transcurrió, empero, sin muchas y serias interrupciones de aquella especie de euforia. Por regla general, la Providencia raramente concede a los mortales más estímulo que el preciso para que se esfuercen razonablemente. En el caso de nuestra vieja señora, después de la excitación de cada nuevo esfuerzo, el desaliento y la apatía de toda su vida amenazaban con volver, como las espesas masas de nubes que con frecuencia obscurecen el cielo y todo lo vuelven gris, hasta que al anochecer dejan llegar unos rayos de sol, los postreros. Pero siempre las envidiosas nubes intentan conquistar el pedazo de cielo azul.

A medida que avanzaba la mañana, se iban presentando parroquianos, aunque con cierta lentitud y en algunos casos con escasa satisfacción por su parte o por la de miss Hepzibah. El cajón no se llenó. Una chiquilla enviada por su madre a buscar una madeja de algodón de determinado color se llevó una que los ojos cortos de vista de miss Hepzibah vieron muy parecido, pero volvió en seguida diciendo que era muy distinta y, además, muy mala. Luego presentóse una mujer pálida y arrugada, no vieja, pero sí macilenta, con mechones de pelo como cintas de plata, una de esas mujeres de naturaleza delicada destinadas a morir por el mal trato ele un bruto -probablemente un bruto alcoholizado- y de nueve hijos por lo menos. Pidió unas libras de harina. La tendera rechazó su dinero y le hizo mejor peso que si se lo hubiese tomado.

Poco después, entró a comprar una pipa un hombre con sucia chaqueta de algodón azul que llenó la tienda con un fuerte olor a bebida fuerte, no sólo exhalado por su aliento, sino emanado de todo su cuerpo, como un gas inflamable. Hepzibah sospechó que era el marido de la mujer de rostro pálido y arrugado. Pidió tabaco, y como la tendera había olvidado proveerse de aquel artículo, arrojó la pipa y salió mascullando palabras ininteligibles, que tenían el tono y la aspereza de una maldición, por lo cual Hepzibah alzó la vista hacia el cielo, frunciendo el ceño involuntariamente.

Nada menos que cinco personas pidieron cerveza, licor de jengibre u otras bebidas similares, y al no obtener nada parecido, salieron de muy mal humor. Tres de ellos dejaron la puerta abierta y las otras dos la cerraron con tal furia que la campanilla atacó despiadadamente los nervios de Hepzibah. Una voluminosa y bulliciosa comadre entró jadeante en la tienda, y pidió fieramente un poco de levadura, y cuando la pobre dama, con su timidez, le dio a entender que no tenía eso, la comadre estalló en reproches.

-¡Una tienda que no tiene levadura! ¿Quién lo diría? Parece imposible... Así no hinchará usted su pan, como hoy no se esponjará el mío. Mejor que cierre antes de comenzar...

-Bien -repuso Hepzibah con un suspiro-, quizá lo haga.

Varias veces su sensibilidad señoril fue herida por la familiaridad, ya que no rudeza, con que se le dirigieron. Evidentemente los compradores se consideraban no sólo sus iguales, sino sus superiores, sus patronos. Hepzibah había albergado la idea de que algo así como un halo de una u otra clase le aseguraría el respeto a su genuina nobleza, o, por lo menos, un tácito reconocimiento de su superioridad. Por otra parte, nada la trastornaba tanto como que este reconocimiento fuera demasiado enérgicamente expresado. A uno o dos oficiosos ofrecimientos de simpatía, contestó casi con acritud, y lamentamos tener que decir que Hepzibah se vio sumida en un estado de ánimo poco cristiano por la sospecha de que una de las clientes se presentó empujada no por necesitar lo que pidió, sino por el deseo de echarle una mirada a ella, a Hepzibah. Esa vulgar criatura quería ver qué figura hacía detrás del mostrador la enmohecida aristócrata, después de pasarse la vida retirada del mundo. Por muy mecánico e inocuo que fuera en otros casos el ceño de Hepzibah, esta vez resultó fulminante.

-Nunca me asusté tanto en mi vida -explicaba después la entrometida cliente, describiendo el incidente a una de sus amigas-. Es una verdadera arpía... Habla poco, pero hay en sus ojos tanta mala intención...

En conjunto, esta experiencia condujo a nuestra decaída dama a muy desagradables conclusiones sobre el trato y el carácter de lo que ella llamaba las clases bajas, a las cuales, hasta entonces, había contemplado con mirada de amable y piadosa condescendencia desde su esfera de indiscutible superioridad.

Desgraciadamente, tenía que luchar también contra una emoción de carácter completamente opuesto: un sentimiento de acrimonia contra la ociosa aristocracia, a la cual tanto se enorgullecía, hasta hoy, de pertenecer. Cuando una dama con un delicado vestido de verano y un chai flotando sobre los hombros pasó por la calle con paso ligero como una visión, dejando tras ella una fragancia engañosa, cual si llevara un ramillete de rosas de té, es de temer que el ceño de Hepzibah no podía atribuirse por entero a un gesto maquinal.

-¿Con qué fin -pensó, dando paso al sentimiento de hostilidad que es la única humillación real del pobre frente al rico- ha creado la Providencia a esa mujer? ¿Es que ha de trabajar todo el mundo para que la palma de sus manos siga blanca y delicada?

Pero en seguida, avergonzada y arrepentida, inclinó la cabeza.

-¡Dios me perdone! -murmuró

Sin duda Dios la perdonó. Pero, tomando en consideración el aspecto interior y exterior de aquella primera mitad del día, Hepzibah empezó a temer que la tienda sería causa de su ruina desde el punto de vista moral y religioso, sin contribuir de modo muy firme a su bienestar temporal.

CAPÍTULO IV

UN DÍA DETRÁS DEL MOSTRADOR

A eso del mediodía, Hepzibah vio pasar por el otro lado de la polvorienta calle a un caballero anciano, grueso y rollizo, de porte singularmente digno.

Al llegar a la sombra del olmo de los Pyncheon, el caballero se detuvo y quitándose el sombrero para secarse el sudor de la frente, inspeccionó con interés la decrépita y ruinosa fachada de La Casa de los Siete Tejados. Él también, aunque en otro sentido, era digno de atención. No podría buscarse ni encontrarse mejor modelo de la más alta respetabilidad. Ésta, por una especie de magia, no sólo se expresaba en sus gestos y apariencia, sino hasta en sus ropas, que parecían apropiadas y esenciales para el hombre. Sin diferir visiblemente de las de los demás, había en ellas una singular e imponente gravedad característica del que las vestía pues no podía atribuirse al corte ni al material. De su bastón de puño dorado y obscura y pulida caña podía decirse lo mismo, y de haber salido a pasear solo, lo hubieran reconocido como auténtico representante de su dueño. Esa respetabilidad que brillaba en todo cuanto le pertenecía y bajo cuyo efecto queremos sumir al lector, no ahondaba más allá del aspecto, costumbres y circunstancias exteriores del caballero. Se notaba que era un personaje de marcada autoridad e influencia, y al contemplarle deducíase que era opulento con tanta seguridad como si fuera enseñando su cuenta bancaria, o como si se le viera tocando el tronco del olmo y transmutándolo en oro como un Midas moderno.

En su juventud le consideraron, probablemente, como un hombre hermoso. Ahora, las cejas eran demasiado espesas, las sienes demasiado despobladas, el pelo demasiado gris, los ojos en exceso fríos, los labios apretados con demasía para que llamaran la atención sobre su belleza personal. Sería un buen modelo para un retrato mejor hoy, quizá, que en cualquier otro periodo anterior de su vida, aunque su mirada pudiera endurecerse al fijarla en la tela. Un artista disfrutaría estudiando sus rasgos y mostrando su capacidad para variar de expresión, obscurecerla con un fruncimiento de cejas, o iluminarla con una sonrisa.

Mientras el viejo caballero contemplaba la fachada de la casa de los Pyncheon, el ceño y la sonrisa pasaron sucesivamente por su rostro. Detuvo la mirada en el escaparate y, calándose unos lentes de oro, observó los juguetes y golosinas arreglados por Hepzibah. Al principio, no parecieron agradarle, incluso diríase que le fueron muy desagradables, y, sin embargo, sonrió. Mientras la sonrisa se dibujaba en su rostro, distinguió a Hepzibah, que se había acercado involuntariamente a la ventana, y entonces, su sonrisa acre y desagradable se hizo complaciente y benévola. Saludó con una mezcla de dignidad y cortés benevolencia y siguió su camino.

-¡Es él! -se dijo Hepzibah, emocionada-. ¿Qué pensará de todo esto? ¿Le agrada?... ¡Ah, vuelve a mirar!

El caballero se había detenido y girado a medias para fijar sus ojos otra vez en el escaparate. Acabó por volverse y dio un paso o dos, con evidente propósito de entrar en la tienda, pero este propósito se vio anticipado por el primer cliente de Hepzibah, el insaciable devorador de Jim Crows, que se quedó mirando por la puerta, irresistiblemente atraído por un elefante de pan de jengibre. ¡Qué apetito tan enorme tenía el chiquillo! ¡Dos Jim Crows inmediatamente después de desayunar y ahora un elefante como bocado preliminar de la comida! Cuando el niño hubo entrado y hecho su compra el caballero ya había reanudado su camino y doblado la esquina.

-¡Tómatelo como quieras, primo Jaffrey! -murmuró la solterona, retirándose al interior, después de asomar cautelosamente la cabeza para mirar a ambos lados de la calle-. ¡Tómatelo como quieras! Ya has visto mi escaparate; y bien, ¿qué tienes que decir? ¿No me pertenece la casa de los Pyncheon mientras viva?

Después de este incidente, Hepzibah se fue al salón y se puso a hacer calceta nerviosamente. Pronto se cansó; las agujas no le obedecían y las dejó para recorrer la estancia a pequeños pasos apresurados de un extremo a otro. Por fin se detuvo delante del retrato del torvo fantasma fundador de la casa. La pintura se había hundido en la tela, a lo largo de los dos siglos, pero le parecía que se había vuelto más prominente y expresiva desde que de niña empezó a familiarizarse con ella, pues mientras el contorno físico se obscurecía, el carácter audaz y duro del hombre poseía una especie de relieve espiritual.

Hepzibah, contemplando el retrato, temblaba bajo los ojos de aquél. Su respeto hereditario le inspiraba miedo al juzgar el carácter del fundador de la casa tan duramente como le impulsaba a hacerlo una súbita percepción de la verdad. Pero siguió mirando, pues imaginaba que la cara del retrato le permitía comprender mejor y más profundamente el rostro que acababa de ver en la calle.

-Son idénticos -musitó-. Aunque Jaffrey Pyncheon sonría, se parece a éste. Si se pusiera un casquete y un traje negro, y si tomara en una mano la Biblia y en la otra la espada... Entonces sí que aunque sonriera Jaffrey nadie dudaría que el viejo ha resucitado. Ha demostrado que es hombre para edificar una casa nueva y hasta, quizá, para ganarse una nueva maldición.

Así se aturdía Hepzibah con esas fantasías de los tiempos viejos. Había vivido demasiado sola y demasiado tiempo en la casa de los Pyncheon y su espíritu había quedado tan carcomido como las vigas del edificio. Para rehacerse, precisaba dar un paseo por la soleada calle.

Por el hechizo del contraste, se le presentó otro retrato, pintado con un cariño que ningún artista hubiese tenido, pero con tanta delicadeza que el parecido era perfecto. La miniatura de Malbone, sacada del mismo modelo, era muy inferior a la aérea figura que Hepzibah evocaba al calor de su afecto y de su apenado recuerdo. Dulce, suave y alegremente contemplativa, con rojos y firmes labios que esbozaban una sonrisa, anunciada por los bondadosos ojos desde el fondo de las órbitas. Rasgos femeninos, moldeados inseparablemente con los del otro sexo. La miniatura tenía, además, una última particularidad: inevitablemente hacía pensar que el modelo se parecía a su madre, que por esto debió ser una mujer amable y encantadora, dotada, quizá, de cierta debilidad de carácter que la hacía doblemente adorable.

-Sí -suspiró Hepzibah profundamente dolorida-; en él persiguieron a su madre. ¡Nunca fue un Pyncheon!

Sonó la campanilla como desde un lugar remoto, tan hondo había descendido Hepzibah en sus sepulcrales recuerdos.

Al entrar en la tienda halló en ella a un viejo, humilde habitante de la calle Pyncheon, al cual durante años se le permitía considerarse como una especie de familiar de la casa. Era un personaje inmemorial, que parecía haber tenido siempre el pelo canoso y la piel arrugada y jamás haber poseído más que un solo diente, en medio de la mandíbula superior. A pesar de sus años, Hepzibah no lograba recordar ni un día en que el tío Venner -como le llamaban- no hubiese ido arriba y abajo de la calle arastrando pesadamente los pies y deteniéndose de trecho en trecho. Todavía había algo vigoroso en él, algo que no sólo le hacía respirar con sosiego, sino que le permitía ocupar un sitio que de otro modo hubiera quedado vacante en este atestado mundo. Hacía recados con un paso tan lento que se diría que no iba a llegar nunca; convertía en astillas un barril y partía las tablas carcomidas; en verano cavaba los huertos de los propietarios de poca monta y partía con ellos el producto; en invierno abría senderos en la nieve y tensaba las cuerdas de tender la ropa.

Esos eran algunos de los oficios esenciales que desempeñaba el tío Venner entre la veintena de familias de la calle Pyncheon. En este círculo reclamaba los mismos privilegios que detenta un pastor entre sus feligreses, y era acogido con tanto interés como pudiera serlo aquél. No reclamaba el diezmo, pero con igual solemnidad que si lo hubiera hecho, cada mañana recogía las sobras de la mesa, con las cuales alimentaba a un cerdo de su propiedad.

Cuando era más joven -pues existía una confusa tradición de que había sido no joven, pero menos viejo- el tío Venner era considerado como de ingenio deficiente. La verdad es que se confesó culpable de ello al no proponerse hallar lo que buscan los demás hombres y aceptando el humilde y modesto papel que en la vida suele reservarse a los deficientes mentales.

Pero ahora, en plena ancianidad, ya porque la larga experiencia le hubiera iluminado el espíritu, ya porque su decadente juicio le hiciera menos capaz de valorarse, el viejo tenía la pretensión de pasar por muy prudente, y realmente lo conseguía. En otros tiempos, hubo en él algo parecido a una vena de poesía, como el musgo o el alhelí en la piedra, que hizo menos vulgares sus años de madurez.

Hepzibah le respetaba porque su nombre era de abolengo en la ciudad y fue antiguamente respetable. Además, existía otra razón de más peso: el tío Venner era lo más viejo -cosa o ser- de toda la calle Pyncheon, excepto La Casa de los Siete Tejados y, quizá, el olmo que le daba sombra.

Este patriarca se hallaba ahora frente a Hepzibah, con una chaqueta azul de aspecto moderno, desecho del guadarropa de algún empleado. Sus pantalones eran de tejido de estopa, de perneras cortas y muy abolsados en el trasero; a pesar de eso, se adaptaba más a su figura que la otra prenda. El sombrero no guardaba relación con el resto del traje ni con la propia cabeza que cubría. Así es que el tío Venner resultaba

un tipo misceláneo de viejo caballero y de otra persona cualquiera, un epítome, en resumen, de tiempos y modas.

-¡Vaya, veo que se ha decidido usted! -dijo-. Me alegro, me alegro. Los jóvenes no han de vivir ociosos y los viejos tampoco, excepto cuando están reumáticos. A mí ya me ha avisado varias veces este maldito reuma. Dentro de un par de años dejaré los negocios y me retiraré a mi granja... Allí ¿sabe usted? aquella casa de ladrillos rojos y que la gente llama asilo... Pero antes quiero acabar mi trabajo y luego disfrutaré de la ociosidad. Me alegro ver que usted comienza a hacer su trabajo, miss Hepzibah.

-Gracias, tío Venner -sonrió la vieja dama, que siempre se sentía bien dispuesta para con el simple y parlanchín viejo. Si en vez de ser un anciano hubiera sido una vieja, probablemente habría rechazado aquella libertad con que le hablaba y que ella permitía benévola-. Ya era hora de que empezara a trabajar. Mejor dicho, he comenzado precisamente cuando debía acabar.

-No diga eso miss Hepzibah -contestó el hombre-. Todavía es usted joven. No era yo mucho más viejo cuando la veía jugar a la puerta de esta casa. Muchas veces se quedaba usted sentada en el umbral, mirando gravemente a la calle... Porque usted siempre ha tenido una especie de gravedad, un aire de persona mayor, incluso cuando apenas me llegaba a la rodilla. Me parece que la estoy viendo... y a su abuelo también, con la chaqueta encarnada y la peluca blanca, y el sombrero de alas anchas, y el bastón, saliendo de la casa y pisando gravemente esas piedras de la calle... Hace diez minutos encontré a su primo, eljuez, y a pesar de mis pantalones de estopa, se quitó el sombrero y me saludó sonriendo...

-Sí -replicó Hepzibah, y en su voz se deslizó cierta acidez-, mi primo Jaffrey tiene una sonrisa muy agradable.

-Bien puede usted decirio -aseguró el tío Venner-. Eso es notable en un Pyncheon, pues, con perdón sea dicho, nunca han tenido fama de ser gente tratable. Y dígame, miss Hepzibah, si no es demasiado atrevimiento el preguntarlo... ¿Por qué el juez Pyncheon, tan rico, no ha entrado a decirle a su prima que cerrara la tienda inmediatamente? El trabajar honra a usted, pero el dejarla que trabaje no honra al juez.

-Es mejor que no hablemos de eso, tío Venner -contestó fríamente Hepzibali-. He de decir, sin embargo, que si he decidido ganarme la vida no es por culpa del juez Pyncheon. No merecería que se le criticara -agregó con tono más benévolo, recordando los privilegios de la vejez y la humilde familiaridad del viejo-, si algún día considero conveniente retirarme con usted a su granja...

-No es un sitio muy malo, no crea usted -exclamó con alegría el anciano, como si hubiera algo positivamente deleitoso en aquella perspectiva-. La granja de ladrillos rojos no es un mal sitio, especialmente para los que, como yo, encontrarán allí muchos amigos, pues no es muy alegre para un viejo pasar las horas solo, cabeceando sin otra compañía que su estufa. Se puede decir mucho en favor de mi granja, tanto en verano como en invierno. Y si tomamos el otoño, ¿qué hay más delicioso que pasar el día entero sentado al sol, junto a un pajar, charlando con alguien tan viejo como uno mismo, o dejando transcurrir ociosamente el tiempo en compañía de un tonto de nacimiento, que sabe haraganear porque ni siquiera nuestros activos yanquis han encontrado para qué puede servir? Le aseguro que jamás he estado tan bien como pienso estar en mi granja, que mucha gente llama asilo. Pero usted... Usted aún es joven y nunca necesitará ir allí... Estoy seguro de que se le presentará una solución mejor todavía...

Hepzibah intentó escudriñar en el rostro del viejo qué secreto sentido podrían tener aquellas palabras. Los individuos cuyos asuntos han llegado a una situación desesperada se alimentan invariablemente de esperanzas, tanto más magníficas, cuanto menos materia sólida tienen en sus manos para moldear una juiciosa perspectiva.

Así, mientras Hepzibah iba perfilando su plan comercial, acarició la idea de que la suerte intervendría en su favor. Por ejemplo, aquel tío que partió para la India cincuenta años antes, y del cual nada se había sabido desde entonces, podía regresar y adoptarla para cuidarle en sus últimos años, engalanándola con perlas, diamantes y chales de Oriente y dejándola finalmente heredera de incontables riquezas. O bien el diputado, jefe de la rama inglesa de la familia, con la cual apenas había tenido contacto, en los dos últimos siglos, la rama de ultramar, podía invitarla a abandonar la ruinosa casa de los Siete Tejados e irse a vivir con sus parientes en Pyncheon Hall. Aunque por razones ineludibles, ella no aceptaría. Era más probable aún que el descendiente de un Pyncheon, establecido en Virginia en pretéritas generaciones, enterado de la situación de Hepzibah e impulsado por la generosidad que la sangre de Virginia habría añadido a la sangre de Nueva Inglaterra, la enviara un millar de dólares con la promesa de repetir anualmente el obsequio. O bien -y no hay duda que algo tan justo caía dentro de los límites de lo probable-, o bien la gran reclamación de la herencia del condado de Waldo sería finalmente atendida, de modo que en vez de administrar una tienda de

tres al cuarto, se haría construir un palacio y contemplaría desde lo más alto de una torre las cañadas, colinas, bosques, campos y ciudades que formaban parte del territorio ancestral.

Esas eran algunas de las fantasías con las cuales había soñado largamente. Ayudada por ellas, el casual intento del tío Venner para animarla encendió una extraña y solemne hoguera de gloria en el espíritu melancólico de la solterona, como si su mundo interior se viera súbitamente iluminado.

Pero, sea porque él no supiera nada de esos castillos en el aire -¿cómo iba a adivinarlos?- o porque el grave ceño de Hepzibah le turbase, el tío Venner, en vez de seguir alentándola, comenzó a darle prudentes consejos sobre la manera de regentar una tienda.

-No dé crédito a nadie -fue la primera de sus máximas-. No acepte billetes de banco. Fíjese bien cuando dé la vuelta. Haga saltar la moneda de plata en la pesa de cuatro libras. Despréndase de los medios peniques ingleses y de las piezas de cobre que tanto abundan en la ciudad. En las horas de asueto haga medias de lana para los chiquillos. Prepare usted misma la levadura y el licor de jengibre.

Mientras Hepzibah se esforzaba en digerir aquella píldora de prudencia, el viejo dio rienda suelta a lo que aseguró que era un último y más importante consejo:

-Ponga buena cara a los clientes y sonría al darles los géneros. Un artículo viejo, si se entrega con sonrisa amable, parecerá mejor que uno bueno entregado con el ceño fruncido.

La pobre Hepzibah contestó a este último apotegma con un hondo suspiro que casi arrastró al tío Venner como si fuera una hoja seca llevada por un ventarrón otoñal. Recobróse el viejo, no obstante, y preguntó valerosamente, acercándose a la solterona:

-¿Para cuándo le espera usted?

-¿Qué quiere decir? -respondió ella palideciendo.

-¡Oh! ¿No quiere hablar de ello? Ni una palabra más, aunque en toda la ciudad no se habla de otra cosa. Le recuerdo, miss Hepzibah; le recuerdo de cuando aún no sabía andar.

Durante el resto del día, la pobre Hepzibah desempeñó sus funciones de tendera con menos éxito todavía que durante la mañana. Parecía que anduviera en sueños; mejor dicho, la vivida realidad de sus emociones hacía insustanciales los sucesos extemos, que eran para ella como los importunos fantasmas de una pesadilla. Contestaba maquinalmente a las llamadas de la campanilla y a las peticiones de los clientes, excusándose por lo que no tenía, dando un artículo por otro y retirando perversamente -suponían algunos- lo que le pedían. Siempre se produce una triste confusión, cuando el espíritu se desliza hacia el pasado o hacia el temible futuro, o cruza el límite que le separa del mundo real, concreto, donde el cuerpo queda para guiarse por sí mismo, tan sólo con su vida animal. Es como la muerte, sirl la tranquilidad que es privilegio de la muerte, sin la libertad de los cuidados materiales. Y resulta aún peor cuando éstos se reducen a detalles tan insignificantes como los que vejaban el espíritu de la anciana señora.

Como si el hado le fuera adverso, el ir y venir de parroquianos fue constante durante toda la tarde, Hepzibah cometió los errores más absurdos: a veces daba doce y a veces siete velas de sebo de las diez en libra; entregaba agujas por alfileres y alfileres por agujas y jengibre por rapé; se equivocaba en el cambio, en perjuicio del público y con mayor frecuencia en el suyo. Así pasó el día armándose un lío, introduciendo el caos en el negocio y, al final, con gran sorpresa, halló que el cajón del dinero estaba casi vacío. Después de tanto esforzarse, no había recaudado más de media docena de monedas de cobre y una de plata de nueve peniques, que luego resultó también ser de cobre.

Exhaló un suspiro de alivio al llegar al final del día. Jamás, hasta entonces, había sentido la intolerable lentitud del tiempo que se arrastra desde el alba al crepúsculo y el infernal tormento de verse obligada a hacer algo cuando se cree que lo más sensato sería yacer, sumirse en triste resignación y dejar que la vida y sus vejaciones pisoteen a uno.

La última operación comercial del día se realizó con el pequeño devorador de Jim Crow, que ahora se proponía engullir un camello entero. En su turbación, Hepzibah le ofreció primero un dragón de madera, luego un puñado de canicas de cristal, pero como nada de esto servía para saciar aquel devorador apetito, sacó las figuras de pan de jengibre que le quedaban y se las entregó al muchacho, echándole luego de la tienda. Amordazó la campana con una media a medio acabar y atrancó la puerta.

Un ómnibus se detuvo en la parada, junto al olmo. A Hepzibah, el corazón le dio un salto. Remota y polvorienta, sin un rayo de sol en el espacio intermedio, estaba, en el fondo de su espíritu, aquella región del pasado a la cual su único huésped podía llegar de un momento a otro. ¿Sería ahora?

Alguien se dirigía desde el ómnibus hasta la puerta. Hepzibah vio que era un caballero. Pero sólo se había apeado para ofrecer su mano a una muchacha cuya ligera figura, sin precisar de aquella ayuda, saltó airosamente del estribo. Gratificó al caballero con una sonrisa, cuyo alegre reflejo brillaba aún en el rostro del hombre cuando éste volvió a subir al vehículo. La muchacha enfrentóse entonces con La Casa de los Siete Tejados, en cuya puerta -no la de la tienda, sino en la principal- el cochero del ómnibus había depositado un baúl y una caja de cartón. Después de dar un fuerte aldabonazo, el conductor se fue sin saludar.

«¿Quién será? -pensó Hepzibah, frunciendo las cejas-. Se habrá equivocado.»

Observó por una mirilla el joven y alegre semblante de la muchacha. Era un rostro ante el cual casi todas las puertas se abrirían de buen grado.

La muchacha, alegre y risueña, presentaba sorprendente contraste con todo lo que en aquel momento la rodeaba. Los exuberantes hierbajos que crecían en los ángulos de la casa, la sombra que arrojaban los pisos superiores, las resquebrajadas tablas de la puerta... Nada de eso pertenecía a la esfera vital de la muchacha.

Pero al igual que hubiera ocurrido si un rayo de sol fuera a dar en aquel sórdido rincón, haciendo instantáneamente que todo fuera apropiado, cualquiera diría que era natural que la chica se hallara allí. Y no parecía menos evidente que la puerta había de abrirse para admitirla. La solterona, cuyos primeros propósitos fueron ásperamente inhóspitos, dióse cuenta de que era menester dar vuelta a la mohosa llave.

«¿Será Phoebe, quizá? -preguntóse-. Debe ser la pequeñá Phoebe... Porque no puede ser nadie más... Sí, y se parece a su padre... ¿Qué diablos querrá? ¡Qué propio es de una prima del campo eso de enviar a la criatura así, sin avisar ni preguntar si será bien venida!... Bueno, supongo que esta noche tendré que darle alojamiento, y mañana se la devolveré a su madre.»

Se habrá adivinado que Phoebe era aquel vastago de la estirpe de los Pyncheon que vivían en la parte rural de Nueva Inglaterra, donde aún se conservan los sentimientos de antaño y las viejas costumbres.

No se consideraba impropio que un pariente visitara a otro sin que le invitaran o sin previos y ceremoniosos avisos. No obstante, en consideración a la retirada vida de Hepzibah, le habían escrito anunciando la proyectada visita de Phoebe.

Esta epístola pasó tres o cuatro días en el bolsillo del cartero, que, como no tenía ninguna otra para la calle de Pyncheon, no consideró conveniente llegarse a entregarla a La Casa de los Siete Tejados.

-¡No! -murmuró Hepzibah, descorriendo el cerrojo de la puerta-. No puede permanecer en casa más que una noche. Si Clifford la encontrase aquí, podría molestarle...

CAPÍTULO V

MAYO Y NOVIEMBRE

PHOEBE Pyncheon durmió en una habitación con vistas al jardín de la vieja casa. Daba al este, de modo que muy de madrugada un rayo de luz carmesí tiñó el deslustrado techo y el papel de la pared. La cama de Phoebe tenía cortinas: un dosel obscuro y antiguo con festones de una tela que en sus tiempos fue rica y magnífica, pero que ahora pendía sobre la muchacha como una nube, obscureciendo aquel rincón, mientras a su alrededor todo era invadido por el día.

La luz de la mañana, sin embargo, deslizóse pronto por la abertura de los pies del lecho, entre los mustios cortinajes. La aurora besó al nuevo huésped en las mejillas, arreboladas como ella misma. Los miembros de Phoebe se estremecieron de vida, cual follaje al paso de la brisa. Era la caricia de una doncella mañanera -como lo es la aurora, inmortalmente-, a su hermana durmiente, en parte por el irresistible impulso de la atracción y en parte para avisarla de que ya era hora de abrir los ojos.

Al contacto de aquellos labios de luz, Phoebe se despertó y, por un momento, no reconoció el sitio donde se hallaba, rodeada de cortinajes. Una sola cosa se le aparecía con claridad: había amanecido y era preciso levantarse y rezar. El sombrío aspecto de la habitación y de sus muebles, especialmente las sillas altas y duras, invitaba a la devoción. Una de las sillas, erguida junto a la cabecera de la cama, daba la impresión de que un personaje de los tiempos antiguos se hubiera pasado la noche sentado en ella y se hubiese desvanecido con el tiempo justo para no ser descubierto.

Ya vestida, Phoebe miró por la ventana y vio un rosal gigante que se encaramaba por la pared, cubriéndola con raras y hermosísimas rosas blancas. Muchas de ellas, según descubrió luego, albergaban pulgones en su corazón, pero visto de lejos, el rosal parecía haber sido traído del propio Edén aquel mismo verano, junto con la tierra en que enraizaba. Lo plantó Alice Pyncheon, hermana de la tatarabuela de Phoebe, en,un mantillo que doscientos años de restos vegetales habían fertilizado. Las rosas elevaban hacia el cielo, hacia su Creador, su incienso, no menos fragante porque a él se mezclaba el aliento de la muchacha. Bajó ésta la crujiente escalera, salió al jardín, cogió unas rosas y se las llevó a su cuarto.

La pequeña Phoebe era una de esas personas que poseen como exclusivo patrimonio el don de saber disponer bien todo, una especie de magia natural que permite descubrir las posibilidades ocultas en las cosas y dar un tono de comodidad a todos los sitios en que, siquiera sea por poco tiempo, establecen su vivienda.

Una cabaña de troncos, levantada en medio del bosque por unos caminantes, se convertiría en un hogar después de albergar, desde el crepúsculo al alba, a una mujer de tal clase y conservaría aquel carácter mucho tiempo después de que la graciosa figura femenina se hubiera esfumado en las sombras de la selva.

Era menester no poca cantidad de aquel don hogareño para hacer habitable la triste y vasta estancia de Phoebe, deshabitada desde tan largos años -excepto por ratas, arañas, ratones y fantasmas-, que aparecía cubierta de esa capa de desolación con que el tiempo borra toda huella de las horas felices.

Es imposible seguir a Phoebe en su proceso de reformas. No parecía seguir ningún plan: daba un toque aquí y otro allá, ponía algunos muebles a la luz y sepultaba otros en la sombra, levantaba o bajaba una cortina... A la media hora, el cuarto sonreía acogedoramente. La noche anterior, aquel dormitorio se parecía al corazón de la solterona. No se veía sol ni fuego y, aparte de los fantasmas y de los recuerdos fantasmales, nadie había entrado por muchos años, ni en aquella estancia ni en aquel corazón.

Ese inescrutable encanto de Phoebe tenía otra particularidad. El dormitorio era, sin duda, un cuarto de grande y variada experiencia, como escenario de la vida humana. Allí había latido la alegría de las noches de novios, allí habían nacido muchos seres y otros muchos habían muerto. Pero -sea por la fragancia de las rosas o por otra influencia más sutil- una persona delicada se daría cuenta de que, ahora, era la habitación de una muchacha que la había purificado de malas influencias y tristezas con su suave aliento y sus pensamientos dichosos. Diríase que los agradables sueños de Phoebe habían exorcizado la penumbra.

Después de arreglar las cosas a su gusto, la muchacha emergió de su cuarto con el propósito de bajar otra vez al jardín. Además del rosal, había observado otras muchas clases de flores, creciendo silvestres y en triste abandono, dificultándose mutuamente el desarrollo, ofreciendo un paralelo con la sociedad humana.

Al ir a bajar la escalera, sin embargo, se encontró con Hepzibah que la invitó a entrar en una habitación que habría podido llamar *boudoir* si su educación hubiera incluido esa palabra francesa. En el cuarto se veían unos cuantos libros, una cesta de labor y un escritorio. En un extremo había un mueble extraño, de color negro, que, según aseguró Hepzibah a su sobrina, era un clavicordio. Se parecía a un féretro más que a otra cosa y, realmente, después de haber pasado muchos años sin que lo abrieran, debía contener gran cantidad de música muerta, asfixiada por falta de aire. Desde los tiempos de Alice Pyncheon, que había aprendido a tocar en Europa, pocos eran los dedos que pulsaron sus teclas.

Hepzibah invitó a sentarse a su joven huésped, y tomando ella también una silla, contempló gravemente el semblante de Phoebe como si esperara ver reflejados en él sus motivos secretos.

-Prima Phoebe- le dijo por fin-, no veo cómo podría areglármelas para que te quedases conmigo.

Esas palabras, sin embargo, no tenían la brusquedad poco hospitalaria con que pueden chocar al lector, porque las dos mujeres, la noche anterior, habían charlado y llegado a una especie de mutua comprensión. Hepzibah comprendía que el segundo matrimonio de la madre de Phoebe hacía desear a la muchacha establecerse en otro hogar. No interpretó mal el carácter de Phoebe, alegre y activo -rasgo precioso de las mujeres de Nueva Inglaterra- y que la había impulsado a buscar fortuna. Hepzibah era su pariente más cercana, y por esto se había dirigido ante todo a su casa, no con idea de obligarla a que le diera protección, sino sólo por una visita de una o dos semanas, que podría prolongarse indefinidamente, si ello contribuía a la felicidad de ambas.

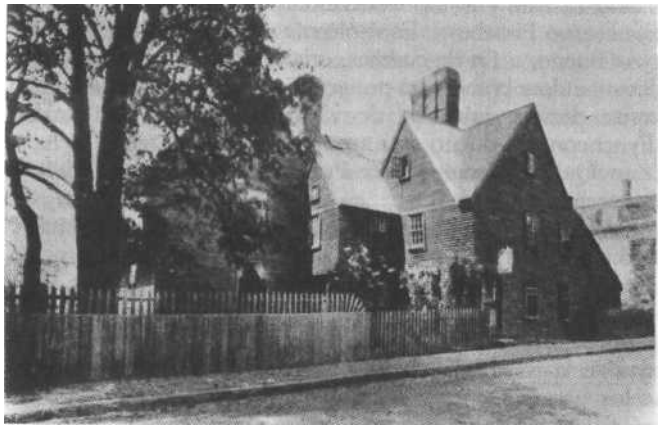
A la declaración de Hepzibah replicó Phoebe franca y alegremente:

-No lo sé, prima, pero creo que nos avendremos mejor de lo que supones.

-Eres una chica muy agradable -replicó-, y no es el miedo de no avenirnos lo que me hace vacilar. Esta casa es un lugar demasiado melancólico para una joven como tú. En la buhardilla y los cuartos de arriba entra el viento y la lluvia y hasta la nieve, en el invierno, ¡pero jamás entra el sol! Y yo... Ya ves lo que soy... Una vieja triste y solitaria... Porque ya empiezo a llamarme vieja, ¿sabes?... Que teme que su carácter no sea precisamente suave y cuyo humor no suele ser muy bueno. No podría hacerte agradable la vida, prima Phoebe, ni siquiera darte de comer.

-Ya verás cómo estaré más alegre de lo que crees -contestó Phoebe, sonriendo-. Además, quiero ganarme la vida. Ya sabes que no me he educado como una Pyncheon. Una muchacha aprende infinidad de cosas en un pueblo de Nueva Inglaterra.

-Tus conocimientos te servirán de muy poco aquí -suspiró Hepzibali-. Es una idea equivocada la de pasarte los días de tu juventud en un lugar como este. Dentro de un mes o dos, tus mejillas ya no tendrán esos colores. ¡Fíjate en mi rostro! -el contraste era muy grande-. Ya ves qué pálida estoy. Me figuro que el polvo y la decadencia gradual de estos viejos caserones son muy malos para los pulmones.



LA CASA DE LOS SIETE TEJADOS

Uno de los pocos íntimos de Hawthorne durante su niñez en Salem fue la prima de su padre Susannah Ingersoll. Abandonada por un amor de juventud, vivió sola en esta casa, que -según se cree- inspiró la novela.

-El jardín y las flores necesitan de alguien que las cuide -observó Phoebe-. Eso sólo me conservará sana y fuerte.

-Bueno, a fin de cuentas, criatura -exclamó Hepzibah, levantándose como para poner fin al tema-,no me incumbe a mí decidir quién ha de vivir en la vieja casa de los Pyncheon. Su dueño está a punto de venir.

-¿Quieres decir el juez Pyncheon? -preguntó Phoebe sorprendida.

-¡El juez Pyncheon! -contestó agriamente su prima-. No se atrevería a entrar aquí mientras yo viva. No, no es él... Espera y verás el retrato de quien te hablo.

Fue a buscar la miniatura que ya conocemos y regresó con ella en las manos. Se la dio a Phoebe y observó el rostro de la muchacha desde muy cerca, con una especie de celos por la manera en que aquel semblante de marfil le afectaría.

-¿Qué te parece?

-Es un hombre muy hermoso... Verdaderamente hermoso -fue la admirativa respuesta-. Es un rostro tan dulce como puede serlo el de un hombre o, por lo menos, como debería serlo. Tiene la expresión de un niño,.. Pero no es infantil. Sólo que una se siente muy benévola para con él. Nunca debería sufrir un hombre así y creo que yo haría cualquier, sacrificio para ahorrarle una pena. ¿Quién es, prima Hepzibah?

-¿No has oído hablar de Clifford Pyncheon?,-murmuró la vieja, inclinando el busto hacia la muchacha.

-¡Nunca! Creí que no quedaban más Pyncheon que tú y el juez Jaffrey-contestó Phoebe-. Y, sin embargo, me parece haber oído ese nombre... Sí, se lo he oído a mi padre o a mi madre... pero, ¿no murió hace mucho?

-Bueno, quizá sí -repuso Hepzibah, con triste sonrisa-; pero en casas tan viejas como ésta, ¿sabes?, los muertos a veces resucitan. Ya veremos... Por de pronto, no te desanimes, prima Phoebe, ya que no nos separaremos en seguida. En esta casa siempre eres bien venida.

Con estas palabras mesuradas -no precisamente frías- Hepzibah le dio un beso de hospitalidad.

Phoebe púsose a preparar el desayuno, no porque adoptase el cargo de cocinera, sino porque aquella actividad le venía a la medida. Entretanto, la dueña de la casa, como ocurre con las personas de su poco maleable carácter, se mantuvo apartada, deseosa de ayudar, pero comprendiendo que su natural ineptitud estropearía la marcha del importante asunto que su prima tenía entre manos.

Phoebe y el fuego que hacía hervir la tetera eran brillantes, alegres y eficaces por igual en sus respectivas misiones. Hepzibah la contemplaba. No pudo evitar interesarse y hasta divertirse con la rapidez de su nueva compañera para adaptarse a las circunstancias y sacar de las viejas cosas de la casa los resultados apetecidos. Todo lo hacía sin el menor esfuerzo y con frecuentes canciones. Su natural melodioso la hacía semejar a un pájaro en un sombreado árbol, o despertaba la idea de que el torrente de la vida murmuraba en su corazón como un arroyo en la cañada. Demostraba la alegría de un temperamento activo que encuentra gozo en la actividad y la convierte en belleza. Era un rasgo típico de Nueva Inglaterra... la áspera tela de puritanismo con una cenefa de oro.

Hepzibah sacó cucharas de plata, marcadas con las iniciales de la familia y un juego de té de porcelana, decorado con extravagantes figuras de hombres, aves y bestias sobre un paisaje no menos grotesco. Esas gentes pintadas vivían como humoristas en un mundo aparte, suyo, un mundo de vivido brillo, todavía no apagado por el tiempo, a pesar de que aquella porcelana era tan vieja como la costumbre de beber té.

-La abuela de tu tatarabuela recibió ese juego de regalo, cuando se casó -dijo Hepzibah-. Era una Davenport de muy buena familia. Fueron las primeras tazas de té conocidas en la colonia y si una de ellas se rompiese, mi corazón se rompería también... ¡Bah! Es una tontería hablar así de una taza tan frágil, sobre todo al recordar las cosas que le han ocurrido a mi corazón.

Las tazas, que quizá no se habían usado desde la juventud de Hepzibah, estaban cubiertas de una gruesa capa de polvo, que Phoebe limpió con un cuidado y delicadeza que satisfizo hasta a la propietaria de aquellas inapreciables piezas de porcelana.

-¡Qué linda ama de casa eres! -comentó la solterona, sonriendo y frunciendo a la par las cejas tan prodigiosamente que la sonrisa era como un rayo de sol debajo de una nube tempestuosa-. ¿Lo haces todo tan bien como eso? ¿Sirves igual para estudiar que para lavar tazas de té?

-Me temo que no -rió Phoebe-. Pero el verano pasado fui maestra de párvulos, en una escuela, y todavía podría seguir siéndolo.

-Eso está muy bien -observó la dama-. Lo has heredado de tu madre, pues no sé que ningún Pyncheon haya servido para esas cosas.

Antes de abandonar la mesa, sonó agudamente la campanilla de la tienda y Hepzibah dejó el resto de su té con un gesto de desesperación que daba pena ver. En los casos de una ocupación desagradable, el segundo día es peor que el primero. Volvemos al potro de tormento con los miembros aún destrozados.

Hepzibah se había convencido de la imposibilidad de acostumbrarse a aquella malhumorada y estridente campanilla. Por muchas veces que sonara, siempre le atacaba los nervios, y más ahora, que la embargaban ideas de nobleza y prosapia, a la vista de las cucharas de plata con las iniciales y de las antiguas tazas de té que le hacían experimentar una inefable aversión a tratar con parroquianos.

-No te molestes, prima -atajó Phoebe, levantándose ligeramente-. Hoy me he despertado tendera.

-¿Tú?... ¿Qué sabe una muchacha del campo de esas cosas?

-He hecho todas las compras en nuestro almacén del pueblo -explicó Phoebe-. Y una vez, en una tómbola, mi mesa vendió más que ninguna. Esas cosas no se aprenden. Supongo que son algo parecido a un don que me viene -añadió con una sonrisa- de parte de mi madre. Ya verás que soy tan buena tendera como ama de casa.

La solterona siguió a su prima para ver cómo se las arreglaba. El caso que se le presentó a Phoebe era algo intrincado. Una anciana con falda blanca y corpino verde, con un collar de cuentas de oro alrededor del cuello y en la cabeza algo parecido a un gorro de dormir, ofrecía cierta cantidad de hilo a cambio de géneros. Probablemente era la única y última persona de la ciudad que seguía haciendo girar la rueca. Valía la pena de escuchar los graznidos y tonos profundos de la vieja y la agradable voz de Phoebe entrelazados en la conversación y aún más contemplar el contraste de sus figuras -ligera y luminosa la una, decrépita y achacosa la otra-, separadas por el mostrador, en un sentido, y por más de sesenta años en otro. En cuanto al negocio, se redujo al forcejeo de la astucia de la vieja con la sagacidad de la joven.

-¿Verdad que ha salido bien? -preguntó Phoebe riendo, cuando la vieja se hubo marchado.

-Muy bien, muchacha -contestó Hepzibah-. Yo no lo habría hecho mejor. Tienes razón cuando dices que es un don de tu madre.

Las personas tímidas y temerosas de participar en la barahúnda del mundo contemplan con admiración a los actores de la agitada escena de la vida. Admiración tan auténtica, en realidad, que procuran hacerla agradable para su amor propio imaginando que aquellas enérgicas cualidades son incompatibles con otras que consideran más altas e importantes. Por esto Hepzibah se alegraba de comprobar los talentos de Phoebe como tendera y escuchó complacida las sugerencias que le hizo la muchacha para aumentar el negocio sin exponer apenas mayor cantidad de capital. Consintió que su prima preparase levadura líquida y en pasta, y hasta que llegara a manufacturar cierta clase de cerveza deliciosa al paladar y de raras virtudes estomacales. Además, le dejó hacer unos pastelillos especiados que una vez se catan obligan a comer otros. Esas pruebas de habilidad fueron aceptadas por la aristocrática tendera, mientras podía murmurar para sí, con una sombría sonrisa, un suspiro y un sentimiento, mezcla de maravilla, piedad y creciente afecto, que Phoebe era una muchacha muy linda y útil... ¡Si pudiera ser toda una señora, además...! Pero eso era imposible, Phoebe no era una Pyncheon. Todo lo tenía de su madre.

Si Phoebe era o no una verdadera señora, es punto difícil de decidir; en todo caso, el problema no se plantearía a un espíritu sano. Fuera de Nueva Inglaterra sería imposible encontrar una persona que combinase tantos rasgos de señora con tantos otros no indispensables, y hasta puede ser que incompatibles para merecer ese calificativo. No chocaba con los cánones del buen gusto, nunca rozaba con el ambiente que la rodeaba y sabía comportarse admirablemente. Su figura, tan pequeña que casi resultaba infantil, y tan elástica que el movimiento parecía en ella tan fácil como el descanso, no satisfaría, por descontado, la idea que uno se hace de una condesa.

Y no tendríamos derecho a llamarla hermosa, si nos atuviéramos a su rostro, con bucles castaños a los lados, naricilla respingona, su frescura y la media docena de pecas... recuerdos del sol y de las brisas de abril que resplandecían en sus mejillas. Pero en sus ojos había brillo y profundidad. En conjunto era muy linda,

graciosa como un pájaro y, a la manera de un pájaro, agradable como un rayo de sol que atraviesa el susurrante follaje, o como el reflejo de una llama que baila en la pared al anochecer.

En vez de discutir si tiene derecho o no a figurar en el rango de las señoras, es preferible considerar a Phoebe como un ejemplo de lo que sería la gracia y eficacia femeninas en una sociedad en que no existieran damas; en tal sociedad las mujeres se cuidarían de los asuntos del hogar, dándole luminosidad inusitada, incluso cuando se tratara de ordeñar una vaca o fregar platos.

Esta era precisamente la esfera propia de Phoebe. Para encontrar a la dama genuina no tenemos que ir muy lejos: ahí está Hepzibah, nuestra solitaria y abandonada solterona, con sus sedas ajadas y crujientes, con su ridicula y amada lista de antepasados sus reclamaciones de principescos territorios y un vago recuerdo de haber tocado el clavicordio, bailado un minué y bordado un tapiz. Las dos mujeres constituían un símbolo del nuevo plebeyismo y de la antigua nobleza.

Parecía como si la vetusta casa de los Siete Tejados, sombría y ceñuda, mostrase un alegre destello, a través de sus ventanas, cuando Phoebe iba y venía por el interior. De no ser así, es imposible explicarse de qué modo el vecindario advirtió tan pronto la presencia de la muchacha. Hubo un verdadero desfile de parroquianos, aquella mañana, desde las diez a mediodía, que se espació algo a la hora de comer, pero que volvió a aumentar durante la tarde, hasta cosa de media hora antes de ponerse el sol.

Uno de los clientes más adictos fue Ned Higgins, el devorador de Jim Crow y del elefante, que realizó la proeza de comerse dos dromedarios y una locomotora. Phoebe reía, al ir sumando los ingresos en la pizarra, mientras Hepzibah, provista de un par de guantes de seda, amontonaba las monedas de cobre y algunas de plata que llenaban el cajón.

-Hemos de renovar los géneros, prima -gritó contenta la joven vendedora-. Se han acabado las figuritas de pan de jengibre, esas lecheras holandesas de madera y muchos otros juguetes... Han pedido mil veces silbatos, trompetas y por lo menos media docena de niños han solicitado caramelos de miel. Hay que adquirir una caja de manzanas, aunque estemos al final de la temporada... ¡Qué montón de calderilla!... ¡Es una verdadera montaña de cobre!

-¡Muy bien! ¡Muy bien! -comentó el tío Venner, que durante el día apareció varias veces por la tienda-. Esta muchacha no acabará sus días en mi granja... Benditos los ojos que han podido ver a una criatura tan simpática, graciosa y trabajadora.

-Sí, Phoebe es muy simpática -repuso Hepzibah con un fruncimiento de cejas de aprobación-. Usted, tío Venner, que conoce a nuestra familia desde hace muchos años, ¿puede decirme si se parece a algún Pyncheon?

-No, no lo creo -contestó el viejo-. En todo caso, jamás he tenido la suerte de ver a un Pyncheon que se le pareciera. He conocido a infinidad de personas en mi vida, no sólo en los patios y cocinas, sino en los muelles, en las calles y en otros sitios donde me llaman mis ocupaciones, y puedo asegurarle, miss Hepzibah, que jamás he visto a una criatura que hiciera su trabajo de manera tan semejante a un ángel como esa pequeña Phoebe.

El elogio del tío Venner, por muy exagerado que pueda parecer, contenía un sutil hilo de verdad. Había, en la actividad de Phoebe una calidad espiritual evidentísima. Aquel día largo y atareado, pasado en ocupaciones que hubieran podido parecer míseras y aburridas, resultó agradable y hasta delicioso, merced a la gracia con que esos deberes domésticos parecían apropiados al carácter de Phoebe. El trabajo, al hacerlo ella, adquiría la facilidad y el encanto del juego. Los ángeles no se afanan, sino que dejan que el trabajo fluya de ellos, y eso es precisamente lo que ocurría a Phoebe.

Las dos mujeres encontraron tiempo, en los intervalos entre venta y venta, para adelantar rápidamente por el sendero del afecto y la confianza.

La vieja dama experimentaba una melancólica y orgullosa satisfacción al ir guiando a Phoebe de cuarto en cuarto, explicándole las tradiciones que, como lúgubres frescos, cubrían los muros de la casa. Le enseñó las señales dejadas por el puño de la espada del gobernador en las paredes de la puerta tras la cual el coronel Pyncheon, como anfitrión muerto, recibió con terrible ceño a sus aterrorizados visitantes. Todavía quedaba en el aire del pasillo algo del terror de aquel día.

Hepzibah indicó a su prima que se subiera a una silla y contemplara de cerca el antiguo mapa del territorio del este. Puso el dedo en un lugar donde se hallaba una mina de plata, según dejó escrito el coronel en un documento que sólo debía darse a conocer cuando la reclamación de aquellas tierras fuese reconocida por el gobierno. De modo que el hacerles justicia era de interés para toda Nueva Inglaterra. Explicó también

que existía un inmenso tesoro en monedas de oro inglesas escondido en alguna parte de la casa, quizá en las bodegas o en el jardín.

-Si tú lo descubrieses, Phoebe-dijo mirándola de soslayo, con triste y bondadosa sonrisa en los labios-, podríamos arrancar para siempre la campanilla de la tienda.

-¡Oh, sí! -contestó Phoebe-. Pero, entretanto, creo que está sonando...

Cuando el parroquiano se marchó, Hepzibah habló extensa y vagamente sobre cierta Alice Pyncheon, joven bella y distinguida, que murió hace cerca de un siglo. La fragancia de su carácter encantador todavía perfumaba la casa, igual que un capullo de rosa el cajón donde se mustia y muere. Esa preciosa Alice fue muy desgraciada y murió de una manera misteriosa, víctima de una tragedia; creció pálida, tenue y acabó marchitándose.

Pero aun ahora rondaba por La Casa de los Siete Tejados, y a menudo -especialmente cuando uno de los Pyncheon estaba a punto de morir- se la oía tocar tristemente en su clavicordio. Una de esas melodías salidas de sus dedos impalpables fue anotada en una ocasión por un aficionado a la música. Era tan triste que nadie ha podido oírla tocar a no ser que una gran pena le haya capacitado para comprender su dulzura, aún más profunda y más exquisita.

-¿Es el mismo clavicordio que me has enseñado? -preguntó Phoebe.

-El mismo. Es el clavicordio de Alice Pyncheon. Cuando yo aprendía música mi padre nunca me permitió abrirlo, y como sólo podía tocar en el piano de mi maestro, ya hace tiempo que se me olvidó.

Abandonando los temas de antaño, la vieja señora se puso a hablar del daguerrotipista, al cual había permitido, en circunstancias apuradas, alojarse en una de las siete buhardillas, teniendo en cuenta que era un joven ordenado y respetuoso.

Pero luego descubrió en míster Holgrave cosas que la desconcertaban: tenía compañeros inimaginables, hombres con luengas barbas, vestidos con blusas, reformadores predicadores de la templanza y toda clase de filántropos con cara de mal genio, cooperativistas y disidentes, de los cuales Hepzibah sospechaba que no respetaban nada ni comían sólido, sino que vivían del olor de las cocinas ajenas.

En cuanto al daguerrotipista, hacía poco ella leyó un párrafo en un periódico, acusándole de haber pronunciado un discurso revolucionario en una de aquellas asociaciones de bandidos. Por su parte, Hepzibah tenía sus motivos para creer que practicaba el hipnotismo y hasta sospechaba que, si tal cosa fuera posible en estos tiempos, estudiaba la magia negra en la soledad de su cuarto.

-Pero, querida prima -dijo Phoebe-, si ese hombre es tan peligroso, ¿por qué sigues teniéndolo en la casa? A lo mejor la incendia, si no hace algo todavía peor...

-Con frecuencia me he preguntado si no debo decirle que se marche. Pero, a pesar de sus extravagancias, persona seria. Una mujer, cuando vive tan solitaria como yo, se agarra a todas las amistades, por ligeras que sean.

-Pero si ese míster Holgrave es una persona sin ley... -empezó a decir Phoebe, que se mantenía dentro de los límites de la ley, como parte de su naturaleza.

-¡Oh! -atajó Hepzibah con indiferencia, pues a pesar de su espíritu formulista, más de una vez, en el curso de su experiencia de la vida, había tenido que rechinar los dientes contra la ley-. Supongo que debe tener su propia ley.

CAPÍTULO VI

LA FUENTE DE MAULE

DESPUÉS del té, Phoebe salió a pasear por el jardín. Este había sido muy extenso, pero poco a poco se fue contrayendo por la presión de las vallas de madera y de los saledizos de los edificios contiguos. En el centro, un pequeño prado de césped rodeaba un ruinoso edificio del cual quedaba apenas lo bastante para adivinarse que en tiempos fue una glorieta o cenador. Una parra salida de un retoño del año anterior trepaba por aquellos restos, pero aún tardaría en cubrir el techo con su verde manto. Tres de los tejados contemplaban el jardín con sombría solemnidad.

El suelo, negro y fértil, se había alimentado con los restos de vegetales podridos, tales como hojas caídas, pétalos de flores, pericarpios y pedúnculos de plantas erráticas, más útiles después de su muerte que cuando lucían al sol. El daño de los pasados años se manifestaba en enorme cantidad de hierbas y cizaña, símbolos de los vicios de la sociedad que se transmitían de generación en generación.

Phoebe vio que la invasión había sido combatida en cierto grado por un cuidadoso trabajo diario y sistemático. Era evidente que el rosal de blancas rosas había sido fijado al muro al comienzo de aquella misma estación. Un peral y tres ciruelos, que junto con un grosellero eran los únicos árboles frutales del jardín, habían sido podados recientemente. Se veían también varias clases de flores antiguas, no muy florecientes, por cierto, pero escrupulosamente escardadas, como si alguna persona, por cariño o por curiosidad hubiera querido que lucieran con toda su belleza. El resto del jardín presentaba un surtido de vegetales comestibles, en avanzado periodo de desarrollo. Calabazas de verano casi doradas, pepinos que mostraban tendencia a apartarse de la planta y a vagabundear, dos o tres hileras de habichuelas, que bordaban un camino alrededor de las cañas. Los tomates ocupaban un sitio tan resguardado y lleno de sol que ya eran gigantescos y prometían abundante cosecha.

Phoebe se preguntaba quién se habría tomado el trabajo de plantar aquella huerta y de tenerla tan bien cuidada. Con seguridad que no había sido Hepzibah, poco aficionada a la señorial ocupación de cuidar flores. Era demasiado aficionada al retiro de la casa y a sus costumbres de reclusa para salir a cielo abierto a escardar y cavar entre aquella hermandad de guisantes y calabazas.

Era el primer día que pasaba apartada de la vida rural y esto le hizo encontrarse más a gusto en aquel rincón de hierba y follaje, de aristocráticas flores y plebeyos vegetales. El cielo parecía contemplar aquella escena con placer y con una sonrisa peculiar, como si se alegrara al ver que la naturaleza, expulsada por todas partes de la ciudad, encontraba aquí un espacio libre. El lugar adquiría una gracia un poco selvática merced a una pareja de petirrojos que habían construido su nido en el peral y se sentían felices en la sombra de las intrincadas ramas. Las abejas, aunque parezca extraño, habían pensado que valía la pena acudir, quizá, desde las colmenas de una granja situada a muchas millas de distancia. ¡Cuántos viajes, entre el alba y el crepúsculo, para buscar polen y néctar! Ya era tarde y todavía se oía un zumbido entre las flores de las calabazas, en medio de las cuales las abejas libaban laboriosas.

Había en el jardín otra cosa que la naturaleza podía reclamar como de su propiedad inalienable, a pesar de lo que el hombre pudiera hacer para apropiársela: una fuente, cercada de viejas y musgosas piedras, cuyo lecho estaba pavimentado con una especie de mosaico de guijarros multicolores. El constante movimiento del agua, que fluía a chorro, jugueteaba con los cantos y hacía aparecer figuras cambiantes de grotescos contomos que se desvanecían con demasiada rapidez para poder ser definidos. Saltando por encima del cerco de piedras musgosas el agua se deslizaba luego por debajo de la valla, siguiendo un arbollón.

No debemos de olvidar el gallinero, de reverente antigüedad, situado en el fondo del jardín, cerca de la fuente. Ahora solamente contenía a *Cantaclaro*, a sus dos esposas y un solitario polluelo. Eran los cuatro de una raza transmitida hereditariamente en la familia Pyncheon y se decía que sus primeros ejemplares alcanzaron el tamaño de pavos, con carne digna de la mesa de un príncipe.

En prueba de la autenticidad de esa fama legendaria, Hepzibah habría podido exhibir la cascara de un huevo, del cual no se avergonzaría un avestruz.

Sea lo que fuere, las gallinas no eran ahora mayores que palomos, tenían un aire extraño y de vejez, como de cosa marchita, una manera de moverse que hacía pensar en la posibilidad de que sufrieran la gota, y su cloqueo un tono adormecido y melancólico. Era evidente que la raza se hallaba en plena degeneración, como ocurre con otras nobles razas, a consecuencia de una vigilancia demasiado estrecha para mantenerla pura. Aquellos personajes de pluma habían permanecido demasiado tiempo en su altivo aislamiento, de cuyo hecho sus actuales representantes parecían darse cuenta, a juzgar por su lúgubre aspecto. Indiscutiblemente estaban vivos: de vez en cuando ponían un huevo e incubaban un polluelo, no tanto para su placer como para que el mundo no se viera privado de lo que en su tiempo fue admirable raza de aves de corral.

Su rasgo distintivo era una cresta tan mustia, tan singular y extrañamente parecida al turbante de Hepzibah, que Phoebe, con gran turbación de su conciencia, pero sin poderlo evitar, encontró una semejanza general entre esos bípedos y su respetable prima.

La muchacha corrió a buscar amigas de pan, patatas frías y otros restos apropiados para calmar el apetito de las gallinas. Llamólas una vez de vuelta y las aves parecieron reconocer su voz. El polluelo se acercó dando muestras de alguna vivacidad, mientras *Cantaclaro* y sus esposas la miraron de soslayo y luego cloquearon, como comunicándose sagaces observaciones. Tenían un aspecto tan prudente y tan de viejos que sugerían la idea de que no eran meros descendientes de una raza famosa, sino que existían desde la fundación de La Casa de los Siete Tejados y habían fundido su destino con el de la antigua mansión. Eran una especie de espíritus tutelares.

-¡Pst! ¡Pst!... Aquí traigo unas migas para ti -gritó Phoebe, dirigiéndose al polluelo.

Éste, casi tan venerable como su madre y poseyendo, de hecho, la misma antigüedad que sus progenitores, pero en miniatura, dio aletazos bastante enérgicos para elevarse hasta el hombro de Phoebe.

-Ya veo que incluso los polluelos la saludan -dijo una voz detrás de la muchacha.

Volvióse ésta rápidamente y quedó sorprendida al ver a un joven que había entrado en el jardín por otra puerta. Sostenía un azadón en la mano, y mientras Phoebe fue a buscar el pan, él se puso a cavar alrededor de las tomateras.

-El polluelo la trata como si la conociera de siempre -continuó diciendo el hombre, mientras una sonrisa volvía su rostro más agradable de lo que Phoebe imaginó-. Hasta esos venerables personajes parecen sociables. Es usted afortunada en ganarse tan pronto su amistad. A mí me conocen hace tiempo, pero jamás me han honrado con ninguna familiaridad, a pesar de que no pasa día sin que les traiga comida. Supongo que miss Hepzibah relacionará este hecho con las tradiciones de la casa y asegurará que las gallinas conocen que usted es una Pyncheon.

-El secreto es que he aprendido a hablar con las gallinas y los polluelos -repuso Phoebe, sonriendo.

-¡Ah!, pero es que esos polluelos de linaje aristocrático se harían de menos de comprender el vulgar lenguaje de las aves de corral -replicó el muchacho-. Prefiero creer, con miss Hepzibah, que reconocen el tono familiar. Porque usted es una Pyncheon, ¿verdad?

-Me llamo Phoebe Pyncheon -contestó la muchacha con cierta reserva, pues adivinó que aquel hombre era el daguerrotipista de cuya propensión a salirse de la ley le había dado Hepzibah una idea desagradable-. No sabía que el jardín de mi prima lo cuidaba otra persona.

-Sí -dijo Holgrave-. Yo escardo y cavo en esta vieja tierra negra, para solazarme un poco con lo que queda aquí de naturaleza. Revuelvo la tierra como pasatiempo. Mi trabajo, cuando lo tengo, es muy ligero... En resumen, aprovecho el sol para hacer retratos y, para no quedarme deslumhrado, conseguí que miss Hepzibah me dejara alojar en una de esas sombrías buhardillas... ¿Le gustaría ver una muestra de mis trabajos?

-¿Un retrato al daguerrotipo, quiere decir? -preguntó Phoebe con menos reserva-. No me agradan, porque encuentro que resultan duros y torvos. Además, parece que esquivan las miradas. Supongo que se dan cuenta de que tienen cara de pocos amigos y no les gusta que les vean.

-Si usted me lo permite -dijo Holgrave mirando a Phoebe-, haré una prueba para ver si el daguerrotipo consigue hacer aparecer rasgos desagradables en un rostro perfecto... Pero sin duda hay algo de verdad en lo que usted ha dicho. Muchos de mis retratos, en efecto, son poco atractivos, pero es culpa de los modelos. El cielo y los rayos de sol ofrecen un espectáculo maravilloso. Mis máquinas los reproducen con mucha más veracidad que un pintor. Por lo menos, en mi humilde arte no hay adulación. Aquí tengo un retrato que he tomado una y otra vez y siempre con pésimo resultado. El original tiene, a los ojos de la gente, una expresión muy distinta. Me agradaría saber qué opina usted.

Le enseñó una miniatura en daguerrotipo, guardada dentro de un estuche de tafilete.

Phoebe la miró brevemente y la devolvió en seguida.

-Yo conozco ese rostro -dijo- porque sus ojos me han seguido durante el día. Es mi antecesor puritano que cuelga en el salón. Ha encontrado usted la manera de retratarle sin su gorro de terciopelo negro y sin su barba gris y le ha dado, a cambio de su capa y de su banda, una chaqueta moderna y una corbata de seda. No creo que esas modificaciones mejoren el retrato.

-Si hubiera mirado con más atención, habría visto otras diferencias -dijo Holgrave riendo, aunque sorprendido-. Puedo asegurarle que es una persona moderna, actual, con la cual posiblemente se encontrará usted. Lo curioso del caso es que el modelo resulta para todo el mundo, hasta para sus íntimos amigos, de aspecto agradable, benévolo, de corazón abierto, cargado de buen humor y de otras loables cualidades. El sol, según ve usted, nos cuenta una historia muy distinta y por más que hago, no se deja tentar para variarla. Aquí tenemos al hombre, taimado, astuto, sutil, duro, imperioso, y, además, frío como el hielo. Fíjese en los ojos. ¿Le agradaría encontrarse a su merced?... ¡Y esa boca! ¿Cree usted que pueden sonreír esos labios?... Y, sin embargo, ¡si viera usted la sonrisa del original!... Es una desgracia, porque se trata de un personaje y el retrato era para ser reproducido.

-Pues no deseo verle más -observó Phoebe apartando la mirada-. Se parece mucho al cuadro del salón. Pero mi prima Hepzibah tiene otro retrato... una miniatura. Si el modelo vive aún, creo que puede desafiar al sol a que le haga aparecer torvo y duro.

-¿Usted ha visto esa miniatura? -preguntó el artista con interés-. Yo no, pero tengo gran curiosidad por verla. ¿Juzga usted favorablemente sus rasgos?

-Nunca he visto un rostro más dulce -dijo Phoebe-. Es demasiado suave y noble para un hombre.

-¿Hay un aire de ferocidad en sus ojos? -continuó Holgrave tan gravemente que Phoebe se turbó, igual que por la amistad que él daba por descontada a pesar de su reciente conocimiento-. ¿Tiene algo de siniestro o duro? ¿Se imagina, viendo el retrato, que el modelo puede ser culpable de un gran crimen?

-¡Qué tontería! -repuso Phoebe impaciente-. ¡Hablar de un retrato que usted no ha visto nunca! Se debe confundir con otro... ¿Un crimen? Ya que es amigo de mi prima, dígale que le enseñe la miniatura.

-Me interesa más ver el original -replicó fríamente el daguerrotipista-. Es innecesario discutir su carácter. Ya lo juzgó un tribunal competente, o que por lo menos, lo llamaban así. ¡Por favor, no se vaya todavía! He de hacerle una proposición...

Phoebe estaba a punto de entrar en la casa, pero retrocedió vacilante; extrañaba los modales del artista. Observándole bien, le pareció que no eran rudos ni ofensivos, sino singularmente desprovistos de ceremonias. Hablaba Holgrave con cierta autoridad extraña, como si el jardín fuese suyo, en vez de ser un sitio al cual tenía acceso gracias a la cortesía de Hepzibah.

-Si le ha de resultar agradable, estoy dispuesto a dejar a su cargo el cuidado de esas flores y de esos respetables animales. Puesto que viene del campo, pronto sentirá la necesidad de alguna ocupación al aire libre. Mi profesión no es precisamente cuidar flores. Puede usted cuidarlas como quiera. Solamente de vez en cuando le pediré algún capullo, a cambio de esos honrados vegetales con que me propongo enriquecer la mesa de miss Hepzibah. Así es que seremos compañeros de trabajo, a la manera del sistema comunitario. Silenciosamente y hasta sorprendida por su propia complacencia, Phoebe absorta en sus pensamiento, empezó a desyerbar un arriate. Le asombraba el familiarizarse tan pronto con aquel hombre. Además, no le agradaba. Su carácter dejaba perpleja a la muchacha, pues mientras el tono de su charla había sido más bien juguetón, había dejado en el espíritu de Phoebe una impresión de gravedad e incluso de severidad, a pesar de su juventud. La muchacha se rebelaba contra cierta fuerza magnética que el artista, quizá sin darse cuenta, ejercía sobre ella.

Al cabo de un rato, la luz, disminuida por los muros y los árboles, comenzó a dar paso a la oscuridad.

-Ya es hora de dejar el trabajo -dijo Holgrave-. Mi último golpe de azadón ha cortado el tallo de una calabaza... ¡Buenas noches, miss Phoebe Pyncheon! Si un día quiere ponerse una de esas rosas en el pelo y venir a mi taller de la calle Mayor, cogeré el rayo de sol más puro y retrataré a la flor y y su dueña.

Se retiró hacia su solitaria buhardilla, pero de pronto detúvose junto a la puerta y llamó a Phoebe con un tono que ciertamente era risueño, pero que, sin embargo, contenía mucha gravedad.

-¡Cuidado con beber en la fuente de Maule! -dijo-. No beba ni se lave la cara en ella.

-¿La fuente de Maule?... -contestó Phoebe-. ¿Es esa rodeada de piedras musgosas? No pensaba beber en ella, pero ¿por qué no he de hacerlo?

-Porque está embrujada igual que las tazas de té de las viejas.

Desapareció en la obscuridad de la puerta y Phoebe vio, al cabo de un rato, que se encendía una luz en la habitación de la torre. Al entrar en la casa, encontró el salón tan obscuro y tétrico que no lograba distinguir nada. Advirtió, no obstante, que la flaca figura de la vieja señora se hallaba sentada en una de las sillas de recto respaldo, algo apartada de la ventana, con su pálido rostro vuelto hacia un ángulo.

-¿Enciendo una lámpara, prima Hepzibah? -preguntó.

-Hazlo, si quieres -contestó la anciana-. Pero ponía .en la mesa del rincón del pasillo. Tengo los ojos débiles y no pueden soportar la luz de la lámpara.

¡Qué maravilloso instrumento es la voz humana! ¡Qué maravillosamente reacciona a todas las emociones del alma! En el tono de voz de Hepzibah había algo hondo y húmedo, como si las palabras, por vulgares que fueran, salieran del calor de su corazón. Cuando encendió la luz, Phoebe se imaginó que su prima le hablaba.

-Un momento -contestó-. Las cerillas no se encienden...

Pero en vez de la respuesta de Hepzibah, la pareció oír el murmullo de una voz desconocida, una voz extrañamente confusa, que más parecía pronunciar disformes sonidos que palabras articuladas, como si fueran producto de la simpatía y del sentimiento en vez de venir de la inteligencia. Era tan vaga aquella voz, que en el espíritu de Phoebe produjo la impresión de algo irreal. Supuso que había confundido otro sonido con una voz humana o que era un producto de su fantasía.

Colocó la lámpara encendida en la mesa del pasillo y entró en el salón. La figura de Hepzibah, aunque su perfil negro se mezclaba con la obscuridad, percibíase menos imperfectamente. En los extremos de la estancia, cuyas paredes eran tan poco apropiadas para reflejar la luz, reinaba la noche.

-¿Me decías algo, prima?- preguntó Phoebe.

-No, muchacha- replicó Hepzibah.

Menos palabras que antes, pero con la misma exquisita melodía. Triste, melancólica, pero no dolorosa, parecía salir de la honda fuente del corazón de Hepzibah, envuelta en profunda emoción. Había en ella una especie de temblor que se comunicó a Phoebe, pues todo sentimiento tiene algo de contagioso. La chica se sentó silenciosamente, pero pronto sus agudos sentidos le hicieron percibir una respiración irregular en un rincón de la estancia. Su fina sensibilidad percibía la presencia, muy cercana, de alguien.

-Querida prima -preguntó-. ¿Hay alguien con nosotras en el salón?

-Phoebe -repuso Hepzibah tras una pausa-, te has levantado temprano y has estado ocupada todo el día. Vete a la cama, pequeña, porque necesitas descansar. Yo me quedaré aquí, en el salón, a pasar un rato, como lo he hecho durante más años que los que tú llevas en el mundo.

Besó a Phoebe y la abrazó. La muchacha sintió el corazón de la vieja latir contra su pecho tumultuosamente. ¿Cómo era posible que aquel desolado corazón pudiera contener un amor capaz de manifestarse con tanta energía?

-Buenas noches, prima -dijo Phoebe conmovida-. Si empiezas a quererme, me alegro mucho, mucho...

Se retiró a su cuarto, pero tardó en dormirse y eso aun con escasa profundidad. En algún incierto momento de su sueño, en plena noche, oyó unas pisadas que subían las escaleras pesadamente, pero sin fuerza y sin decisión. La voz de Hepzibah acompañaba aquellos pasos con un ¡pst! y una vez más Phoebe oyó el extraño y vago murmullo que parecía una sombra de voz humana.

CAPÍTULO VII

EL HUÉSPED

CUANDO Phoebe despertó con los trinos de la pareja de petirrojos del peral, oyó ruido en el piso inferior y se apresuró a bajar.

Encontró a Hepzibah en la cocina, junto a la ventana, sosteniendo un libro muy cerca de su nariz, como si esperara trabar conocimiento con el texto por medio del olfato, puesto que, con su mala vista, leía con dificultad. Si existiera un volumen capaz de expresar su sabiduría del modo citado, sin duda sería el que estaba en manos de Hepzibah. En este caso, la cocina hubiera sido invadida por la fragancia de los asados, perdices con manteca, puddings, pasteles y mil especies de ricos guisos y salsas. Era un libro de cocina, lleno de innumerables recetas de platos ingleses, ilustrado con grabados representando el decorado y adorno de la mesa para toda clase de banquetes que un noble puede dar en el gran salón de su castillo.

En medio de aquellas ricas muestras del arte culinario, ninguna de las cuales había sido probablemente gustada desde tiempos de los abuelos, la pobre Hepzibah buscaba alguna golosina que pudiera preparar para desayuno con su poca habilidad y con los escasos ingredientes que tenía a mano.

Con un suspiro abandonó el volumen y preguntó a Phoebe si la vieja Speckle, como se llamaba una de las gallinas, había puesto el día antes.

Phoebe corrió a averiguarlo, pero regresó sin el esperado tesoro. En este momento llegó a sus oídos el vocear de un pescadero, anunciando su paso por la calle. Con enérgicos golpes en la puerta de la tienda, Hepzibah indicó al hombre que se acercase y le compró lo que él garantizó como finísima caballa, la más grande, según dijo, que jamás llegara a sus manos en tan temprana época de la estación.

Hepzibah ordenó a Phoebe que tostara café y advirtió que era moka auténtico y que cada grano valía su peso en oro. La solterona encendió tal cantidad de leña en la vieja chimenea de la cocina, que hasta desaparecieron las ancestrales tinieblas.

Phoebe, deseosa de ayudar, propuso hacer un pastel a base de maíz y según la receta particular de su madre. Afirmó que, bien cocido, poseía una delicadeza inigualada. Hepzibah asintió con alegría y la cocina se vio convertida en escenario de los más sabrosos preparativos.

Quizá desde la atmósfera de humo que la chimenea mal construida no engullía totalmente, los fantasmas de las cocineras difuntas contemplaban con desprecio aquellos preparativos demasiado simples. Los ratones hambrientos, en todo caso, asomaron por los agujeros y se sentaron sobre las patas traseras, husmeando la cargada atmósfera y en espera de una oportunidad para aprovecharse.

Hepzibah no poseía dotes de cocinera y la verdad es que su flaqueza se debía, sobre todo, a que muchas veces prefirió irse a la cama sin cenar antes que pasar las horas viendo dar vueltas al asador o contemplando la ebullición de la olla. Su celo de ahora, pues, era una muestra de heroísmo. El espectáculo de Hepzibah preparando un lecho de brasas y asando en él la caballa era conmovedor, Phoebe hubiera llorado, si no hubiera estado ocupada en algo más importante. Las lívidas mejillas de la solterona ardían con las prisas y el calor. Vigilaba el pescado con más cuidado y minuciosidad que si su propio corazón estuviera en la parrilla y su felicidad dependiera de la oportunidad con que diera vuelta al manjar...

La vida del hogar ofrece pocas perspectivas tan agradables como una mesa de desayuno bien puesta y bien provista. Llegamos a ella frescos, en la juventud del día, en condiciones de disfrutar de los deleites materiales que proporciona la primera comida del día. Los primeros pensamientos que surgen y se expresan alrededor de una mesa de desayuno tienen una alegría, y a menudo una veracidad, que raramente se pone de manifiesto en la conversación, mucho más elaborada de un almuerzo o una cena.

La antigua mesa de Hepzibah, soportada por ligeras y graciosas patas, cubierta de rico damasco, era digna de ser el centro de una risueña reunión. El vaho del pescado asado se elevaba como incienso, mientras la fragancia del moka parecía hecha para apaciguar las iras de los lares o de cualquier otro espíritu que tuviera jurisdicción sobre una moderna mesa de desayuno.

Los pasteles de Phoebe -la ofrenda más rica de todas, cual remedo de las que cubrían los rústicos altares de la edad de oro- eran tan dorados que hacían pensar en los panes que se convertían en oro al contacto de las manos de Midas. No debe olvidarse la mantequilla que Phoebe misma había batido en su granja y que trajo como un don propiciatorio. Olía a trébol y daba al comedor el encanto de una escena pastoril. Todo eso, con la fantástica suntuosidad de los platos y fuentes de vieja porcelana, con los cubiertos grabados y la salsera de plata -el otro único objeto de ese metal que poseía Hepzibah-, daba a la mesa una apariencia que habría satisfecho al más exigente de los huéspedes del coronel Pyncheon. Pero el rostro del puritano seguía mirando con ceño, desde la tela, como si nada de cuanto ofrecía la mesa despertara su apetito.

Phoebe cogió rosas y otras flores, hermosas y fragantes, y las puso en un jarrito de cristal. El sol tempranero, fresco como el que se filtró a través del emparrado donde desayunaran Adán y Eva, traspasaba, centelleando, las ramas del peral y caía sobre la mesa. Todo estaba preparado. Platos y sillas para tres. Una silla y un plato para Hepzibah, otra silla y otro plato para Phoebe y... ¿Qué huésped usaría el tercer plato y se sentaría en la tercera silla?

Durante todos esos preparativos, Hepzibah no había dejado de estremecerse. Su agitación era tan grande que Phoebe podía ver el temblor de su desvaída sombra, cuando el fuego la reflejaba sobre la pared de la cocina o el sol sobre el suelo del salón. Sus órdenes eran tan variadas y contradictorias, que la muchacha no sabía a qué atenerse. A veces, Hepzibah parecía sumida en un éxtasis. En estos momentos abría los brazos, abrazaba a Phoebe y la cubría de besos tiernos como los de una madre; hacía eso por impulso inevitable, como si se ahogara por exceso de ternura y tuviera que derramar el sobrante para poder respirar.

Pero al momento siguiente, sin ninguna causa visible, desvanecíase su alegría o bien se iba a esconder, por decirlo así, en el calabozo del corazón de la solterona, donde tanto tiempo había permanecido encadenada y a la que sucedía un dolor frío y espectral, un dolor que parecía asustarse de verse libre y que era tan tenebroso como brillante fue la alegría. A menudo estallaba en una risa histérica, más conmovedora que las lágrimas, seguida de un sollozo contenido. Otras veces, las lágrimas y las risas acudían a la par, rodeando a la pobre Hepzibah, en el sentido moral de la frase, con un arco iris pálido y deslucido. Ya hemos dicho que se mostraba afectuosa con Phoebe -mucho más tierna que hasta entonces, excepto el beso de la noche anterior-; pero eso no hacía disminuir su irascibilidad y aspereza. Hablábale con dureza y después, despojándose de su reserva habitual, pedía perdón para renovar, al cabo de un instante, la injuria que acababan de perdonarle.

Terminado el trabajo, cogió la mano de Phoebe entre las dos suyas, que temblaban, y le dijo:

-Ten paciencia, chiquilla, porque tengo el corazón lleno hasta los bordes. Ten paciencia, porque te quiero mucho, aunque te hable con brusquedad. No hagas caso... Ya verás como después seré cariñosa.

-¿No puedes explicarme qué ocurre, prima? -preguntó Phoebe-, ¿qué es lo que tanto te emociona?

-¡Pst! Ahora viene -susurró Hepzibah secándose rápidamente los ojos-. Es mejor que te vea primero a ti, porque eres joven y linda y nadie puede evitar una sonrisa al contemplarte. Siempre le gustaron las caras alegres y la mía es vieja y las lágrimas aún no se han secado. Jamás pudo soportar los llantos... Baja un poco la cortina, para que la sombra llegue a ese extremo de la mesa. Pero deja mucho sol, sin embargo, porque nunca le gustó la sombra... ¡Ha tenido tan poca luz en su vida, pobre Clifford, y tanta sombra!... ¡Pobre Clifford!

Hablando así, en un susurro, la vieja dama recorrió la estancia de puntillas, dando los últimos toques.

Se oían pasos en el corredor de arriba: Phoebe los reconoció: eran como los de la víspera. El huésped, quienquiera que fuese, se detuvo en lo alto de la escalera y luego hizo dos o tres pausas más mientras bajaba y otra al pie de la escalera sin causa aparente. Por último volvió a pararse a la entrada de la sala. Movió el pomo de la puerta. Hepzibah, con las manos convulsivamente apretadas, miraba con fijeza a la puerta.

-Prima, por favor, no mires así -murmuró Phoebe, temblando, pues la emoción de la anciana y aquel paso misterioso y vacilante le daban la sensación de que un espíritu iba a entrar en el cuarto-. Me asustas... ¿Va a ocurrir algo espantoso, quizá?

-¡Pst! -susurró Hepzibah-. Ponte alegre y, suceda lo que suceda, sigue risueña.

La pausa final hacíase tan larga que Hepzibah, incapaz de soportarla, se acercó a la puerta, la abrió de golpe e hizo entrar al forastero.

A primera vista, Phoebe vio a un anciano, con una anticuada bata de damasco y de cabellera gris, mejor dicho, blanca y larguísima. Casi le cubría la frente. Después de una breve inspección de su semblante,

era fácil imaginar que sus pisadas tenían que ser forzosamente como las de un niño que da sus primeros pasos y se encuentra de súbito lejos del punto de partida. Sin embargo, nada daba a entender que no poseyera fuerza física suficiente para andar firme y resuelto. Era el espíritu del hombre lo que no podía marchar. La expresión de su semblante, que no carecía de inteligencia, parecía ondular, rielar débilmente, y casi extinguirse para recobrarse luego. Era como una llama que vemos lucir entre las ascuas, y a la cual miramos más intensamente que si fuese una hoguera -más intensamente, pero con cierta impaciencia- esperando a ver si se convierte en esplendoroso fuego o si se extingue de una vez.

Durante un momento, el huésped retuvo la mano de Hepzibah, casi instintivamente, como hace un niño con la persona mayor que le guía. Su rostro se iluminó al observar la juventud y el aspecto sano y risueño de la muchacha, que irradiaba alegría por el salón, igual que el brillante círculo que rodeaba al ramillete de flores resplandeciente bajo el sol.

Hizo un saludo, o, a decir verdad, un intento de saludo, que a pesar de su imperfección suscitaba una idea, o por lo menos una insinuación, de indescriptible gracia, esa gracia innata que no se obtiene con la práctica, demasiado sutil para ser comprendida al instante, y que transformaba por completo la figura del anciano.

-Querido Clifford -dijo Hepzibah con el tono con que se llama a un niño-. Esta es nuestra prima Phoebe... la pequeña Phoebe Pyncheon, la hija única de Arthur, ¿sabes? Ha venido del campo para pasar una temporada con nosotros, porque nuestra vieja casa se está volviendo demasiado solitaria...

-¿Phoebe?... ¿Phoebe Pyncheon?... ¿Phoebe? -balbuceó el huésped-. ¿La hija de Arthur?... Lo voy olvidando todo... Pero no importa... ¡Que sea bienvenida!

-Ven, Clifford, toma esta silla -dijo Hepzibah, llevándole a su sitio-. Phoebe, ¿quieres bajar algo más la cortina?... Así... Y ahora, ¡a desayunar!

El huésped se sentó y miró extrañado a su alrededor. Intentaba ponerse a tono con aquel escenario y captar sus detalles. Deseaba estar seguro de que se hallaba allí, en el salón, bajo de techo, con artesonado de roble, y no en otro lugar. Pero el esfuerzo era demasiado grande para sostenerlo mucho tiempo. Continuamente se ausentaba su mente, dejando su figura gris y melancólica -una substancia vacía, un fantasma material- ocupando la silla y comiendo.

Pasado un momento, brilló en sus ojos un destello que señalaba el regreso de la parte espiritual de aquel ser que se esforzaba en reanimar el corazón y en despertar las facultades intelectuales en su cuerpo, mansión sombría y ruinosa de la cual estaba condenado a ser un habitante desvaído.

En uno de esos momentos de animación menos torpe aunque todavía imperfecta, Phoebe se convenció de lo que antes había rechazado como idea absurda y extravagante: vio que el anciano era el modelo de la hermosa miniatura que poseía Hepzibah.

Con la habilidad de un ojo femenino identificó la bata de damasco como la que vestía el personaje del retrato y acabó por hacer lo mismo con la persona que ahora lo llevaba. Esa vieja prenda ajada, extinguido su prístino brillo, revelaba el infortunio del que la llevaba. Ayudaba a discernir qué gastados y envejecidos estaban los adornos visibles del alma del anciano, es decir, aquella figura y aquel rostro bellos y graciosos que habían dado motivo para que un hábil artista luciese su arte.

Veíase que el alma de aquel hombre había sido víctima de una tragedia. Allí sentado, con un velo opaco de ruina y decadencia entre él y el mundo, a través del cual, en fugaces intervalos, podía entreverse la misma expresión, tan refinada, tan suavemente imaginativa, que Malbone, aventurando una feliz pincelada, dejó marcada en el marfil. Había algo tan característico en el aspecto del anciano, que los años cargados de calamidades no pudieron borrar ni destruir.

Hepzibah sirvió una taza de café deliciosamente aromático y la presentó a su huésped.

-¿Eres tú, Hepzibah? -murmuró él, tristemente, y luego aparte, inconscientemente quizá de que le oían, agrego-: ¡Qué cambio! ¡Qué cambio!... ¿Estás enfadada conmigo? ¿Por qué frunces las cejas?

¡Pobre Hepzibah! Era aquel maldito ceño que el tiempo, la cortedad de su vista y las penas habían hecho tan habitual que cualquier agitación lo hacía aparecer inmediatamente. Pero al escuchar el murmullo de sus palabras, su rostro se enterneció, adquiriendo una expresión cariñosa. Desapareció la dureza de sus facciones, fundidas por el fuego de sus sentimientos.

-¿Enfadada? -repitió-. ¿Enfadada contigo, Clifford?

El tono con que pronunció esta exclamación contenía una melodía plañidera y exquisita, sin abandonar, empero, lo que un obtuso oyente tomaría, equivocadamente, por aspereza. Era como si un músico

invisible arrancara sonidos dulces, melodiosos, de un instrumento cascado o quebrado, que deja adivinar sus imperfecciones materiales en medio de una armonía etérea; así de profunda era la sensibilidad que la voz de Hepzibah reflejaba.

-Aquí no hay más que amor, Clifford -agregó-, nada más que amor... ¡Estás en casa, en tu hogar!

El huésped contestó con una sonrisa que apenas iluminó su rostro. Débil y fugitiva, tuvo, sin embargo, el encanto de una maravillosa belleza. La siguió una expresión fosca, por lo menos producía el efecto de la hosquedad, porque no había nada espiritual que la amortiguase. Fue una expresión de hambre. El anciano comía con lo que podemos llamar voracidad y en el goce sensual que le ofrecía la mesa repleta, pareció olvidarse de él mismo, de Hepzibah, de Phoebe y de todo cuanto le rodeaba. Su naturaleza, delicadamente refinada, poseía una especial sensibilidad para los placeres del paladar. El efecto era penoso e hizo bajar los ojos a Phoebe.

A poco, el huésped percibió la fragancia del café y lo bebió ávidamente. La sutil esencia obró sobre él como un filtro mágico; la opaca sustancia de su vida animal se volvió transparente o, por lo menos, translúcida, dejando pasar un rayo de vida espiritual.

-¡Más, más! -exclamó-. Eso es lo que necesito... Dame otra taza...

Bajo el poderoso estimulante del café, irguióse en la silla y paseó una mirada ya despierta y escudriñadora a su alrededor.

No es que su expresión se hiciese más intelectual; eso ocurrió, pero no fue la característica del cambio.

Comenzaba a reflejarse, a insinuarse, un temperamento refinado, capaz de apreciar todas las cosas bellas y deleitosas. Cuando este temperamento es el atributo de un carácter, le dota de un gusto exquisito, de una envidiable sensibilidad. La belleza es su vida y sus aspiraciones tienden a la belleza; y si sus órganos físicos están en consonancia con esta aspiración, su desarrollo será igualmente bello. Semejante hombre no debiera conocer las penas ni los dolores, ni las luchas, ni el martirio que bajo tan diversas formas aguarda a los que poseen voluntad y valor para luchar. Para estos temperamentos heroicos, el martirio es la mejor recompensa que puede concederles el mundo.

Mas para los que son como el anciano que está sentado en la mesa, sólo puede ser una tragedia.

Este anciano está hecho para la dicha y es tan débil para lo que no sea esto, que sospecho que todo espíritu noble y generoso estaría dispuesto a sacrificar un placer proyectado para sí mismo -que por cierto habría decepcionado sus mezquinas esperanzas- con tal de que las tempestades de la vida llegaran al anciano como ligeras brisas.

Para no expresarnos con dureza ni despectivamente, diremos que Clifford era un sibarita. Se percibía incluso en el sombrío salón por la atracción que los temblorosos rayos de sol ejercían sobre sus ojos. Se veía en la manera de mirar las flores, cuyo aroma aspiraba con el deleite peculiar de un ser refinado. Se reflejaba en la sonrisa con que contemplaba a Phoebe, cuya fresca y sonrosada figura era a la vez sol y flor -la esencia del sol y de la flor-, pero manifestándose de modo mucho más agradable. No menos evidente era este amor y necesidad de belleza en el modo con que sus ojos se apartaban de Hepzibah y vagaban por los rincones antes de volver a posarse en ella.

Era la mala suerte de Hepzibah... no era culpa de Clifford. ¿Cómo podía él encontrar placer en mirarla, amarilla y arrugada, con aire triste, con aquel extraño turbante en la cabeza y aquel perverso ceño? Pero, ¿no le debía hondo cariño por todo lo que ella le había dado silenciosamente?. No. No le debía nada. Una naturaleza como la de Clifford no puede contraer deudas de esa clase. Es -lo decimos sin censurarle- egoísta por esencia y hemos de darle derecho a serlo y rodearle de nuestro amor heroico y desinteresado, sin esperar ninguna recompensa. La pobre Hepzibah conocía esa verdad, o, por lo menos, obraba bajo el instinto de esa verdad. Apartada ya de lo agradable y lo bello, se alegraba -aunque con un suspiro y con el propósito de sollozar una vez en su cuarto- de haber podido poner ante los ojos de él objetos más brillantes que su rostro añoso y nada atractivo. Nunca poseyó encanto, y de haberlo poseído, su pena por Clifford lo habría destruido mucho tiempo antes.

El huésped se reclinó en su silla. Mezclada con el soñador deleite en su rostro se veía una expresión de esfuerzo y fatiga. Intentaba recrearse más con aquella escena o, quizá, temiendo que fuera un sueño, un producto de la imaginación, pretendía que la ilusión fuese más duradera.

-¡Qué agradable! ¡Qué hermoso! -murmuró sin dirigirse a nadie-. ¿Durará mucho? ¡Qué aire más suave y fragante entra por esta ventana abierta!... ¡Una ventana abierta! ¡Qué hermosos juegos de luces!... ¡Qué bien huelen esas flores! ¡Qué alegre y floreciente el rostro de esa muchacha!... ¡Una flor cubierta de

rocío y rayos de sol en las gotas de rocío! ¡Todo eso debe ser un sueño! ¡Un sueño! ¡Un sueño! ¡Pero un sueño que me oculta por completo las cuatro paredes de piedra!

Luego se obscureció su rostro, como si la sombra de un calabozo o de una cueva lo cubriese. No había en su expresión más luz que la que puede entrar por las rejas de una cárcel e iba disminuyendo, como si él fuera hundiéndose en su profundidad... Phoebe se sintió impulsada a dirigirse al forastero. Era su temperamento demasiado vehemente para poder refrenar sus ansias de tomar parte, en general con éxito, en todo lo que ocurría.

-Esta rosa es de una clase nueva, que hoy he descubierto en el jardín -dijo, escogiendo una pequeña y carmesí de entre las del jarrón-. No habrá más que cinco o seis en el rosal, durante toda la estación. Esta es la más perfecta. No tiene ni un pulgón... ¡Y qué suave es... no he visto ninguna que lo sea tanto! Es imposible olvidar este aroma.

-Déjemela... -exclamó el huésped, cogiendo vivamente la flor, que por el encanto de otros olores recordados despertó innumerables asociaciones con su fragancia-. ¡Gracias! Eso me ha hecho mucho bien. Recuerdo cómo solía coger esas rosas, hace tanto tiempo... ¿O quizá fue ayer? Me hace sentirme joven otra vez... ¿Soy joven realmente? ¡Qué generosa es esta linda muchacha! ¡Gracias, gracias!...

La excitación provocada por la rosa carmesí dio a Clifford el momento más feliz de que disfrutó durante el desayuno. Hubiera podido durar más, pero sus ojos se clavaron en el rostro del viejo puritano que, desde el marco deslustrado y la tela resquebrajada, contemplaba la escena como un fantasma, por cierto de mal genio y peor humor.

El huésped hizo un gesto de impaciencia y se dirigió a Hepzibah con lo que puede llamarse la irritabilidad del miembro más mimado de la familia.

-¡Hepzibah! ¡Hepzibah! -gritó-. ¿Por qué conservas ese odioso retrato?... Sí; sí... Ya sé que es de tu gusto. Te he dicho mil veces que era el genio malo de la casa... Mi genio malo, en especial. ¡Quítalo en seguida!

-Querido Clifford -respondió tristemente Hepzibali-: ya sabes que no puede ser.

-Entonces -siguió diciendo el anciano con energía- cúbrelo, por favor, con una tela carmesí, bastante ancha para que caiga en pliegues, y con cenefa y borlas de oro. ¡No puedo soportarlo! No quiero que siga mirándome.

-Bien, querido Clifford, cubriremos el cuadro -contestó Hepzibah dulcemente-. Arriba, en un cofre, tengo una cortina grande, aunque temo que esté ajada... Pero Phoebe y yo haremos maravillas con ella.

-Hoy mismo, por favor -insistió el viejo y agregó con voz queda y confidencial-: ¿Por qué tenemos que vivir en esta casa solitaria? ¿Por qué no nos vamos al sur de Francia, a Italia? París, Ñapóles, Venecia, Roma... Hepzibah dirá que no tenemos medios... ¡Qué idea más extraña!

Sonrió y miró a Hepzibah con aire sarcástico.

La variada sucesión de sus sentimientos, por débilmente que se marcaran y en tan corto espacio de tiempo, había fatigado al forastero. Probablemente estaba acostumbrado a una triste monotonía, no fluyendo como un arroyo perezoso, sino estancada cual un pantano. Un velo soñoliento se extendió por su semblante modificando su perfil, como la bruma modifica las líneas de un paisaje. Parecía más grosero, más tosco. El espectador podía dudar de que en aquel rostro hubiera habido algo interesante y bello, aunque fuese de una belleza decadente.

Antes de que Clifford se sumiera por completo en el sueño, sonó aguda y gruñona la campanilla. Hirió desagradablemente el oído de Clifford y sus nervios se sobresaltaron.

-¡Dios mío, Hepzibah! ¿Qué es ese horrible ruido? -exclamó, descargando su enojo, por descontado y por costumbre, en la única persona del mundo que le quería-. Jamás he oído un estruendo tan detestable. ¿Cómo puedes permitirlo? En nombre de todas las disonancias, ¿qué puede ser?

Era notable el relieve que adquirió el carácter de Clifford a la luz de aquel minúsculo incidente, como si un retrato saltara de súbito de la tela. El secreto era que un individuo de su temperamento se siente herido más agudamente en su sentido de la belleza y la armonía que en el corazón. Es posible -han acaecido casos semejantes- que Clifford, en su vida interior, gozara de medios para cultivar su gusto y puede que este sutil atributo predominara sobre sus afectos. ¿Podemos, pues, aventurarnos a decir que su vida desgraciada tuvo, en el fondo, un algo de misericordia redentora?

-Querido Clifford, quisiera evitarte esos ruidos -contestó Hepzibah, pacientemente, pero sonrojándose como avergonzada-. A mí también me resulta muy desagradable. Pero ¿sabes Clifford? tengo que decirte algo... Ese feo ruido... Por favor, Phoebe, ve a ver quién es... Ese tintineo desagradable lo produce la campanilla de la tienda.

-¿La campanilla de la tienda? -replicó Clifford, perplejo.

-Sí, la campanilla de nuestra tienda -afirmó Hepzibah con cierta dignidad mezclada de honda emoción-. Porque has de saber, querido Clifford, que somos muy pobres. No me quedaba más remedio que aceptar la ayuda de una mano que yo rechazaré siempre y tú también... incluso si me trajera pan cuando estuviese muriéndome de hambre..., o bien ganarme la vida con mis propias manos. De estar sola, quizá me hubiera dejado morir de hambre. ¡Pero tú te hallabas a punto de regresar!... ¿Entonces, querido Clifford, opinas que he deshonrado nuestra casa abriendo en ella una tienda? Nuestro tatarabuelo hizo lo mismo y con menos necesidad que nosotros. ¿Te avergüenzas de mí?

-¿Vergüenza? ¿Deshonra? ¿Y tú me dices esas palabras a mí, Hepzibah? -contestó Clifford, sin enojo, pues cuando el hombre ha sido torturado, puede enfadarse por las ofensas leves, pero jamás se resiente por las graves. Hablaba, pues, como si estuviera herido-. No debías haberme dicho eso, Hepzibah. ¿Qué es lo que puede avergonzarme?

Y entonces, el hombre sin nervio -nacido para el goce, que había sufrido tanto en su vida- estalló en un llanto verdaderamente femenino. Corto, sin embargo, pues pronto dio paso a una tranquila modorra. Despertó por un instante, y mirando a la vieja dama, le dirigió una sonrisa entre bondadosa e irónica que para ella fue un enigma.

-¿Somos muy pobres, Hepzibah? -preguntó.

Finalmente, sin esperar respuesta, se durmió, pues el asiento de la silla era blando.

Escuchando su respiración regular, Hepzibah aprovechó la ocasión para mirarle al rostro más detenidamente que hasta entonces se había atrevido a hacerlo. Su corazón lloró y de lo más hondo de su alma brotó una voz quejumbrosa, suave, inefablemente triste. En las profundidades de su pena y de su piedad, sintió que no era irreverencia contemplar aquel rostro, alterado, viejo, marchito. Pero apenas se repuso, la conciencia le remordió por mirarle con curiosidad, ahora que había cambiado tanto.

Volviéndose a toda prisa, bajó las cortinas y dejó a Clifford que dormitara tranquilo.

CAPÍTULO VIII

EL PYNCHEON DE HOY

PHOEBE, al entrar en la tienda, se encontró con la cara ya familiar del pequeño devorador -si no nos falla la memoria- de Jim Crow, del elefante, los camellos, los dromedarios y la locomotora. En los dos días anteriores se había gastado toda su fortuna en la compra de aquellos objetos nunca vistos y ahora se presentaba, de parte de su madre, a buscar tres nuevos y media libra de uvas.

Phoebe le dio esos artículos y, en recompensa de sus compras anteriores y como bocado suplementario del desayuno, le obsequió con una ballena entera. El enorme cetáceo, inviniendo la experiencia del profeta de Nínive, empezó a recorrer el sonrosado camino por el cual le había precedido tan variada caravana. El notable muchacho era realmente un emblema del Tiempo, tanto por su apetito que todo lo devoraba, hombres y cosas, como porque igual que el Tiempo, después de engullirse una creación entera, parecía recién nacido.

El chiquillo ya había cerrado a medias la puerta cuando volvió a entrar y le dijo algo a Phoebe que ésta no pudo entender a causa de la ballena que se interponía entre ella y las cuerdas vocales del muchacho.

-¿Qué dices?

-Mi madre desea saber -repitió más claramente Ned Higgins- cómo se encuentra el hermano de la vieja Pyncheon. La gente dice que ha vuelto a casa...

-¿El hermano de prima Hepzibah? -exclamó Phoebe, sorprendida por la repentina revelación del parentesco entre la solterona y su huésped-. ¡Su hermano! Y ¿dónde puede haber estado?

El chiquillo se limitó a apoyar su pulgar contra la chata nariz, con ese aire de travesura que un niño que pasa en la calle la mayor parte del día aprende en seguida, por muy tonto que sea. Viendo que Phoebe seguía mirándole sin contestar el mensaje de su madre, el pequeño se fue.

Por la escalera se cruzó con un caballero que entró en la tienda. Era corpulento, y de haber sido algo más alto, hasta habría parecido la figura de un personaje en el ocaso de su vida. Vestía traje negro de tela fina. Un bastón de rara madera oriental y puño de oro aumentaba su aspecto respetable, como también las brillantes botas y una corbata blanca como la nieve. Su sombrío semblante cuadrado, con espesas cejas, era impresionante e incluso habría resultado torvo si el caballero no hubiese mitigado el efecto duro con una mirada benévola y de buen humor. Debido a una excesiva acumulación de substancia carnosa en la parte inferior del rostro, aquella mirada, más suntuosa que espiritual, tenía un fulgor mucho menos satisfactorio de lo que su dueño deseaba. Un observador sensible habría visto que no era prueba de un alma bondadosa. Y si el observador fuera, además, agudo, sospecharía probablemente que la sonrisa guardaba estrecho parentesco con el brillo de las botas y que ambas cosas costaron grandes esfuerzos, una al caballero y otra al criado.

Cuando el caballero entró en la tienda, sumida en la sombra por el saledizo del piso superior, por el follaje del olmo y por la acumulación de mercancías en el escaparate, su sonrisa se hizo tan abierta como si con ella se propusiera contrarrestar el aire lúgubre del lugar.

Al ver a la muchacha, en vez de la descarnada figura de la solterona, el caballero no pudo ocultar la sorpresa. Arrugó las cejas y luego sonrió con más untuosa benevolencia que antes.

-¡Ah, ya comprendo! -dijo con voz profunda, una voz que si hubiese salido de la garganta de un hombre sin cultura resultaría ruda, pero que, gracias a un cultivo asiduo, era incluso agradable-. No sabía que miss Hepzibah Pyncheon hubiese empezado su negocio bajo tan favorables auspicios... Supongo que usted es su ayudante, ¿no?

-Ciertamente -repuso Phoebe, y añadió con aire de gran dama, pues por cortés que fuera el caballero, evidentemente la tomaba por una dependienta-: Soy prima de miss Hepzibah...

-¿Su prima?... ¿Su prima del campo? ¡Perdóneme entonces! -contestó el caballero, saludando y sonriendo como nadie había saludado ni sonreído a Phoebe hasta aquel momento-. En este caso, hemos de conocernos mejor, porque, si no me equivoco, usted es también pariente mía. Veamos... ¿Mary? ¿Dolly? ¿Phoebe?... Sí, Phoebe... este es el nombre. ¿Es posible que usted sea Phoebe Pyncheon, la hija de mi primo Arthur? Sí, ahora veo que se le parece. Tiene la misma boca... ¡Claro! Hemos de ser amigos, usted y yo... Somos parientes... Con seguridad que ha oído hablar del juez Pyncheon, ¿no?

Mientras Phoebe respondía, el juez se adelantó con el excusable y elogiable afán -teniendo en cuenta el parentesco y la diferencia de edad- de besar afectuosamente a la muchacha. Por desgracia, Phoebe retrocedió instintivamente en el momento crítico, de modo que aquel respetable caballero, con el cuerpo inclinado sobre el mostrador y los labios protuberantes, se vio en la absurda postura de dar besos en el aire.

Resultaba tanto más ridículo cuanto que el juez se preciaba de evitar los asuntos sin consistencia y de no tomar nunca una sombra por un cuerpo. La verdad era-y esa fue la única excusa de Phoebe- que aunque la beatífica benevolencia del juez Pyncheon no era del todo desagradable para las mujeres que le encontraban a cierta distancia en la calle o en una estancia amplia, resultaba repelente cuando aquella fisonomía sombría y maciza, tan dura de barba que ninguna navaja podía suavizar, intentaba ponerse en contacto directo con el objeto de sus miradas. El hombre, el sexo, o cualquier otra cosa, se vislumbraba demasiado claramente en esta clase de demostraciones afectuosas del juez. Los ojos de Phoebe se desviaron, y, sin saber por qué, sonrojóse bajo la mirada del caballero. Antes la habían besado, sin ningún remilgo por su parte, una buena media docena de primos. Unos más jóvenes y otros más viejos que aquel nuevo pariente de pelo gris, cejas pobladas, corbata blanca y untuosos ojos benévolos. Entonces, ¿por qué no se dejaba también besar por él?

Al mirarle, Phoebe se asombró ante el cambio experimentado por el rostro del juez. Era tan notable, aparte de la diferencia de escala, como un paisaje después de brillar el sol y antes de una tempestad. Su rostro sonriente se había convertido en frío, duro, inflexible, como un día encapotado.

-¿Qué ocurrirá ahora? -se preguntó la muchacha-. Parece que en él no hay nada más blando que la roca ni más suave que el viento del este... No quería enfadarle. Puesto que es mi primo, debiera haberle dejado que me besara si hubiera podido.

De repente, se dio cuenta de que aquel juez Pyncheon era el original que el daguerrotipista le enseñara en el jardín, y que el aspecto torvo, duro e inexorable que ahora tenía su faz era el mismo que el sol se había empeñado en poner de relieve. ¿Sería, pues, este aspecto lo permanente y la sonrisa sólo lo pasajero? Además, no era meramente esto, sino algo heredado, transmitido hasta él desde el barbudo antecesor del

cuadro del salón, en cuyos rasgos se veían los del actual juez, como una especie de profecía. Un filósofo más profundo que Phoebe habría encontrado algo terrible en esta idea, que implicaba que las debilidades, defectos, tendencias viles y enfermedades morales que llevan al crimen, pasan de generación en generación, por un proceso de transmisión mucho más seguro que el que han establecido las leyes humanas para las riquezas y honores que intentan asegurar a la posteridad.

Pero, como era de suponer, apenas miró Phoebe al juez, del rostro de éste desapareció su horrible aire torvo y la muchacha se sintió casi dominada por la ardorosa benevolencia que el corazón de aquel hombre excelente difundía a su alrededor, al igual que hace la serpiente que, según se dice, como preliminar a su fascinación, llena el aire con su olor característico.

-¡Así me gusta, prima Phoebe! -exclamó con enfático gesto de aprobación-. Me gusta mucho. Eres una buena muchacha y veo que sabes cuidar de ti misma. Una chica joven y tan linda como tú, debe ser avara de sus labios.

-La verdad es, señor -replicó Phoebe, intentando reír-, que no quise ser descortés.

Debido quizá a los malos auspicios del comienzo de su conocimiento, ella siguió obrando con cierta reserva, nada habitual en su carácter franco y alegre. No le abandonaba la idea de que acababa de entrar en la tienda el viejo puritano del cual oyó contar tan sombrías leyendas, el fundador de la estirpe de los Pyncheon de Nueva Inglaterra, el que edificó La Casa de los Siete Tejados y que murió en ella de modo tan singular.

En aquellos días era fácil arreglarlo... A su llegada del otro mundo, el viejo sólo tuvo necesidad de pasar un cuarto de hora con un barbero que convirtió la barba puritana en un par de patillas, y luego, en una tienda de ropas de confección, habría cambiado su traje de terciopelo negro por un cuello y una corbata blancos, y por un traje completo y, finalmente, dejando de lado la ancha espada con puño de hierro, habría cogido un bastón con empuñadura dorada. Así el coronel Pyncheon de dos siglos antes pudo haberse cambiado en el juez Pyncheon que acababa de franquear el umbral de la tienda.

Desde luego, Phoebe era demasiado sensata para albergar esta idea. Probablemente, si hubiera podido tener a los dos personajes uno al lado de otro, habría notado muchas diferencias y quizá únicamente una semejanza general. Los muchos años transcurridos, en clima muy distinto del que moldeó a los antecedores ingleses, había producido cambios importantes en el aspecto físico de sus descendientes. El juez era menos grueso y corpulento que el coronel; pesaría unos veinte kilos menos.

El cutis del juez había perdido la tersura inglesa que tenía la piel curtida del coronel. Si no nos equivocamos, cierto nerviosismo se ponía de manifiesto incluso en un ejemplar tan sólido de la estirpe puritana como el caballero del cual estamos hablando. Uno de los efectos más visibles de ese nerviosismo era una movilidad de rostro muy superior a la que poseyó el viejo coronel.

Las semejanzas intelectual y moral entre el juez y su antecesor eran, sin duda, las que se podían suponer de su parecido físico. En el sermón de los funerales del coronel Pyncheon, el clérigo canonizó a su feligrés y, como si hubiera abierto un boquete en el techo de la iglesia y luego en el propio firmamento, lo mostró sentado, con un arpa en la mano, entre los cantores coronados del mundo de las almas. En la lápida de su sepultura el epitafio es igualmente laudatorio y la historia, por lo menos en las páginas que le dedica, no pone en duda la consistencia y rectitud de su carácter.

Y en cuanto se refiere al juez Pyncheon de nuestros días, ni un clérigo, ni un jurista, ni un redactor de epitafios, ni un historiador local se atreverían a pronunciar ni una palabra contra su respetabilidad como hombre, o contra su integridad como juez, o contra su valor y fidelidad como representante de un partido político.

Pero además de esas frases frías, formales y vacías del cincel que graba, de la voz que habla y de la pluma que escribe, de cara al público y al porvenir -y que con la conciencia de ello pierde mucho de su veracidad y de su libertad- corrían leyendas sobre el antepasado y chismes sobre el juez notablemente concordantes, a pesar del tiempo que separaba a los dos personajes. A menudo, resulta muy instructivo considerar la visión que las mujeres tienen de un hombre público. Nada más curioso que la discrepancia que existe entre los retratos hechos para quedar grabados en bronce y la caricatura trazada para pasar de mano en mano, a espaldas del modelo.

Por ejemplo: la tradición afirmaba que el puritano era muy codicioso; el juez, a pesar de sus gustos fastuosos, se aseguraba que tenía puño de hierro en cuestiones de dinero. El antepasado se resguardaba tras una especie de rudeza que muchos atribuyeron a una cordialidad espontánea manifestándose a través de un carácter viril; su descendiente había idealizado esa benevolencia en su amplia sonrisa, con la cual se paseaba por las calles soleadas y que hacía brillar en los salones de sus amistades. El puritano, si no engañan ciertas

historias que aún hoy se escuchan conteniendo el aliento, había incurrido en ciertas transgresiones a las cuales le hacía propenso su excesiva vitalidad, pese a su fe y sus principios. No empañaremos estas páginas con el relato de un escándalo achacado al juez. El puritano, verdadero autócrata familiar, sobrevivió a tres esposas, a las que hizo bajar, con el corazón destrozado, una tras otra, a la tumba, víctimas del trato inhumano que él les diera. Aquí, en cierto modo, falla el paralelo. El juez se casó una sola vez y perdió a su mujer a los tres o cuatro años. Corría una fábula, sin embargo-que, si no imposible, resulta típica de la conducta marital del juez Pyncheon-, según la cual la esposa sufrió un golpe mortal en plena luna de miel y jamás volvió a sonreír, porque su marido la obligó a servirle el café cada mañana en la cama, como muestra de fidelidad y sumisión a su señor y dueño.

Pero ese tema de las semejanzas hereditarias es demasiado fructífero para que sigamos con él. La repetición de los caracteres es imposible de comprobar, teniendo en cuenta la larga lista de antepasados que se amontonan sobre cada hombre en el espacio de uno o dos siglos. Añadiremos únicamente que el puritano era audaz, imperioso, implacable, taimado. Ocultaba sus propósitos, que proseguía sin descanso ni conciencia, aplastando aj pequeño y, cuando era indispensable, luchando con el fuerte. Eso afirman las consejas contadas junto al hogar, que a menudo conservan con fidelidad maravillosa los rasgos característicos de un hombre. Si el juez se le parecía, es cosa que se irá viendo en el curso de nuestra narración.

Desde luego, el paralelo no se le ocurrió a Phoebe con tanto detalle. Su educación campesina la había dejado lamentablemente ignorante de las tradiciones familiares, que flotaban como telas de araña e incrustaciones de humo de las estancias y chimeneas de La Casa de los Siete Tejados.

Pero una circunstancia, muy vulgar en sí misma, había impresionado a Phoebe hasta el horror: alguien le contó los anatemas lanzados por Maule, el brujo ejecutado, contra el coronel Pyncheon v sus descendientes: «Dios le dará a beber sangre», y le aseguró que esa sangre se oía gorgotear en las gargantas de algunos Pyncheon. Eso último, Phoebe -que era sensata y era Pyncheon- lo había rechazado por absurdo.

Mas las supersticiones antiguas, una vez han penetrado en el corazón y se han alojado en el aliento humano, pasando de boca en boca, a lo largo de las generaciones, quedan embebidas con una interminable transmisión, mezclada con hechos familiares, acaban adquiriendo las apariencias de cosas ciertas, que ejercen una influencia muy superior a la sospechada.

Esa influencia asustó a Phoebe cuando oyó cierto carraspeo en la garganta del juez Pyncheon -un ruido habitual en él, involuntario e indicio, simplemente, de una ligera bronquitis o, según ciertas personas, síntoma de tipo apoplético.

Al oír el ruido juntó las manos y se quedó mirando sobrecogida y fijamente.

Desde luego, era ridículo que una bagatela así asustara a Phoebe e imperdonable que mostrase ese susto a la persona más afectada por él. Pero el incidente armonizaba tan singularmente con sus pensamientos acerca del coronel y del juez que, por un momento, pareció confundirlos.

-¿Qué le ocurre, muchacha? -preguntó el juez Pyncheon, lanzándole una aguda mirada-. ¿Hay algo que le da miedo?

-¡Oh, no! -contestó Phoebe con una risita de burla para sí misma-; quizá quiera usted hablar con mi prima Hepzibah. ¿Desea usted que la llame?

-Espere un momento, por favor-dijo el juez, irradiando bondad por todos los poros-. Me parece que está usted nerviosa esta mañana. El aire de la ciudad, prima Phoebe, no debe sentarle muy bien. ¿O ha sucedido algo que le turbe?... ¿algo inesperado en la familia de la prima Hepzibah?... Una llegada ¿eh?, ya lo supuse... No debe ser muy halagüeño para una muchacha inocente.

-Me deja usted perpleja -contestó Phoebe, mirando interrogativamente al juez-. No hay ningún huésped que me cause miedo... Sino un anciano amable e infantil que, según creo, es hermano de prima Hepzibah. Me temo que no está por entero en sus cabales, pero eso lo sabrá usted mejor que yo. Es tan tímido y pacífico, que una madre le confiaría sin recelo su hijo y sospecho que jugaría con el niño casi como si tuviera su misma edad. ¿Asustarme? ¡Oh, no!

-Me alegra oír una opinión tan favorable e ingenua sobre mi primo Clifford -dijo el benévolo juez-. Hace muchos años, cuando éramos muchachos, sentí un gran afecto por él y aun ahora me interesan mucho sus cosas. Dice que está fuera de sus cabales, ¿eh? Quiero suponer, sin embargo, que le queda bastante conocimiento para arrepentirse de sus pecados.

-Me imagino que nadie tiene tan pocos como él -observó Phoebe.

-¿Es posible, querida prima -repuso el juez con mirada conmiserativa- que no haya oído hablar de Clifford Pyncheon?... ¿No sabe nada de su historia? Su madre ha respetado el buen nombre de la familia, al ocultársela. Crea todo el bien que pueda de ese desgraciado y deséele lo mejor. Es una regla de personas cristianas que jamás debe olvidarse al juzgar al prójimo. Y es muy útil y prudente entre parientes cuyos caracteres guardan cierta semejanza... ¿Está Clifford en el salón? Entraré a verle...

-Quizá sería mejor que llamara a prima Hepzibah -indicó Phoebe, sin saber si debía oponerse a la entrada de un pariente tan afectuoso-. Su hermano se quedó dormido después de comer y estoy segura que no querrá que le despierten. Por favor, espere a que le avise.

Pero el juez mostró singular interés en entrar sin que le anunciaran y, al ver que Phoebe se dirigía a la puerta, la apartó sin ninguna clase de ceremonias.

-No, no, miss Phoebe -dijo con voz sorda y ceño amenazador-, quédese aquí. Conozco la casa, conozco a Hepzibah y conozco igualmente a Clifford... No es menester que se moleste en anunciarme -añadió ya en tono benévolo-. Estoy en mi casa, aquí, recuérdelo usted, Phoebe, y usted es forastera. Entraré a ver cómo está Clifford y a ofrecerles, a él y a Hepzibah, mis mejores sentimientos... Es justo que en esta circunstancia oigan de mis propios labios cuánto deseo serles útil... ¡Ah, aquí esta Hepzibah!

La voz del juez había llegado hasta la vieja dama, mientras permanecía sentada en el salón, velando el sueño de su hermano. Y salió a guardar la entrada con aire de cancerbero parecido al del dragón que en los cuentos de hadas vigila las bellezas encantadas. El ceño habitual era demasiado fiero para atribuirlo a su vista corta: El juez Pyncheon, al notar aquella mirada, temió haber estimado inadecuadamente la fuerza de aquella antipatía tan profundamente arraigada.

Hepzibah, con un gesto brusco, cerró la entrada y se quedó amenazadora, erguida junto al marco de la puerta. Es preciso confesar que temblaba de pies a cabeza.

Posiblemente el juez adivinó qué poca firmeza se ocultaba detrás de la formidable apariencia de Hepzibah. En todo caso, como era un caballero de nervios firmes, recobróse en seguida y se acercó a su prima tendiendo la mano y adoptando, sin embargo, la precaución de avanzar con una sonrisa cordial.

-Querida prima, me alegro mucho -exclamó enfáticamente-. Por fin, ya tienes alguien por quien vivir. Me he apresurado a venir a ofrecer ayuda a Clifford para hacerle cómoda la vida. Clifford nos pertenece a todos. Sé lo mucho que necesita, lo mucho que necesitaba, con su delicado gusto y amor por lo bello. Puede disponer de todo lo que contiene mi casa... Vinos, cuadros, libros, golosinas... Me alegraría verle... ¿Puedo pasar?

-No -contestó Hepzibah con voz temblorosa-. No puede recibir visitas.

-¿Una visita, yo? ¡Vamos querida prima!... -exclamó el juez, herido por la frialdad de la frase-. Entonces permíteme ser el anfitrión de Clifford y tuyo. Venid en seguida a mi casa. El aire del campo y las comodidades... Hasta podría decir los lujos de que me he rodeado, le sentarían muy bien. Y tú y yo, querida Hepzibah, procuraremos que nuestro querido Clifford sea feliz, Vamos, ¿por qué hemos de gastar más palabras en lo que es para mí un deber y un placer? Venid en seguida a mi casa.

Al oír esta generosa invitación. Phoebe se sintió tentada de correr hacia el juez Pyncheon y darle el beso que poco antes le negó.

Pero algo muy distinto sentía Hepzibah. La sonrisa del juez obraba sobre la acidez de su corazón como el sol sobre el vinagre, haciéndole diez veces más ácido que antes.

-Clifford -dijo, demasiado agitada aún para pronunciar algo que no fuese una frase brusca-, Clifford tiene aquí su propia casa.

-¡Que el cielo te perdone, Hepzibah! -contestó el juez, levantando reverentemente los ojos a aquel tribunal justiciero al cual apelaba-, ¡qué el cielo te perdone si te dejas influir por algún prejuicio o por alguna animosidad! Me tienes aquí, con el corazón abierto, dispuesto a recibiros en él a Clifford y a ti. No rehuses mi proposición de ocuparme de vuestro bienestar. Es lo que me corresponde hacer como vuestro pariente más próximo. Sería una responsabilidad muy grande para ti, prima, si confinaras a tu hermano en esta casa vieja y sombría, cuando la vida deliciosa de mi quinta está a su disposición.

-A Clifford no le convendría -repuso Hepzibah tan brevemente como antes.

-¡Mujer! -estalló el juez-. ¿Qué significa todo eso? ¿Qué recursos tienes? Ninguno, como yo me sospechaba. ¡Vete con cuidado, Hepzibah, vete con cuidado! Clifford está al borde de un desastre mayor del que ha sufrido. Pero, ¿qué sacaré de hablar con una mujer? Déjame pasar... Quiero ver a Clifford.

Hepzibah ocupó la puerta con su enjuta figura y pareció realmente aumentar el volumen en su esfuerzo por llenar todo el hueco. Su aspecto era tanto más temible cuanto que tenía el corazón más aterrorizado y tembloroso. El propósito evidente de abrirse paso, que sin duda albergaba el juez Pyncheon, se vio interrumpido por una voz que llegó del interior, una voz débil, temblorosa, gimiente, que traslucía una alarma desvalida, con tan poca energía para defenderse como pueda tenerla un niño asustado.

-¡Hepzibah! ¡Hepzibah! -gritaba la voz-. Pídeselo de rodillas... Bésale los pies, pero que no entre, que no entre... ¡Oh, pídele que tenga piedad de mí...!

De momento pareció dudoso si el juez se proponía apartar a Hepzibah y entrar en la estancia desde donde venía aquel murmullo quebrado y mísero. No lo contuvo la piedad, porque a las primeras sílabas de aquella débil voz, centellearon sus ojos y avanzó rápidamente un paso, con una expresión feroz en el rostro.

Para conocer al juez Pyncheon había que haberle visto en aquel momento. Después de aquella revelación, ya podía sonreír ampliamente, no lograría jamás borrar la visión de quien pudo contemplarla. Algo había en su aspecto que aumentaba el temor: en vez de expresar odio o ira, manifestaba una fría decisión de aniquilarlo todo.

Pero, ¿no estamos calumniando a un hombre excelente y amable? Mirad al juez. Su rostro demuestra que sabe que se ha equivocado al ofrecer su ayuda a personas incapaces de apreciarla. Esperará a que se calmen y entonces estará tan dispuesto a ayudar como en este momento. Al retirarse de la puerta, una expresión de benevolencia brilla en sus ojos, indicando que guarda en su corazón un lugar para Hepzibah, para la pequeña Phoebe, y para el invisible Clifford, igual que para el resto del mundo, y que les bendice con el calor de su afecto.

-Me hieres en el alma, prima-dijo, ofreciéndole generosamente la mano y metiéndola luego en un guante-. Me hieres en el alma. Pero lo perdono y ya veré la manera de que tengáis mejor opinión de mí. Por supuesto, veo que nuestro pobre Clifford está en un estado de ánimo que imposibilita verle, pero me ocuparé de su bienestar como si fuera mi propio hermano. No desespero, querida prima, de que tú y él os deis cuenta de lo injustos que sois conmigo. Cuando esto ocurra, no deseo otra venganza que la de que aceptéis mi ayuda...

Con un saludo para Hepzibah y un gesto de benevolencia paternal para Phoebe, el juez salió sonriendo de la tienda a la calle. Apenas desapareció de la vista, Hepzibah, lívida y vacilante, puso su mano en el hombro de la muchacha.

-¡Oh, Phoebe! -murmuró-. Ese hombre ha sido el terror de mi vida. ¿Es que jamás encontraré el valor necesario para que mi voz no tiemble y pueda decirle lo que pienso de él?

-¿Tan malo es? -preguntó Phoebe-. Sus ofrecimientos han sido muy bondadosos.

-No hables de eso... Tiene el corazón de piedra -afirmó Hepzibah-. Ve y charla un rato con Clifford. Distráele y tranquilízale. Le causaría pena verme tan nerviosa. Ve y yo me cuidaré de la tienda.

Phoebe entró en el salón, perpleja sobre el significado de la escena que acababa de presenciar, preguntándose si los jueces, los clérigos y otros personajes igualmente respetables y eminentes podían dejar de ser personas justas y rectas.

Una duda de esta clase ejerce una influencia muy nociva, y si se apoya sobre hechos, causa efectos terribles y sorprendentes sobre espíritus como las muchachas del campo sencillas e ignorantes. Caracteres más audazmente especulativos podían derivar ásperos goces de semejantes descubrimientos. Ya que debe existir el mal en el mundo, es consolador ver que los grandes personajes lo comparten con los infelices.

Una persona de vista más penetrante y mayor experiencia que Phoebe habría visto que el rango, la dignidad y la posición son conceptos ilusorios, en cuanto a su derecho de reclamar el respeto humano y, sin embargo, no por ello opinaría que el mundo se precipitaba en el caos.

Pero Phoebe, para conservar el universo en su sitio, estaba dispuesta a suavizar, en cierto modo, sus propias intuiciones, sobre el carácter del juez Pyncheon. En cuanto a la afirmación de prima Hepzibah en menosprecio del juez, pensó que el juicio de la solterona estaba amargado por una de esas enemistades familiares que hacen odioso al ser más querido, a causa del amor muerto y corrompido que se entremezcla con la ponzoña original.

CAPÍTULO IX

CLIFFORD Y PHOEBE

VERDADERAMENTE, había algo elevado, generoso y noble, innato en nuestra pobre vieja Hepzibah. De no ser así -no deja de ser posible-, la pobreza la había enriquecido, la tristeza la había desarrollado, el fuerte y solitario afecto de su vida la había elevado, dotándola de un heroísmo que no la había caracterizado en las circunstancias felices de su vida.

A lo largo de terribles años, Hepzibah había mirado siempre hacia adelante, hacia esta misma situación en que ahora se hallaba, a veces desesperadamente, nunca con confianza, pero siempre con la convicción de que aquel sería su destino más feliz.

No había pedido a la Providencia más que la oportunidad de consagrarse a su hermano, al cual quería tanto -admiraba tanto por lo que fue o pudo ser- y en el cual conservaba toda la fe, única en el mundo, entera, sin vacilaciones, en todos los momentos y a lo largo de toda la vida.

En su vejez, el hermano había vuelto de su desgracia interminable y extraña, y se arrojaba en sus brazos no sólo en busca del pan de la existencia física, sino para que le mantuviese moralmente vivo. Ella había contestado a la llamada. Estaba dispuesta a hacer lo imposible, ella, nuestra pobre Hepzibah, vestida de negro, con sus achaques y su perverso ceño. Con el afecto y el cariño necesarios para hacer cien veces más. Pocos espectáculos pueden ofrecerse más patéticos que el que aquella primera tarde presentaba Hepzibah. ¡Que el cielo nos perdone si una sonrisa se mezcla con nuestro profundo respeto!

¡Con qué paciencia envolvió a Clifford en su amor grande y cálido y lo convirtió en el mundo entero de su hermano, para que no se diera cuenta de la soledad torturante y de la tristeza del mundo exterior, y sus pequeños esfuerzos para distraerle, ¡qué lastimosos resultaban, en su magnanimidad!

Recordando su afición a la poesía y a la novela, abrió la biblioteca y cogió varios volúmenes que en un tiempo proporcionaron excelente lectura. Había allí un tomo de Pope, con *El rapto del rizo*, otro tomo del *Tatler* y una vieja antología de Dryden con adornos de un dorado empañado en la cubierta y pensamientos de brillantez empañada en el interior.

No agradaron a Clifford. Estos y otros autores de sociedad, cuyas obras brillan como el rico tejido de una alfombra exquisita, deben ceder el puesto a otros, y resignarse a que los lectores posteriores no comprendan una vida y una mentalidad que ya no les pertenece.

Hepzibah, entonces, cogió el *Rasselas*, del doctor Johnson, y empezó a leer la descripción del Valle Feliz con la vaga idea de que despertaría en Clifford nuevas esperanzas. Pero el cielo del Valle Feliz estaba encapotado.

Hepzibah, además, turbaba al anciano leyendo con acento enfático que él captaba sin relación aparente con el significado del texto. En realidad, no prestaba atención a la lectura. La voz de su hermana, dura de por sí, había adquirido, en el curso de su dolorida existencia, una especie de graznido.

En ambos sexos, ese graznido que acompaña a toda palabra, alegre o triste, es síntoma de melancolía que revela la infortunada historia de su poseedor. El efecto es como si la voz estuviera teñida de negro o -para usar un simil más moderado- ese graznido es como hilo de seda negra al cual se atan las palabras de cristal, que adquieren así el color del bramante. Son voces que llevan luto por las esperanzas muertas y que deberían morir y ser enterradas con ellas.

Viendo que Clifford no se distraía, Hepzibah buscó un pasatiempo más risueño. Sus ojos se posaron casualmente en el clavicordio de Alice Pyncheon. Fue un momento de grave peligro, porque, a pesar del temor que inspiraba aquel instrumento musical y las melodías que dedos intangibles le arrancaban, la solterona se vio tentada a hacer sonar sus cuerdas melancólicas en honor de Clifford y de acompañar la música con su propia voz. ¡Pobre Clifford! ¡Pobre Hepzibah! ¡Pobre clavicordio! Los tres se habrían sentido desgraciados. Pero una influencia misteriosa -quizá la de la misma Alice desde la tumba- evitó la calamidad.

Lo peor de todo -el peor golpe del destino que Hepzibah soportó en su vida y quizá también Clifford- era el desagrado que producía al anciano el aspecto de su hermana. Sus rasgos, jamás dulces y ahora

endurecidos por el tiempo, las penas y el resentimiento contra el mundo; su vestido, especialmente su turbante; los extraños y fantásticos modales adquiridos en la soledad; todas esas características exteriores de la pobre señora hacen que no nos maraville el que, junto con la más profunda piedad, despertaran en aquel amante de la belleza la necesidad de apartar de ella la mirada. No podía remediarlo. Ese sería el último impulso que moriría en él. En su postrer aliento, no hay duda que Clifford apretaría entre las suyas las manos de Hepzibah, en fervoroso agradecimiento por sus amorosos cuidados y cerraría los ojos, no tanto para morir como para no seguir viendo su rostro.

¡Pobre Hepzibah! Reflexionó hondamente sobre el caso y decidió ponerse unas cintas en el turbante, pero no se sabe qué le impidió llevar a cabo un experimento que habría resultado fatal.

Resumiendo: además de las desventajas físicas de Hepzibah, había una singular rareza en todos sus actos, un algo tosco que no servía de provecho y menos de adorno y a lo que tampoco lograba adaptarse. Ella daba pena a Clifford y lo sabía. En este punto, la vieja doncella recurrió a Phoebe. Su corazón no albergaba la más mínima envidia.

Si el cielo se hubiera dignado hacer de su persona el instrumento de la felicidad de Clifford, se habría considerado compensada por todas sus penas pasadas y hubiera sentido una alegría sencilla, serena, aunque honda y verdadera, más valiosa que mil éxtasis. Eso, empero, no podía ser.

Acudió, pues, a Phoebe y dejó esa tarea en manos de la muchacha, que la aceptó alegremente, como todo lo que hacía, pero sin tener ninguna idea de que aquello fuera una misión, y con tantas mayores probabilidades de éxito cuanto que lo iba a realizar con la máxima simplicidad.

Por su carácter alegre, Phoebe se hizo en seguida indispensable para la comodidad cotidiana, por no decir la vida diaria, de sus dos desventurados compañeros. La sordidez y tenebrosidad de La Casa de los Siete Tejados se desvanecieron cuando Phoebe se alojó en ella. La carcoma dejó de roer la madera de la casa, el polvo era menos denso, o por lo menos lo perseguía por todos los rincones un ama de casa tan ligera como la brisa que barre el jardín. La influencia purificadora derramada en aquel ambiente por la presencia de un corazón joven, sano y fresco era más poderosa que las sombras de los lúgubres sucesos presenciados por aquellas estancias, que el olor pesado y denso dejado por la muerte en muchos dormitorios.

No había nada de morboso en Phoebe, pues de haber sido así, la vieja casa de los Pyncheon era el lugar apropiado para convertirlo en una enfermedad incurable. Su espíritu parecíase a la esencia de rosas que Hepzibah esparcía en sus cofres, para dar fragancia a las más diversas piezas de lino, cintas, pañuelos, gorros de noche, enaguas, vestidos, guantes y otros mil objetos atesorados en ellos. Del mismo modo que cada pieza olía a rosa, así Hepzibah y Clifford, pese a su apariencia sombría, adquirieron un sutil aire de felicidad gracias a su convivencia con Phoebe. Su espíritu activo y sentimental, la impulsaba a realizar las tareas de la casa y a simpatizar con lo que le rodeaba, ya fuera con la alegría gorgeante de los petirrojos del peral, ya con un hondo suspiro de Hepzibah, ya con un vago murmullo de Clifford. Esa fácil adaptación era, a la par, síntoma de salud y su mejor guardián...

Una naturaleza como la de Phoebe ejerce siempre gran influencia, pero no siempre se le reconoce su mérito... Su fuerza espiritual, sin embargo, puede valorarse por el hecho de haberse conquistado un puesto en momento y circunstancias como aquellas y por el efecto que ejerció sobre un carácter de mucho más peso que el suyo.

Para el huésped, para el primo Clifford, como ya le llamaba Phoebe, ésta llegó a hacerse imprescindible. No es que conversara a menudo con ella ni que le manifestara de modo concreto el encanto de su presencia. Pero si ella se ausentaba mucho rato, Clifford se ponía nervioso e irritable, recoma la estancia con la incertidumbre que caracterizaba todos sus movimientos, o se sentaba muellemente en el ancho sillón, apoyando la cabeza en las manos y dando muestras de vida sólo por un chispazo de malhumor cuando Hepzibah intentaba animarle.

La presencia de Phoebe y la contigüidad de su juventud alegre y sana con la vida agotada de Clifford era todo lo que éste requería.

Tenía ella un espíritu tan juguetón y radiante que pocas veces permanecía quieta; era como una fuente que no puede dejar de manar y murmurar entre los guijarros. Poseía el don de la canción de una manera tan natural que nadie atinaba a preguntarle dónde lo había adquirido o qué maestro se lo había enseñado, del mismo modo que no pensamos en hacerles esas preguntas a los pájaros, en cuyo raudal de música reconocemos la voz del Creador tan claramente como en los acentos más graves del trueno.

Mientras cantara, podía vagabundear por la casa según su gusto. Clifford se sentía contento si aquellas melodías del hogar llegaban hasta él desde las habitaciones del piso superior, a lo largo del pasillo de la

tienda o a través del follaje del peral, en compañía de un rayo de sol. Permanecía quieto, con un gesto de placer en el rostro, a veces brillante y a veces ligeramente sombrío, según la canción flotara cerca o viniera de lejos. Pero cuando estaba más contento era al sentarse Phoebe en un escabel, a su lado.

Es singular, teniendo en cuenta su temperamento, que Phoebe prefiriera cantar melodías tristes. A la gente joven y feliz no le desagrada templar la luz de la vida con una sombra transparente.

La voz hondamente sentimental y la unción de Phoebe se amortiguaban al pasar por el tejido dorado de su alegría y se mezclaban instintivamente con esa cualidad, y el corazón del que escuchaba se sentía aligerado. Una alegría ruidosa en presencia de aquella sombría desgracia hubiera contrastado cruelmente con la solemne sinfonía que se estremecía con sordina en la vida de Hepzibah y de su hermano. Por esto, estaba bien que escogiera melodías tristes, pero al cantarlas perdían buena parte de su tristeza.

Acostumbrándose a su compañía, Clifford demostraba que, en otro tiempo, su naturaleza había absorbido los colores agradables y las luces alegres. Al sentarse al lado de Phoebe, se rejuvenecía. Una belleza, que no era simplemente un sueño, iluminaba de vez en cuando su rostro; pero no era una belleza precisamente real y un pintor hubiera esperado largo tiempo, y en vano, la ocasión de captarla con sus pinceles. Hemos de rectificar: no le iluminaba, le transfiguraba y le daba una expresión que sólo podía ser interpretada como el brillo de un espíritu exquisito y feliz.

Aquellos cabellos grises, aquellas arrugas, recuerdo de infinitas penas tan profundamente grabadas, todo eso se desvanecía ante la presencia de Phoebe. Unos ojos, a la vez tiernos y agudos, hubieran podido ver en el anciano una sombra de lo que hubiera podido ser. Ahora que la vejez se reflejaba en su rostro, uno se sentía tentado a discutir con el destino y afirmar que aquel ser no debiera haber sido mortal o, por lo menos, que su existencia mortal debiera haber sido adecuada a sus cualidades. No parecía que hubiera habido necesidad de haberle dado el aliento -el mundo nunca lo deseó-; pero ya que alentaba era justo que se le proporcionase un ambiente suave, un aire estival.

Phoebe tenía, con toda probabilidad, una comprensión muy imperfecta del carácter de la persona a quien tan beneficiosamente encantaba. No era menestar más. Una hoguera puede iluminar todo un círculo de rostros sin necesidad de conocer individualmente a cada uno. Había algo demasiado fino y delicado en los rasgos de Clifford para poder apreciarlo una persona como Phoebe, sencilla y natural.

Para Clifford, sin embargo, la realidad, la simplicidad y la sencillez de la muchacha constituían su más poderoso encanto. Es cierto que la belleza, y una belleza casi perfecta en su propio estilo, era indispensable. Si las facciones de Phoebe hubieran sido toscas, su cuerpo macizo y su voz dura, por muy rica que hubiera sido espiritualmente y mientras hubiera tenido la apariencia de mujer, hubiera herido a Clifford y le hubiera deprimido por su falta de belleza.

Pero nada más hermoso, nada más lindo por lo menos, que Phoebe, y por esto para ese hombre -cuyo mísero e impalpable disfrute de la existencia era, mientras su corazón y su fantasía no murieran en su interior, un simple sueño cuyas imágenes de mujeres habían ido perdiendo calor y substancia hasta convertirse, como las pinturas de los artistas monacales, en una idealidad fría, helada para él -esa figurita de alegre ama de casa era lo que necesitaba para devolverle al mundo de la vida.

Los que han vagabundeado o han sido expulsados del camino común, aun siendo para mejorar, nada desean tanto como el volver atrás. Se estremecen en su soledad, ya sea en la cima de una montaña o en un calabozo.

La presencia de Phoebe constituía un auténtico hogar, es decir, la esfera por la cual suspiran instintivamente el prisionero, el exiliado, el desterrado o el potentado -el desgraciado inferior a la humanidad, el desgraciado apartado de la humanidad. ¡Un hogar!

Phoebe era algo real. Al coger su mano se sentía algo; un algo tierno, una substancia cálida y, mientras uno sienta este contacto, por leve que sea, puede estar seguro de que ocupa un buen lugar en ¡a cadena de simpatías de la naturaleza humana. El mundo ya no es un engaño.

Mirando un ppco más lejos en esta dirección podemos sugerir una explicación de un misterio frecuente.

¿Por qué son los poetas tan aptos para escoger sus compañeras no por una semejanza de dotes poéticas, sino por cualidades que podrían hacer, igualmente, la felicidad del más rudo artesano que la del artesano ideal del espíritu? Porque probablemente en sus momentos más altos el poeta no necesita la ayuda humana, pero le aterroriza el tener que bajar y teme sentirse forastero en todas partes.

Había algo muy hermoso en las relaciones entre Phoebe y Clifford, tan estrechamente unidos, a pesar de los muchos años sombríos que separaban el nacimiento del uno del nacimiento de la otra. Por parte de Clifford era el sentimiento de un hombre dotado de la más aguda sensibilidad para percibir la influencia femenina, pero que jamás había bebido en la copa del amor apasionado y que sabía que ya era demasiado tarde.

Se daba cuenta de esto con la instintiva delicadeza que había sobrevivido a su decadencia intelectual. De este modo experimentaba hacia Phoebe un sentimiento que, sin ser paternal, no era menos casto que si ella hubiera sido su hija. El era un hombre, es cierto, y veía en ella a una mujer. Ella constituía su única imagen de la feminidad. No le pasaba inadvertido ninguno de los encantos que pertenecían a su sexo y notaba la madurez de sus labios y el virginal desarrollo de sus senos. Sus ademanes y movimientos, sus rasgos femeninos, que florecían en ella como capullos, ejercían hondo efecto en él y a veces hacían estremecer su corazón de placer. En estos momentos -el efecto era sólo momentáneo- aquel hombre, sumido en una especie de estupor, se sentía lleno de armoniosa vida igual que un arpa, largos años silenciosa, está llena de sonidos cuando los dedos del músico la recorren. Pero parecían más bien una percepción y una simpatía que un sentimiento que le perteneciera como individuo.

Leía a Phoebe como si fuera una historia sencilla y dulce, la escuchaba como si fuera un verso de poesía doméstica que Dios, compadecido de la suerte del desventurado, hubiera permitido que un ángel derramara por la casa. Phoebe no era para él un hecho real, sino la interpretación de todo cuanto le había faltado en la tierra y que ahora encontraba en el hogar, de modo que aquel mero símbolo le proporcionaba los consuelos de la realidad.

Pero es luchar en vano querer describir esta idea con palabras. Jamás lograremos expresar adecuadamente la belleza y el sentimiento que nos impresionan.

Clifford era un ser hecho para la felicidad y, sin embargo, fracasado miserablemente en su obtención; sus ilusiones habían sido tan horriblemente frustradas, que la delicadeza de su carácter, nunca moral o intelectualmente fuerte, había dado paso a una especie de imbecilidad. Este pobre viajero desamparado que viene desde las islas Felios en frágil bajel, en un mar tempestuoso, había sido arrojado por la última montaña de agua de su naufragio a un puerto tranquilo. Y cuando yacía medio muerto en la arena, había percibido la fragancia de un rosal que había despertado en él reminiscencias y visiones de las bellezas entre las cuales hubiera debido tener su hogar. ¡Con su innata sensibilidad, aspira hasta el fondo del alma el etéreo aroma y expira!

Y ¿cómo consideraba Phoebe a Clifford? La muchacha no era de esas naturalezas que se sienten atraídas por lo raro y excepcional en un carácter humano. El sendero que más le hubiera convenido hubiera sido el de la vida ordinaria y los compañeros con los cuales más disfrutaría se contarían en el número de las personas corrientes normales.

El misterio que envolvía a Clifford, en lo que a ella le afectaba, le resultaba un fastidio más bien que el encanto que hubiera sido para muchas mujeres. Pero su bondad innata respondió, no por lo obscuro y pintoresco de la situación del anciano, ni siquiera por la fina gracia de su carácter, sino por la simple llamada de un corazón tan solitario y abandonado como el de él a uno tan lleno de auténtica simpatía como el de ella. Lo miraba con afecto porque él necesitaba mucho amor y había encontrado muy poco.

Con tacto acertado adivinó lo que a él le convenía y lo hizo. Ignoraba lo que había de morboso en el espíritu y la experiencia de Clifford y por esto sus relaciones fueron siempre sanas, gracias a su conducta incauta, es cierto, pero al parecer dirigida por el Cielo. Las enfermedades del espíritu y quizá las del cuerpo resultan más sombrías y desesperadas por los múltiples reflejos de la dolencia en la conducta de los que rodean al enfermo, que se ve obligado a aspirar, repetido infinitamente, el veneno de su propio aliento. Phoebe, en cambio, suministraba a su pobre paciente un suplemento de aire puro.

Introducía, también, no el aroma de las flores silvestres -pues lo silvestre no era uno de sus rasgos-, sino el perfume de las rosas del jardín, de los claveles y de otras flores de mucha dulzura que la naturaleza y el hombre han acordado cultivar de verano en verano y de siglo en siglo. Phoebe, en sus relaciones con Clifford, era una de esas flores, cuyo aroma él aspiraba.

Hay que reconocer que sus pétalos se volvían mustios a veces, a consecuencia del ambiente lúgubre en que vivía. Se volvió más pensativa. Contemplando a Clifford y viendo su elegancia sombría y su intelecto casi apagado, intentaba adivinar cuál había sido su vida. ¿Había sido siempre así? ¿Siempre le había cubierto aquella especie de velo que ocultaba su espíritu y que le impedía ver el mundo real o era una trama gris tejida por alguna calamidad?

A Phoebe no le gustaban los enigmas y se habría alegrado de poder solucionar éste. No obstante, esas meditaciones tuvieron un buen resultado, pues con sus conjeturas y la tendencia que tienen todas las circunstancias extrañas a narrar su propia historia, la habían convencido de que, aunque el mundo dijera de él cosas singulares, ella conocía al primo Clifford bastante bien -o por lo menos lo suponía-, para estremecerse al contacto de sus dedos finos y delicados.

Pocos días después de la aparición de aquel notable huésped, la vida adquirió una rutina uniforme en la vieja casa objeto de nuestro relato. Por las mañanas, tras el desayuno, Clifford tenía la costumbre de dormitar en su sillón. Si no interrumpían su sueño, hacia mediodía despertaba. Durante esas horas de amodorramiento, Hepzibah cuidaba de su hermano y Phoebe de la tienda. Los parroquianos pronto lo advirtieron y demostraron una decidida preferencia por la joven tendera, multiplicando sus compras durante el espacio de tiempo en que ella regía los negocios. Terminada la comida, Hepzibah cogía los ganchillos y agujas de hacer calceta, exhalaba un suspiro, fruncía las cejas en afectuoso adiós a Clifford y, finalmente, con gesto elocuente, indicando a Phoebe que vigilase, salía para sentarse detrás del mostrador.

Le llegaba a la muchacha el turno de hacer de guardián, compañera de charla, compañera de juegos, o como quiera llamársele, del anciano de cabellera canosa.

CAPÍTULO X

EL JARDÍN DE LOS PYNCHEON

DE no ser por la presencia de Phoebe, Clifford hubiera continuado sumido en su apatía, que le obligaba a permanecer sentado perezosamente en el sillón.

Pero la muchacha no dejaba nunca de proponer una visita al jardín, en el cual el tío Venner y el daguerrotipista habían hecho grandes reformas, y reparado el techo de la glorieta, convirtiéndolo en un refugio contra el sol y los eventuales aguaceros.

El lúpulo crecía exuberante a su alrededor, formando un interior tapizado de verde dejando huecos para contemplar, a través de ellos, la soledad del jardín.

A la luz vacilante del sol, Phoebe leía en voz alta para Clifford. Su amigo, el artista, que poseía aficiones literarias, le proporcionaba novelas y libros de poesía, de gusto muy distinto de los que Hepzibah hubiera escogido.

Sin embargo, poco debía agradecer a los libros, si las lecturas de la muchacha eran más apreciadas que las de su vieja prima. La voz de Phoebe era musical y reanimaba a Clifford con la chispa de su tono y le mecía con sus cadencias armoniosas.

Pero los relatos -en los cuales se absorbía Phoebe, poco habituada a aquella clase de obras- interesaban muy poco a su oyente. Cuadros de costumbres, escenas apasionadas, de amor, de sentimiento, todo esto no afectaba a Clifford, porque carecía de sentimiento, porque carecía de experiencia para probar la parte de verdad que contenían o porque su propio dolor era piedra de toque que le demostraba la falsedad de las emociones escritas.

Cuando Phoebe estallaba en alegres risas provocadas por la lectura, él también reía, pero a veces le dirigía una mirada turbada o de interrogación. Si una lágrima -una lágrima radiante, por penas imaginarias- caía sobre alguna página melancólica, Clifford la tomaba como señal de calamidad o se irritaba y enojado le indicaba que cerrase el libro. Y hacía bien.

¿No es bastante triste el mundo, bastante grave, sin necesidad de recurrir al pasatiempo de tristezas ficticias?

Con la poesía, era distinto. Clifford se deleitaba con el ritmo y la rima.

Sentía la poesía, aunque no cuando alcanzaba profundidad o elevación, sino cuando era etérea y fugaz. Era imposible adivinar en qué exquisito verso brillaría el hechizo, pero al levantar los ojos, Phoebe se daba cuenta, cuando ello sucedía, de que una inteligencia más delicada que la suya había captado la chispa de una llama que para ella no lucía.

Uno de esos momentos anunciaba, sin embargo, largas horas sombrías, pues cuando se apagaba aquella chispa, Clifford parecía consciente de su fuerza perdida, como un ciego que busca la vista que perdió.

Le agradaba mucho más que Phoebe le hablara y le hiciera penetrar en los hechos vivos por medio de sus ocurrencias y descripciones.

La vida del jardín ofrecía temas en abundancia.

Clifford no se olvidaba nunca de preguntar qué flores habían brotado desde el día anterior. Su sensibilidad para las flores era exquisita. Le complacía sentarse con una flor en la mano, observarla y pasar los ojos desde los pétalos hasta el rostro de Phoebe, como si ambas fueran hermanas.

No era un mero deleite por el perfume, la forma o el brillo, sino que iba acompañado de una especie de percepción de la vida, el carácter y la individualidad de cada flor, como si estuviera dotada de sentimientos e inteligencia.

Este afecto y simpatía hacia las flores es un rasgo casi exclusivamente femenino. Los hombres, aun cuando la naturaleza les haya dotado de este rasgo, al entrar en contacto con cosas más groseras que las flores, pronto lo pierden, lo olvidan o lo desprecian.

Clifford también lo había olvidado, pero lo descubrió de nuevo, al ir recobrándose del estupor y de la apatía en que estaba sumida su vida.

Es sorprendente el número de agradables incidentes que ocurrieron en aquel jardín, desde que Phoebe empezó a ocuparse de él.

El primer día había visto u oído una abeja, y desde entonces, las abejas no dejaron de venir, el Cielo sabrá por qué, en busca de dulces bocados lejanos, cuando con seguridad había otros jardines y campos de trébol mucho más cerca de sus colmenas. Pero las abejas venían y se sumergían en las flores de calabaza como si no hubiera otras a lo largo de un día de vuelo o como si el suelo del jardín de Hepzibah produjera precisamente la calidad que aquellas laboriosas hadas deseaban para dar el aroma del Himeto a su miel de Nueva Inglaterra.

Cuando Clifford oía su zumbido, viniendo de los dorados arriates, las contemplaba con júbilo.

No había por qué preguntarse la causa de la presencia de las abejas en aquel rincón de la ciudad polvorienta, Dios las enviaba para alegrar a nuestro pobre Clifford. Traían consigo el magnífico verano, a cambio de un poco de miel.

Luego, llegaron los colibríes, que encantaban al hermano de Hepzibah. La buena señora pensaba que era una coincidencia maravillosa que el artista plantara aquellas habichuelas de flor escarlata, que atraían a los colibríes -ausentes del jardín de los Pyncheon durante más de cuarenta años- justamente el mismo verano, a cambio del regreso de Clifford.

Al pensar en todo esto, las lágrimas asomaban a los ojos de Hepzibah y tenía que apartarse, no fuera que Clifford notara su emoción. Realmente todos los placeres de aquella época fueron motivo de abundantes lágrimas. Viniendo tan tardíamente, eran una especie de veranillo de San Martín, con brumas bajo el sol y muerte en sus deleites placenteros.

Cuanto más parecía Clifford disfrutar de la dicha de un niño, tanto más tristemente se notaba la diferencia.

Con el misterioso y temible pasado que había aniquilado su memoria y el sombrío futuro ante él, solamente le quedaba ese visionario e impalpable hoy que, mirado de cerca, no es nada.

Sabía que sus placeres eran juegos de niños, con los cuales se podía jugar, pero en los cuales no se podía creer.

Quizá veía, en el espejo de su conciencia, que era un ejemplo y representante de esa clase de gentes a las cuales una Providencia enigmática pone en oposición con el mundo, convirtiendo su existencia en un tormento.

Durante toda su vida había aprendido a ser desgraciado, como se aprende una lengua extranjera, y ahora, con la lección bien sabida, no comprendía su felicidad etérea. Frecuentemente, una sombra de duda se reflejaba en sus ojos, y solía decir:

-Cógeme la mano, Phoebe, y pellízcame con tus dedos alados. Dame una rosa para que sus espinas me pinchen y vea si estoy despierto.

Evidentemente deseaba esas pruebas de dolor, para asegurarse de que el jardín, los siete tejados, el ceño de Hepzibah, la sonrisa de Phoebe, eran cosas reales.

Sin esa prueba de su carne, no les atribuiría más substancia que la vaciedad y confusión de las escenas imaginarias con que alimentara su espíritu, hasta que este triste recurso se agotó asimismo.

Una de las diversiones que Phoebe aprovechaba con mayor constancia era la sociedad de las aves de corral, cuya raza, según dijimos, era herencia inmemorial de la familia Pyncheon.

Accediendo a un capricho de Clifford, que sufría al verlas encerradas, las puso en libertad y ahora vagabundeaban por el jardín, causando ligeros daños y aprisionadas, al fin y al cabo, por muros en tres lados y una valla de madera en el cuarto.

Pasaban la mayor parte de sus abundantes ocios en los alrededores de la fuente de Maule, donde descubrieron una especie de caracol que resultaba evidentemente una verdadera golosina para el paladar.

La misma agua, nauseabunda para todos, era tan estimada por las gallinas y el gallo que, cuando la probaban, meneaban la cabeza y se rechupaban el pico con aire de catadores de vino.

Todas las aves de corral merecen ser estudiadas, por sus variados y singulares modales, pero no es posible que hayan existido otras con tan extraordinario aspecto y costumbres como esas ancestrales muestras de gallinas.

Resumían, probablemente, todas las peculiaridades tradicionales de la rama de sus progenitores transmitida por una sucesión de huevos sin solución de continuidad.

O bien ese *Cantaclaro* y sus dos esposas se habían convertido en humoristas, o quizá estaban algo chiflados, a causa de su vida solitaria y por simpatía con su dueña, Hepzibah.

Realmente eran unos animales la mar de extraños. *Cantaclaro*, sostenido por dos patas como zancos, con la dignidad de una interminable línea de antepasados en sus gestos, no era mucho mayor que una perdiz. Sus dos esposas tenían el tamaño de la codorniz y el polluelo parecía muy capaz de poder volver a meterse en el huevo y, al mismo tiempo, bastante viejo, seco y macilento para que le tomaran por el fundador de su raza.

En vez de ser el más joven de la familia, se diría que sumaba no sólo las edades de los ejemplares vivos de ella, sino la de todos los antecesores, cuyas excelencias y extravagancias se perfilaban en el diminuto cuerpecito.

Su madre le consideraba, sin ningún género de dudas, como el único polluelo de la tierra, indispensable para la continuación del mundo.

Una idea menos elevada de la importancia de aquel polluelo no hubiera justificado, ni siquiera a los ojos de una madre, la perseverancia con que le vigilaba, ahuecándose hasta doblar de volumen y atacando la cara de los que se atrevían a mirar con demasiada atención a su prometedor retoño.

El celo que mostraba en picotear granos y sus escasos escrúpulos en arrancar flores y legumbres para cazar los gusanos de las raíces se explicaban por la necesidad de sobrealimentar a su hijo. Su nervioso cloqueo, se convertía en amable cloqueo de satisfacción cuando le tenía en seguridad bajo sus alas y en una nota de mal disimulado temor y de estridente desconfianza cuando veía a su archienemigo, un gato de la vecindad que acostumbraba asomarse por la valla.

Uno u otro de estos sonidos se oían en casi todos los momentos del día.

Poco a poco, el observador acababa tomándose tanto interés por el último descendiente de la ilustre raza como su propia madre.

Phoebe, después de trabar amistad con la vieja gallina, obtenía permiso a veces para tomar el polluelo en la mano.

Mientras examinaba con curiosidad sus rasgos hereditarios -el singular moteado del plumaje, el cómico tupé de la cabecita y una protuberancia en cada pata- el diminuto bípedo le guiñaba el ojo sagazmente.

En una ocasión, el daguerrotipista le susurró que aquellos rasgos eran muestras de las excentridades de la familia Pyncheon y que el propio polluelo era un símbolo de la vida de la vieja casa, incluyendo su propia interpretación, tan inteligible como suelen serlo todas. Era un enigma con plumas, un misterio empollado en un huevo, y tan misterioso como si el huevo hubiese sido estéril.

La segunda de las esposas de *Cantaclaro* había caído en un estado de profunda desesperación desde la llegada de Phoebe, provocado, según se descubrió después, por su incapacidad para poner.

Un día, sin embargo, yendo y viniendo por el jardín con su aire de importancia, su desdeñoso gesto de cabeza, cloqueando con indescriptible complacencia, se descubrió que, a pesar de la poca estimación de los hombres, poseía en su personita algo que no podía valorarse en oro ni en piedras preciosas.

Poco después sonó un prodigioso cacareo de felicitación, producido por *Cantaclaro* y el resto de su familia, incluyendo el polluelo, que parecía comprender lo que ocurría tan bien como su padre, su madre y su tía.

Aquella tarde, Phoebe halló un huevo diminuto, pero no en el nido de costumbre, pues era demasiado precioso para ser depositado allí, sino astutamente escondido debajo de un grosellero, sobre un montón de hierba seca.

Hepzibah, al enterarse del acontecimiento, tomó posesión del huevo y lo destinó al desayuno de Clifford, debido a cierto delicado sabor que, según dijo, habían hecho famosos los huevos de aquellas gallinas.

La vieja señora sacrificó así la sucesión de una antigua raza de aves de corral, con el simple fin de dar a su hermano una golosina que apenas llenaba una cucharilla de té.

Tal vez ofendido por este ultraje, al día siguiente, *Cantaclaro*, acompañado de la despojada madre del huevo, se plantó delante de Phoebe y de Clifford y les espetó una arenga, que hubiera sido tan larga como antigua era su alcurnia, si no la hubiera interrumpido el gran regocijo de la muchacha.

Ofendido, el gallo se retiró sobre sus zancos y desde entonces cortó toda relación con Phoebe y con los hombres, hasta que ella le ofreció unas migas de pastel, que, después de los caracoles, era el plato más agradable a su delicado paladar.

Nos entretenemos demasiado, sin duda, con este mezquino arroyuelo de vida que fluía del jardín de la casa de los Pyncheon.

Pero creemos que se nos perdonará que recordemos esos ligeros incidentes y pequeños deleites, teniendo en cuenta que resultaron muy beneficiosos para Clifford. Olían a tierra y contribuyeron a dar al anciano la salud y la substancia de la tierra.

Algunas de sus ocupaciones le fueron menos provechosas.

Sentía singular propensión, por ejemplo, a inclinarse sobre la fuente de Maule y quedarse contemplando las huidizas fantasmagorías producidas por la agitación del agua sobre el mosaico de guijarros y chinas del fondo.

Decía que, desde allí, unos rostros le contemplaban: rostros hermosos, con fascinadoras sonrisas, tan sonrosadas y brillantes que se afligía cuando desaparecían, hasta que la misma agua provocaba el embrujo de un nuevo semblante irreal.

Pero a veces exclamaba súbitamente:

-¡Fíjate, el rostro sombrío me está mirando!...

Cuando esto sucedía, permanecía triste todo el día.

Phoebe no veía nada de eso, ni la belleza ni la fealdad; tan sólo los guijarros de varios colores, movidos por el constante fluir del agua.

El rostro sombrío que tanto inquietaba a Clifford no era más que la sombra proyectada por la rama de uno de los ciruelos, que apagaba la luz interior de la fuente de Maule.

Los domingos, después que Phoebe regresaba de la iglesia, solía celebrarse en el jardín una reunión.

Asistían dos invitados.

Uno era Holgrave, el artista, que a pesar de sus relaciones con los reformadores y de sus otros raros rasgos discutibles, seguía disfrutando de la consideración de Hepzibah.

El otro -casi nos avergonzamos de mencionarlo- era el tío Venner, con camisa limpia, chaqueta de paño fino, más respetable que la de ordinario, pues tenía cuidadosos remiendos en los codos, y podía calificarse de prenda completa, a pesar de la desigualdad de los faldones.

Clifford se complacía en conversar con el viejo, a causa de su alegre humor. Un hombre de la capa social inferior resultaba más agradable, para el viejo caballero, que otra persona cercana a su posición. Además, como había perdido la juventud, se alegraba de verse relativamente joven, al compararse con la edad patriarcal del tío Venner.

Era fácil ver cómo se ocultaba a sí mismo sus años y acariciaba visiones de un futuro terrenal que le esperaba todavía, visiones, no obstante, demasiado imprecisas aún para poder seguirlas el desengaño, aunque sí la depresión, cuando un incidente o recuerdo casual le hacía caer en la cuenta de que era como una hoja seca.

Así, estos personajes de carácter tan distinto se sentaban en la^especie de glorieta.

Hepzibah, serena como siempre y sin abandonar ni un átomo de su rancia nobleza, apoyándose en ella para justificar una condescendencia principesca, ejercía una hospitalidad no carente de gracia. Conversaba, benévola, con el errático artista y aceptaba un consejo prudente -¡ella, tan señora!- del remendado filósofo, recadero de todo el barrio.



ÁNGULO DEL SALÓN

El sillón que solía usar Hawthorne en sus visitas a Susannah Ingersoll (cuyo retrato está a la derecha del reloj).

El tío Venner -que había estudiado el mundo en las calles y en otros lugares igualmente a propósito para una observación a fondo- siempre estaba dispuesto a prodigar sus consejos sabios.

-Miss Hepzibah -dijo una vez, después de haber charlado todos alegremente-: me gustan estas reuniones de los domingos por la tarde. Se parecen mucho a las que espero disfrutar en mi granja.

-El tío Venner -observó Clifford con voz queda- siempre está hablando de su granja. Pero yo tengo un plan mejor para él... Ya veremos, ya veremos...

-¡Ah, míster Clifford Pyncheon! -dijo el filósofo-. Puede usted forjar tantos planes sobre mí como quiera, pero yo jamás abandonaré el mío, aunque no haya de llevarlo a la práctica. Yo opino que los hombres cometen un error al acumular riquezas. Si yo lo hubiera hecho, no pensaría que la Providencia está obligada a cuidar de mí y, en todo caso, la ciudad no lo haría. Yo soy de los que opinan que lo infinito es bastante grande para que quepamos todos... y la eternidad bastante larga.

-Es cierto, tío Venner -dijo Phoebe tras una pansa-. Mas para nuestra corta vida, es preferible poseer una casita, un jardín y un huerto.

-Me parece -dijo el daguerrotipista sonriendo- que el tío Venner tiene en el fondo de su sabiduría los principios de Fourier, aunque están menos claros en su mente que en la del francés.

-Vamos, Phoebe -dijo Hepzibah-, ya es hora de traer la merienda.

Mientras la opulencia dorada del crepúsculo enriquecía la atmósfera del jardín, Phoebe trajo un pan redondo y un tazón lleno de grosellas, recién cogidas y espolvoreadas de azúcar.

Junto con agua -no de la cercana fuente de mal agüero-, constituía el festín.

Impulsado por un sentimiento de bondad, Holgrave intentaba trabar conversación con Clifford, para que las horas pasaran más alegremente que las anteriores y que las futuras.

No obstante, en la mirada pensativa y escrutadora del artista, había una expresión equívoca, como si la escena le interesase más de lo que es de presumir que interesara a un forastero, a un joven aventurero. Con gran movilidad de gestos y ademanes, se esforzaba en animar la reunión y con tanto éxito que hasta la melancolía de Hepzibah se disipaba.

Phoebe pensaba:

-¡Qué agradable es cuando se lo propone!

El tío Venner, como muestra de amistad y aprobación, consintió en prestar su rostro al artista, para sus fines profesionales, permitiéndole que expusiera el retrato de su cara tan popular en la ciudad, a la entrada del taller de Holgrave.

Durante la merienda, Clifford se iba reanimando y acabó por ser el más alegre de todos. Si era uno de esos destellos del espíritu, frecuentes en las mentes en estado anormal, o si el artista había logrado hacer vibrar alguna cuerda recóndita de su alma, es cosa que no podemos decir.

En cierto modo, en una tarde veraniega y con semejante compañía, era natural que un espíritu tan susceptible como el de Clifford se animara y se convirtiera en un buen receptor de cuanto acontecía a su alrededor. Expresaba sus pensamientos alada y caprichosamente. A solas con Phoebe estaba alegre, sin duda, pero no con aquellas muestras de agudeza y hasta de inteligencia.

Cuando el sol se ocultó tras las buhardillas, la animación de Clifford fue apagándose. Miró vaga y sombríamente, como si echara de menos algo precioso, y con tanto mayor dolor cuanto que no sabía exactamente lo que era.

-¡Quiero mi felicidad! -murmuró finalmente-. He estado largos años esperándola y ahora... ¡ahora es demasiado tarde! ¡Sí, demasiado tarde! ¡Pobre Clifford! Eres viejo y estás abatido por penas que jamás debieron caer sobre ti. Eres un ser fantástico y también imbécil, las ruinas de un hombre, un fracasado, como lo es casi todo el mundo, aunque unos en menor grado que otros. El destino no te reserva ninguna felicidad, a no ser que merezca este nombre un hogar tranquilo, en la vieja mansión familiar, con la fiel Hepzibah por compañera, las largas tardes de verano con Phoebe, y esas reuniones domingueras con el tío Venner y el daguerrotipista.

¿Y por qué no ha de ser eso la felicidad?

Si no lo es, se le parece, y más que nada por la cualidad etérea, intangible que posee de desvanecerse cuando se la observa desde demasiado cerca.

¡Tómala, pues, ya que todavía puedes hacerlo! No murmures. No preguntes. Saca el mejor partido posible de ella.

CAPÍTULO XI

LA VENTANA EN ARCO

DADA su inercia y lo que podríamos llamar su carácter vegetativo, Clifford se hubiera alegrado quizá de poder pasar, un día tras otro, interminablemente -por lo menos todo el verano- sumergido en la vida que acabamos de describir.

Creyendo que le sentaría bien cambiar de escenario, Phoebe sugería que contemplara la vida de la calle. A este fin, subían la escalera hasta el segundo piso.

Allí se hallaba una ventana en arco, de grandes dimensiones y con un par de cortinas. Se abría sobre el porche, donde antes hubo un balcón, cuya barandilla se había estropeado y retirado tiempo atrás.

Desde esta ventana arqueada, resguardado por las cortinas, Clifford contemplaba el movimiento del ancho mundo, o, por lo menos, a la gente que pasaba por una de las calles más silenciosas de una ciudad poco poblada.

Clifford y Phoebe, uno al lado del otro, presentaban un espectáculo más interesante que cualquiera de los que pudiera exhibir la ciudad. Clifford, pálido, infantil, anciano, melancólico, a veces simplemente alegre y otras delicadamente inteligente, mirando desde detrás de los descoloridos cortinajes, contemplando la monotonía de los hechos cotidianos con interés y gravedad inconscientes y volviéndose de vez en cuando para mirar en los ojos de la muchacha.

Sentado en la ventana, por muy desierta y triste que estuviera la calle Pyncheon, hallaba tema para sus observaciones. Cosas familiares a los niños, le resultaban extrañas y nuevas. Un cabriolé, un ómnibus, dejando aquí y allá a un pasajero y recogiendo a otro, como imagen del mundo, el fin de cuyo viaje está en todas partes y en ninguna.

Todo lo seguía gravemente, pero lo olvidaba antes de que el polvo levantado por los caballos y las ruedas volviera a caer al suelo.

En cuanto a las novedades -entre las que se contaban el cabriolé y el ómnibus- su espíritu parecía haber perdido todo asidero y toda retentiva. Dos o tres veces, por ejemplo, durante las horas del sol, pasaba por la calle un carro de riego, dejando un ancho barrizal, en vez del polvo blanco levantado por las ligeras pisadas de una dama.

Clifford no llegó nunca a familiarizarse con la carricuba; siempre le sorprendía. Se impresionaba, pero olvidaba aquella lluvia ambulante antes de su próxima aparición. Y la olvidaba tan completamente como la propia calle, que inmediatamente se cubría de polvo blanco.

Con el ferrocarril ocurría lo mismo. Oía el es'trépito de la locomotora, y, asomándose un poco, echaba una ojeada al tren que pasaba por el extremo de la calle. La idea de terrible energía que le sugería era nueva y le afectaba tan desagradablemente y con tanta sorpresa al cabo de cien veces como la primera.

Era, realmente, el más inveterado de los conservadores.

Las antiguas costumbres de la calle le eran muy queridas, incluso las caracterizadas por una rudeza que debieran haber herido sus sentidos. Le encantaban los carros viejos, cuyas roderas todavía podía descubrir en su recuerdo, como los investigadores de hoy las descubren en las ruinas de Herculano. El carro del carnicero, con su lona blanca, era un objeto aceptable, igual que el del pescadero, anunciado por su trompeta, y el del labriego con su cargamento de verduras, que se detenía ante cada puerta, con largas pausas del paciente caballo, mientras el dueño vendía nabos, zanahorias, calabazas, alubias verdes, guisantes y patatas nuevas, a las amas de casa de la calle.

El carrito del panadero, con su cascabeleo, le gustaba porque tenía las disonancias tle antaño.

Una tarde, un afilador puso su rueda a la sombra del olmo de los Pyncheon, enfrente mismo de la ventana en arco. Los chiquillos acudieron, trayendo las tijeras de la madre o la navaja de afeitar del padre o el cuchillo de la cocina u otra cosa que necesitase ser afilada, para que el afilador las aplicase a su piedra mágica y las devolviese como nuevas. La rueda comenzó a girar al impulso de los pies del afilador y se llevó

el acero con su roce chirriante y sus largos aullidos, fieros como los de Satanás y sus compadres en un *Pandemonium*.

Era un ruido horripilante como el silbido de una serpiente, que enervaba al hombre más tranquilo.

Pero Clifford lo escuchaba con alegría.

El sonido, con ser desagradable, poseía vida chispeante y junto con el círculo de niños curiosos que rodeaba al afilador, le contagiaron una especie de sentido de la existencia más activo, brillante y bullicioso.

Su encanto, sin embargo, residía principalmente en el pasado, pues la rueda del afilador había silbado en sus oídos de niño.

A veces, se lamentaba de que ya no existieran diligencias y preguntaba, con tono ofendido, qué se había hecho de aquellos vehículos de techo cuadrado, arrastrados por un caballo percherón y guiados por la mujer o la hija de un granjero que venían a la ciudad a vender fresas, u otras frutas. Su desaparición le hacía dudar de si las fresas habían dejado de crecer a lo largo de los sombreados senderos del campo.

Pero nada de lo que llamaba el sentido de la belleza, por humilde que fuese precisaba recurrir a esas viejas asociaciones de ideas. Eso se vio fácilmente cuando uno de los niños italianos -recién aparecidos a la sazón en nuestras calles- llegó con su organillo a cuestas y se detuvo a la sombra del olmo.

Con rápida mirada profesional descubrió a las dos figuras que le observaban desde la ventana arqueada y, abriendo su instrumento, comenzó a desparramar melodía tras melodía. Llevaba al hombro un mono vestido de escocés y, para completar la suma de atracciones que ofrecía al público, toda una compañía de figuritas, habitantes de la caja de caoba del organillo que se animaban por la música.

En toda la variedad de sus ocupaciones -el remendón, el herrero, el soldado, la dama del abanico, el borracho con su botella, la lechera sentada junto a la vaca- esa afortunada sociedad disfrutaba de una existencia armoniosa y hacía de la vida, literalmente, un baile.

El italiano da vueltas a un manubrio y ¡mirad! todas las figuritas se ponen en movimiento. El remendón clava las suelas de unos zapatos; el herrero martillea el hierro; el soldado blande su reluciente espada; la dama levanta una leve brisa con el abanico; el borracho sorbe afanosamente el líquido de la botella; un estudiante abre el libro con ansias de estudio y mueve la cabeza de un lado a otro, siguiendo las líneas; la lechera ordeña enérgicamente su vaca; un avaro cuenta el oro de su cofre...

Todo con una vuelta del manubrio.

Sí, movido por el mismo impulso, un enamorado envía un beso a su amada.

Posiblemente algún cínico, a la vez alegre y amargado, hubiera interpretado aquella pantomima en el sentido de que nosotros, mortales, todos bailamos al son de una misma tonadilla y, a pesar de nuestra grotesca actividad, jamás ocurre nada.

Porque lo más notable del caso era que, al terminarse la música del organillo, todas las figuritas se quedaban como petrificadas, pasando de la vida más extravagante a la inmovilidad de la muerte.

Ni el remendón acababa sus zapatos, ni el herrero su herradura, ni había unas gotas menos de brandy en la botella del borracho, ni una gota más de leche en el cubo de la lechera, ni una moneda sobrante en el cofre del avaro, ni el estudiante había vuelto la página de su libro.

Todo quedaba en el mismo estado en que se hallaba en el momento en que se pusieron en ridículo por su prisa en trabajar, en disfrutar, en acumular oro, en hacerse sabios. Y lo que es aún más triste, el enamorado no era más feliz con el beso de su amada.

El mono, entretanto, con su cola curvada grotescamente, se sentaba a los pies del italiano. Volvía su carita arrugada y fea a los que pasaban, hacia los chiquillos que formaban círculo, hacia el escaparate de Hepzibah y hacia la ventana en arco, desde la cual miraban Phoebe y Clifford.

A cada momento se quitaba el gorro escocés, saludaba y lo tendía para recibir calderilla. A veces, se dirigía a alguien determinado, expresando su deseo por todos los objetos relucientes que pudiera tener en los bolsillos. La maligna expresión de su arrugado semblante, su mirada astuta y codiciosa, su cola, demasiado grande para esconderla debajo de la gabardina y su diabólica naturaleza, todo ello, en resumen, hacían de aquel sjmio una imagen del Mammón de calderilla, símbolo de la forma más grosera del amor al dinero.

No había posibilidad de satisfacer al codicioso diablejo. Phoebe le arrojó un puñado de calderilla, que él recogió del suelo con alegre presteza, alargándosela al italiano y comenzó de nuevo una serie de peticiones pantomímicas.

Sin duda más de un hijo de Nueva Inglaterra -o de otra región del mundo- pasó, miró al simio y siguió su camino, sin comprender que allí estaba simbolizada su propia condición moral.

Clifford, sin embargo, era un ser de otra clase. Se deleitó infantilmente con la música y sonrió ante el baile de las figurillas.

Pero, después de mirar un rato al rabilargo mono, le impresionó tanto su horrible fealdad, que los ojos se le empañaron.

Es ésta una debilidad que las gentes poseedoras de cierta delicadeza, que carecen del don de la risa, pueden rara vez evitar, cuando contemplan el aspecto peor y más vil de la vida.

La calle Pyncheon se animaba en ocasiones, con espectáculos de más imponentes pretensiones que el citado, espectáculos que llevaban consigo a una verdadera multitud.

Estremeciéndose ante la idea de un contacto personal con el mundo, Clifford sentíase dominado por un poderoso impulso cuando se dejaba oír el rumor de la marea humana. Esto se comprobó un día que pasó por la calle una manifestación política, con centenares de banderas, tambores, trompetas, clarines y timbales.

Como espectáculo, nada menos pintoresco que una manifestación al pasar por las calles estrechas. El espectador piensa que es un juego de locos, cuando distingue la vulgaridad del rostro de los componentes, el sudor y el cansancio en sus facciones, el cuello arrugado, los pantalones encogidos y la espalda de la chaqueta polvorienta.

Para resultar majestuosa, una manifestación debe ser contemplada desde una altura, mientras pasa lentamente por el centro de una planicie o por la plaza más ancha de la ciudad, porque entonces, gracias a la lejanía, se mezclan las individualidades que la componen, y forman una masa, una gran vida única, animada por un espíritu homogéneo.

Por otra parte, una persona impresionable, situada al margen de una de esas manifestaciones, puede verla no en sus átomos, sino en sus agregados, como un gran río, macizo en su corriente, negro y misterioso, llamando desde su profundidad a las profundidades humanas.

Pudiera llegar a fascinarle tanto, que intentara incluso sumergirse en aquella corriente de simpatía humana.

Eso ocurrió a Clifford.

Se estremeció, palideció, miró suplicante a Hepzibah y a Phoebe, que le acompañaban en la ventana.

Ellas no comprendieron sus emociones; le suponían nuevamente impresionado por el anómalo tumulto.

Por fin, con temblorosos miembros, se levantó, avanzando hacia el balcón y, en un instante, habría estado en el lugar de la desaparecida balaustrada.

Los manifestantes puede que vieran su figura vacilante de cabellos blancos flotando al mismo viento que hacía ondear sus banderas; puede que vieran a un ser solitario, apartado de la sociedad, pero que volvía a sentirse otra vez hombre, en virtud del incontenible instinto que le dominaba.

Si Clifford hubiese alcanzado el extremo del balcón, probablemente hubiera saltado a la calle.

No sabemos si le impulsaba esa especie de terror que lanza a su víctima en el mismo precipicio que la aterroriza, o si se sentía movido por un magnetismo que le atraía hacia el centro de la humanidad. Quizá ambos impulsos obraron simultáneamente.

Pero las dos mujeres, asustadas por su gesto -el de un hombre atraído a pesar suyo-, le cogieron por los brazos y le hicieron retroceder. Hepzibah chilló. Phoebe, para la cual toda extravagancia resultaba horrorosa, chilló y sollozó.

-¡Clifford! ¿estás loco? -gritó la solterona.

-Casi no lo sé, Hepzibah -replicó el anciano, suspirando hondamente-. No te asustes... Bueno, ya pasó; pero si hubiese saltado y sobrevivido al salto, creo que sería otro hombre.

Posiblemente, en cierto sentido, tenía razón.

Necesitaba una fuerte impresión o, quizá, sumergirse en el océano de la vida humana, para emerger, luego, vigorizado, restituido al mundo y a sí mismo. O quizá necesitaba el gran remedio final: la muerte.

Este anhelo para restablecer los lazos rotos de hermandad con sus semejantes manifestábase en ocasiones bajo formas más suaves; y una vez fue embellecido por la religión, que yacía en las capas más profundas de su alma.

En el suceso que vamos a narrar se ve la emocionante gratitud, por parte de Clifford, de los cuidados y el amor de Dios por él, por aquel pobre hombre abandonado, merecedor del perdón por creerse desamparado, olvidado y dejado para diversión de alguna furia que con él encontraba motivo para verdaderos éxtasis de maldad.

Era un domingo por la mañana, uno de esos domingos brillantes y calurosos, con su atmósfera santificada, y el cielo que difunde sobre la paz de la tierra una sonrisa, no menos dulce que solemne.

Las campanas se llamaban unas a otras, y se contestaban con metálica armonía.

-¡Hoy es domingo!

-¡Domingo!

-¡Domingo!

Las campanas expandían sus sonidos por toda la ciudad, ya apagadas, ya con alegría, ya una sola, ya todas juntas, gravemente, repicando, esparciendo la santa palabra:

-¡Hoy es domingo! ¡Hoy es domingo!

El aire, aquel día, con la dulzura de Dios y la ternura del sol, parecía hecho para llevar las plegarias hasta las alturas.

Clifford hallábase sentado en la ventana, con Hepzibah al lado, contemplando a los vecinos que pasaban por la calle. Todos ellos, por poco espirituales que fueran los otros días, aparecían transfigurados gracias a la influencia del domingo. Hasta sus trajes tenían algo de las ropas de la ascensión, ya fuera la decente chaqueta de un anciano, cepillada por milésima vez, o los primeros pantalones largos de un chiquillo, acabados el día anterior por su madre.

Por el portal de la vieja casa salió Phoebe, con su sombrilla verde y sonriendo a las dos figuras de la ventana en arco. En su faz había una alegría familiar y una santidad que armonizaba muy bien con aquélla. Era como una plegaria ofrecida con la belleza de la lengua materna.

Fresca, etérea y dulce era Phoebe, y diríase que nada de lo que vestía lo había usado antes; ni su vestido, ni su sombrero de paja, ni su chai, ni sus niveas medias. O si ya lo había usado, le daba nuevo frescor con ello y nueva fragancia, como si hubiesen estado entre rosas.

La muchacha agitó una mano en gesto de despedida y siguió calle adelante.

-Hepzibah -preguntó Clifford, después que Phoebe hubo doblado la esquina:-: ¿tú no vas nunca a la iglesia?

-No, Clifford -contestó ella-, no he ido durante todos estos años...

-Si yo fuera, me parece que podría rezar una vez más, con tantas almas rezando a mi alrededor.

La solterona vio en el rostro de Clifford una profunda emoción de la que se contagió.

Ansiaba cogerle la mano, ir con él a la iglesia, arrodillarse los dos juntos -ambos alejados del mundo durante tanto tiempo, y según ahora se daba cuenta, tan poco amigos de Dios-, arrodillarse entre los fieles y reconciliarse a la vez con el Señor y con los hombres.

-Vamos, querido -dijo gravemente-. No pertenecemos a ninguna iglesia determinada, no tenemos ni un palmo de terreno en ningún templo, para arrodillarnos. Vamos a cualquier iglesia, aunque tengamos que permanecer en el pasillo. Siempre encontraremos abierta alguna puerta compasiva.

Se arreglaron; se vistieron tan bien como pudieron, con sus prendas anticuadas que olían a pasado, a fuerza de permanecer colgadas o en los baúles durante muchos años.

Juntos bajaron las escaleras. ¡Hepzibah, delgada y lívida; Clifford, pálido y flaco!

Abrieron el portal, franquearon el umbral y se sintieron ambos, como si se hallaran frente al mundo entero, y con los terribles ojos de la humanidad clavados en ellos. Los ojos del Padre parecían haberse apartado y no les daban ánimos... El aire cálido de la calle les hizo estremecer. El corazón les latía aceleradamente, ante la idea de dar un paso.

-¡No puede ser, Hepzibah! ¡Es demasiado tarde! -murmuró Clifford con profunda tristeza-. Somos como fantasmas. No tenemos derecho a estar entre los hombres... no tenemos derecho a estar en ninguna parte, excepto en esta casa maldita, que nos vemos condenados a habitar. Y además -continuó- no sería oportuno... Me asusta que yo pueda resultar desagradable a mis semejantes, y que al verme los niños se peguen a las faldas de sus madres.

Retrocedieron, sepultándose en la obscuridad, y cerraron la puerta. Al subir las escaleras encontraron el interior de la casa más triste y su atmósfera más pesada a causa de aquella libertad entrevista un instante. El carcelero, como una mofa, les había dejado la puerta entreabierta y permanecía tras ellos, contemplándoles. En el umbral sintieron ya su garra despiadada. Porque, ¿qué calabozo es más obscuro que el propio corazón? ¿Qué carcelero es más inexorable que uno mismo?

Pero no sería una idea exacta del estado de ánimo de Clifford si nos lo imagináramos constantemente desgraciado. Al contrario, nos atreveríamos a decir que no había otro hombre en la ciudad, de la mitad de su edad, que disfrutara de mayor número de momentos luminosos y sin pena. No tenía ninguna preocupación ni carga, no tenía que solucionar ningún problema relacionado con el futuro, esos problemas que se llevan la mitad de la vida y que hacen que casi no valga la pena de resolverlos. A este respecto era un niño durante toda su existencia, fuera corta o larga.

Realmente, parecía estar en un periodo escasamente posterior al de la infancia y acumular sus reminiscencias de aquella época. Era como si después del sopor causado por un golpe, al recobrar el sentido, se encontrara en un momento muy anterior al del accidente que le derribó.

A veces, explicaba sus sueños, en los que invariablemente representaba el papel de un niño adolescente. Eran tan vividos, en su relato, que en una ocasión discutió con Hepzibah sobre el color de un vestido con el cual había visto a su madre en sueños. La solterona afirmaba que la prenda era ligeramente distinta a como Clifford la describía, pero al sacarla del cofre donde yacía, resultó ser idéntica.

Si cada vez que despertaba de esos sueños tan reales, Clifford hubiese experimentado las torturas de la transformación de muchacho en viejo, habría resultado insoportable la repetición cotidiana de esos sufrimientos. Le habría causado una aguda agonía, desde el alba al crepúsculo, y aun al acostarse hubiera sentido una pena indescriptible mezclada con las visiones de su adolescencia.

Pero el claro de luna se unía a las brumas mañaneras y los sueños le envolvían como un traje protector que raramente atravesaban las realidades. No solía estar nunca completamente despierto; dormía con los ojos abiertos y quizá en estos momentos es cuando más se imaginaba soñar.

Así, rondando por su infancia, simpatizaba con los niños y conservaba fresco el corazón, como un lago al cual arrojasen sus aguas alegres arroyuelos, no lejos de la fuente principal. Un sutil sentido de la convivencia le guardaba de desear asociarse con ellos, pero pocas cosas le agradaban tanto como contemplar, desde la ventana en arco, a una chiquilla haciendo rodar el aro o a los pequeños regresar de la escuela I jugando a la pelota. Sus voces le resultaban agradables, oídas desde lejos, entremezcladas como las moscas en una habitación llena de sol.

Sin duda, le hubiera gustado participar en sus juegos. Cierta tarde sintió un irresistible deseo de hacer burbujas de jabón, una diversión que, según dijo Hepzibah a Phoebe, fue su pasatiempo favorito en la niñez. ¡Imaginadle en el quicio de la ventana en arco, con una taza en la mano y la pajita entre los labios! ¡Imaginadle con sus cabellos grises, y una sonrisa en el rostro, resplandeciente con una hermosura que su peor enemigo debiera reconocer que era espiritual e inmortal, puesto que había sobrevivido a tantas penas! ¡Imaginadle esparciendo por el aire esféricas burbujas de jabón, desde la ventana a la calle, como pequeños mundos impalpables que reflejaban el mundo enorme de los hombres con colores brillantes!

Era curioso ver cómo los transeúntes contemplaban aquellas resplandecientes bolitas que flotaban por la atmósfera de la calle, enriqueciéndola con su fantasía. Algunos se detenían a mirar y quizá conservaban hasta la esquina un agradable recuerdo. Otros miraban enojados hacia arriba, como si el pobre Clifford les causara algún daño al enviar una imagen de belleza a la calle polvorienta. Muchos intentaron tocarlas con los dedos o con la punta del bastón y perversamente se alegraban cuando la burbuja se desvanecía, con el cielo y la tierra reflejados en su superficie etérea, como si jamás hubieran existido.

Pasaba un caballero anciano de aspecto muy digno, cuando una gran burbuja descendió majestuosamente y fue a estallar contra su nariz. El caballero miró para arriba, primero con ojos duros y torvos, que penetraron en seguida en la obscuridad de la ventana, y luego con una sonrisa.

-¡Ah, primo Clifford! -gritó el juez Pyncheon-. ¿Cómo es eso? ¿Todavía haces burbujas de jabón?

El tono de la voz quería ser benévolo, pero tenía algo de amargo sarcasmo.

Clifford quedó paralizado de terror. Aparte de algún motivo de temor que pudiera radicar en su pasada experiencia, sentía por el excelente juez el horror propio de los caracteres débiles, delicados y aprensivos, en presencia de la fuerza maciza. La fuerza es incomprensible para la debilidad y por esto resulta todavía más terrible. No hay peor espantajo que un pariente inflexible en el círculo de sus propios deudos.

CAPÍTULO XII

EL DAGUERROTIPISTA

NO debe suponerse que la vida de una persona tan activa como Phoebe se confinara al interior de la vieja casa de los Pyncheon.

En aquellos largos días, mucho antes de ponerse el sol, ya había atendido a Clifford todo el tiempo necesario.

Por muy tranquila que pareciera su existencia diaria, el anciano agotaba sus reservas de energía. No le fatigaba el ejercicio físico; a veces hacía como que daba golpes de azada, o paseaba por un cuarto en tiempo lluvioso y por el jardín cuando hacía sol. Su tendencia a permanecer quieto le evitaba el cansancio. Pero en su interior ardía un fuego que consumía su energía vital; o, por lo menos, lo que para otros hubiera sido monotonía aterradora, para Clifford no lo era. Probablemente se hallaba en un estado de crecimiento, por decirlo así, y asimilaba constantemente alimentos para su espíritu, vistas, sonidos y hechos, a los que las personas más acostumbradas al mundo no prestan atención.

Todo es actividad y vicisitud para la inteligencia incipiente de un niño, y lo mismo debía ser para Clifford, que pasaba por una especie de nueva creación, tras su largo periodo de suspensión de la vida.

Sea la causa que fuere, solía retirarse a descansar, completamente exhausto, cuando aún los rayos del sol daban sobre las cortinas de su ventana o arrojaban su brillo postrero en los muros del dormitorio.

Mientras él se acostaba temprano, como hacen los otros niños, y soñaba con la infancia, Phoebe se vela libre por el resto del día.

Era ésta una libertad esencial para la salud, incluso en una persona tan poco propensa a sufrir las influencias morbosas como lo era Phoebe. La vieja casa era húmeda y estaba carcomida. No era saludable respirar su atmósfera.

Hepzibah, aunque tenía rasgos que la redimían, se había ido convirtiendo en una especie de maniática a causa de haber vivido recluida en aquel sitio, sin otra compañía que una serie de ideas fijas. Clifford -según puede imaginarse el lector- era demasiado apático -un ser casi inerte- para influir sobre sus semejantes, por muy íntimas que fueran sus relaciones. La simpatía o el magnetismo entre los seres humanos es más sutil y universal de lo que pensamos; existe, realmente, en distintas clases de vida organizada y vibra de unas a otras.

Una flor, por ejemplo, según observó Phoebe, se ponía mustia siempre más aprisa en las manos de Clifford o Hepzibah que en las suyas. Por la misma ley, al convertir con su presencia la vida de aquellos dos espíritus enfermizos en una fragancia, la muchacha tenía que volverse mustia y marchitarse más aprisa, mucho más aprisa, que en un ambiente joven y feliz.

Pronto hubiéramos visto a nuestra Phoebe adelgazar, palidecer, adquirir costumbres extrañas, que profetizaran la solterona futura, de no ser porque se iba a respirar el aire del campo en los suburbios, o las brisas del mar en la playa.

Obedecía al impulso de la naturaleza, también, escuchando una conferencia filosófica, contemplando un panorama o asistiendo a un concierto. Iba de compras por la ciudad, escudriñando todos los almacenes atiborrados de mercancías y regresando a casa con una cinta. Disfrutaba un rato de soledad en su cuarto leyendo la Biblia, y otro, mucho más largo, pensando en su madre y su pueblo. Estas medicinas espirituales conservaron la lozanía de Phoebe.

Con todo, se hizo visible un hondo cambio, en parte lamentable, aunque los encantos que perdía eran sustituidos por otros quizá más preciosos. No estaba tan constantemente alegre; tenía momentos de meditación. Clifford prefería esto; ahora le comprendía mejor y más delicadamente y a veces hasta le ayudaba a interpretarse a sí mismo. Los ojos de Phoebe se habían agrandado, eran más negros, y profundos hasta el infinito. Era menos infantil que cuando la vimos saltando del ómnibus; menos infantil, pero más mujer.

El único espíritu juvenil con el cual Phoebe tenía ocasión de comunicarse era el daguerrotipista. Empujados por la soledad, llegaron a familiarizarse. En otras circunstancias, probablemente, no habría sucedido así, a no ser que el hecho de ser tan diferentes resultara un principio de atracción. Ambos eran caracteres arrancados de la vida de Nueva Inglaterra y arraigaban, pues, en un terreno común... Pero sus espíritus eran tan distintos como si entre ellos hubiera un mundo de distancia.

Al principio de su amistad, Phoebe se había mostrado reservada ante las insinuaciones de Holgrave. Al conocerle mejor, no por esto quedó más satisfecha, aunque hablaban casi diariamente amistosa y casi familiarmente.

El artista, de modo inconexo y espontáneo, explicó a Phoebe algo de su historia. Muy joven, su vida contenía tantos incidentes como para llenar un volumen.

Holgrave, según contó a Phoebe con cierto orgullo, no podía vanagloriarse de su origen, muy humilde, ni de su educación, corta y compuesta de unos cuantos meses invernales de escuela. Dejado pronto a su propia iniciativa, viose obligado a fiar sólo en él mismo. Ahora tenía veintidós años (menos algunos meses que cuentan por años en una vida así) y había sido maestro rural, dependiente de tienda y director de un periódico político. Luego había recorrido Nueva Inglaterra y los estados del este como viajante de una fábrica de perfumería de Connecticut. De manera episódica, estudió y practicó el arte de dentista, obteniendo muchos éxitos en varias ciudades. Como oficial de un paquebote, visitó Europa, encontrando la manera de recorrer Italia, parte de Francia y Alemania. Hacía poco había dado unas conferencias sobre hipnotismo, para cuya ciencia tenía grandes dotes, según aseguró y demostró satisfactoriamente durmiendo a *Cantaclaro*, que picoteaba por los alrededores.

Su presente profesión de daguerrotipista no tenía mayor importancia para él, ni sería probablemente menos provisional que las fases precedentes de su vida. La había adoptado con la despreocupación de un aventurero que ha de ganarse el pan. Habría cambiado de profesión con no menos rapidez, si hubiese encontrado otra manera interesante de ganar dinero.

Pero lo que resultaba notable y demostraba, quizá, más equilibrio del común, era el hecho de que, en medio de tantas vicisitudes, nunca perdió su personalidad.

Sin hogar, cambiando continuamente de residencia, no teniendo, pues, que responder de sus actos ante la opinión pública ni ante la familia, adoptando ahora un aspecto, luego otro y más tarde un tercero, jamás cometió un acto por el cual le hubiera podido remorder su conciencia. Era imposible conocer a Holgrave y no darse cuenta de tal realidad. Hepzibah la había advertido. Phoebe lo vio y le otorgó su confianza. A veces se sorprendía, a veces se ponía en guardia, no porque dudase de que la conducta de Holgrave no se ajustaba a la ley que él reconocía, sino porque adivinaba que esa ley difería de la suya, la de Phoebe. El artista la intranquilizaba; parecía resolverlo todo a su alrededor con una singular irreverencia por lo establecido, a no ser que esto pudiera demostrar su derecho a existir.

Además, Phoebe no le creía bastante afectuoso. Era un observador demasiado frío. A menudo encontraba sus ojos, pero rara vez, o nunca, su corazón. Holgrave se tomaba cierto interés por Hepzibah, por Clifford y por la propia Phoebe. Les estudiaba atentamente, sin escapársele ningún aspecto de su personalidad. Estaba dispuesto a hacerles todo el bien que pudiera, pero nunca hacía causa común con ellos, ni daba pruebas de que, al irles conociendo mejor, les apreciaba más. En sus relaciones con ellos, parecía buscar una distracción intelectual, no un sustento para el corazón.

Phoebe no acertaba a comprender por qué se interesaba tanto intelectualmente por ella y sus primos, puesto que nada o muy poco le importaban

En sus charlas con Phoebe, el artista preguntaba siempre por el estado de Clifford, al cual veía raramente, excepto los domingos por la tarde.

-¿Sigue contento y feliz? -preguntó un día.

-Feliz como un niño -contestó Phoebe-; pero... igual que un niño, de pronto, sin saber por qué, cambia de humor y se pone nervioso, intranquilo, se enoja...

-¿Por qué?

-Lo ignoro -respondió Phoebe-. Su humor cambia a menudo, sin ninguna tazón. A medida que voy conociéndole, pienso que no está bien que me fije demasiado en su manera de ser. Ha sufrido una pena tan grande que su corazón se ha convertido en algo sagrado y solemne. Cuando está alegre, cuando el sol luce en su espíritu, me aventuro a mirar hasta donde llega la luz, pero no más allá. Lo que la sombra oculta es terreno sagrado para mí.

-¡Qué lindamente expresa usted ese sentimiento! -exclamó el artista-. Puedo comprenderlo aunque no lo posea. Si se me presentara ocasión, no tendría escrúpulo en sondearle.

-Es extraño que se interese usted por estas cosas -dijo Phoebe casi involuntariamente-. ¿Qué es, para usted, el primo Clifford?

-Nada. Nada, por supuesto -contestó Holgrave con una sonrisa-. Pero el mundo es tan singular, tan incomprensible... Cuanto más lo estudio, tanto más perplejo me deja, y ya comienzo a sospechar que la perplejidad de un hombre es la medida de su sabiduría. Los hombres, las mujeres, hasta los niños, son criaturas tan extrañas que uno jamás puede estar seguro de conocerlas, ni siquiera adivinar lo que fueron por lo que ahora parecen ser ¡Fíjese en el juez Pyncheon! ¡Fíjese en Clifford! Qué enigma más complejo... qué complejidad de complejidades... Para resolverlo se precisa la simpatía intuitiva de una muchacha. Un mero observador como yo, que nunca tiene intuiciones y que, a lo sumo, es agudo y sutil, puede estar seguro de errar el camino.

El artista llevó la conversación hacia temas menos obscuros. En su prematura experiencia de la vida no había malgastado por entero el bello espíritu de la juventud que, brotando de un corazón pequeño y de la fantasía, puede difundirse por todo el universo, haciéndole brillar como el primer día de la creación.

La juventud del hombre es la juventud del mundo, o por lo menos, siente como si lo fuera e imagina que la capa granítica de la tierra aún no se ha endurecido y puede moldearla a su antojo. Así le ocurría a Holgrave. Podía hablar sensatamente del mundo viejo, pero no creía lo que decía; era joven y consideraba el mundo -ese libertino arrugado y canoso, decrépito, pero no venerable- como mozalbete capaz de mejorar, pero que aún no da muestra de lo que puede llegar a ser. Poseía ese sentido o profecía interior que nos asegura que no estamos condenados a arrastrarnos por los caminos trillados y que podemos convertirnos en heraldos de una edad dorada que ha de tomar cuerpo durante nuestra propia vida; ese sentido, repetimos, sin el cual es mejor que un joven no hubiera nacido y que un hombre maduro muriera antes de abandonarlo o renunciar a él.

A Holgrave le parecía -como sin duda les ha parecido a todos los jóvenes desde los tiempos de Adán- que en esta época, más que en ninguna otra, había que destruir el podrido pasado, enterrar su cadáver y comenzar de nuevo.

En cuanto al punto principal -¡Dios nos libre de dudar de él!-, en cuanto a los siglos mejores que se acercan, el artista estaba seguro. Su error radicaba en suponer que nuestra época, mejor que otra, está destinada a ver los trajes andrajosos de la antigüedad sustituidos por otros nuevos, en vez de irlos renovando gradualmente a fuerza de remiendos. Su error era aplicar el pequeño espacio de su vida como medida de una hazaña interminable y, más que nada, imaginar que no importaba para el objetivo final, que daba lo mismo que estuviera a su favor o en contra. Para él, lo mejor era pensar así.

Ese entusiasmo, calando en la serenidad de su carácter y adoptando por ello un aspecto de cosa pensada y sensata, contribuía a conservar pura su juventud y elevada su aspiración.

Cuando los años se fueran acumulando y la fe primera se modificara por la experiencia, no sufriría ningún cambio doloroso en sus sentimientos. Seguiría teniendo fe en el brillante destino del hombre al que tal vez amaría más al reconocer la impotencia de su propia conducta. La fe con que empezó a vivir se haría más humilde, al ver que los esfuerzos humanos mejor dirigidos realizan sólo una especie de sueño y que Dios es el único autor de realidades.

Holgrave había leído muy poco, y aun ese poco en el curso de su quehacer cotidiano, de modo que el místico lenguaje de los libros se mezclaba con el parloteo de la multitud, hasta que unos y otros perdían su propio sentido. Se consideraba un pensador y era realmente un individuo reflexivo, pero como tenía que descubrir su propio camino, no había llegado aún al punto en que un hombre culto cree que comienza a pensar.

El verdadero valor de su carácter residía en la conciencia de su fuerza interior, que convertía las pasadas vicisitudes como en un mero cambio de traje; en su entusiasmo, tan poco visible, y que apenas si tenía noticia de su existencia, pero que caldeaba todo lo que tocaba; en su ambición, oculta entre otros impulsos más generosos, pero en la cual brillaba una eficacia capaz de convertir aquel idealista en campeón de alguna causa práctica.

Además, en su cultura y en su falta de cultura, en su cruda y nebulosa filosofía y en la experiencia práctica que contrarrestaba muchas de sus tendencias, en su generoso celo por el bienestar humano, en su indiferencia por lo que las edades habían establecido, en su fe y en su infidelidad, en lo que le faltaba, en todo ello Holgrave podía considerarse digno representante de muchos jóvenes de su tierra natal.

Sería difícil predecir su carrera. Poseía óptimas cualidades, de modo que, en un país donde todo está a disposición de la mano que pueda cogerlo, no podía dejar de haber algunas de las cosas buenas del mundo a su alcance/Pero estos son asuntos deliciosamente inciertos. Casi en todos nuestros pasos por la vida nos encontramos con jóvenes como Holgrave, de los cuales podemos anticipar cosas maravillosas, pero de quienes a pesar de nuestra atención, no volvemos a oír ni una palabra. La efervescencia de la juventud y la pasión, el brillo del intelecto y la imaginación les dota de un falso prestigio que engaña a ellos mismos y a los demás.

Pero nosotros sólo hemos de ocuparnos del Holgrave que encontramos en una tarde determinada, en el cenador del jardín de La Casa de los Siete Tejados.

Desde este punto de vista, resultaba agradable contemplar al joven artista, tan confiado en sí mismo, tan dotado, aparentemente, de admirables poderes, tan poco maleado por las pruebas innumerables...

Era agradable contemplarle conversando con Phoebe. Esta no le había hecho justicia, al juzgarle frío o, en todo caso, ahora había dejado de serlo. Sin que Phoebe se lo propusiera y sin que Holgrave se diera cuenta, la muchacha convertía La Casa de los Siete Tejados en una especie de hogar para él, y el jardín en un recinto familiar. Con la penetración de que se vanagloriaba, se imaginaba que podía ver a través de Phoebe y leer en ella como en la página de un libro para niños.

Pero esas naturalezas transparentes suelen ser engañosas en su profundidad. Los guijarros del fondo de la fuente son muy distintos de como los vemos.

Así, el artista, juzgara como juzgase la capacidad de Phoebe, se sentía impulsado, por algún silencioso encanto de ella, a hablar ampliamente de lo que soñaba hacer en el mundo. Se expansionaba, se derramaba, por. así decirlo, en otro yo. Es posible que se olvidase de Phoebe, al hablarle, y se sintiera impulsado únicamente por la inevitable tendencia del pensamiento a lanzarse sobre el primer recipiente que se encuentra, cuando la emoción y el entusiasmo lo hacen desbordar. Si hubierais visto a través del follaje, el ardor, la vehemencia del joven y su rostro encendido, quizá os hubieran llevado a sospechar que estaba cortejando a la muchacha.

En el curso de la charla, Phoebe le preguntó cuándo conoció a Hepzibah y cómo se le ocurrió alojarse en el desolado caserón. Sin contestarle directamente, Holgrave empezó a hablar de las influencias del pasado, tema que no era en verdad más que la reverberación del otro.

-¿Es que nunca, nunca nos libraremos del pasado? -exclamó el artista, conservando el tono vehemente anterior-. Yace sobre el presente como el cadáver de un gigante viejo, abuelo suyo, que murió hace mucho tiempo y sólo quiere'ser enterrado decorosamente. Reflexione un momento y verá qué esclavos somos de los tiempos ya idos... de la muerte, para decirlo con la palabra exacta.

-Pues yo no lo veo -observó Phoebe.

-Por ejemplo -explicó Holgrave-: un muerto dispone en su testamento de bienes que ya no le pertenecen, y si muere intestado, se reparte su fortuna de acuerdo con nociones de hombres que han muerto mucho antes que él. Las leyes redactadas por legisladores ya desaparecidos sirven para decidir en los asuntos de los vivos. Leemos libros compuestos por escritores muertos. Nos reímos con los chistes inventados por los muertos, física y moralmente, y morimos de los mismos remedios con que doctores muertos mataron a sus pacientes. A cualquier cosa que queramos hacer por nuestra cuenta, siempre nos encontraremos con las manos heladas de un muerto que nos obstruye el camino. Volvamos la vista donde quiera que sea y nos encontraremos con el rostro lívido de un muerto que nos hiela el corazón. Y habremos muerto antes de que nuestra influencia se deje sentir en un mundo que no será ya nuestro mundo, sino el de otra generación, en el cual no tenemos ni sombra de derecho a intervenir... He olvidado decir que habitamos en las casas de los muertos, como esta de los Siete Tejados, por ejemplo.

-¿Y por qué no -dijo Phoebe-, mientras estemos cómodos en ellas?

-Sin embargo, espero vivir hasta el día en que nadie construya su casa para la posteridad. ¿Por qué ha de hacerlo? Con el mismo motivo uno podría encargar un traje de cuero o gutapercha o de cualquier otro material de más duración, para que sus biznietos pudieran usarlo y hacer en el mundo el mismo papel que el bisabuelo. Si a cada generación se le permitiese edificar sus propias casas, ese cambio, relativamente leve en sí mismo, acarrearía todas las reformas que necesita la sociedad. Dudo de si nuestros edificios públicos tendrían que ser construidos oon piedra sillar. Lo mejor sería que se derrumbaran a los veinte o treinta años, como una insinuación de que hay que examinar las instituciones que simbolizan para saber si aún son útiles.

-¡Cómo odia usted las cosas viejas! -comentó Phoebe algo alarmada-. Me da vértigo de pensar en un mundo tan cambiado.

-No me gusta lo enmohecido... Esta casa vieja de los Pyncheon, ¿es un lugar saludable para vivir, con sus muros cubiertos de musgo., con sus habitaciones bajas de techo, sombrías, sin aire... con su sordidez, que es la cristalización en las paredes del aliento que han exhalado entre ellas personas angustiadas y desgraciadas?... Habría que purificar esta casa con fuego... hasta que sólo quedaran sus cenizas.

-Entonces, ¿por qué vive usted en ella? -preguntó Phoebe.

-Porque aquí continúo mis estudios -repuso él- aunque no en los libros... La casa es una expresión del pasado con todas sus influencias. Vivo en ella para aprender mejor a odiarlo.... A propósito, ¿ha oído usted la historia de Maule, el brujo, y de lo que ocurrió entre él y el inconmensurable bisabuelo de ustedes, los Pyncheon?

-Si -dijo Phoebe-. Hace mucho tiempo que me lo contó mi padre y mi prima Hepzibah me la ha repetido dos o tres veces, en el mes que llevo aquí. Parece que opina que las calamidades de los Pyncheon arrancan de la disputa con aquel brujo. Y usted míster Holgrave, usted parece que también lo cree. ¡Qué extraño qué acepte cosa tan absurda, a la vez que rechaza otras muchas más dignas de crédito!

-Lo creo -explicó el artista con toda seriedad- no como una superstición, sino como un caso demostrado por hechos indiscutibles, como un caso que sirve de ejemplo a una teoría. Fíjese usted... bajo esos siete tejados que estamos mirando y que el coronel Pyncheon deseaba que fueran el hogar de sus descendientes, prósperos y felices, bajo ese techo, durante un tiempo que abarca parte de tres siglos, ha habido perpetuo remordimiento de conciencia, esperanzas frustradas, disputas entre parientes, miserias, obscuras sospechas, muertes extrañas, desgracias inexplicables... Y todas esas calamidades pueden achacarse al afán del viejo coronel por fundar una familia poderosa. Esta idea se halla en el fondo de casi todos los daños que causan los hombres. La verdad es que en medio siglo, una familia debiera sumergirse en la obscura masa de la humanidad y olvidar por completo a sus antepasados. La sangre humana, para conservarse sana, debe correr por cauces ocultos, igual que el agua de un acueducto es conducida por tuberías subterráneas. En la existencia de esos Pyncheon, por ejemplo... Perdóneme, Phoebe, pero yo no puedo pensar en usted como en uno de ellos: en su breve genealogía en Nueva Inglaterra ha sobrado tiempo para infectarles a todos con una u otra clase de demencia.

-Habla usted con muy pocas ceremonias de mis parientes -atajó Phoebe, dudando de si debía ofenderse o no.

-Expongo la verdad -contestó Holgrave con una vehemencia que Phoebe jamás le había notado hasta entonces-. Más aún: el perpetuador y padre de esas injusticias o fechorías parece haberse perpetuado y todavía pasea por las calles... por lo menos su propia imagen en cuerpo y alma... con el lindo proyecto de transmitir a sus descendientes la misma herencia maldita que él recibió ¿Recuerda usted mi retrato y su parecido con el cuadro del salón?

-¡Con qué vehemencia más extraña habla usted! -exclamó Phoebe, mirándole sorprendida y perpleja, medio alarmada y en parte inclinada a reír-. Se ha referido a la demencia de los Pyncheon... Dígame, ¿es contagiosa?

-¡Ya la entiendo! -rió el artista sonrojándose-. Yo también creo que estoy algo loco. Este tema de los Pyncheon se ha apoderado de mi espíritu desde que vivo en la vieja buhardilla de esta casa. Para ver si me libraba de ella, ríe escrito, bajo la forma de la leyenda, el relato de uno de los incidentes de la historia de la familia Pyncheon. Quizá lo publique en una revista.

-¿Escribe usted para las revistas? -preguntó Phoebe.

-¿Es posible que no lo sepa usted? -exclamó Holgrave-. ¡Lo que es la gloria literaria! Sí, miss Phoebe Pyncheon. Entre mis múltiples y maravillosas dotes está la de escribir historias, y puedo asegurarle que mi nombre ha figurado en las cubiertas de las revistas *Graham* y *Godey*. Me han asegurado que puedo ser un buen humorista, y en cuanto a sentimentalismo, hago derramar más lágrimas que una cebolla... ¿Quiere que le lea mi relato?

Sí..., si no es muy largo-dijo Phoebe. Añadió riendo-, y si no es muy soso.

Como este último punto no podía garantizarlo. Holgrave se limitó a ir a buscar su manuscrito y cuando los postreros rayos del sol comenzaban a dorar los siete tejados inició la lectura.

CAPÍTULO XIII

ALICE PYNCHEON

EL honorable Gervayse Pyncheon envió un día un mensaje al joven Matthew Maule, el carpintero, indicándole que se presentase inmediatamente en La Casa de los Siete Tejados.

-¿Qué quiere tu dueño? -le preguntó el carpintero al criado negro de míster Pyncheon-. ¿Hay que hacer alguna reparación? Es posible que sea así, sin ningún reproche para mi padre, que la construyó. El domingo pasado estuve leyendo la lápida sepulcral del viejo coronel y calculé que, desde su muerte, han pasado treinta y siete años... No sería extraño que hubiera algo que reparar en el tejado.

-No sé lo que desea el señor -contestó Escipión-. La casa es muy buena y creo que el coronel también decía lo mismo, pero quisiera saber por qué el viejo ronda por ella y asusta a un pobre negro como yo...

-Bueno, amigo Escipión, dile a tu dueño que voy en seguida -contestó el carpintero riendo-. Si se trata de un trabajo difícil, soy el hombre que necesita. Conque por la casa rondan fantasmas, ¿eh? Para alejar los espectros de los siete tejados sería menester un hombre mucho más fuerte que yo. Aun cuando el viejo coronel se estuviese quieto -añadió como para sí mismo- mi abuelo, el brujo, con seguridad que no dejaría de torturar a los Pyncheon, mientras se sostengan en pie las paredes de su casa.

-¿Qué decís, Matthew Maule? -preguntó Escipión-. ¿Y por qué me miráis así?

-No importa, negrito. Dile a tu amo que voy allá en seguida, y si ves a miss Alice, su hija, preséntale los humildes respetos de Matthew Maule. Desde que ha vuelto de Italia parece otra: más linda, más gentil, más, orgullosa...

-¡Hablar así de miss Alice! -rezongaba Escipión de regreso a la casa-. ¡Un carpintero como él!... Mejor será que la contemple desde lejos...

El joven Maule era persona poco apreciada en la ciudad. No se podía alegar nada contra su integridad ni contra su laboriosidad en el oficio que ejercía. La aversión con que muchos le miraban se debía en parte a su propio carácter y en parte era heredada.

Era nieto de otro Matthew Maule, uno de los fundadores de la ciudad, al que en sus días se le tuvo por un temible brujo. Este viejo reprobo fue una de las víctimas cuando los ministros de la iglesia, sabios jueces y el sagaz gobernador hicieron tan loables esfuerzos para combatir al gran enemigo del alma, enviando a muchos de sus adeptos a la picota o a la horca.

El terror y el miedo rodearon la memoria de los que murieron por el horrible crimen de brujería. Se suponía que sus tumbas no guardaban el espíritu de sus ocupantes. Se sabía que el viejo Matthew Maule salía del sepulcro tan fácilmente como un hombre vivo salta de la cama, y se le veía con tanta frecuencia a medianoche como a mediodía igual que si estuviera vivo. Aquel brujo pestilente, que no había escarmentado con su castigo, adquirió la costumbre de rondar por cierta casa llamada de los Siete Tejados, contra cuyo dueño pretendía tener un agravio.

El fantasma insitía en que él era el propietario del terreno en el cual se levantaba la casa. Reclamaba que se le pagara la renta del terreno o se le diera la casa, pues de lo contrario él, el fantasma, metería mano en los asuntos de los Pyncheon y haría que todo les saliera mal. Era una historia descabellada, quizá, pero no enteramente increíble para los que recordaban la obstinación del brujo Maule.

Se sospechaba que el nieto del brujo, el joven Matthew Maule de nuestra historia, había heredado alguno de los rasgos de su antepasado: que podía introducirse en los sueños ajenos de acuerdo con sus deseos, igual que lo hacía el director de escena de un teatro.

Se hablaba mucho entre los vecinos, especialmente entre las mujeres, de lo que llamaban la brujería de los ojos de Maule. Unos aseguraban que leía en el espíritu de las gentes; otros afirmaban que atraía a las personas y las dominaba y las enviaba a pasearse en compañía del fantasma vagabundo de su abuelo. Un tercer grupo murmuraba que podía hacer lo que se llama mal de ojo, estropear las cosechas y secar la leche de las madres.

Pero lo que más perjudicaba al carpintero era la reserva y brusquedad de su carácter y el hecho de no pertenecer a ninguna iglesia, lo cual hacía sospechar que albergaba pensamientos heréticos en cuestiones de religión y de política.

Después de recibir el mensaje de míster Pyncheon, Maule terminó el trabajo que tenía entre manos y se dirigió a La Casa de los Siete Tejados.

El edificio, aunque algo anticuado, era una residencia familiar tan respetable como la de cualquier otro caballero de la ciudad. Su actual dueño, Gervayse Pyncheon, sentía poco apego a la casa, a causa de la emoción sufrida en su infancia, cuando la muerte del coronel, su abuelo. En el momento en que iba a trepar a las rodillas del viejo puritano, el niño había descubierto que estaba muerto.

Al llegar a la madurez, míster Pyncheon visitó Inglaterra, donde se casó con una rica heredera y con ella pasó muchos años, ya en la madre patria, ya en el resto de Europa. Durante todo el tiempo, la mansión familiar estuvo confiada a un pariente, al que le permitieron convertirla en su hogar con tal de que corrieran a su cargo los gastos de conservación del edificio. Tan fielmente cumplió su contrato que los avezados ojos del carpintero, al irse acercando a la casa, no encontraron nada que criticar en ella. Los picos de los siete tejados se elevaban agudos hacia el cielo. El tejado seguía sin permitir goteras y el enlucido de yeso cubría los muros exteriores brillando bajo el sol de octubre como si hubiera sido aplicado una semana antes.

La casa tenía ese aspecto agradable de vida que es como en el rostro humano la expresión de una actividad alegre y cómoda. Se veía en seguida la bulliciosa agitación de una familia numerosa. Una obesa cocinera -quizá era el ama de llaves- estaba junto a la puerta, regateando el precio de unos pavos y capones con el labriego que los ofrecía.

De vez en cuando se vislumbraba, detrás de los cristales de la planta baja, el rostro negro de un esclavo. En una ventana del segundo piso, cuyo alféizar estaba cubierto de hermosas y delicadas flores -exóticas, es cierto, pero que jamás vieron un sol más adecuado a su crecimiento que el sol otoñal de Nueva Inglaterra-, se hallaba la figura de una joven damita, tan exótica como las flores, y tan hermosa y delicada como ellas. Su presencia daba a la casa una gracia indescriptible y un hechizo especial.

En otros aspectos, la mansión era sólida, bonita, propia para albergar a un patriarca, que podría establecer su morada en el cuerpo de edificio principal y conceder los otros a sus, seis hijos. La gran chimenea central simbolizaría, en este caso, el corazón hospitalario de la casa, que caldearía el ambiente del hogar y reuniría en un mismo haz los siete cuerpos del edificio. Había un reloj de sol en el aguilón anterior, y el carpintero, al pasar por debajo de él, miró para arriba y se fijó en la hora.

-Las tres -dijo para sí-. Mi padre me explicó que ese reloj fue colocado apenas una hora antes de la muerte del viejo coronel. ¡Qué fielmente ha marcado el tiempo en esos treinta y siete años!

Lo propio hubiera sido que un artesano como Matthew Maule entrase por la puerta trasera, destinada a los criados y a la gente de poca monta, cuando menos, por la puerta lateral, reservada a los comerciantes de mayor categoría.

Mas el carpintero era orgulloso y obstinado y, en aquel momento, se sentía amargado por el pensamiento de la injusticia hereditaria, pues consideraba que la gran casa de los Pyncheon se alzaba sobre un terreno que le pertenecía.

En aquel mismo lugar, cerca de una deliciosa fuente, su abuelo había derribado los pinos y construido una choza en la cual nacieron sus hijos. Él coronel Pyncheon arrancó los títulos de propiedad de aquel pedazo de tierra de los dedos envarados de un cadáver. Así, pues, el joven Maule se dirigió a la entrada principal, se detuvo ante la puerta de roble tallado y dio tres fuertes aldabonazos; cualquiera hubiese imaginado que el propio brujo estaba en el umbral.

Escipión abrió la puerta con prodigiosa premura, pero al ver al carpintero, sus ojos se quedaron en blanco por el asombro.

-¡Cielos! ¡Qué gran hombre es ese carpintero! -murmuró el negro-. Cualquiera creería que golpeaba la puerta con un martillo...

-Ya estoy aquí -dijo Maule con voz estentórea-. Acompáñame hasta el despacho de tu amo.

Al entrar en la casa, una música dulce y melancólica vibraba en el aire, procedente de uno de los salones de arriba. Era el clavicordio que Alice se había traído de Europa. Alice pasaba la mayor parte del tiempo entre las flores y la música, aunque las primeras se marchitaran y la segunda fuera a menudo triste. Educada en el extranjero no se adaptaba a las costumbres de Nueva Inglaterra. Como míster Pyncheon esperaba con impaciencia la llegada de Maule, Escipión le acompañó en seguida a presencia de su amo. El

salón en que se hallaba aquél era de dimensiones moderadas y daba al jardín de la casa, el follaje de cuyos árboles sombreaba las ventanas. Era el gabinete particular de míster Pyncheon, amueblado con elegancia y lujo, y la mayoría de los muebles eran de París. Una alfombra, tan bien urdida que parecía ostentar flores aún vivas, cubría el suelo. En un rincón había una estatua de mármol, de una mujer, cuyo único vestido era su propia belleza. Algunos cuadros, antiguos y de colores apagados, colgaban en las paredes. Cerca de la chimenea, un bellísimo armario de ébano, con incrustaciones de marfil, un mueble antiguo que míster Pyncheon había comprado en Venecia, servía para guardar sus tesoros de monedas antiguas, medallas y otros objetos raros que iba recogiendo en sus viajes. A pesar de esa variada decoración, el salón mostraba sus características originales: el techo bajo, las vigas, la anticuada chimenea de azulejos. Resultaba el acertado símbolo de un espíritu artificialmente refinado, pero no por ello más elegante que antes.

Dos objetos parecían fuera de lugar en aquella estancia tan ricamente amueblada: un gran mapa y el retrato de un hombre ceñudo, viejo, vestido como los puritanos, pintado con poca gracia, pero con mucho efecto y notable expresión.

Sentado frente a una mesita, junto a un fuego de carbón de piedra, míster Pyncheon, tomaba a sorbos una tacita de café. Era un hombre de edad mediana y realmente hermoso. Llevaba peluca, que le caía hasta los hombros, y traje de terciopelo azul, con encajes en los ojales y los puños. Las llamas arrancaban destellos de los bordados de oro de su chaleco.

Cuando Escipión anunció al carpintero, míster Pyncheon volvió la cabeza, pero luego continuó bebiendo el café, sin dar muestra de haberse enterado de la presencia del hombre a quién había mandado llamar. No se proponía ser grosero ni despectivo -sólo al pensarlo se hubiese sonrojado-, mas no se le ocurrió que una persona de la categoría de Maule pudiera tener derecho a su cortesía o a que él se molestase.

El carpintero adelantóse hasta la chimenea y se volvió para mirar a míster Pyncheon a la cara.

-Usted me ha mandado a buscar -dijo-. Tenga la bondad de explicarme para qué me necesita, de modo que pueda volver a mi trabajo.

-¡Ah, perdóneme! -dijo tranquilamente míster Pyncheon-. No me propongo ocupar su tiempo sin compensárselo. Usted se llama Maule, si no me equivoco. Thomas o Matthew Maule, hijo o nieto del que construyó esta casa, ¿eh?

-Matthew Maule -fue la respuesta-, hijo del que construyó esta casa y nieto del verdadero propietario de este terreno.

-Estoy enterado de ese pleito -observó míster Pyncheon con imperturbable ecuanimidad-. Creo que mi abuelo recurrió a los tribunales para que le reconociesen sus derechos a este terreno. Supongo que no vamos a discutir eso. El asunto fue fallado por las autoridades competentes, es de presumir que con equidad y, en todo caso, irrevocablemente. Sin embargo, hay una referencia incidental a este asunto, en lo que voy a decirle. Y ese mismo rencor inveterado... perdóneme, no me propongo ofenderle..., esa irascibilidad que acaba usted de demostrar no dejan de guardar relación con el caso que vamos a tratar.

-Si puede usted encontrar provecho en el natural resentimiento de un hombre por las injusticias que han sufrido los suyos, disponga de mí.

-Le tomo la palabra, Maule -dijo sonriendo el dueño de La Casa de los Siete Tejados-, y voy a explicarle cómo sus rencores hereditarios... justificados o no... están relacionados con mis intereses. Supongo que ha oído usted decir que la familia Pyncheon, desde los tiempos de mi abuelo, ha reclamado un gran territorio en el este...

-Sí, a menudo -atajó Maule, y se asegura que una sonrisa se dibujó en su rostro-, muy a menudo se lo oí contar a mi padre.

-Esta reclamación -prosiguió míster Pyncheon, tras una pausa, empleada quizá en adivinar lo que podría significar la sonrisa del carpintero-, esta reclamación, en tiempos de mi abuelo, estuvo a punto de ser resuelta favorablemente. Los que disfrutaban de la confianza del coronel sabían que no preveía dificultades ni aplazamientos. No hay ni que decir que era un hombre práctico, muy entendido en negocios, incapaz de albergar esperanzas sin fundamento o de intentar la realización de un plan impracticable. Es necesario concluir, pues, que tenía motivos, desconocidos de sus herederos, para confiar en el éxito de su reclamación. En una palabra, creo... y mis abogados coinciden conmigo, y las tradiciones familiares autorizan a creer, que mi abuelo se hallaba en posesión de algún documento esencial para la reclamación, documento que ha desaparecido.

-Es probable -dijo Matthew Maule, y se asegura que en su rostro volvió a dibujarse una sonrisa-, pero ¿qué tiene que ver un pobre carpintero con los asuntos de la familia Pyncheon?

-Quizá nada -replicó el caballero-, pero posiblemente mucho.

Siguió una larga conversación entre Maule y el propietario de La Casa de los Siete Tejados. Parecía -aunque míster Pyncheon vacilaba en referirse a historias tan absurdas-, que la leyenda hablaba de alguna misteriosa relación entre la familia de los Maule y aquellas vastas posesiones del Este. Se decía que el viejo brujo, aunque ahorcado, venció al coronel, trocando, de este modo, el enorme territorio oriental por un acre o dos de terreno. Una anciana, muerta recientemente, solía decir que millas y millas de tierras de los Pyncheon fueron sepultadas en la tumba de Maule, que, por cierto, estaba situada entre dos rocas, en las colinas de las afueras de la ciudad. Cuando los abogados investigaron sobre el documento perdido, oyeron decir que se encontraría en la mano del esqueleto del brujo. Tanto importancia concedieron a esta leyenda que ordenaron que la tumba del brujo fuera abierta secretamente. No descubrieron nada, excepto, cosa inexplicable, que el esqueleto no tenía la mano derecha.

Lo que sin duda era importante es que, aunque entonces era muy niño, se acordaba de que el padre del actual Maule había tenido que hacer algún trabajo el mismo día o el anterior a la muerte del viejo puritano, en aquel mismo despacho donde se hallaban ahora. Ciertos papeles del coronel se habían encontrado esparcidos encima de la mesa, según recordaba muy bien su nieto. Matthew Maule comprendió la sospecha insinuada.

-Mi padre -dijo, con una sonrisa enigmática en los labios-, mi padre era un hombre mucho más honrado que el coronel. No hubiera sido capaz, ni para recuperar sus derechos, de quedarse con uno de aquellos papeles.

-No quiero disputar con usted -observó míster Pyncheon, con altivez-. No me importa lo que pueda pensar de mí o de mi abuelo. Un caballero, antes de tratar con una persona de la condición de usted, debe tener en cuenta si la urgencia del fin le compensa de Jo desagradable de los medios. En este caso, ocurre así.

Reanudó, pues, la conversación y ofreció una importante gratificación por los informes que pudiera darle el carpintero, y que llevaran al descubrimiento de los documentos perdidos.

Se dice que Maule escuchó la oferta como quien oye llover. Por útimo, preguntó, con extraña sonrisa, si míster Pyncheon le devolvería el terreno de los Maule y la casa de los Siete Tejados edificada en él, a cambio de las pruebas que le pedía.

La fantástica leyenda relata la extraña conducta que en esta ocasión observó el retrato del viejo coronel Pyncheon. Se suponía que el cuadro estaba tan íntimamente ligado con el destino de la casa, que si se descolgase, en el mismo instante el edificio se derrumbaría, quedando reducido a un montón de polvorientas ruinas.

Durante la conversación citada, el retrato había estado frunciendo las cejas y crispando los puños, dando grandes muestras de enojo. Finalmente, ante la audaz proposición de Maule, el fantasmagórico retrato perdió la paciencia y estuvo a punto de salirse del marco. Pero esos increíbles sucesos sólo merecen que se les cite de paso.

-¡Darle esta casa! -exclamó asombrado míster Pyncheon-. Si lo hiciera, mi abuelo no permanecería tranquilo en su tumba.

-Nunca lo ha estado, si son ciertas las leyendas -replicó lentamente el carpintero-. Pero este asunto concierne a su nieto más que a Matthew Maule. No tengo otra cosa que proponer.

Por imposible que al principio le pareciera, cuando míster Pyncheon volvió a considerar la propuesta opinó que podía ser, por lo menos, tema de discusión. El, personalmente, no tenía ningún interés personal por la casa ni conservaba ningún recuerdo agradable de la infancia pasada en ella. Al contrario, al cabo de treinta y siete años, parecía prevalecer aún la presencia del coronel: igual que aquella mañana en que, de muchacho, lo había visto sentado en un sillón, con el ceño fruncido y talante espectral. Su larga estancia en el extranjero, durante la cual se había familiarizado con muchos castillos ancestrales de Inglaterra y con los marmóreos palacios de Italia, le hacían mirar despectivamente La Casa de los Siete Tejados tanto desde el punto de vista de la comodidad como del esplendor. Era una mansión inadecuada para el género de vida que le correspondería llevar, una vez reconocidos sus derechos a los territorios del Este. Su administrador podría ocuparla, pero no el propietario de principescas posesiones. De obtener buen éxito, regresaría a Inglaterra, que no habría abandonado si su fortuna y su difunta esposa no hubieran dado síntomas de debilidad. Una vez en posesión de los territorios en litigio, la propiedad de míster Pyncheon -que se mediría por millas y no por

acres- bien valdría un condado y le pondría en estado de poder solicitarlo o adquirir esa elevada dignidad concedida por el monarca británico. ¡Lord Pyncheon o Gande de Waldo! ¿Cómo podía esperarse que tal magnate redujera su grandeza a las mezquinas dimensiones de los siete tejados?

En resumen, con una amplia perspectiva del asunto, la proposición del carpintero parecía tan ridicula que míster Pyncheon tuvo que hacer un esfuerzo para no reírse. Casi le daba vergüenza, después de esas reflexiones, proponer una disminución de tan moderada recompensa por el inmenso servicio que iban a hacerle.

-Acepto su propuesta, Maule -exclamó-. Póngame en posesión del documento que me permita establecer mis derechos y La Casa de los Siete Tejados será suya.

Según cierta versión de esta historia, un abogado redactó un contrato, que fue firmado en presencia de testigos. Otra versión asegura que Matthew Maule se contentó con un documento privado, en el cual míster Pyncheon se comprometía, bajo palabra de honor, a cumplir los términos del acuerdo. El caballero hizo traer vino y él y el carpintero bebieron juntos, para celebrarlo.

Durante la anterior discusión y las formalidades subsiguientes, el retrato del viejo puritano persistió en sus gestos de desaprobación. Al dejar la copa vacía sobre la mesa, míster Pyncheon creyó ver el ceño de su abuelo y dijo:

-Este jerez es demasiado fuerte para mí... Al volver a Europa, tendré que limitarme a los vinos de Italia y Francia, que son más ligeros.

-Míster Pyncheon podrá beber el vino que quiera y donde quiera -replicó el carpintero, como si fuera confidente de los ambiciosos proyectos de su interlocutor-. Pero antes, si quiere saber algo más de esos documentos perdidos, he de pedirle el honor de hablar unos momentos con su hija Alice.

-¡Está usted loco, Maule! -exclamó altivamente el caballero, y ahora había algo de enojo mezclado con su orgullo-. ¿Qué tiene que ver mi hija en un asunto como éste?

La petición del carpintero asombró al dueño de la casa más aún que la primera proposición de dejarle el edificio. Para esto existía, por lo menos, un motivo, pero para aquélla no se vislumbraba ninguno.

Sin embargo, Matthew Maule insistió en que fuera llamada miss Alice, dando a entender al padre, en una vaga explicación, que la única posibilidad de descubrir los documentos era a través de una inteligencia clara, pura y virginal como la de la linda Alice.

Para no hacer prolijo nuestro relato con los escrúpulos de míster Pyncheon -escrúpulos de conciencia, de orgullo, de afecto paternal-, diremos que por fin accedió a hacer llamar a su hija. Sabía que estaba en su habitación y sin ninguna ocupación que no pudiese abandonar al momento, pues desde que estaban hablando de ella, no había dejado de oírse la música triste y dulce de su clavicordio y la etérea melancolía de su voz.

Pronto hizo su aparición Alice. Un retrato de esta damita, obra de un pintor veneciano, figura actualmente en la colección que el duque de Devonshire conserva en su palacio de Chatsworth, por el valor pictórico de la tela y por la belleza de la figura representada. Si ha existido alguna mujer que fuera dama genuina, separada de la masa vulgar por una actitud natural noble y fría, esa mujer era Alice Pyncheon. Y, sin embargo, no dejaba de ser femenina, es decir, tierna, o cuando menos, capaz de serlo.

Al entrar en el salón, los ojos de Alice se fijaron en el carpintero, que se hallaba de pie en el centro, con su chaqueta de lana verde, sus pantalones oscuros, abiertos a las rodillas, y un zurrón lleno de herramientas, símbolo de su artesanía, como la espada de míster Pyncheon lo era de sus pretensiones aristocráticas.

Una mirada de aprobación brilló en los ojos de Alice. Admiró ésta -y no intentó ocultarlo- el donaire, la fuerza y la energía de la figura de Maule. Pero el carpintero nunca perdonó esta mirada de admiración (que muchos otros hombres habrían acariciado durante toda su vida como un dulce recuerdo). El propio Diablo había dado a Maule una percepción tan sutil de las cosas.

«Me mira como si fuese una bestia hermosa, ¿eh? -pensó, apretando los dientes-. Pronto se dará cuenta de que tengo un espíritu humano. Tanto peor para ella, si yo soy el más fuerte.»

-¿Has mandado llamarme, padre? -preguntó Alice con voz de arpa-. Pero si estás ocupado, me iré... Ya sabes que no me gusta este salón.

-Espérese un momento, señorita -interrumpió Matthew Maule-. Ya hemos tratado nuestros asuntos. Ahora he de comenzar con el suyo.

Alice miró a su padre con sorpresa.

-Sí, Alice -dijo míster Pyncheon, confuso-. Este joven, que se llama Matthew Maule, asegura que puede descubrir, con tu ayuda, un documento que se perdió mucho antes de nacer tú. La importancia de ese papel hace que no deba descuidarse ningún procedimiento para recuperarlo, por improbable que sea. Me harás un gran favor, querida Alice, si contestas a las preguntas de este joven y accedes a sus razonables indicaciones tendentes a ese fin. Como permaneceré aquí, no debes temer ninguna inconveniencia ni descortesía, y, por supuesto, en cuanto lo desees cesará la investigación o como quieras llamarla...

-Miss Alice Pyncheon -dijo Matthew Maule con la máxima deferencia, no desprovista de sarcasmo-, no puede por menos de sentirse a salvo en presencia de su padre y bajo su protección.

-No tengo miedo estando junto a mi padre -repuso Alice con altivez-. Y no imagino que una dama mientras sea fiel a sí misma, tenga nada que temer de nadie y en ninguna circunstancia.

¡Pobre Alice! ¿Qué desdichado sentimiento la impulsó a desafiar a una fuerza que no podía valorar?

-Entonces, miss Alice Pyncheon -dijo Maule acercando una silla con gesto bastante gracioso para un artesano-, tenga la bondad de sentarse y hágame el favor de fijar sus ojos en los míos.

Alice obedeció. Era muy orgullosa. Dejando aparte todas las ventajas de su rango, la linda muchacha tenía confianza en su poder -en su belleza, en su pureza no mancillada y en la fuerza protectora de la feminidad-, que podía hacerla impenetrable a todo lo que no fuera debilidad o traición propia. Presintió que una potencia maligna intentaba penetrar en su espíritu. Y no quiso rehuir la lucha. Enfrentó el poder femenino contra el masculino en un combate que no suele ser muy nivelado por parte de la mujer.

Su padre se había vuelto y parecía absorbido en la contemplación de un cuadro de Claude, que representaba un paisaje, y en el cual un rayo de sol penetraba tan profundamente en un bosque que no era de extrañar que la fantasía se perdiera en aquellas honduras. La verdad es, empero, que el cuadro no representaba para él, en aquel instante, más de lo que representaba la oscura pared de que colgaba.

Torturaban su mente las leyendas que atribuían misteriosos poderes a esos Maule, tanto a los antepasados como a aquel nieto que ahora se hallaba bajo su propio techo. La larga permanencia de míster Pyncheon en el extranjero y su contacto con hombres de ingenio y de moda -cortesanos, librepensadores, gentes de mundo- habían contribuido a hacerle olvidar las sombrías supersticiones puritanas, de las que no podían escapar enteramente las personas nacidas durante aquel periodo primitivo de Nueva Inglaterra.

Por otra parte, ¿no había creído la comunidad entera en la brujería del viejo Maule? ¿No había quedado demostrado su crimen? ¿No había legado a su nieto un profundo odio contra los Pyncheon? ¿No estaba este nieto a punto de ejercer una sutil influencia sobre la hija de su enemigo? ¿No sería esa influencia de las que se conocen bajo el nombre de brujería?

Volvióse y echó una mirada a la figura de Maule, reflejada en el espejo. A unos pasos de Alice, con los brazos levantados, el carpintero hacía un gesto como si bajara un peso lento, poderoso e invisible sobre la muchacha.

-¡Maule! -exclamó míster Pyncheon dando un paso-. Le prohibo que continúe.

-Por favor, padre, no interrumpas a este joven -dijo Alice sin moverse-. Te aseguro que sus esfuerzos son completamente inofensivos.

Míster Pyncheon volvió a mirar el cuadro del paisaje; por voluntad de su hija y no por la suya propia se llevaría a cabo el experimento. Por lo tanto, consentía en ello, sin apremiarla. ¿Acaso no deseaba el éxito precisamente por ella? Si se descubría el documento perdido, Alice tendría una dote tan considerable que podría casarse con un duque inglés o un príncipe reinante alemán, en vez de ser la esposa de un clérigo o un abogado de Nueva Inglaterra. Al pensar en esto, el ambicioso padre casi consintió en que Maule evocase el poder del diablo, si fuera preciso. La pureza de Alice sería su salvaguarda.

Soñaba en tales grandezas, cuando de pronto oyó una exclamación, reprimida, de su hija. Suave y queda, tan indistinta que parecía querer apenas expresarse en palabras y hacerse inteligible. Y, sin embargo, no podía dudarse de que era una súplica de ayuda. Aquel leve suspiro se convertía, al llegar al corazón, en un clamor que se repetía por todas sus entrañas. Mas esta vez, el padre no se volvió.

Tras una pausa, Maule habló:

-¡Fíjese en su hija! -dijo.

Míster Pyncheon acercóse apresuradamente. El carpintero permanecía erguido frente a Alice y señalaba a la muchacha con expresión de triunfo. Alice estaba sentada en profundo reposo, con las largas pestañas sombreándole los ojos.

-Háblele -ordenó el carpintero.

-Alice... ¡Hija mía!-exclamó míster Pyncheon-. ¡Alice!

Ella no se movió.

-Más alto -aconsejó Maule sonriendo.

-¡Alice! ¡Despierta, Alice! -gritó el padre-. Me asusta verte así... ¡Despierta!

Habló en voz alta, aterrado, acercando los labios al delicado oído, que siempre había sido tan sensible a toda discordancia.

Mas los sonidos no llegaban al espíritu de Alice.

Esa imposibilidad de hablarle dio al padre la sensación de que entre él y su hija mediaba una distancia enorme, inalcanzable...

-¡Tóquela! -ordenó Matthew Maule-. Sacúdala sin miedo. Mis manos son demasiado ásperas... De lo contrarío, le ayudaría...

Mister Pyncheon tomó en las suyas una mano de Alice, la estrechó con honda emoción y la besó con tanta fuerza que no dudó de que ella sentiría aquel beso.

Furioso por la insensibilidad de la muchacha, la sacudió con tal violencia que luego se avergonzó de ello. Retiró el brazo y Alice, que permanecía impasible, volvió a sumirse en la misma actitud.

Con gesto imperioso, Maule la hizo mover la cabeza.

Latiéndole el corazón aceleradamente, y preso de indescriptible furia, terror y pena, míster Pyncheon gritó, amenazando a Maule con el puño:

-¡Cuidado! Tú y el demonio me habéis robado a mi hija. Devuélvemela, retoño de brujo, o hago que sigas los pasos de tu abuelo...

-Cálmese, míster Pyncheon -dijo el carpintero con cierta insolencia-. Cálmese, que va a estropear esas ricas blondas de su casaca. ¿Es culpa mía si usted ha vendido a su hija por la esperanza de obtener un pergamino amarillento...? Aquí tiene a miss Alice tranquilamente dormida. Deje que Matthew Maule pruebe si es tan orgullosa como la encontró hace un rato el carpintero.

Habló a la muchacha y ésta contestó con sumisa obediencia, inclinando su busto hacia Maule, como la llama de una antorcha bajo el efecto de una suave corriente de aire. Él hizo un gesto con la mano y ella se levantó de la silla, ciega, sin duda, pero dirigiéndose hacia el centro de su ser espiritual.

La orgullosa Alice se acercó al carpintero, que, con otro gesto, la hizo sentar de nuevo.

-¡Es mía! -dijo Maule-. ¡Mía, por el derecho del espíritu más fuerte!

Aquí la leyenda da unos detalles pavorosos y grotescos de lo que hizo el carpintero, para descubrir el documento perdido.

Parece que se propuso convertir el espíritu de Alice en una especie de telescopio por medio del cual él y míster Pyncheon pudieran echar una ojeada al mundo espiritual. Consiguió, en efecto, una especie de imperfecta comunicación con los personajes de otros tiempos que custodiaban el valioso secreto. Durante su sueño, Alice describió a tres figuras. Una era un anciano, ceñudo y digno, lujosamente vestido, mas con una mancha de sangre en la ancha banda que cruzaba su pecho. La segunda, un viejo, vestido casi de harapos, de rostro sombrío y maligno, con un dogal roto alrededor del cuello. La tercera, una persona menos entrada en años que los otros dos, pero que pasaba ya de la madurez, vistiendo tosca blusa de lana y pantalones de cuero, por uno de cuyos bolsillos asomaba una regla de carpintero.

Los tres personajes conocían el documento perdido. Uno de ellos -el de la banda manchada de sangre- parecía que guardaba el pergamino y estaba dispuesto a revelar su paradero, pero se lo impidieron sus dos compañeros, luchando con él, tapándole la boca con las manos y luego -ya por la lucha o por la índole del secreto- su banda apareció con otra mancha de sangre fresca. Después, las dos figuras mal vestidas se burlaron despiadadamente del humillado anciano, señalando con los dedos la sangrienta marca.

En este momento Maule se volvió hacia míster Pyncheon.

-Nunca podrá descubrirse -dijo-. Guardar ese secreto que enriquecería a sus herederos es parte del castigo del coronel Pyncheon. Tendrá que ocultarlo hasta que no tenga ningún valor. ¡Guárdese La Casa de los Siete Tejados! Es una herencia demasiado terrible y cargada por el peso de la maldición para que yo quiera arrebatársela todavía a los descendientes del coronel.

Míster Pyncheon intentó hablar, y con gran terror por su parte sólo pudo emitir un ronco murmullo.

El carpintero sonrió.

-¡Ah! Veo, honorable señor, que aún le queda sangre de los Maule por beber -dijo en son de broma.

-¡Eres un demonio! ¿Por qué quieres dominar a mi hija? -gritó míster Pyncheon cuando, por fin, pudo hablar-. ¡Devuélveme a Alice! Luego sigue tu camino y que no nos volvamos a encontrar jamás...

-¿Su hija? -dijo Maule-. ¡Bah! Ahora es completamente mía. No obstante, para no ser demasiado severo con miss Alice, la dejaré al cuidado de usted. Pero no le garantizo que no tenga más de un motivo para recordar a Maule el carpintero.

Movió las manos y la hermosa Alice Pyncheon despertó de su extraño sueño. Sin recordar nada de su singular experiencia, como si acabara de salir de un sueño momentáneo, volviendo a la lucidez en un intervalo tan breve como el que necesita una llama mortecina para animarse de nuevo en la chimenea.

Al reconocer a Matthew Maule, adoptó un aire frío y digno, tanto más frío cuanto que en el rostro del carpintero flotaba una sonrisa que hería el innato orgullo de Alice. Así terminó, aquella vez, la busca del documento perdido que había de dar a los Pyncheon los ricos territorios del Este. Posteriormente, aunque a menudo renovados los intentos, no se sabe de ningún Pyncheon que haya logrado poner los ojos en el precioso pergamino.

Pero, ¡ay de la pobre y altiva Alice! Un poder, con el cuaPi ni siquiera había soñado, había puesto su garra en su alma de doncella. Una voluntad extraña la obligaba a cumplir sus grotescas y fantásticas órdenes. Su padre había martirizado a la muchacha para satisfacer un loco deseo de medir sus tierras por millas y no por acres. Desde entonces, mientras Alice vivió, fue esclava de Maule, con lazos mil veces más humillantes que los que pueden significar una cadena arrollada alrededor del cuerpo. Sentado junto a la lumbre, Maule no tenía más que mover la mano y, estuviera donde estuviese, la orgullosa damita -en su cuarto o con los invitados de su padre, o rezando en el templo- perdía el dominio de su espíritu, que se sometía a la voluntad de Maule.

«¡Alice, ríe!» -ordenaba el carpintero, sin pronunciar ninguna palabra, con la simple intensidad de su deseo.

Y aunque estuviera en un sermón o en un entierro, Alice estallaba en sonoras risas.

«¡Alice, llora!»

Y aunque estuviera bailando, no a la manera de la corte, como la enseñaron en Europa, sino una jiga o un rigodón, Alice se ponía a llorar.

No parecía que Maule se propusiera aniquilar a Alice, ni causarle ninguna pena irreparable, que hubiera coronado su dolor con la gracia de la tragedia, sino que simplemente quería humillar a la que le despreciara. Así le hizo perder toda la dignidad de la vida. Se sintió rebajada ante sí mil veces y deseó poder cambiarse por un gusano.

Cierta tarde, en unas bodas, la pobre Alice se vio llamada por su déspota y obligada a correr por la calle con sus chapines de raso y su sutilísimo vestido blanco, hasta el destartalado hogar de un labriego. Se reía y se cantaba en el interior de la humilde morada, pues Matthew Maule, aquella noche, se casaba con la hija del labriego y había obligado a la orgullosa Alice Pyncheon a ser dama de honor de su novia. Y lo fue. Cuando la pareja se fundió en una sola persona, Alice despertó de su sueño encantado. No era ya la muchacha altiva de antes. Humilde y con triste sonrisa, besó a la esposa de Maule y marchóse. Era una noche inclemente. El viento del sureste lanzaba la nieve y la lluvia contra el pecho de la muchacha, cuyos chapines de raso se mojaron y cubrieron de barro. Al otro día, tuvo que quedarse en cama. Luego apareció una tosecilla.

Quiso levantarse, y su figura transparente, sentada ante el clavicordio, llenó la casa de melodías. Una música en la que parecían oírse los coros celestiales. Una música llena de gozo, pues Alice había soportado su humillación postrera. Una música alegre, pues Alice se arrepentía de su único pecado y ya no era orgullosa.

Los Pyncheon celebraron grandes funerales en memoria de Alice. Acudieron los parientes y los personajes de la ciudad. Matthew Maule fue el último que desfiló, con los dientes apretados, como si hubiera querido partir en dos su propio corazón.

¡Era el hombre más afligido que jamás haya seguido a un cadáver! Se propuso humillar a Alice, pero no matarla. Había apresado en su ruda garra el delicado espíritu de una doncella, para jugar con él... y la doncella había muerto...

CAPÍTULO XIV

EL ADIÓS A PHOEBE

CON el entusiasmo natural en un autor joven, Holgrave dio mucha acción a su relato. Al terminar, observó que una especie de estupor o adormecimiento se había apoderado de los sentidos de Phoebe, sin duda efecto de los gestos o de la mímica realista con que quiso representar a los ojos de Phoebe la figura del carpintero hipnotizador.

Con los párpados caídos -a veces abiertos por un instante, y luego bajados otra vez como por un peso de plomo- Phoebe se le fue acercando; parecía regular su respiración con la de Holgrave.

Éste la miró, y reconoció que presentaba un estado incipiente de aquel extraño estado psicológico que, según dijo a la muchacha, él poseía la facultad de producir. Comenzaba a rodear a Phoebe un velo y ya sólo veía a Holgrave y vivía únicamente sus pensamientos y emociones.

Involuntariamente la mirada del daguerrotipista, al fijarse en la muchacha, se hizo más concentrada.

Era evidente que con un gesto más completaría su dominio sobre el espíritu todavía libre y virginal de Phoebe; podía ejercer sobre aquella criatura buena, sencilla y pura, una influencia tan peligrosa y quizá tan catastrófica como había sido la del carpintero sobre la desventurada Alice.

Para un hombre como Holgrave, especulativo y activo a la par, no hay tentación tan grande como la de adquirir un profundo dominio sobre otro ser, ni existe idea más seductora, especialmente para un joven, que la de convertirse en el arbitro de los destinos de una muchacha.

A pesar de sus defectos de educación y temperamento y de su desdén por las instituciones, hemos de conceder al daguerrotipista la virtud de sentir profundo respeto por la individualidad de otra persona. Y reconozcamos su integridad, que le prohibió apretar más el lazo, que tan fácil le habría sido convertir en indisoluble.

Hizo un gesto con la mano y dijo:

-¡Me está usted humillando, miss Phoebe! -sonrió con sarcasmo-. Ahora veo que mi historia será un fracaso. Usted se ha dormido escuchándola, y yo que creía que los críticos dirían que el final es brillante, patético y original. Bueno; el manuscrito servirá para encender lámparas, a no ser que mi sosería la haga incapaz incluso de arder.

-¿Que me he dormido? ¿Cómo puede decir eso? -protestó Phoebe, inconsciente de la crisis por la que había pasado, como un niño, sin darse cuenta, por el borde de un precipicio-. No, al contrario; estaba atentísima, y aunque no recuerdo los detalles, tengo la impresión de que han ocurrido muchas calamidades... de modo que la historia resultará muy interesante.

El sol teñía las nubes del cénit con esos matices brillantes que no se ven hasta después del crepúsculo, cuando el horizonte ha perdido su riqueza policroma.

La luna comenzó a brillar, ancha y redonda. Sus rayos plateados cambiaron el tono de la luz, suavizaron y embellecieron el aspecto de la vieja casa, las sombras se hundieron por los ángulos de los tejados, cubriendo el piso saliente y la puerta entreabierta.

El jardín se volvía más y más pintoresco; los árboles y las flores soportaban imperturbables la oscuridad. Las cosas más vulgares, que a la luz de la luna parecían acumular la sórdida vida de todo un siglo, se transfiguraban con encanto romántico.

Un centenar de años misteriosos susurraban a través del follaje, cuando la suave brisa llegaba hasta los árboles. La luna temblaba en las plantas que cubrían la glorieta, formando cambiantes juegos de plata sobre el suelo, la mesa y el banco circular, según el temblor de las hojas obstruyera o dejara pasar sus rayos.

Tan suave y fresca era la atmósfera, después del día febril y canicular, que podía imaginarse aquella velada de verano como un chorro de helada luna que se escapase de un vaso de plata. Aquí y allá, unas gotas de esta frescura se deslizaban hasta un corazón humano, rejuveneciéndole, como por simpatía con la eterna juventud de la naturaleza. Holgrave fue uno de los que experimentaron esta influencia vivificante. Le hizo

sentir qué joven era todavía, lo que a veces olvidaba, pues había sido lanzado pronto a la ruda lucha por la vida.

-Me parece -observó- que jamás he pasado una velada como ésta y que nunca como ahora he sentido algo tan cercano a la felicidad. A fin de cuentas, ¡qué maravilloso es nuestro mundo!, ¡qué bueno y qué bello!, ¡qué joven, también, sin contener nada realmente podrido ni añoso! Esa casa, por ejemplo, que casi me quitaba el aliento con su atmósfera de madera carcomida... y ese jardín, cuya tierra se me pegaba al azadón y me hacía creer que yo era un sepulturero que abría una tumba. Si pudiera conservar el sentimiento que ahora me embarga, el jardín sería cada día un suelo virgen, con la tierra refrescada por el aroma de las plantas y las flores... ¡y la casa! La casa sería una glorieta en el Edén, adornada con las primeras rosas que Dios creó. La luz de la luna y los sentimientos que despierta en el hombre son los reformadores más eficaces del mundo. Y sospecho que ninguna reforma resultaría más duradera que la luz de la luna.

-Pues yo he sido más feliz que ahora, o por lo menos, he estado mucho más alegre-dijo Phoebe pensativa-. Pero yo también experimento el encanto de la luz de la luna y me agrada ver cómo el día se marcha lentamente. Antes nunca me fijé en los crepúsculos. ¿Qué hay en el de hoy que resulta tan hermoso?

-¿Nunca lo había sentido antes? -preguntó el artista, mirando gravemente a la muchacha.

-Nunca -respuso Phoebe- y ahora la vida no me parece la misma. Es como si hasta hoy todo lo hubiese mirado a la cruda luz del día o, por lo menos, a la luz de las llamas de una hoguera que danza alegremente en las paredes. ¡Pobre de mí! -añadió melancólica-. Nunca volveré a ser tan alegre como antes de conocer al primo Clifford y a la prima Hepzibah. En este corto tiempo último he envejecido. Soy mayor y espero que más prudente y... no precisamente más triste, pero he perdido algo de mi alegría. Les he dado la mía y estoy contenta de haberlo hecho. Desde luego no puedo darla y conservarla a la vez. De todas formas, ¡bien venidos sean!

-No ha perdido usted nada, Phoebe, nada que valga la pena de conservar y que sea posible conservar -dijo Holgrave tras una pausa-. Nuestra primera juventud no tiene valor, porque nunca nos damos cuenta de que pasa hasta que ha desaparecido, pero a veces sospecho que siempre... a no ser que sea uno muy desgraciado... aparece algo así como una sensación de segunda juventud, que brota del corazón al conocer la alegría del amor. Quizá corone también alguna otra grata fiesta de la vida, si es que existe. Este lamento sobre la primera alegría despreocupada y trivial de la juventud perdida, y esa profunda dicha de la juventud recobrada, más rica y honda que la otra, todo eso es esencial para el refinamiento del alma. En algunos casos, los dos estados se presentan casi simultáneamente y mezclan la tristeza y el éxtasis de una misma y misteriosa emoción.

-¡Qué difícil es entenderlo! -dijo Phoebe.

-Nada tiene de particular -explicó Holgrave sonriendo-, pues le acabo de revelar un secreto que yo no había entrevisto antes de comenzar a decírselo. Recuérdelo, sin embargo, y cuando la verdad se le aparezca claramente, piense en esta escena a la luz de la luna.

-Ya casi no hay más que la luz de la luna, excepto esas manchas carmesíes al oeste, entre aquellas casas... Tengo que irme. A prima Hepzibah no le gusta contar y si no voy a ayudarla, las cuentas del día le darán dolor de cabeza.

Holgrave la detuvo un poco más.

-Miss Hepzibah me ha dicho que dentro de unos días regresa usted al campo.

-Sí, pero por poco tiempo -contestó Phoebe-, pues considero que aquí está mi hogar. Voy a arreglar unos asuntos y a despedirme con más calma de mi madre y de mis amigos. Es agradable vivir donde aprecian a una y donde una es útil, y creo que aquí puedo tener la satisfacción de serlo.

-Creo que sí y más de lo que se imagina -dijo el artista-.

La salud, la comodidad y la vida en esta casa dependen de usted. Esas bendiciones desaparecerán en cuanto usted se marche. Miss Hepzibah, al recluirse del mundo, ha perdido toda relación con la sociedad y está, realmente, muerta, aunque presente aspecto de vida y permanezca detrás del mostrador, asustando con su ceño a la gente. El pobre Clifford es otra persona muerta y enterrada, con la cual el gobernador y el Consejo del Estado han realizado un milagro de nigromancia. No me extrañaría que un día de estos, después que usted se haya ido, se derrumbara y no le viéramos más. Miss Hepzibah, en todo caso, perderá la poca flexibilidad que aún conserva. Sus dos primos existen sólo gracias a usted.

-Me apenaría mucho pensar así -repuso gravemente Phoebe-. Pero es verdad que necesitaban cuidados y me interesa realmente su bienestar..., es un especie de sentimiento maternal del que espero no se reirá. Y permítame que le diga, míster Holgrave, que muchas veces me pregunto si les quiere usted.

-No hay duda -contestó el daguerrotipista- que me interesan la vieja solterona perseguida por la pobreza y el caballero abatido y deshecho, tan amante de lo bello. Porque son como niños desamparados. Pero usted no puede imaginar qué distinto es mi corazón del suyo. No me siento impulsado a ayudar o a perjudicar a sus dos primos, sino a analizarlos, a explicármelos, a comprender el drama que durante doscientos años ha rondado este jardín. Si se me permitiera ser testigo del desenlace, no dudo que sacaría satisfacción moral de ello, ocurriera lo que ocurriere. Tengo la íntima convicción de que se acerca el final. La Providencia la ha enviado a usted para ayudarles y a mí sólo como simple espectador. Y, sin embargo, me propongo ser todo lo útil que pueda a esos dos infortunados.

-¡Ojalá hablara usted más llanamente! -exclamó Phoebe, perpleja y disgustada-. Y, sobre todo, ojalá sintiese usted más como un cristiano y un ser humano. ¿Es posible ver a gente en desgracia sin desear ayudarles y consolarles? Habla usted como si esta vieja casa fuera un teatro y parece considerar los infortunios de Clifford, de Hepzibah y de sus antepasados, como una tragedia, igual que esas que he visto representar en el patio del hotel de mi pueblo, sólo que ésta de aquí se representa únicamente para usted. No me agrada esto. La representación es demasiado costosa para sus actores y el público demasiado frío.

-Es usted muy severa -dijo Holgrave, obligado a reconocer cierto grado de verdad en esas agudas frases.

-¿Y qué quiere decir con eso de su convicción de que el desenlace se acerca? -continuó Phoebe-. ¿Sabe usted alguna nueva desgracia que amenace a mis pobres primos? Si es así, dígamelo en seguida y no los dejaré.

-Perdóneme, Phoebe -contestó el daguerrotipista, tendiendo una mano a lo que la muchacha tuvo que alargar la suya-. He de confesar que a veces tengo algo de místico. Es una tendencia que llevo en la sangre, igual que mis facultades de hipnotizador y que en tiempos de brujería me hubieran llevado a la horca. Créame: si supiera algún secreto cuya revelación fuera útil a sus amigos, que son también míos, se lo diría inmediatamente. Pero no sé nada.

-Usted se calla algo -dijo Phoebe.

-Nada... no hay más secretos que los míos. Es evidente que el juez Pyncheon sigue de cerca a Clifford, en cuya ruina tiene no poca parte. Pero sus motivos y sus intenciones están envueltos en el misterio. Es un hombre decidido e inexorable, un verdadero inquisidor. Si pudiera ganar algo con poner a Clifford en la rueda del tormento, él mismo sujetaría sus articulaciones, para estar más seguro. Pero es tan rico y poderoso que no veo qué puede desear o temer de Clifford, un hombre torpe, difamado y casi inconsciente.

-Pues habla usted como si la desgracia estuviera cercana.

-¡Oh!, soy un tipo morboso -replicó el artista-. Mi espíritu es algo anormal, como el de todo el mundo, menos el de usted. Además, es tan extraño encontrarse con que uno rvive en este viejo jardín... Fíjese cómo murmura la fuente de Maule... Aunque sólo fuera por eso, no puedo evitar imaginarme que el destino está preparando el quinto acto para una catástrofe.

-¡Vaya! -exclamó Phoebe irritada; era hostil por naturaleza a todo misterio, como el sol es enemigo de los rincones donde no puede penetrar-. Me deja usted más perpleja que antes.

-Separémonos amigos -acabó Holgrave, estrechándole la mano- o por lo menos, separémonos antes de que llegue usted a odiarme... Usted, que ama a todo el mundo...

-Adiós, pues -dijo Phoebe francamente-. No quiero enfadarme y me sabría mal que lo supusiera... Mire, prima Hepzibah ha permanecido en la puerta durante el último cuarto de hora. Ahora me dirá que he estado demasiado rato en la humedad del jardín. Buenas noches y adiós.

Dos días después, por la mañana, hubiéramos podido ver a Phoebe, con su sombrero de paja, un pañolón al brazo y la maleta en la mano, despidiéndose de Hepzibah y de Clifford. Iba a coger el próximo tren que la llevaría a seis millas de su pueblo.

Casi lloraba y una sonrisa triste se dibujaba en sus labios. Se preguntaba cómo era posible que, en unas semanas, aquella casa fría y dura, se hubiera apoderado de ella, mezclándose en sus ideas hasta el extremo que le parecía un punto de referencia más importante que cualquier otro de su vida anterior.

¿Cómo pudo Hepzibah -silenciosa, huraña, insensible a su cordialidad-, cómo pudo hacerse querer tanto? Y Clifford, en su decadencia, rodeado del misterio de un crimen terrible y de la atmósfera de prisión

que aún respiraba, ¿cómo se había transformado en el más simple de los niños, al cual Phoebe debía vigilar, constituyéndose en la Providencia de sus horas sin importancia? En aquel momento de despedida, todo le parecía claro. Mirara donde mirase, el objeto respondía a su mirada, cual si contuviese en su interior un corazón vivo. Miró al jardín y sintió pena al tener que abandonar aquel pedazo de tierra negra infectada por interminables años de cizaña y hierbas. Tanta era su pena, que olvidó la alegría de oler el aroma de los bosques de pinos y los campos de lúpulo. Llamó a *Cantaclaro,* a sus dos esposas y al venerable poUuelo y les arrojó algunas migas de pan. Engullidas rápidamente, el polluelo abrió las alas y se posó en el marco de la ventana, cerca de Phoebe, mirándola con gravedad y manifestando su emoción con un suave cloqueo.

Phoebe le dijo que se portara durante su ausencia como un polluelo bueno y obediente, prometiendo traerle, al regreso, un saquito de alforfón.

-¡Oh, Phoebe! -observó Hepzibah-, no sonríes tan naturalmente como cuando viniste. Entonces la sonrisa se te escapaba de los labios, y ahora eres tú la que la hace asomar a ellos. Una temporada en tu pueblo te sentará bien. Has respirado un aire demasiado pesado. Esta casa es solitaria y sombría, la tienda significa una constante humillación, y en cuanto a mí no sé hacer las cosas más agradables de lo que son. Nuestro querido Clifford ha sido tu único solaz.

-Ven acá, Phoebe -exclamó súbitamente Clifford, que apenas había abierto los labios en toda la mañana-. Acércate más... y mírame al rostro...

Phoebe puso una mano en cada brazo del sillón y aproximó la cara a la de Clifford, para que éste pudiera contemplarla a su gusto. Es probable que la emoción de aquella partida hubiera reavivado sus débiles facultades. Sea lo que fuera, Phoebe se dio cuenta de que Clifford le escudriñaba el corazón. Un momento antes, no sentía deseos de ocfiltar nada. Ahora ansiaba dejar caer los párpados para protegerse de los ojos de Clifford. Un sonrojo -tanto más súbito cuanto más se esforzaba en dominarlo- cubrió su rostro.

-Basta, Phoebe -dijo Clifford con melancólica sonrisa:-. Cuando te vi por vez primera eras la muchacha más linda del mundo. Ahora, tu belleza se ha hecho más profunda... Ya eres una mujer. El capullo ha florecido... Vete... aunque me sentiré más solitario que nunca...

Phoebe se despidió de la desolada pareja y atravesó la tienda parpadeando para contener unas lágrimas, pues su ausencia sería tan corta que no quería concederles la beligerancia de secarlas con el pañuelo.

En la puerta se encontró con el rapaz cuyas hazañas gastronómicas quedaron consignadas en las primeras páginas de nuestra narración. Cogió del escaparate varios ejemplares de Historia Natural -sus ojos estaban demasiado empañados para saber si se trataba de conejos o de hipopótamos-, se los dio al niño como regalo de despedida y salió a la calle.

El tío Venner asomaba justamente por una puerta -con la sierra y un caballete de madera al hombro- y cruzando la calle, no tuvo inconveniente en acompañar a Phoebe durante el trecho que su camino coincidía. Ella, a pesar de los remiendos y la extraña forma de los pantalones de estopa del viejo, no encontró fuerzas para oponerse o desviarse.

-El domingo la echaremos muy de menos -observó el filosofo callejero-. Parece mentira ... en qué poco tiempo algunas personas se hacen a uno tan habituales como el respirar... y, con perdón sea dicho, miss Phoebe, aunque no puede haber ofensa en que se lo diga un viejo, eso es, precisamente, lo que me ha ocurrido con usted. Yo tengo muchos años, usted apenas comienza a vivir y, sin embargo, se me ha hecho tan familiar como si la hubiera encontrado en la puerta de la casa de mi madre y desde entonces hubiese florecido a lo largo de todo mi camino. Regrese pronto o de lo contrario me iré a mi granja, porque el trabajo de aserrar madera resulta demasiado duro para mis riñones.

-Volveré muy pronto, tío Venner -aseguró Phoebe.

-Hágalo en bien de esas pobres almas de la vieja casa -continuó su compañero-. No podrán vivir sin usted. ¿Quién podría acostumbrarse a la ausencia del ángel que hace tan agradable y cómoda una casa desamparada? ¿No le parecería triste si, una mañana de verano como la de hoy, el ángel extendiera las alas y se fuera al sitio de donde Vino? Eso es lo que ellos sienten, al verla marchar. No podrán soportarlo; así es que vuelva pronto...

-Yo no soy un ángel, tío Venner -repuso Phoebe sonriendo y ofreciéndole la mano. Habían llegado a la esquina-. Pero supongo que las gentes se parecen un poco a los ángeles cuando hacen el poco bien que pueden... ¡Le prometo que regresaré pronto!...

Así se separaron el viejo y la muchacha. Phoebe tomó las alas de la mañana" y pronto voló por los campos casi tan rápidamente como si estuviera dotada de los medios de locomoción aérea de los ángeles, a los cuales tan graciosamente la había comparado el tío Venner.

CAPÍTULO XV

EL CEÑO Y LA SONRISA

VARIOS días pasaron, pesada y tristemente, en La Casa de los Siete Tejados. De hecho, para no atribuir toda la lobreguez del cielo y de la tierra a la ausencia de Phoebe, se había desencadenado una tempestad del este, que hacía la vieja casa más lúgubre que nunca. Y, sin embargo, la fachada era menos triste que el interior. El pobre Clifford veíase privado, de súbito, de todas sus fuentes de alegría. Phoebe estaba ausente y el sol no entraba por las ventanas. El jardín, con los senderos fangosos y el follaje arrancado, hacía estremecer. Nada florecía en aquella atmósfera fría, húmeda y despiadada, que arrastraba la salobre brisa del mar. Sólo crecían el musgo de los rincones y las matas de hierba que se alzaban en el tejado, entre dos aguilones.

Hepzibah parecía poseída por la tempestad, casi era una personificación del viento del este, sombrío y desconsolado, con un vestido de seda negra y un turbante de nubes en la cabeza. La clientela de la tienda desapareció, porque la gente comenzaba a asegurar que la solterona agriaba la cerveza y otras bebidas con sus miradas ceñudas. Es posible que el público tuviera razón en quejarse de su trato, mas para Clifford no estuvo nunca malhumorada o áspera, ni dejó de comunicarle toda la cordialidad que pudo encontrar en su pobre y reseco corazón.

La inutilidad de sus mejores esfuerzos, sin embargo, paralizaba a la señora. Ella tenía que contentarse con sentarse en un rincón cuando el húmedo follaje del peral proyectaba en el interior una triste penumbra, que ella misma ensombrecía con su aire angustiado y pesaroso. No era culpa suya. Todo, a su alrededor, incluso las viejas sillas y la mesa que conocían el tiempo que hizo durante tres o cuatro generaciones, tenían un aspecto tan húmedo y frío como si la presente fuera la peor que hubiesen experimentado en toda su vida.

El retrato del coronel tiritaba en la pared y la casa misma sentía escalofríos, desde los áticos de los siete tejados hasta la gran chimenea de la cocina, símbolo del corazón del edificio, pues aunque fue construida para calentar, aparecía vacía y abandonada.

Hepzibah intentó alegrar el ambiente encendiendo fuego en el salón. Pero la tempestad hacía retroceder el humo, soplando con fuerza por la garganta de la chimenea. No obstante, durante los cuatro primeros días de la tempestad, Clifford, bien envuelto en una vieja capa, se sentó en su silla habitual. Cuando le llamaron para desayunar, en la mañana del quinto día, contestó con un triste murmullo, expresando su propósito de no abandonar la cama. Su hermana no intentó disuadirle. En realidad, por mucho que le amara, Hepzibah ya no podía seguir soportando el mísero deber -tan imposible para sus escasas y rígidas facultades- de buscar un pasatiempo para aquel espíritu moribundo, pero todavía sensible, crítico y exigente, mas sin fuerza de voluntad. Se desesperaba, sin embargo, al tener que estar sentada sola, tiritando, sin sufrir continuamente una nueva pena y una irrazonable sensación de remordimiento cada vez que miraba a su compañero de dolor.

Pero Clifford, a pesar de no bajar, buscaba distracción... En el curso de la mañana, Hepzibah oyó una música que, como no había otro instrumento en La Casa de los Siete Tejados, supuso provenía del clavicordio de Alice Pyncheon.

Recordó que Clifford poseía de joven un gusto musical muy cultivado y que era un buen intérprete. Resultaba imposible, empero, imaginar que pudiera conservar unas facultades que requieren una práctica constante en la medida que indicaba la música suave, aérea, delicada y melancólica que ahora se oía. No parecía menos maravilloso que el instrumento produjese semejantes sonidos, después de tan largo silencio.

Hepzibah pensó en las fantasmales armonías atribuidas a la legendaria Alice y que anunciaban una muerte en la familia.

Pero quizá fue prueba de que no la producían dedos impalpables el hecho de que a los pocos compases la música cesó, como si las cuerdas se hubieran roto bajo el efecto de sus vibraciones.

Un ruido agudo sucedió a las misteriosas notas. Aquel día tempestuoso no había de transcurrir sin que uno u otro acontecimiento vinieran a envenenar para Clifford y Hepzibah el aire embalsamado que llevaba

consigo los colibríes. Los acordes finales de la melodía de Alice Pyncheon (o de Clifford, si hemos de atribuírselo) se vieron barridos por la vulgar disonancia de una campanilla. Se oyó a alguien que se retregaba los pies en el umbral y luego unos pasos en la entrada. Hepzibah se arropó en un marchito chai que le había servido durante cuarenta años de armadura de guerra contra el viento del este, pero un sonido característico le hizo apresurarse hacia la tienda con ese aspecto de fiera cobardía tan común en las mujeres en los momentos de peligro. No era, aquel sonido que la alarmó, ni una tos ni un carraspeo, sino una especie de espasmo rumoroso que retumbaba en la espaciosa caja torácica del que lo causaba. Pocas mujeres, en semejante ocasión, hubieran adoptado un aire tan terrible como nuestra pobre y ceñuda Hepzibah. El visitante cerró silenciosamente la puerta de la tienda, dejó el paraguas apoyado en el mostrador y volvió un rostro lleno de benevolencia al encuentro del hosco y alarmado semblante de la solterona.

El presentimiento de Hepzibah no la engañó. Era el juez Pyncheon el que, después de intentar vanamente abrir la puerta principal, acababa de entrar por la de la tienda.

-¿Cómo te encuentras, prima Hepzibah? ¿Cómo soporta nuestro pobre Cliffod este mal tiempo? -empezó a decir el juez-. No estaría tranquilo si no os preguntara una vez más qué puedo hacer en vuestro favor.

-No puedes hacer nada -dijo Hepzibah, dominando en lo posible su agitación-. Yo cuido a Clifford lo mejor que puedo. Goza de todas las comodidades que le permite su situación.

-Permíteme sugerirte, querida prima -insinuó el juez-, que tú, con la mejor intención del mundo, cometes un error al mantener tan recluido a tu hermano. ¿Para qué aislarle de toda simpatía? Clifford ha vivido demasiado tiempo solitario. Déjale que vuelva a la sociedad de sus viejos y verdaderos amigos. Permíteme, por ejemplo, que hable un rato con él y ya verás el bien que le hace esta entrevista.

-No puedes verle -contestó Hepzibah-; Clifford guarda cama desde ayer.

-¿Cómo? ¿Está enfermo? -exclamó el juez Pyncheon sobresaltado; el mismo ceño del viejo puritano oscurecía la habitación mientras hablaba-. Entonces quiero verlo sin falta. ¿Y si muriera?

-No corre ningún peligro -dijo Hepzibah, y añadió con una amargura que ya no pudo contener- a no ser que le persiga el mismo hombre que desde hace tanto tiempo desea su muerte.

-Prima Hepzibah -repuso el juez con impresionante gravedad que se convirtió en lacrimoso sentimiento a las pocas palabras- es posible que no te des cuenta de qué injusto, qué severo y qué poco cristiano es ese resentimiento contra mí, a causa de un acto que tuve que cumplir por un deber de conciencia y porque la ley me obligaba. ¿Qué hice en perjuicio de Clifford que no me viera obligado a hacer? Tú, su propia hermana, no hubieras obrado con mayor ternura, si hubieses sabido, para tu desventura, lo que yo supe. ¿Crees que no me dolió en el alma? ¿Crees que no he sufrido terribles angustias desde aquel día, en medio de la posperidad con que el cielo me ha bendecido? ¿Crees que no me alegro ahora, cuando ni la justicia pública ni la sociedad se oponen a que este querido primo, ese amigo de mi infancia, esa naturaleza tan delicada y tan hermosa, tan desgraciada, y no quiero decir tan culpable, a que nuestro Clifford, en fin, vuelva a la vida y a los deleites que ofrece la vida? ¡Qué poco me conoces, prima Hepzibah! ¡Qué poco conoces mi corazón, que late con ternura ante la idea de verle y hablarle! No hay nadie, excepto tú, que haya derramado tantas lágrimas como yo por la desgracia de Clifford. No hay nadie que se alegrara tanto de hacerlo feliz. Pruébame, prima Hepzibah, prueba al hombre que has tratado como enemigo tuyo y de Clifford, prueba a Jaffrey Pyncheon y verás qué sincero es, hasta el fondo del corazón.

-¡En nombre del cielo! -gritó Hepzibah, cuya indignación aumentó ante el desbordamiento de ternura de aquel hombre implacable-. En nombre de Dios, al cual insultas, y cuyo poder casi pongo en duda, puesto que te oye pronunciar tantas palabras falsas sin paralizarte la lengua, en nombre de Dios, ¡deja ya esa repugnante hipocresía de que sientes cariño por tu víctima! ¡Tú le odias! ¡Sé hombre y reconócelo! En este momento proyectas alguna infamia contra él. Habla de una vez... ¿Qué quieres?... ¡Vamos! te conviene ocultarlo, para asegurarte el éxito... Pero no vuelvas a hablar de tu falso cariño por mi pobre hermano. No podría soportarlo... Me exasperaría... me haría enloquecer... ¡Calla!... No digas nada más... si no, te echaré de aquí a puntapiés.

Por una vez, la rabia había dado valor a Hepzibah. Por fin había logrado hablar. Su desconfianza en la integridad del juez Pyncheon, ¿se fundaba en una justa percepción de su carácter o en la simple manifestación de un prejuicio femenino sin ninguna base?

El juez era, sin duda, hombre eminentemente respetable. La iglesia le reconocía por tal y el Estado también. Nadie lo negaba. En el amplio círculo de los que le conocían en sus actividades públicas o en su vida privada, no había nadie -excepto Hepzibah, unos pocos iluminados sin ley, como el daguerrotipista, y

algún que otro político rival- que soñara en disputarle en serio su prestigio de hombre íntegro y digno. Hemos de hacerle la justicia de decir que ni el propio juez Pyncheon dudaba de que su reputación coincidiera con sus merecimientos. Su conciencia -que suele considerarse como el mejor testimonio de la integridad de un hombre-, su conciencia, si descontamos unos breves minutos cada veinticuatro horas, o algún día negro a lo largo del año, su conciencia, repetimos, corroboraba la laudatoria opinión del mundo. Y sin embargo, por fuerte que pueda parecer esta prueba, no nos atreveríamos a afirmar que el juez y su mundo tenían razón y que Hepzibah, con sus prejuicios, estaba equivocada.

Oculta a los ojos de la humanidad, olvidada o enterrada tan profundamente bajo un montón de actos ostentosos que la vida cotidiana no la percibe, puede estar acechando alguna cosa mala e invisible.

Casi podemos aventurarnos a decir que una culpa puede renovarse diariamente, enrojecida de continuo con sangre fresca, igual que la milagrosa mancha de sangre de un asesino, sin que a cada momento se la perciba. Los hombres de espíritu fuerte, gran fuerza de carácter y sensibilidad endurecida, son muy propensos a incurrir en esta clase de errores. Son generalmente hombres para los cuales las apariencias y las formas revisten importancia singular. Su campo de acción se encuentra entre los fenómenos exteriores de la vida. Poseen una verdadera habilidad para agarrar y apropiarse las grandes quimeras que se llaman oro, tierras, cargos de confianza, honores públicos.

Con tales materiales y con actos loables, realizados ante los ojos del pueblo, un individuo de esta clase llega a construir un edificio firme, que a ¡a vista de los demás y hasta para sí mismo no es más que su propio carácter... Fijaos, por ejemplo, en un palacio. Sus espléndidos vestíbulos y espaciosas estancias tienen el suelo de costosos mármoles; sus ventanas, altas hasta el techo, admiten el sol a través de los cristales; sus molduras y sus techos están suntuosamente pintados; todo coronado por la cúpula a través de cuyas aberturas se puede ver el cielo ¿con qué símbolo más noble puede un hombre representar su verdadero carácter?

Pero en algún rincón obscuro y sombrío, en algún cuartucho de piso bajo, cerrado y perdida la llave, o debajo del pavimento de mármol, en una charca, puede yacer un cadáver en descomposición, esparciendo su hedor por todo el palacio. Los habitantes quizá no se dan cuenta, porque lo respiran cotidianamente. Los visitantes tampoco, porque huelen los ricos perfumes que el dueño esparce por la mansión y el incienso que ellos mismos queman en su honor. De vez en cuando, puede que se presente un visionario, ante cuyos ojos el edificio se hace transparente, dejando al descubierto el rincón oculto, la puerta cerrada, con telarañas en la cerradura, o el agujero que guarda el cadáver. Aquí, pues, hemos de buscar el verdadero símbolo del carácter del dueño del palacio y de sus actos, sin fijarnos en las realidades que posea.

¡Esa charca de agua estancada, llena de impurezas, teñida quizá de sangre, esa secreta abominación, encima de la cual posiblemente dice sus oraciones sin recordar lo que tiene bajo los pies, eso es el alma mísera de este hombre!

Para aplicar estas observaciones al juez Pyncheon, podemos decir, sin imputar ningún crimen a un personaje tan respetable, que había en su vida bastantes naderías espléndidas o insignificancias brillantes para cubrir y paralizar una conciencia más activa y sutil que la del juez. ¿Qué espacio quedaría para los rasgos sombríos, en un retrato hecho con las siguientes líneas: la pureza de su carácter judicial en el salón del Tribunal; la fidelidad de sus servicios públicos en cargos diversos; la devoción demostrada a su partido y a sus principios, o por lo menos a sus organizadores; el notable celo que desplegaba como presidente de una sociedad bíblica; la integridad como tesorero de un legado para huérfanos y viudas; los beneficios aportados a la agricultura con la producción de dos nuevas variedades de peral y a la ganadería por medio del famoso toro Pyncheon; su moralidad intachable durante tantos años; la severidad con que reprendió y expulsó de su casa a un hijo disipado, y con que aplazó el perdón hasta el postrer cuarto de hora de la vida del joven; sus oraciones matinales, vespertinas y a las horas de comer; la ayuda prestada a las asociaciones de temperancia; la resignación con que, desde su último ataque de gota, se limitó a beber cinco vasos diarios de jerez; la nivea blancura de sus camisas, el brillo de sus botas, la majestad de su bastón con puño de oro, el severo corte de su chaqueta de fina tela y en general la estudiada sobriedad de su atavío; la escrupulosidad con que saludaba con un movimiento de cabeza, de mano o quitándose el sombrero a todas sus amistades, ricas o pobres, cuando se cruzaba con ellas en la calle; y, finalmente, la sonrisa benévola con que se esforzaba en alegrar al mundo entero?



LA TIENDA

En resumen, esos eran sus rasgos cuando se miraba al espejo. En el curso de los días sólo tenía conciencia de la vida admirablemente ordenada que esos rasgos revelaban. Como resultado de todo ello, ¿no tenía derecho a decir a los demás y a sí mismo: «Mirad al juez Pyncheon»?

Concediendo que muchos, muchos años antes, allá en su atolondrada juventud cometiera algún acto malo -o incluso que ahora la inevitable fuerza de las circunstancias le obligara a realizar un acto discutible entre mil actos dignos de alabanza, o por lo menos intachables-, en esos casos, ¿ibais a caracterizar al juez por este acto inicuo e inevitable, medio olvidado, y permitiríais que ensombreciese su vida? ¿Pesa tanto el mal, que una mala obra, no mayor que el pulgar, ha de hacer caer la balanza de su lado, levantando el platillo cargado con la masa de los actos indiferentes o buenos? Este sistema de balanza es el favorito de las gentes que viven en hermandad con el juez Pyncheon. Un hombre duro y frío, situado de este modo tan poco afortunado, raramente mira a su interior y acepta lo que dice la opinión pública. Así, difícilmente llega a conocerse, excepto cuando pierde los bienes y la reputación. La enfermedad no siempre le ayuda a conseguirlo, y a veces no lo logra ¡ni a la hora de la muerte!

Pero hemos de habérnoslas con el juez Pyncheon, que se enfrentaba con la furia desencadenada de Hepzibah. Con sorpresa y espanto, la solterona había dado rienda suelta, por una vez, al resentimiento que albergaba contra su pariente durante treinta años.

El rostro del juez expresó una especie de grave y noble perdón por la inesperada violencia de su prima y el daño que le causaba con sus palabras. Pero cuando estas palabras fueron irrevocablemente pronunciadas, su aspecto se volvió torvo; parecía que el hombre de hierro hubiera estado siempre allí, desde el principio, en vez del hombre manso de antes.

Hepzibah estuvo tentada de creer que era sobre el viejo coronel y no el actual juez, sobre el que acababa de volcar toda la amargura de su corazón. Nunca un hombre dio pruebas más evidentes de la genealogía que se le atribuye, que el juez Pyncheon, en aquella crisis, con su inconfundible parecido con el retrato del salón.

-Prima Hepzibah -repuso muy sereno-: ya es hora de que acabemos con eso.

-¡Con todo mi corazón! -contestó ella-. Entonces, ¿por qué sigues persiguiéndole? Déjanos en paz, al pobre Clifford y a mí. No pedimos nada mejor.

-Estoy decidido a ver a Clifford antes de abandonar esta casa -prosiguió el juez-. No te portes como una loca, Hepzibah. Yo soy su único amigo y, por cierto, muy poderoso. ¿No se te ha ocurrido nunca, eres tan ciega que no has visto que sin mi consentimiento, es más, sin mi influencia, el pobre Clifford no hubiera sido nunca lo que llamáis libre? ¿Crees que esto es un éxito sobre mí? No, prima, no; de ningún modo. Es el simple cumplimiento de un propósito largamente pensado. ¡Yo le puse en libertad!

-¿Tú? -contestó Hepzibah-. Nunca lo creeré. Él te debe su calabozo... Pero su libertad la debe a la Providencia divina.

-¡Yo le puse en libertad! -reafirmó el juez Pyncheon con calma- y he venido para decidir si debe conservar esa libertad. De él depende... Por eso quiero verle.

-¡Nunca! Eso le enloquecería -exclamó Hepzibah con una vacilación que percibieron los agudos ojos del juez. No tenía fe en sus propósitos, pero no sabía qué era peor, si resistir o ceder-. ¿Para qué quieres ver a un pobre hombre abatido, que apenas conserva una parte de su inteligencia?... Aun ésta permanecerá oculta para los ojos que no le miren con amor.

-En los míos verá bastante amor... -dijo el juez con bien fundada confianza en la benignidad de su aspecto-. Escúchame, prima Hepzibah, y te explicaré francamente mis razones para insistir en verle. Cuando murió nuestro tío Jeffrey, hace treinta años, no sé si te enteraste, en las tristes circunstancias que rodearon aquel acontecimiento, se descubrió que sus bienes eran muy inferiores a lo que se sospechaba. Se le creía inmensamente rico y nadie dudaba que poseía una de las fortunas más considerables de la época. Pero una de sus extravagancias, aunque no una locura, fue la de ocultar la verdadera suma de sus bienes, haciendo inversiones en lugares lejanos, quizá bajo nombres ajenos y por procedimientos que no es preciso explicarte ahora. En su testamento me dejó todos sus bienes, con la única excepción, en favor tuyo, del usufructo de esta casa y de los restos del patrimonio que le están anejos.

-¿Y quieres privarnos de eso? -preguntó Hepzibah, incapaz de dominar su amargo desdén-. ¿Es éste tu precio para dejar de perseguir al pobre Clifford?

-¡Oh, no, querida prima! -repuso el juez, sonriendo benévolo-. Al contrario, debes reconocer que siempre me he ofrecido a duplicar o triplicar tus ingresos, cuando te decidas a aceptar una ayuda de tu primo. Aquí está el quid del asunto. De la gran fortuna de mi tío, según te he dicho, no se encontró después de su muerte, más que la mitad... ni eso, sólo la tercera parte. Ahora bien, tengo razones poderosas para creer que tu hermano Clifford puede darme la pista para recobrar el resto.

-¿Clifford?... ¿Clifford sabe dónde hay riquezas ocultas?... ¿Clifford tiene en su poder la manera de hacerte rico? -gritó ; la vieja señora, considerando ridicula semejante idea-. ¡Imposible! ¡Te engañas! Si es para reírse...

-No. Es algo tan serio como que estoy aquí -afirmó el juez Pyncheon golpeando el suelo con la punta de su bastón y con la de su bota-. El mismo Clifford me lo dijo.

-¡No!-exclamó Hepzibah incrédula-. Estás soñando, primo Jaffrey.

-No sueño. Pocos meses antes de la muerte de mi tío, Clifford se vanaglorió de que poseía un secreto de incalculable valor. Se proponía excitar mi curiosidad y mortificarme. Lo reconozco. Al recordar su conversación, estoy convencido de que dijo la verdad. Clifford, si quiere... y tiene que querer..., puede decirme dónde se hallan los documentos y las pruebas del resto de la fortuna de nuestro tío Jeffrey. El posee el secreto. Sus palabras no fueron un vano alarde. Tenía un énfasis, un tono que me demostró que conocía el secreto.

-Pero ¿cuál puede ser el objeto de Clifford al ocultarte tanto tiempo su secreto?

-Pues obedecer a uno de los malignos impulsos de nuestra naturaleza-replicó el juez, apartando los ojos-. Me consideraba su enemigo, la causa de su desgracia, su inminente peligro de muerte. No era probable que me diera voluntariamente esta información que podía hacerme enormemente rico. Por lo menos mientras estuviera en su calabozo no existía esta posibilidad. Pero ha llegado el momento de que me facilite esos informes.

-¿Y si rehusa? -preguntó Hepzibah-. ¿Y si no sabe nada de esa riqueza, que es lo que yo creo?...

-Querida prima-dijo el juez con una tranquilidad que le hacía más formidable que cualquier violencia-, desde el regreso de Clifford he tomado la precaución, muy propia en un pariente próximo y tutor natural de un individuo en su estado, de vigilar constantemente sus costumbres. Tus vecinos han presenciado todo lo que ha ocurrido en el jardín. El carnicero, el pescadero, el panadero, algunos de los clientes de la tienda y más de una vieja, me han explicado los secretos de vuestra vida doméstica. Mucha más gente aún, yo entre otros, puede atestiguar sus extravagancias cuando se halla en la ventana en arco. Millares de ojos le vieron, hace una o dos semanas, a punto de arrojarse a la calle. De todo ello he de deducir, muy a pesar mío y con honda pena, que las desgracias de Clifford han afectado a su espíritu, nunca muy fuerte, hasta el punto que no puede permanecer en su casa sin correr serio peligro. Supongo que te darás cuenta de que la alternativa... que depende de la decisión que voy a tomar... es el encierro, probablemente, para el resto de sus días, en un asilo para personas que se hallan en su lamentable estado mental.

-¿Es posible que pienses eso? -gritó Hepzibah.

-Si mi primo Clifford -prosiguió el juez sin alterarse- por mera malicia y odio a una persona cuyos intereses debieran ser los suyos propios, y eso por sí solo ya indica una determinada clase de demencia..., si

Clifford me niega la información que le pido, lo consideraré una prueba evidente de que necesita ser recluido. Me conoces demasiado bien, prima Hepzibah, para dudar de que, una vez convencido de la justicia de una decisión, deje de llevarla a la práctica.

-¡Oh, Jaffrey! ¡Primo Jaffrey! -exclamó Hepzibah tristemente-. No es Clifford sino tú el que estás loco. Has olvidado que tu madre era mujer, que has tenido hermanos e hijos. ¿Es que no hay amor entre los hombres? ¿Es que no hay piedad en nuestro mundo? ¿Cómo has podido tener esas ideas? Ya no eres joven, primo Jaffrey; eres un viejo. Tienes el cabello blanco... ¿Cuántos años te quedan de vida? ¿No eres bastante rico, hasta que te mueras? ¿Te amenaza el hambre quizá, o el quedarte sin techo o sin ropa, antes de llegar a la tumba? Con la mitad de lo que posees, podías edificar una casa doblemente hermosa de la que te alberga y vivir ostentosamente y aún dejarías a tu hijo bastantes riquezas para que bendijera la hora de tu muerte. ¿Para qué vas, pues, a cometer una acción tan cruel, una acción tan loca, que ya no sé si llamar malvada? ¡Ay primo Jaffrey! Este espíritu duro y codicioso ha corrido por nuestra sangre durante doscientos años. Te propones hacer, en otra forma, lo mismo que hicieron tus antepasados y así transmitirás a tu posteridad la maldición que heredaste de ellos!

-¡Por amor de Dios, Hepzibah, no sigas diciendo tonterías! -exclamó el juez con la impaciencia natural en una persona razonable cuando oye frases tan absurdas como las anteriores, mezcladas en una conversación de negocios-. Ya te he comunicado mi resolución. No me propongo cambiar. Clifford ha de revelar su secreto o atenerse a las consecuencias. Que decida aprisa, pues tengo muchos asuntos que solucionar esta mañana, y he de comer con varios políticos amigos míos.

-¡Clifford no posee ningún secreto! -repuso Hepzibah- ¡Qué Dios te impida llevar a cabo la mala acción que meditas!

-Ya veremos -contestó el inconmovible juez-. En tanto, decide si vas a llamar a Clifford para que este asunto se arregle amistosamente entre dos primos, o si vas a obligarme a tomar medidas más enérgicas, que desearía evitar. Tu serás la responsable de lo que ocurra.

-Eres más fuerte que yo -dijo Hepzibah tras una pausa- y en tu fuerza no hay ni una gota de piedad. Clifford está perfectamente bien, pero si habla contigo enloquecerá. De todos modos, como te conozco, creo que lo mejor es dejar que te convenzas por ti mismo de que no posee ningún secreto. Voy a llamar a Clifford. ¡Ten piedad para con él! ¡Ten más piedad de la que dicte tu corazón... porque Dios te está mirando, Jaffrey Pyncheon!...

El juez siguió a su prima, hasta el salón y se dejó caer pesadamente en el gran sillón ancestral. Muchos de los Pyncheon anteriores habían hallado reposo entre sus anchos brazos... niños sonrosados, después de jugar, jóvenes ebrios de amor; hombres maduros, preocupados por sus responsabilidades; ancianos, cargados de inviernos. Allí dormitaron y de allí partieron para un sueño más profundo.

Hay una tradición, muy dudosa, según la cual, sentado en aquel sillón, el primer antepasado del juez Pyncheon había recibido a sus huéspedes con su ceño de cadáver. Desde aquella hora de mal augurio hasta hoy, es posible que no se hubiera sentado en ese sillón hombre más triste ni más preocupado que este mismo juez Pyncheon, del cual hemos visto el carácter implacable. Y decimos que es posible, porque no conocemos los secretos de su corazón. Seguramente le costó trabajo dar a su alma la consistencia del hierro. Su calma debió requerir un esfuerzo mayor que la violencia de los hombres débiles. Todavía le quedaba una dura tarea por realizar. ¿Era, acaso fácil enfrentarse, después de treinta años, con un pariente que acababa de salir de la tumba y arrancarle un secreto o enterrarle de nuevo en otra tumba para vivos.

-¿Has dicho algo? -preguntó Hepzibah mirando para atrás desde el umbral de la puerta, pues creyó oír un sonido que ansiaba poder interpretar como una indicación de no moverse-. Creí que me llamabas.

-¡No, no! -gruñó el caballero, con duro ceño-. ¿Para qué iba a llamarte? El tiempo vuela. Díle a Clifford que le espero.

El juez tenía en la mano el reloj, midiendo el intervalo que trancurriría hasta la aparición de Clifford.

CAPÍTULO XVI

LA HABITACIÓN DE CLIFFORD

NUNCA la vieja casa le había parecido tan sórdida a Hepzibah como cuando la recorrió para ir a cumplir el desventurado encargo.

Al avanzar por los pasillos y abrir las desvencijadas puertas, una tras otra, y al subir por la escalera crujiente, miraba medrosamente a su alrededor. Su excitada imaginación no se habría maravillado si hubiese oído el frufú de viejas sedas o visto los pálidos semblantes de los antepasados esperándola en el rellano. La escena de terror con la cual había tenido que luchar, le había alterado los nervios. El coloquio con el juez, que tan perfectamente representaba la figura y las cualidades del fundador de la familia, había evocado al muerto pasado que ahora pesaba sobre su corazón. Todas las historias que había oído contar a sus legendarias tías y abuelas se le presentaban con colores obscuros, fríos, fantasmales. El conjunto era una larga serie de calamidades, que se reproducían generación tras generación, con idénticos tonos sombríos y escasas variaciones de forma.

Hepzibah tenía la sensación de que el juez, Clifford y ella, los tres a la vez, estaban a punto de añadir otra historia a los anales familiares, más triste y dolorosa que las anteriores. La pena del momento es más honda y más aguda, pero poco a poco se diluye en las penas borrosas del pasado. Sólo durante un instante las cosas parecen sombrías o asombrosas. Y esta verdad tiene, a la par, mucho de amargo y mucho de dulce.

Pero Hepzibah, no podía sustraerse a la impresión de que en aquel momento ocurría algo sin precedentes. Tenía los nervios en tensión. Instintivamente se detuvo frente a la ventana en arco y miró a la calle, para captar de una ojeada el mundo exterior, y así tomar ánimo para enfrentarse con su propio problema inmediato.

Sintió sobresalto al ver que todo era igual que el día anterior y que los infinitos días anteriores del pasado, excepto que ahora la tempestad había borrado el brillo del sol.

Su mirada recorrió la calle, fijándose en las mojadas aceras, con baches visibles cuando los llenaba el agua. Aguzó la vista, con la esperanza de distinguir en cierta ventana la figura familiar de una costurera dedicada a su trabajo, y se sintió aliviada por la lejana presencia de aquella mujer.

Luego su vista se fijó en un calesín que pasaba, y siguió su techo brillante de lluvia hasta que dobló una esquina, dejándola de nuevo a solas con sus pensamientos. Cuando el vehículo hubo desaparecido, se permitió un descanso.

Apareció la figura del tío Venner, viniendo lentamente del extremo de la calle con paso reumático, pues el viento del este había penetrado en sus articulaciones. Hepzibah hubiera deseado que anduviese aún más despacio y que con su presencia mitigase durante unos breves instantes su espantosa soledad. Bienvenido todo lo que le apartase del penoso presente, todo lo que interpusiera seres humanos entre ella y lo que estaba cerca de ella, todo lo que aplazara por un instante el inevitable encargo... Cuanto más abrumado está el corazón, tanto más deseos de distancia experimenta.

Hepzibah tenía poco valor para soportar sus penas y mucho menos para sufrir la que tenía que infligir a Clifford. Quebrantado por largos años calamitosos, enfrentarle con el hombre que personificaba el destino doloroso de toda su vida, sería llevarle a la ruina. Aunque no hubieran existido recuerdos amargos ni intereses hostiles entre ellos, la simple presencia del juez resultaría desastrosa para Clifford. Sería como arrojar un jarrón de porcelana contra una columna de granito.

Nunca, hasta ahora, Hepzibah se había dado cuenta del verdadero carácter de su primo Jaffrey, poderoso por su inteligencia, por la energía de su voluntad, habituado a alcanzar sus fines egoístas sin detenerse por escrúpulos de ninguna clase. La falsa ilusión que se hacía el juez de que Clifford poseía un valioso secreto aumentaba la dificultad de tratar con él.

Cuando hombres de firmeza y sagacidad adoptan una opinión errónea sobre asuntos prácticos, ligándola a otras que son verdaderas, resulta tan difícil hacerles ver su yerro como arrancar un roble. Así, pues, ya que el juez pedía a Clifford un imposible, Clifford tendría que pagar esta imposibilidad.

¿Qué iba a ser de la suave y poética naturaleza de Clifford en las garras de un hombre como el juez? ¿Qué había sido ya de él, incapaz de comprender la vida de otra manera que como un chorro de rítmicas cadencias musicales? Le destrozaría, le aniquilaría...

Por un instante cruzó por la mente de Hepzibah la idea de si Clifford no poseería realmente el secreto de la supuesta fortuna de su tío muerto. Recordaba algunas insinuaciones de su hermano que, si la suposición no resultara absurda, hasta podrían hacerlo suponer: proyectos de viajes por el extranjero, sueños de una vida brillante, espléndidos castillos en el aire, cuya construcción hubiera requerido una riqueza fabulosa. Si esta riqueza estuviera en su poder, con qué alegría no la hubiera entregado ella, Hepzibah, a su implacable primo, comprando así la libertad, para Clifford, de recluirse en la desolada y solitaria mansión... Pero ella creía que los proyectos de su hermano eran simples ensueños infantiles, como los de los niños cuando están en el regazo de la madre. El oro de Clifford era puramente imaginario y el juez Pyncheon jamás se contentaría con él.

¿No encontraría salida a su angustia? Parecía mentira que no hubiera nadie, teniendo una ciudad a su alrededor.

¡Qué fácil sería abrir la ventana y lanzar un grito de agonía a cuyo son todo el mundo acudiría, comprendiendo que era un grito salido del fondo del alma! Pero, ¡qué grotesca fatalidad!, si esto sucediera, la gente ayudaría al más fuerte, pensó Hepzibah. El poder y el error mezclados, igual que el imán, atraen irresistiblemente. Allí estaría el juez Pyncheon... persona eminente a los ojos del público, de gran posición y riqueza, un filántropo, miembro del Congreso y de la Iglesia, íntimamente asociado con todo lo que da buena fama... Allí estaba, en efecto, tan impresionante, visto bajo esa luz favorable, que la misma Hepzibah se estremecía. El juez a un lado, y al otro, ¿quién? El culpable Clifford, antes un objeto de burla y ahora un viejo de ignominiosa historia...

A pesar de su seguridad de que el juez recibiría la ayuda y el apoyo de todos, Hepzibah estaba tan poco acostumbrada a obrar por su cuenta que la menor palabra de consejo la hubiera puesto en acción. La pequeña Phoebe hubiese iluminado la situación, si no con una sugerencia, con la simple vivacidad de su carácter. Se le ocurrió consultar a Holgrave, en el cual, a pesar de su juventud y de su vagabundeo, entreveía una fuerza capaz de convertirle en su campeón, en una crisis. Con esta idea, abrió una puerta, desde hacía mucho tiempo cubierta de telarañas, que ponía en comunicación aquel piso con la buhardilla en que el daguerrotipista había instalado su hogar provisional.

No estaba. En la mesa, un libro abierto, unos papeles a medio escribir, unos periódicos, varios daguerrotipos y algunos instrumentos de su actual oficio, daban la impresión de que el dueño de todos esos objetos no andaba lejos. Pero en aquella hora del día, como Hepzibah sabía muy bien, el artista se hallaba en su taller. Arrastrada por un impulso misterioso, contempló los daguerrotipos y vio en ellos el ceño fruncido del juez Pyncheon. El hado la miraba al rostro, implacablemente.

Abandonó la buhardilla con una sensación de fracaso. Nunca, a lo largo de sus años de reclusión voluntaria, había sentido como ahora lo terrible que es estar sola. Parecía como si la casa se hallase en un desierto o como si un hechizo la hiciese invisible para los que pasaban por la calle, de modo que podía ocurrir cualquier desgracia, cualquier crimen o accidente, sin que nadie acudiera a ayudarla o a socorrerla...

En su pena y en su orgullo herido, Hepzibah había pasado la vida apartándose de los amigos, desdeñando obstinadamente la ayuda que el Señor ordena a sus criaturas que se presten unas a otras. Ahora, como castigo, Clifford estaba destinado a ser una víctima de su pariente enemigo.

Volvió a la ventana en arco y levantó los ojos, mirando con ceño, ¡pobre Hepzibah!, el cielo tempestuoso, sin ánimos para enviar una plegaria a través del espeso techo de nubes grises que simbolizan la enorme serie de desgracias, dudas, confusión y fría indiferencia entre la tierra y lo Alto. Su fe era demasiado débil y la plegaria demasiado pesada para que pudiese volar. Cayó, pues, cual un trozo de plomo, al fondo de su corazón, hiriéndola con la convicción desoladora de que la Providencia no se ocupa de las cuestiones mínimas entre los hombres ni tiene ningún bálsamo para las pequeñas agonías de un alma solitaria. Al contrario, diríase que derrama su justicia y su misericordia a ciegas, como la luz del sol, sobre la mitad del mundo, dejando desamparada a la otra mitad. De tan vasta como es, no sirve para nada... Hepzibah no veía que del mismo modo que cada ventana tiene su rayo de sol, así Dios envía un rayo de amor y piedad a cada alma en tribulación.

Por fin, no encontrando otro pretexto para diferir la tortura que iba a infligir a Clifford -esto la había hecho vagar por la casa y hasta intentar una oración-, temiendo, además, oír la voz del juez regañando por su

tardanza, se deslizó lentamente, pálida, triste, lúgubre, con paso torpe, hasta la puerta del cuarto de su hermano, y llamó.

No obtuvo respuesta.

¿Cómo era posible? Su mano, temblando ante lo inminente, había golpeado tan débilmente que el sonido apenas debió oírse en el interior. Llamó otra vez y tampoco obtuvo respuesta. No había de qué maravillarse. Golpeó con toda su fuerza, comunicando a los golpes su propio terror. ¿Qué tenía de extraño que Clifford hundiera el rostro en la almohada y se cubriera la cabeza con las mantas, igual que un niño a media noche? Llamó por tercera vez, con tres golpes suaves, pero perfectamente claros, y llenos de sentido, pues la mano, quieras que no, siempre reproduce lo que siente el corazón que la mueve. Clifford seguía sin contestar.

-¡Clifford! -dijo Hepzibah-. ¿Puedo entrar?

Silencio.

Hepzibah repitió la llamada dos o tres veces y más, sin resultado. Creyendo que su hermano dormía, abrió la puerta, entró y hallóse con la estancia vacía. ¿Dónde pudo haber ido Clifford y cómo, sin que ella lo viese? ¿Era posible que, a pesar de lo tempestuoso del día, vencido por el aburrimiento, hubiese salido al jardín y ahora estuviera temblando en la glorieta? Abrió apresuradamente una ventana, asomó la cabeza y escudriñó por el jardín todo lo que le permitía su débil vista. Podía ver el interior de la glorieta y su asiento circular. Estaba desierta. Clifford no se hallaba en el jardín, a no ser que, según sospechó un instante Hepzibah, se hubiese ocultado tras unas enredaderas que trepaban por un viejo marco de madera. Pero no podía ser, porque mientras la solterona miraba, un gato salió escapado de detrás del macizo, se detuvo dos veces para husmear y siguió hacia la ventana del salón. Si esto obedecía a las furtivas maneras de los miembros de su especie, o si llevaba algún mal propósito, es cosa que no sabemos, pero la vieja señora, a pesar de su perplejidad, sintió impulsos de ahuyentar al gato y a este fin fue a buscar una tranca. El animal se detuvo, como un ladrón o un asesino descubierto, y emprendió la huida. En el jardín no se veía ni un ser viviente. *Cantaclaro* y su familia permanecían en el gallinero descorazonados por la interminable lluvia, o bien habían hecho lo más sensato después de esto, es decir, regresar a su hogar apenas salidos de él. Hepzibah cerró la ventana.

¿Dónde estaría Clifford? ¿Era posible que, sabedor de la presencia en la casa de su Genio Malo, se hubiera deslizado silenciosamente por la escalera, mientras Hepzibah y el juez hablaban en la tienda, y, abriendo la puerta, hubiese huido a la calle?

Le parecía verle, con su aspecto infantil, a pesar de las canas, con las anticuadas prendas de vestir que usaba en casa, como una de esas figuras que en una pesadilla uno se cree ser y a la que todo el mundo mira. Esa figura de su hermano vagaría por la ciudad, atrayendo las miradas de las gentes, para asombro y repugnancia de todos, como un fantasma tanto más escalofriante cuanto que resultaba visible a mediodía. Incurriría en las burlas de los jóvenes que no le conocían y en la indignación de los viejos que le reconocerían. Le molestarían los chiquillos que no reverencian la santidad ni la belleza ni se apiadan de lo que es triste, desposeídos de todo sentido de las desgracias que santifican la forma humana en que toman cuerpo, insolentes como si Satanás fuese el progenitor de todos ellos. Se reirían de él, le gritarían, le insultarían... Quizá ni eso, quizá nadie se fijaría en él ni le molestaría. ¿Qué tendría de particular que Clifford, sorprendido por aquel mundo extraño, cometiese alguna extravagancia que sin duda tomarían por locura? Así, el propio Clifford llevaría a cabo el diabólico plan del juez Pyncheon.

Recordó que la ciudad estaba casi completamente rodeada de agua. Las olas rompían en el propio puerto, y con aquel tiempo despiadado, el muelle debía estar desierto, con los buques atracados silenciosos y solitarios. Si los pasos sin rumbo de su hermano le llevaban allí, podía inclinarse sobre el agua honda y obscura y pensar que le ofrecía un refugio seguro y que, con sólo dar un paso o balancear el cuerpo, se hallaría para siempre fuera del alcance de las garras de su respetable primo. ¡Qué tentación! ¡Hacer de aquella pena una seguridad! ¡Hundirse y no volver nunca a salir!

El horror de esta idea venció a Hepzibah. Hasta el juez Jaffrey Pyncheon tenía que ayudarle, ahora. Bajó las escaleras presurosa, gritando:

-¡Clifford se ha ido!... ¡No lo encuentro por ninguna parte! ¡Jaffrey, hemos de encontrarlo! ¡Puede ocurrirle algo!

Abrió la puerta del salón. La sombra del follaje en la ventana y el artesonado de roble sumían la habitación en tanta penumbra que la defectuosa vista de Hepzibah apenas pudo distinguir la figura del juez. Lo vio, sin embargo, en el sillón ancestral, en el centro de la estancia, con el rostro inclinado hacia la

ventana. Tan firme y tranquilo era el sistema nervioso del juez Pyncheon que puede que no se hubiese movido desde que se sentó, conservando, por su compostura habitual, el gesto en que le colocó el azar.

-¡Jaffrey! -dijo Hepzibah impaciente, yendo a otras habitaciones a proseguir su busca-. No encuentro a Clifford. Ayúdame a buscarle.

Pero el juez no era hombre que abandonara un sillón con prisa, que sentaría mal a su carácter solemne y a su cuerpo macizo, por la alarma de una mujer histérica.

-¿Me oyes Jaffrey Pyncheon? -gritó Hepzibah, aproximándose otra vez al salón, después de una búsqueda inútil en el resto de la casa- ¡Clifford se ha ido!

En ese momento, emergió en el umbral la figura de Clifford. Su rostro estaba tan sobrenaturalmente lívido, tan mortalmente pálido que en la obscuridad del pasillo Hepzibah pudo distinguirlo, como si lo iluminase una luz interior. Había en él una expresión de desprecio y burla. Con el dedo señalaba el salón, como emplazando, no sólo a Hepzibah, sino al mundo entero, a que contemplara algún objeto sumamente ridículo. Esta acción, tan extemporánea y extravagante, acompañada de una mirada extrañamente alegre, obligaron a la solterona a pensar que la visita de su primo había turbado el juicio de Clifford. Y supuso que la inmovilidad del juez se debía a que estaba vigilando atentamente los síntomas alarmantes que Clifford mostraba.

-¡Estáte quieto! -murmuró Hepzibah, levantando una mano en señal de aviso-. Por amor de Dios, estáte quieto.

-¡Deja que esté quieto él! ¿Qué otra cosa puede hacer? -contestó Clifford, señalando el salón que acababa de abandonar-. ¡Ahora sí que podemos bailar, Hepzibah!... ¡Podemos cantar, reír, jugar y hacer lo que queramos! ¡Nos hemos librado de nuestra carga, hermana, y podemos tener el corazón tan ligero como el de la pequeña Phoebe!

Comenzó a reír, señalando todavía con el dedo a un objeto del salón, invisible para Hepzibah.

Esta tuvo la súbita intuición de una horrible desgracia. Apartó a Clifford y entró, pero volvió a salir al momento. Con un grito ahogado en la garganta dirigiendo a su hermano una mirada medrosa e interrogativa, le agarró del brazo, temblando de pies a cabeza, mientras él seguía dando muestras de alegría.

-¡Dios mío! ¿Qué será de nosotros? -balbuceó la vieja señora.

-Ven -contestó Clifford con tono decidido, distinto del que le era habitual-. Hemos permanecido aquí demasiado tiempo. Abandonemos en esta vieja casa al primo Jaffrey. Dejémosle, que ya cuidará de ella...

Hepzibah se dio cuenta de que Clifford llevaba una capa, una prenda anticuada con la que se había arropado durante aquellos días de tormenta. Hizo un signo con la mano indicando que debían salir de la casa.

En la vida de las personas de carácter débil existen momentos caóticos, de ceguera, febriles, momentos de prueba en los cuales el valor se afirma, pero en que los individuos se quedan abandonados a sí mismos, vacilan, o siguen al primer guía que encuentran, aunque sea un niño. Por loco o absurdo que parezca, una orden, en estos casos, resulta un don de Dios. Hepzibah se hallaba en este estado. Mujer no acostumbrada a la acción ni a asumir una responsabilidad, horrorizada por lo que acababa de ver y temerosa de preguntar y hasta de imaginar cómo había sucedido, temiendo que la fatalidad persiguiera una vez más a su hermano, pasmada por la atmósfera de terror que llenaba la casa de olor a muerto y borraba todo pensamiento definido, Hepzibah se sometió al instante a la voluntad de Clifford. Parecía una sonámbula. Clifford, hombre sin voluntad, había hallado ésta en el momento de la crisis.

-¿Por qué te retrasas? -gritó bruscamente-. Ponte la capa y la capucha o lo que quieras. Poco importa lo que sea... Ya no puedes estar hermosa, pobre Hepzibah. Coge tu bolso con dinero y vamonos.

La solterona obedeció. Se preguntaba si no despertaría y si en el momento más intolerable de su pesadilla no se daría cuenta de que todo era un sueño. Por supuesto, todo eso no tenía realidad. Se hallaba simplemente afligida -como suele suceder a los soñadores solitarios- por un cúmulo de desgracias irrazonables, sumida en un sueño mañanero.

-Ahora... ahora despertaré -pensó Hepzibah, yendo y viniendo de aquí para allá, al hacer sus rápidos preparativos-. No puedo soportarlo ni un momento más. Tengo que despertarme.

Pero el momento de despertar no llegó. Ni siquiera cuando, antes de partir, Clifford abrió la puerta del salón y saludó al único ocupante de la estancia con una gran reverencia.

-¡Qué aspecto más absurdo tiene! -murmuró a Hepzibah.- Justamente cuando se imaginaba tenerme entre sus garras... Vamos, vamos... ¡Aprisa! o se levantará, como el Gigante Desesperación que perseguía al Cristiano en *El Progreso del Peregrino*, de Bunyan, y aún nos cogerá.

Llamó la atención de su hermana sobre una de las tablas de la puerta. Aparecían grabadas las iniciales de su propio nombre, con su gracia característica en la forma de las letras. Las había marcado en la madera cuando era un chiquillo.

Los dos hermanos salieron, dejando al juez Pyncheon en el sillón de sus antepasados, y dueño absoluto de la casa.

Sólo podemos comparar su figura maciza a una pesadilla, muerta en medio de sus vilezas, abandonando su lacio cadáver sobre el pecho de las víctimas atormentadas por ella, para que se libren de él como puedan.

CAPÍTULO XVII

EL VUELO DE DOS BUHOS

ERA verano, pero, cuando salieron a la calle, el viento del Este hizo castañetear los dientes que le quedaban a Hepzibah. No era simple frío -aunque las manos y los pies de la solterona jamás habían experimentado una temperatura tan glacial como entonces-, sino que de puro terror le temblaba el alma con mayor intensidad que el cuerpo. ¡La atmósfera helada del mundo era tan hostil!

Vagaban por la calle, en peregrinación igual a la que planearía un niño, hasta el fin del mundo, quizá con una galleta y una moneda de seis peniques en el bolsillo. Hepzibah tenía la certidumbre de que iban a la ventura.

En el curso de la extraña expedición, miraba de vez en cuando a Clifford, y se convencía más y más de que su desventurado hermano era presa de una gran excitación, que no se parecía poco a la alegría de la embriaguez. Podría compararse, mejor aún, a una gozosa melodía, tocada con verdadero frenesí, pero con un instrumento desafinado. Como la nota destemplada se oía dominando al resto de la música, Clifford se estremecía sin dejar de sonreír y demostrar con sus gestos su regocijo.

Encontraron poca gente por las calles, incluso al pasar, del apartado barrio de La Casa de los Siete Tejados, al centro de la ciudad. En la superficie desigual de las brillantes aceras veía, de trecho en trecho, un charquito de agua. En los escaparates se ofrecían paraguas de todas clases, como si la vida comercial se hubiera concentrado en ese único artículo. Hojas húmedas de castaño y de olmo arrancadas antes de tiempo por la ventolera, estaban esparcidas por las calles. En el centro de éstas, cuanto más llovía, más perversamente ensuciaban el pavimento montones de lodo.

Esos eran los rasgos más definidos del paisaje.

En cuanto al tráfico y a la vida humana, había el paso precipitado de un vehículo, cuyo conductor se protegía con un enorme impermeable; la figura brumosa de un viejo, salida, al parecer, de las alcantarillas, que rebuscaba en los montones de basura con ayuda de un bastón, recogiendo clavos y hierros herrumbrosos; en la puerta de Correos un par de comerciantes, un periodista y un político pueblerino charlaban, esperando un correo retrasado. Por la ventana de una oficina de seguros marítimos se vislumbraban los rostros curtidos de capitanes de barco retirados, mirando a la calle vacía, blasfemando del tiempo, quejándose de la cortesía y hablando de política como chismorreo local. ¡Qué tema de discusión para aquellos venerable charlatanes, si hubieran adivinado el secreto que Hepzibah y Clifford guardaban en su interior! Pero sus dos figuras llamaban menos la atención que una muchacha que pasó en el mismo momento y que se levantó las faldas unos dedos por encima de los tobillos.

Si el día hubiera sido claro y soleado, nuestros dos viejos no hubieran podido andar por las calles sin exponerse a que todo el mundo les viese. Ahora, probablemente, les suponían a tono con el mal tiempo y no adquirían el relieve que les hubiese dado el sol, sino que se mezclaban con la bruma y eran olvidados tan pronto como desaparecían de la vista.

¡Pobre Hepzibah! De haberlo sabido, se hubiera tranquilizado, porque a sus preocupaciones -por extraño que parezca- se añadía una turbación femenina de solterona por miedo a no ir arreglada como es debido. Se encogía, con la esperanza de hacer creer a los transeúntes que se trataba de una capa y una capucha que salían, solas, a airearse en la tormenta, sin que nadie las llevase.

Al avanzar en la caminata, aumentaba su sentido de la irrealidad, que se le iba infiltrando en el espíritu, hasta el extremo de que no sentía el contacto de las manos al juntarlas. Una certeza hubiera sido preferible a este estado. Susurraba, una y otra vez:

-¿Estoy despierta? ¿Estoy despierta?...

En ocasiones levantaba la cabeza para que el viento glacial la convenciera de que no dormía.

Fuera casualidad o deliberado propósito de Clifford, se hallaron de pronto frente a la ancha entrada de un gran edificio de piedra gris. El interior, muy espacioso y alto de techo, estaba lleno de humo y vapor, que formaban una nube movediza por encima de las cabezas. Un tren estaba a punto de partir. La. locomotora

resoplaba y humeaba como un corcel piafando de impaciencia antes de una temeraria cabalgada. La campana lanzaba sus apresurados llamamientos, expresando los breves avisos que la vida nos concede en su carrera desenfrenada.

Con decisión, con aquella especie de temeridad que se había apoderado de Clifford y, a través suyo, de Hepzibah, el anciano empujó a su hermana hacia los vagones y la ayudó a subir. Se oyó la señal de partida. La máquina resopló rápida, fuertemente. El tren comenzó a moverse y, junto con otro centenar de personas, los dos inusitados viajeros emprendieron el viaje.

Por fin, después de tan interminable destierro de todo cuanto el mundo ofrecía, se veían sumergidos en la gran corriente de la vida humana, que les absorbía como un remolino.

Torturada por la idea de que nada de aquello podía ser real, ni siquiera la visita del juez Pyncheon, la reclusa de La Casa de los Siete Tejados murmuró al oído de su hermano:

-Clifford, ¿no será esto un sueño?

-¿Un sueño, Hepzibah? -repitió él, casi riendo-. ¡Al contrario! Hasta ahora no había estado nunca despierto.

Mirando por la ventanilla, podían ver el mundo corriendo a su encuentro. De pronto hallábanse contemplando un paisaje desierto y un momento después una aldea se levantaba en torno a ellos; unos instantes más y había desaparecido, diríase que tragada por un terremoto. Las espadañas de las capillas parecían ir a la ventura y las colinas se movían. Todo les parecía moverse, tras un aislamiento de largos años, y todo corría y silbaba en torbellino, en dirección opuesta a la suya.

En el interior del vagón se desarrollaba la vida habitual en un tren, llena de novedad para aquel par de prisioneros extrañamente libertados. Ya era una novedad el hecho de que cuarenta personas se hallasen bajo un mismo techo, arrastrados por la misma poderosa influencia que les arrastraba a ellos dos.

Algunos viajeros que tenían por delante cien millas de viaje y que llevaban el billete sujeto en el sombrero, se habían sumergido en el paisaje inglés de una novela de aventuras y estaban viviendo en compañía de duques y condes. Otros, cuyo corto trayecto les impedía entregarse a estudios abstractos, entretenían el aburrimiento con revistas. Un grupo de muchachas y un chico, sentados frente a frente, se divertían tirándose una pelota y estallando en risas que podían ser medidas por millas, pues mucho más aprisa que la pelota, los jugadores daban rienda suelta a su fantasía, dejando tras ellos una estela de alegría y terminando el juego bajo otro cielo que el que había presenciado su comienzo.

En las estaciones subían muchachos ofreciendo manzanas, pasteles, caramelos y otras cosas, que recordaban a Hepzibah su tienda abandonada; vendían sus mercancías a toda prisa y a veces interrumpían una transacción para evitar que su improvisado mercado se los llevase con él. Continuamente subían nuevos viajeros. Continuamente se apeaban amigos recientes, de esos que se hacen en un viaje. Aquí y allá, en medio del tumulto, alguien dormía. Sueño, deporte, negocios, lecturas serias o ligeras, movimiento inevitable hacia adelante. ¡Era la vida misma!

La aguda sensibilidad de Clifford se despertó en seguida. Parecía como si reflejase los colores que le rodeaban, pero con matices fantásticos. Hepzibah se sentía aún más apartada de la humanidad que cuando vivía sola.

-No eres feliz, Hepzibah -di jóle Clifford con tono de reproche-. Piensas en nuestra vieja casa y en el primo Jaffrey -se estremeció al pronunciar este nombre-. En el primo Jaffrey, sentado allí, solo en el salón. Sigue mi consejo..., imita mi ejemplo... deja de lado todos esos recuerdos. ¡Estamos en medio de la vida! Hemos de sentirnos felices... tan felices como ese chico y esas chicas con su pelota...

«¡Feliz! -pensó Hepzibah, consciente de la pena que llenaba su corazón-. ¡Feliz! Está loco... y si yo me despertara también me volvería loca.»

Si la locura consiste en una idea fija, no se hallaba muy lejos de ella. Por mucho que traqueteara el tren, las imágenes que aparecían ante la mente de Hepzibah eran las mismas que si hubiesen ido de un extremo a otro de la calle Pyncheon. Con centenares de millas de paisaje entre ellas y la calle, para Hepzibah no había más paisaje que los siete gabletes con musgo en los muros y matas de hierba en el tejado, la tienda, los parroquianos y la campanilla, que debía estar repicando fuerte, sin molestar, no obstante, al juez Pyncheon. La vieja casa aparecía por todas partes. Su enorme volumen corría más aprisa que el tren y se dejaba caer flemáticamente en todo lugar que Hepzibah mirara...

El espíritu de la vieja señora era poco sensible para recibir y aceptar las impresiones nuevas tan aprisa como Clifford. Él era de naturaleza alada, y ella, en cambio, era casi vegetal y difícilmente podía vivir si la

desarraigaban. Por esta causa cambió la relación que hasta entonces había existido entre Hepzibah y su hermano. En casa, ella le cuidaba y guiaba; ahora, este papel lo ejercía Clifford, que parecía comprender, con singular rapidez y agudeza, su nueva situación. Se sentía viril y lleno de vigor intelectual, aunque quizá fuese un estado mórbido y transitorio.

El revisor pidió los billetes. Clifford puso un billete en la mano del empleado, como vio que hacían otros.

-¿Para la señora y usted? -preguntó el revisor-. ¿Hasta dónde?

-Hasta donde ese dinero nos lleve -contestó Clifford-. Lo mismo da... Viajamos por mera distracción.

-Ha escogido un mal día señor -observó un caballero anciano de ojos penetrantes-. Creo que el mejor placer que nos pueda dar la lluvia del Este es el de sentirnos en casa, con un buen fuego en la chimenea.

-No estoy de acuerdo con usted -repuso Clifford, saludando cortésmente al anciano caballero-. Al contrario, me parece que este admirable invento del ferrocarril, a medida que se perfeccionen su velocidad y sus comodidades, está destinado a barrer esas rancias ideas de hogar y chimenea, substituyéndolas por algo mejor.

-En nombre del sentido común -preguntó el caballero anciano con cierta impertinencia-, ¿qué puede haber mejor que el hogar y el calor de la chimenea?

-Estas cosas no tienen los méritos que se les atribuye -contestó Clifford-. Puede decirse, en pocas palabras, que han servido deficientemente a un propósito mezquino. Tengo la impresión de que nuestras facilidades de locomoción han de volvernos a una especie de estado nómada. Seguramente ha observado usted que el progreso humano es como un círculo o, para usar una imagen más exacta, como una espiral. Cuando nos imaginamos marchar en línea recta, alcanzando a cada paso una nueva meta, en realidad volvemos a algo abandonado hace mucho tiempo, pero que ahora encontramos perfeccionado y refinado. El pasado es tan sólo una profecía grosera y sensual del presente y del futuro. Si aplicamos esta verdad a nuestro tema... bueno, pues en las épocas primitivas, los hombres vivían en chozas provisionales, hechas de ramajes y construidas tan aprisa como un nido. Más que edificarlas con sus manos, parece que el solsticio de verano las hacía brotar donde había plantas y peces y caza, especialmente donde la belleza del mundo no tenía ninguna mancha y se resumía en un maravilloso conjunto de bosque, lago y monte... Esa vida poseía un encanto que, desde que el hombre la abandonó, se ha desvanecido. Este encanto simbolizaba algo aún mejor. Tenía sus desventajas: el hombre sufría sed y largas marchas agotadoras por senderos feos y peligrosos hasta llegar a los lugares deseables por su fertilidad y belleza. En nuestra espiral ascendente, escapamos a esos inconvenientes. Estos trenes -si se lograra que el silbido de la máquina fuera más melodioso y que desapareciera el traqueteo-, son la bendición que nos transmiten las edades pasadas. Nos dan alas, nos libran de las fatigas y el polvo de la peregrinación, espiritualizan los viajes. Si el trasladarse de sitio es tan fácil, ¿cómo van a enterrarse los hombres en un lugar dado? ¿Para qué, pues, construirán viviendas que no puedan llevar consigo? ¿Por qué van a encarcelarse de por vida entre piedras, ladrillos y tablas carcomidas, si les es posible morar donde les plazca, donde la belleza les ofrezca una morada?

El rostro de Clifford se iluminaba y se rejuvenecía, convirtiendo sus arrugas y su lividez en una especie de máscara transparente.

Las alegres muchachas dejaron caer la pelota y se le quedaron mirando. Se dijeron, quizá, que antes de que aquellos cabellos fueran grises y de que aparecieran las patas de gallo, aquellos rasgos debían haberse grabado en más de un corazón femenino. Pero ¡ay! ningunos ojos femeninos le pudieron ver antes de su decadencia.

-No me atrevería a afirmar -observó el nuevo conocido de Clifford- que las cosas mejoraran mucho si viviésemos en todas partes y en ninguna.

-¿No? -exclamó Clifford con singular energía-. Para mí está tan claro como el sol que las piedras más peligrosas que el hombre encuentra en su camino hacia la felicidad son esos montones de ladrillos y piedras consolidados con argamasa y esas vigas con clavos, que los hombres levantan para su propio tormento y que llaman casas y hogares... El alma necesita aire, frecuentes cambios de aire. Un millar de enfermedades provienen de la vida en las casas. No hay atmósfera más morbosa que la de una casa vieja, envenenada por todos los antepasados difuntos. Lo sé por experiencia. Hay en mis recuerdos familiares una casa con siete tejados y pisos salientes, de esas que suelen verse en nuestras viejas ciudades, que es un calabozo obscuro, húmedo, carcomido, sombrío, enmohecido, musgoso y mísero, con una ventana en arco, una tiendecilla en un extremo y un olmo melancólico delante de la puerta. Ahora bien, siempre que mis pensamientos vuelven a esa casa -es tan extraño que tengo que mencionarlo-, inmediatamente se me aparece la visión o imagen de

un hombre viejo, de aspecto severo, sentado en un sillón de roble, y muerto, con una mancha de sangre en la pechera de la camisa. ¡Muerto, pero con los ojos abiertos! Inficiona toda la casa con su presencia. Allí no podría ser feliz, ni disfrutar de los dones que Dios me concedió.

Su rostro se obscureció y se contrajo otra vez a su verdadera edad.

-Nunca -repitió-. Allí no podría nunca respirar.

-Supongo que no -concedió el caballero, mirando a Clifford con cierta aprensión y muy intensamente-. Me lo imagino, con las ideas que usted tiene en la cabeza.

-Claro que no -prosiguió Clifford-; y para mí sería un alivio saber que esa casa ha sido derruida o incendiada, librando a la tierra de ella. ¡Ojalá que sobre sus cimientos crezca la hierba! ¡Ojalá que no tenga que volver nunca a ella!, porque cuanto más me alejo, tanto más se apoderan de mí la alegría, la luz, la inteligencia y la juventud..., ¡sí, mi juventud! Esta mañana, yo era un viejo. Recuerdo que me miré al espejo y me asusté de mis canas, de mis arrugas y de mis patas de gallo. ¡Era demasiado prematuro! ¡No podía soportarlo! ¡La vejez no tenía derecho a venir tan pronto! ¡Yo no había vivido todavía! Pero ahora, ¿tengo cara de viejo? Me he quitado un peso del espíritu y me siento en el apogeo de mi juventud, con el mundo y la vida ante mí.

-Espero que así sea -dijo el caballero anciano, turbado y deseoso de evitar las miradas que las palabras de Clifford atraían sobre ambos-. Deseo a usted mucha suerte.

-Por amor de Dios, Clifford -murmuró Hepzibah-, ten cuidado; que van a creerte loco.

-¡Oh!, estáte tranquila. No importa que lo crean. No estoy loco. Por primera vez, en treinta años, mis pensamientos brotan libremente y encuentran palabras para expresarse. Debo hablar y quiero hacerlo.

Se volvió al caballero anciano y reanudó la conversación.

-Sí, querido señor -dijo-, estoy convencido de que esos límites de tejas y piedra sillar, que durante tanto tiempo se ha supuesto que simbolizaban algo sagrado para el hombre, acabarán por desaparecer de nuestra vida cotidiana y serán olvidados. Imagine, por un momento, cuánta maldad humana desaparecería con este simple cambio. Lo que llamamos bienes inmuebles... el terreno para construir una casa... es la base de casi todos los delitos de este mundo. El hombre está dispuesto a cometer todas las vilezas, a acumular crimen tras crimen, solamente con el fin de construir un edificio grande y sombrío en el cual poder morir y en el que sus descendientes serán desgraciados. Entierra su cadáver en los cimientos de la casa, por decirlo así, y cuelga su ceñudo retrato en la pared, convirtiéndose en el genio malo de la familia, y todavía espera que sus biznietos sean felices. No hablo por hablar. Aún conservo en los ojos la imagen de esa casa.

-Entonces -repuso el otro, ansiando soslayar aquel tema;-, no se le puede criticar que la abandone.

-Durante la vida de los que ahora son niños -continuó Clifford-, todo eso desaparecerá. El mundo se hace demasiado espiritual para soportar por mucho tiempo semejantes enormidades. Aunque durante largos años he vivido retirado del mundo, vislumbro presagios de una era mejor. Fíjese en el hipnotismo... ¿cree usted que no contribuirá a suavizar las groserías de la vida humana?

-¡Qué paparruchas! -gruñó el viejo caballero.

-Esos espíritus de que nos habló el otro día la pequeña Phoebe -dijo Clifford-, ¿qué son sino mensajeros de una vida más refinada? Hemos de abrirles la puerta de par en par.

-¡Bah, charlatanerías y nada más! -exclamó nuevamente el caballero, cada vez más excitado por esas sugerencias de Clifford-. Me agradaría encontrarme con el mastuerzo que divulga estas tonterías, para darle unos palos.

-Existe, además, la electricidad... ese demonio, ese ángel, ese enorme poder físico, esa inteligencia que lo puede casi todo... -exclamó Clifford-. ¿Es también charlatanería? ¿Es un hecho o lo he soñado, que por medio de la electricidad el mundo de la materia se ha convertido en un gran nervio, que vibra en un radio de miles de millas, en una fracción de segundo? El mundo entero es un vasto corazón, un cerebro... instinto e inteligencia... ¿O hemos de decir que es un pensamiento, una idea y nada más, sin esa substancia que le suponíamos?

-Si se refiere al telégrafo,-dijo el caballero anciano, mirando a los hilos telegráficos que se veían al lado de la vía férrea-, es una cosa excelente, si los especuladores de algodón y los políticos no se apoderan de él. Una cosa excelente, especialmente para ayudar al descubrimiento de los ladrones de Bancos y de los asesinos.

-No es ese el aspecto del telégrafo que más me agrada -replicó Clifford-. Un ladrón de Banco y lo que usted llama un asesino tienen sus derechos que los hombres de conciencia deberían respetar con espíritu generoso, precisamente porque la mayoría se los niega. Un medio casi espiritual, como el telégrafo, tendría que consagrarse a misiones más grandiosas y sagradas. Los enamorados, todos los días, de hora en hora, si quisieran, podrían comunicarse desde Maine a Florida, diciéndose frases como éstas: «Te querré siempre.» «Mi corazón está lleno de ti.» «Te quiero más de lo que puedo», y luego, este otro mensaje: «He vivido una hora más y te amo el doble.» O cuando un hombre honrado se haya ido de viaje, sus amigos tendrán conciencia de que una especie de hilo eléctrico le une a ellos, diciéndoles: «Vuestro amigo es feliz.» A un esposo ausente le transmitiría mensajes como éste: «Un ser inmortal, de quien eres padre, nos ha sido enviado por Dios», y sería como sí la vocecita llegara al corazón del padre. Pero esas pobres gentes del hampa -los ladrones de Bancos, que, a fin de cuentas, son tan honrados como nueve personas de cada diez, excepto que no siguen ciertas formalidades y prefieren hacer sus negocios a media noche en vez de tratarlos durante las horas de Bolsa- y para los que usted llama asesinos, que a menudo se les puede excusar por los motivos de su acción, y, si consideramos el resultado, merecen que se les coloque entre los benefactores públicos; para individuos tan desgraciados como esos, no puedo aprobar que se emplee el telégrafo, ese poder inmaterial y milagroso...

-¡No puede aprobarlo! ¿eh? -exclamó airado el anciano caballero.

-Positivamente, no -fue la respuesta de Clifford-. Les coloca en situación demasiado desventajosa. Supongamos, por ejemplo, a un hombre muerto en un salón bajo de techo, sentado en un sillón, con una mancha de sangre en la pechera de su camisa. Añadamos a nuestra hipótesis otro hombre que sale de la casa. El edificio le resulta insoportable a causa de la presencia del muerto. Imaginémosle huyendo en tren a la velocidad del huracán, el cielo sabe a dónde. Si el fugitivo se apea en una ciudad distante y encuentra que todo el mundo habla del muerto, del cual huye para evitar su presencia y su recuerdo, ¿no reconocerá usted que los derechos del fugitivo han sido infringidos? Se ha visto privado de su ciudad, de refugio y, en mi modesta opinión, ha sufrido una injusticia incalculable.

-Es usted un hombre extraño -dijo el caballero anciano clavando sus ojos en Clifford, como queriendo penetrarle con la mirada-. No puedo comprenderle.

-No, apostaría a que no -rió Clifford-. Y, sin embargo, querido señor, tengo un alma tan transparente como el agua de la fuente de Maule... ¡Vamos Hepzibah! Ya hemos volado bastante lejos. Posémonos como hacen los pájaros, y ya decidiremos si hemos de emprender otra vez el vuelo.

En aquel momento llegaban a una estación solitaria. Aprovechando la breve parada, Clifford se apeó del vagón, arrastrando consigo a Hepzibah. Un momento después, el tren se deslizaba a lo lejos, convirtiéndose rápidamente en un punto y desvaneciéndose al poco tiempo. El mundo había huido de nuestros vagabundos. Miraron medrosamente a su alrededor. A poca distancia se hallaba una capilla de madera, ennegrecida por el tiempo, medio derruida, con las ventanas rotas, una grieta en el muro delantero y una viga asomando en lo alto de la torre cuadrada. Más allá se veía una granja con el tejado inclinado desde la punta del tercer piso hasta un par de metros del suelo. Cerca de la puerta quedaban los restos de un abrevadero y unos troncos cubiertos de musgo. La llovizna caía oblicuamente y el viento era frío, triste y melancólico, aunque ya no tan fuerte.

Clifford se estremeció de pies a cabeza. Su efervescencia, que tan aprisa le había proporcionado ideas, fantasías, palabras, y que le había movido a hablar por la simple necesidad de dar salida a sus pensamientos, se había desvanecido por completo. Una poderosa excitación le había dado energía y vivacidad, pero terminado su efecto, el anciano comenzaba a decaer de nuevo.

-Ahora tienes que coger las riendas tú, Hepzibah -murmuró con pronunciación torpe y parsimoniosa-. Haz de mí lo que quieras.

Ella se arrodilló en el andén en que se hallaba, y juntó las manos. Las nubes no dejaban ver el cielo, pero no era momento para vacilaciones ni para preguntar si había un cielo arriba y si el Altísimo miraba desde las alturas.

-¡Dios mío! -susurró la pobre y flaca Hepzibah, deteniéndose un instante para decidir lo que tenía que ser su plegaria-. ¡Dios mío, Padre nuestro!... ¿No somos hijos tuyos? ¡Pues ten piedad de nosotros!

CAPÍTULO XVIII

EL GOBERNADOR PYNCHEON

EL juez Pyncheon, mientras sus dos primos huían con tan desconsiderada prisa, seguía sentado en el salón, haciendo los honores de la casa -como suele decirse- durante la ausencia de sus habitantes. Nuestro relato tiene que volver ahora a él y a la venerable casa de los Siete Tejados, igual que un buho, asustado por la luz del día, y que se apresura a regresar a su árbol.

El juez no había cambiado de posición. No había movido ni pies ni manos, no había apartado los ojos del ángulo de la estancia, desde que Clifford y Hepzibah cerraron cautelosamente la puerta de la calle tras ellos. Sostenía el reloj en la mano izquierda, pero de tal modo que no se veía la esfera. ¡Qué absorto está en sus meditaciones! O, si le suponemos dormido, ¡qué infantil tranquilidad de conciencia, qué estómago tan sano suponía aquel sueño que nada perturbaba, sin ronquidos, ni estremecimientos, susurros o irregularidades de la respiración! Tendréis que contener el aliento para saber si respira, porque el suyo es inaudible. Se oye el tic-tac del reloj, pero no la respiración del juez. ¡Un sueño realmente reparador! Pero no, el juez no puede estar dormido. ¡Tiene los ojos abiertos! Un político veterano como él jamás se quedaría dormido con los ojos abiertos, por miedo a que un enemigo o un rival aprovechase la ocasión para atisbar en su conciencia por aquellas ventanas -por aquellos ojos abiertos- haciendo extraños descubrimientos entre las reminiscencias, proyectos, esperanzas, temores, debilidades y decisiones, que jamás el juez compartió con persona alguna. Se dice que el hombre precavido duerme con un ojo abierto. Eso puede ser prudente, pero no lo sería dormir con los dos párpados levantados. ¡Qué imprudencia! No, no. No es posible que el juez Pyncheon esté dormido.

Es extraño sin embargo, que un caballero con tantos compromisos y ocupaciones como él, tan conocido por su puntualidad, se entretenga de este modo en la vieja mansión solitaria, que nunca le ha gustado visitar. El sillón de roble, es cierto, puede haberle tentado con su holgura. Es realmente espacioso, y teniendo en cuenta la ruda época en que fue construido, resulta cómodo, nada molesto para el considerable volumen del juez. Hasta un hombre más grueso que él se hallaría cómodo en el sillón de roble. Su antepasado -el del retrato de la pared- se acomodaba muy bien en él. Pero hay sillones mejores que ese, sillones de caoba, de nogal, de palo rosa, con muelles en el asiento y tapizados de damasco, con innumerables artificios para hacerlos cómodos, a la vez que para evitar el fastidio de una comodidad demasiado insubstancial. Una veintena de esos sillones podían estar al servicio del juez Pyncheon. En más de veinte salones le recibirían con agrado. La madre saldría a recibirle con la mano tendida. Ahora es viejo -un viejo viudo, dice él mismo sonriendo-, pero la hija de la casa le pondría almohadones en el sillón, para que estuviera blando; porque el juez es un hombre próspero. Tiene sus planes, igual que todo el mundo, y más brillantes que los de otras personas. Por lo menos, los tenía esta mañana, estando en la cama, medio dormido, cuando se trazó el programa del día y hasta calculó su porvenir durante los próximos quince años. Con su robusta salud y lo poco que le afecta la edad, podía tener por descontado quince, veinte o quizá veinticinco años más de vida. Veinticinco años para disfrutar de sus casas y terrenos en la ciudad y en el campo, de su ferrocarril, de su Banco, de sus pólizas de seguros, de sus Obligaciones de la Deuda, de su fortuna, en suma -de la actual y de la que pronto adquiriría-, junto con los honores públicos que ya gozaba y los más importantes que aún gozaría. Veinticinco años... ¡Excelente! ¡Inmejorable! ¡Suficiente!

¡Y todavía en el viejo sillón! Si al juez le sobra un poco de tiempo, ¿por qué no se va al club, como es su costumbre, y sentándose en un sillón de cuero, escucha los chismes y suelta alguna palabra ingeniosa que sin duda será tema de la conversación del día siguiente? ¿No celebran reunión los directores de Banco, a la cual el juez tenía el propósito de asistir y de la cual debía ser nombrado presidente? Es cierto, y la hora está anotada en una tarjeta que se halla, o debía hallarse, en el bolsillo derecho de su chaqueta. Dejémosle que asista a esta reunión. ¡Ya ha perdido demasiado tiempo en el viejo sillón!

¡Tenía que ser un día tan atareado aquél! En primer lugar la entrevista con Clifford. Media hora más tarde, según calculó el juez, quizá menos, pero teniendo en cuenta que antes habría que tratar con Hepzibah y que las mujeres gastan muchas palabras donde bastarían unas pocas, decidió conceder media hora a La Casa

de los Siete Tejados. ¿Media hora? ¡Pero si ya hace dos horas que está aquí, señor juez, de acuerdo con su cronómetro! Mírelo y verá...

No quiere ni molestarse en inclinar la cabeza o levantar la mano para poner el reloj al nivel de los ojos. De súbito, el tiempo parece haber perdido toda importancia para él.

¿Ha olvidado su programa del día? Arreglado el asunto de Clifford debía encontrarse con un agente de Bolsa que se había comprometido a procurarle, a buen precio, una excelente inversión para unos cuantos miles de dólares que poseía casualmente inactivos. El agente de Bolsa haría su viaje en vano.

Media hora más tarde, en una calle cercana, se celebraba la subasta de unos terrenos que incluían una porción de los que en un tiempo pertenecieron al huerto de Maule. Ochenta años atrás, esa porción fue separada de los terrenos de los Pyncheon, pero el juez le había echado el ojo y se proponía recuperarla para unirla a la escasa heredad que aún le quedaba junto a La Casa de los Siete Tejados. Y ahora, el juez, tan puntual en sus cosas, ha olvidado -cosa extraña- la subasta. Entretanto, el martillo del subastador ha caído ya.

Era posible que, a causa del mal tiempo, se hubiese aplazado la subasta. De ser así, ¿creería oportuno el juez asistir a la próxima sesión de venta, dignarse hacer una oferta?

El siguiente asunto de la jornada era la compra de un caballo para el coche. Su caballo favorito había tropezado esa misma mañana y se había caído; había pues, que prescindir de él. La cabeza, del juez Pyncheon es demasiado preciosa para exponerla a los tropiezos de un animal. Liquidado este asunto, asistiría luego a la junta de una Asociación de Beneficencia, cuyo nombre, sin embargo, ha sido olvidado en la multiplicidad de sus bondades, de modo que este compromiso podía quedar incumplido sin graves riesgos. Si le quedaba tiempo, entre la premura de otros asuntos urgentes, tomaría sus medidas para la renovación de la lápida sepulcral de mistress Pyncheon, que, según le dijo al sepulturero, se hallaba partida en dos por una resquebrajadura. Según el juez, era una mujer digna de toda alabanza, a pesar de su nerviosismo, de su facilidad en derramar lágrimas y de su fantástica conducta con respecto al café... Pero como tuvo la buena idea de partir de este mundo con oportunidad, bien se merecía que cuidaran de su tumba. Eso era mejor, a fin de cuentas, que si nunca hubiese necesitado lápida.

El siguiente apartado de su lista consistía en encargar unos árboles frutales de rara especie para su casa de campo. ¡Cómpralos todos y que sus frutos te resulten agradables al paladar, juez Pyncheon!

Después venía algo mucho más importante: un comité de su partido le ha pedido un par de centenares de dólares, para añadir a sus desembolsos anteriores para llevar a cabo la campaña electoral. El juez es un patriota; el destino de la patria depende de las elecciones de noviembre. Además, como ya veremos, su propio destino depende de estas elecciones. Entregará el dinero que le pide el comité y será aún más generoso de lo que esperan. Les dará un cheque de quinientos dólares y más, si más necesitan...

¿Que le quedaba aún por hacer? ¡Ah, sí! La viuda de un amigo suyo le ha escrito una carta conmovedora exponiéndole su triste estado. Ella y su linda hija apenas tienen qué comer. Quizá hoy podría visitarla y dejarle un billetito de Banco, o quizá no, según el tiempo que le quedara. Otro asunto, al cual no concedía gran importancia, seguiría luego: consultar al médico de la familia. No hay que preocuparse mucho de la salud, pero sí ocuparse de ella. Mas, ¿sobre qué iba a consultarle? Resulta difícil describir los síntomas que aquejaban al juez. ¿Sería cierta fatiga de la vista y ciertos vértigos que sentía? ¿O un desagradable runruneo en la región torácica, como dicen los anatomistas? ¿O unas fuertes palpitaciones del corazón, como para demostrar que realmente el juez tenía tal órgano? No importa lo que fuera. El doctor sonreiría, probablemente, al escuchar la descripción de aquellas bagatelas. El juez, a su vez, sonreiría y al encontrarse los ojos de ambos, se echarían los dos a reír. ¡Vaya tontería! No necesitará nunca los consejos del médico.

¡Por favor, juez Pyncheon, mira tu reloj! ¿Ni siquiera una ojeada? Faltan diez minutos para la hora de comer. No puedes haber olvidado que la comida de hoy es de las más importantes, por sus consecuencias, entre todas las que has celebrado en tu vida. Sí, la más importante, a pesar de que en el curso de tu eminente carrera has ocupado infinidad de veces la cabecera de la mesa, en espléndidos banquetes, al final de los cuales has recreado los oídos de los comensales con frases dignas de un gran orador. Mas el banquete de hoy no es una comida pública. Se trata, simplemente, de la reunión de una docena de amigos de varios distritos del Estado, hombres distinguidos e influyentes, que se encontrarán, casi casualmente, en casa de un amigo común, el cual les obsequiará con un almuerzo apenas distinto del habitual en su mesa. Nada de cocina francesa, y, sin embargo, una comida excelente: tortuga, salmón, cerdo, carnero, buey asado y otros manjares, propios para caballeros rurales, amigos de las cosas sustanciosas. Los platos más delicados, en resumen, rociados con un viejo Madeira, orgullo de la familia del anfitrión desde tiempos remotos, un néctar para Juno, un vino fragante, noble, la felicidad embotellada, un líquido de oro más valioso que el oro líquido,

tan admirable y escaso que los catadores consideran un honor haberlo gustado. Ahuyenta las penas del corazón y no da dolor de cabeza. Si el juez tomara una copita del famoso vino, despertaría de este inexplicable letargo que le ha hecho retrasar ya cinco minutos. Es un vino capaz de resucitar a un muerto. ¿Te agradaría probarlo, juez Pyncheon? ¿Y la comida? ¿Es que ha olvidado su verdadero objeto? Digámosle, pues, al oído, que abandone ese sillón de roble que parece haberle encantado, aprisionándole.

La ambición es un talismán más poderoso que la magia. Que se levante, pues, el juez, y corra por las calles... quizá llegue antes de que hayan trinchado el pescado... Le están esperando y esta espera no favorecerá los intereses del juez. No es menester decir que esos caballeros se han reunido con algún propósito; son políticos duchos, hábiles en hurtar al pueblo el poder de elegir a sus representantes. La voz popular en la próxima elección de gobernador, aunque fuerte como el trueno, no será más que un eco de lo que estos caballeros hablen hoy en la comida. Se reúnen para designar a su candidato. Ese grupito de sutiles organizadores controlará la asamblea del partido, y a través de ella, las elecciones. ¿Qué candidato más valioso, más prudente y sabio, más generoso, más sano en sus principios, más intachable en su vida privada, más interesado en el bienestar común, más arraigado en la fe y en las prácticas de los puritanos, qué candidato puede ser presentado al pueblo que reúna todas estas condiciones mejor que ese juez Pyncheon que tenemos delante, sentado en el sillón de roble?

¡Aprisa, pues! ¿A qué esperar? La meta por la cual has luchado, sufrido y trepado y por la cual te has arrastrado incluso, está a tu alcance. Tienes que asistir a esta comida... bebe uno o dos vasos de noble vino, promete en voz baja... y te levantarás de la mesa convertido en el gobernador del Estado. ¡El gobernador Pyncheon de Massachusetts!

¿Esta certeza no es capaz de animar al juez como un poderoso cordial? Ha dedicado la mitad de su vida a conseguir este objetivo. Y ahora que apenas le falta más que expresar su aceptación, ¿por qué se está quieto, sentado en el sillón de roble de su tatarabuelo, como si lo prefiriese al sillón de gobernador? Hemos oído hablar del rey de palo de la fábula -el que Júpiter envió a las ranas que pedían un soberano-, pero en estos tiempos de competencia, uno de esos reyes de palo difícilmente vencería en la carrera para alcanzar la alta magistratura.

¡Bueno! Ya es tarde para acudir a la comida. Tortuga, salmón, cerdo, buey asado, carnero, todo se ha desvanecido o existe sólo en minúsculos fragmentos, mezclados con tibias patatas y salsas frías y grasosas. El juez habría hecho maravillas con el cuchillo y el tenedor. ¿Sabéis que de él se dice, refiriéndose a su apetito de ogro, que su Creador le hizo un animal grande, pero que la hora de comer le convierte en una gran bestia? Las gentes dotadas de un estómago como el suyo deberían pedir indulgencia, al sentarse a la mesa.

Definitivamente, el juez pierde la comida. Es de temer que incluso llegue tarde para el vino. Los convidados están alegres, han abandonado la candidatura del juez, creyendo que se ha adherido al partido contrario y eligen otro candidato. Si el juez se presentase ahora con su mirada, a la vez extraña y estólida, su aspecto desagradable podría terminar con la alegría. Pero no es fácil que el juez Pyncheon, tan escrupuloso en su vestir, se siente a la mesa con esta mancha carmesí que brilla en la pechera de su camisa. A propósito, ¿cómo se ha manchado? Es desagradable a la vista, por supuesto, y lo mejor sería que se abrochase la chaqueta hasta el cuello y se hiciera conducir a su casa en un coche de alquiler. Después de un brandy y una chuleta de carnero o cualquier otro rápido tentempié, podría entregarse a sus reflexiones junto a la lumbre. ¡Qué bueno sería beber a sorbitos y durante largo rato, para quitarse de la sangre ese hielo que parece haberle contagiado el aire del viejo caserón! ¿Por qué no se levanta el juez Pyncheon? Ha perdido un día entero. Mañana podrá recuperarlo, si se levanta temprano. Mañana, mañana. Nosotros que estamos vivos, podremos levantarnos temprano, mañana. Pero para él, que hoy ha muerto, mañana será la mañana de la resurrección.

El crepúsculo se arrastra por los rincones de la estancia. Las sombras de los muebles aumentan, haciéndolas perder la fijeza de sus líneas; la obscuridad trepa por todos los objetos y por la figura humana que se halla sentada entre ellos. La sombra ha rondado por la casa durante todo el día y ahora, llegado su turno, toma posesión de todo. Mas el rostro del juez, rígido y lívido, se niega a diluirse en la sombra universal. La luz ha ido apagándose. La obscuridad se desparrama por la atmósfera, que ya no es gris, sino negra. Todavía hay en la ventana un algo desvaído, no un rayo ni un destello... Cualquier luz, por pequeña que fuese, sería más brillante que esa dudosa percepción, esa sensación, mejor dicho, de que allí hay una ventana. ¿Se ha desvanecido? No, aún no. Y queda todavía la atezada palidez -si podemos decirlo así- del rostro del juez Pyncheon. Los rasgos se han diluido: sólo queda su palidez. ¿Y ahora, qué aspecto tiene? ¡Ya no hay ventana, ya no hay rostro! Una negrura infinita e inescrutable lo ha invadido todo. ¿Dónde está nuestro universo? Todo se ha derrumbado a nuestro alrededor, y nosotros, en medio del caos, podemos ser arrastrados por el viento, sin hogar, que va murmurando y suspirando buscando lo que fue el mundo. ¿No se

oye algo? Sí, un sonido, un sonido espantoso. Es el tic-tac del reloj del juez, que tiene en la mano desde que Hepzibah salió del salón en busca de Clifford. Sea por lo que sea, la incesante y queda palpitación del tiempo, repitiendo su tic-tac con regularidad, en la mano inmóvil del juez, produce efectos terroríficos.

Pero, escuchemos...

El viento sopla con más fuerza. No tiene el tono triste y quejumbroso que durante cinco días torturó la vida de los mortales. Ha cambiado; ahora viene ruidosamente del noroeste, y, apoderándose del viejo armazón de La Casa de los Siete Tejados, lo sacude como un luchador que midiera sus fuerzas con un adversario. Sopla con furia. La casa cruje, vocifera ininteligiblemente por la garganta de la chimenea, quejándose por la rudeza del viento, expresando una desconfianza basada en siglo y medio de intimidad con los huracanes. El viento ruge en el hogar. Una puerta se cierra estrepitosamente en el piso superior. Una ventana se ha quedado abierta o la ha abierto una ráfaga de viento. No es posible imaginarse qué maravillosos instrumentos de viento son en estos casos estas viejas casas de madera: resuenan con los más extraños ruidos, que cantan, suspiran, chillan y sollozan, mientras se oye un sordo martilleo en alguna estancia lejana y en las escaleras se levanta un misterioso frufú de seda...

Basta, para todo ello, que el vendaval encuentre una ventana entreabierta. ¡Ojalá no nos encontráramos aquí! Es horrible ese clamor del viento en la casa solitaria, esa quietud del juez, sentado, invisible, en el sillón de roble, y ese pertinaz tic-tac de su reloj.

En cuanto a la invisibilidad del juez Pyncheon, será asunto pronto remediado. El viento del noroeste ha aclarado el cielo y barrido las nubes. Ya se distingue bien la ventana. A través de sus cristales, vemos el follaje obscuro del exterior, oscilando en un constante movimiento irregular, y dejando pasar la luz ya por aquí, ya por allá. Esos rayos iluminan con frecuencia el rostro del juez.

Observad esa danza plateada en las ramas superiores del peral, que va descendiendo y acaba por esparcirse por todo el jardín, y que a través de los intrincados ramajes penetra en el salón. Son los rayos de la luna que juguetean en el semblante del juez y nos dejan ver que no se ha movido durante aquellas horas de obscuridad. Siguen a las sombras, juguetonamente, por su rostro e imperturbables brillan en el reloj, cuya esfera está oculta por su mano, pero sabemos que las dos fieles agujas se han encontrado, pues un reloj de la ciudad da la medionache.

Un hombre de vigoroso entendimiento como el juez Pyncheon no concede más importancia a la medianoche que al mediodía. El paralelo trazado en las páginas anteriores, entre él y su antepasado coronel, falla en este punto. El Pyncheon de hace dos siglos, igual que sus contemporáneos, creía en apariciones, aunque reconocía en ellas un carácter maligno. El Pyncheon que hoy se sienta en el sillón de roble no cree en esas tonterías. Así, por lo menos, opinaba hasta hace unas horas.

Por lo tanto no se le erizará el cabello por las historias sobre este mismo salón de la casa ancestral que solían contarse en los tiempos en que había bancos junto a las chimeneas donde se sentaban los viejos y sacaban tradiciones revolviendo en las cenizas del pasado. De hecho, esas historias eran demasiado absurdas para poner a nadie los pelos de punta, ni siquiera a los niños. ¿Qué sentido o moraleja podían tener, por ejemplo, los cuentos de fantasmas, como ese de que a medianoche todos los Pyncheon muertos se reunían en este salón? ¿Y sabéis para qué? Pues para ver si el retrato de su antecesor, el coronel, seguía en el lugar acostumbrado en la pared, de acuerdo con las disposiciones testamentarias del viejo puritano. ¿Valía la pena salir de la tumba por una cosa así?

Nos sentimos tentados de jugar con esta idea. Ya no es posible tratar en serio las historias de fantasmas. Mas supongamos que la reunión familiar de los Pyncheon no opinaba así, pues...

Primero llega el propio fundador de la estirpe, con su casaca negra, su sombrero cónico y su cinturón de cuero, del cual cuelga la espada con puño de hierro. Lleva en la mano un bastón, tanto por la dignidad peculiar del objeto como por la ayuda que le presta. Mira el retrato. ¡Un ser sin substancia contemplando su imagen pintada! Todo está en orden. Su retrato se halla en el lugar debido. Sus deseos siguen siendo respetados mucho después de que su cadáver se haya podrido en el sepulcro. ¡Mirad! Levanta la mano y toca el marco del retrato. Bien... ¿Sonríe? ¿O es un ceño mortal que ensombrece aún más sus facciones? El obeso coronel no está satisfecho. Una mirada de enfado se dibuja en su semblante, que la luna ilumina con sus rayos. Al pasar, algo ha molestado al viejo antepasado. Se marcha, enojado, meneando la cabeza. Y ahora entran otros Pyncheon, la tribu entera, media docena de generaciones, empujándose, abriéndose paso a codazos para llegar hasta el retrato. Vemos a ancianos y a damas, a un clérigo de rígido porte puritano y a un oficial con casaca roja. Aquí viene el Pyncheon que hace un siglo abrió la tienda, con los vuelos de los puños

doblados hacia arriba. Le sigue el caballero del cuento de Holgrave, con peluca y cubierto de brocados, con la hermosa y pensativa Alice, que ha dejado su orgullo en su tumba de virgen.

Todos tocan el marco del cuadro. ¿Qué busca esta gente fantasmal? ¡Hasta una madre levanta a su hijito, para que sus manitas lo toquen!

Evidentemente envuelve al cuadro un misterio que deja perplejos a esos pobres Pyncheon que deberían estar descansando en sus sepulcros.

En un rincón, entretanto, se yergue la figura de un anciano que viste calzones y chaqueta de cuero, de cuyo bolsillo asoma una regla de carpintero. Señala con el dedo al coronel de las barbas y a sus descendientes, haciendo gestos burlones, y por fin estalla en una risa impertinente aunque inaudible.

Dejándonos llevar por el capricho de nuestra fantasía, hemos perdido la mesura.

En nuestra escena fantasmagórica distinguimos una figura inesperada.

Entre aquella gente antigua hay un hombre joven Lleva levita obscura, casi sin faldones, pantalones grises, botas de charol, y, cruzando el pecho, fina cadena de oro. En la mano tiene un bastoncito de barba de ballena, con puño de plata. Si encontrásemos esta figura a mediodía, reconoceríamos en ella al joven Jaffrey Pyncheon, el único hijo vivo del juez, que ha estado viajando desde hace años.

Si vive aún, ¿cómo es que su sombra acude a esta reunión de muertos? Si ha muerto, ¡qué desgracia! ¿a quién iría a parar la hacienda de los Pyncheon y la fortuna acumulada por el padre del joven?

Al pobre y tonto Clifford, a la flaca Hepzibah, a la rústica Phoebe...

¡Todavía nos espera una maravilla mayor!

¿Podemos dar crédito a nuestros ojos? Un caballero, anciano y grueso, ha hecho su aparición. Tiene aspecto eminentemente respetable. Lleva traje negro y da la sensación de ser persona pulquérrima, a pesar de una mancha carmesí que ostenta en la nivea pechera de su camisa.

¿Es el juez, quizá? ¿Cómo puede ser el juez Pyncheon?

Tan claramente como lo permiten ver los rayos de la luna, distinguimos su figura sentada en el sillón de roble.

La aparición -sea de quien sea- avanza hacia el retrato, toca el marco, intenta ver lo que hay detrás, y se vuelve con ceño tan hosco como el de su antepasado.

Esta fantástica escena no debe considerarse como formando parte de nuestro relato. El temblor de los destellos de la luna nos ha confundido; danzan con las sombras y se reflejan en el espejo, que, ya sabemos, es una especie de ventana o puerta abierta al mundo espiritual.

Necesitábamos además, un momento de respiro, en la larga contemplación de la inmóvil figura del sillón. El furioso vendaval ha contribuido a sembrar la confusión en nuestras ideas.

Su quietud aumenta, contrastando con la indiferencia de un ratoncillo que se sienta sobre sus patas traseras, junto a los pies del juez, meditando un viaje de exploración por aquella enorme masa...

¡Ah! ¿qué ha sobresaltado al animalito?... La cara del gato, al otro lado de la ventana, donde parece haberse apostado al acecho. Tiene aspecto siniestro. ¿Es un gato que acecha a un ratón o el mismo diablo a la caza del alma humana? ¡Si pudiéramos ahuyentarle dándole un susto!

¡Gracias al cielo la noche termina! Los rayos de la luna ya no son plateados ni contrastan tan grandemente con la negrura de las sombras, entre las cuales caen. Son más pálidos, y las sombras grises en vez de negras.

El furioso vendaval se ha apaciguado. ¿Qué hora es? Por fin el reloj ha cesado su tic-tac, pues los dedos del descuidado juez han olvidado darle cuerda, como de costumbre, a las diez, media hora antes de acostarse. Y se ha parado, por vez primera, en los últimos cinco años. Pero sigue latiendo el gran reloj del tiempo.

La espantosa noche -verdaderamente horrible en su vaciedad- deja paso a una aurora fresca, clara, transparente. ¡Bendita luz! La luz del día, aunque entra muy poca en el sombrío salón, forma parte de la bendición universal que borra el mal, hace posible el bien y la felicidad.

¿Se levantará, por fin, el juez Pyncheon? ¿Saldrá a recibir en el rostro los primeros rayos del sol? ¿Empezará este nuevo día -sonrisa y bendición de Dios a los hombres- con mejores propósitos que los anteriores de su vida?

¿O, acaso, seguirá tenazmente sus planes de ayer?

En este caso, tiene mucho que hacer. ¿Insistirá en su entrevista con Clifford? ¿Adquirirá el caballo para su coche? ¿Convencerá al comprador del terreno de los Pyncheon para que se lo venda? ¿Visitará al médico de la familia para que le recete una medicina que le conserve como honor de su estirpe hasta la más avanzada edad? Y ante todo,¿presentara sus excusas a la reunión de influyentes amigos, convenciéndoles de que no pudo asistir y recuperando su buena opinión para que le designen candidato a gobernador de Massachusetts?

Cumplidos estos buenos propósitos, ¿volverá a ir por la calle con su sonrisa benévola, radiante? ¿O bien, después de la sepulcral reclusión de un día y una noche, se sentirá humilde y arrepentido, amable y apenado, dispuesto a no buscar más su provecho, a despreciar los honores mundanos, sin apenas atreverse a amar a Dios, pero bastante audaz para querer a sus semejantes y hacerles todo el bien posible? ¿Abandonará su odiosa mueca de bondad, insolente en su pretensión y repulsiva en su falsedad, para adoptar la tierna tristeza de un corazón contrito, roto, por fin, bajo el peso de sus propios pecados?

¡Levántate, juez Pyncheon! El sol matutino brilla entre el follaje, y, como es bello y bondadoso, no se niega a iluminar tu rostro. ¡Levántate, sutil, egoísta, mundano, hipócrita, y elige si quieres todavía esos pecados o si prefieres arrójalos de ti, aunque con ellos te arranquen la vida! ¡El vengador está ante ti! ¡Levántate antes que sea demasiado tarde!

¿Qué? ¿No te ha conmovido esta última llamada? ¡Ni pizca! Una mosca -una de esas moscas caseras, que siempre zumban en los cristales de las ventanas- ha olido al gobernador Pyncheon y salta de la frente a la barbilla y, ¡el cielo nos ampare!, trepa por el puente de la nariz, en dirección a los ojos abiertos. ¿Por qué no apartas a la mosca de un papirotazo? ¿Eres quizá, demasiado indolente? ¿Indolente, tú, que ayer eras tan poderoso? ¡Ni espantar a esa mosca! ¡Ahora sí que te damos por perdido!

¡Oye! La campanilla de la tienda repica. Después de unas horas como estas, a lo largo de las cuales hemos soportado nuestro relato, resulta confortador darse cuenta de que existe un mundo viviente, y de que incluso esa vieja y solitaria residencia se halla en relación con él. Respiramos más libremente, al pasar de la presencia del juez Pyncheon a la calle, frente a La Casa de los Siete Tejados.

CAPÍTULO XIX

LOS RAMILLETES DE ALICE

EL tío Venner, empujando una carretilla, fue la primera persona que apareció en la calle, la mañana siguiente a la tormenta.

La calle Pyncbeon, frente a La Casa de los Siete Tejados, ofrecía un aspecto mucho más agradable de lo que era de esperar de un callejón bordeado de míseros edificios de madera. La naturaleza se mostraba clemente aquel día, en compensación a los cinco despiadados días anteriores.

Valía la pena de vivir sólo por el placer de gozar de la bendición del cielo azul, o del que se veía entre las casas, alegres una vez más por el sol. Todos los objetos resultaban agradables, ya mirados de lejos, ya de cerca. Así, por ejemplo, los guijarros y la gravilla de la acera, lavados por la lluvia, y las charcas de agua que reflejaban el cielo, y la hierba verdegueante y fresca, que crecía junto a las vallas, tras de las cuales se vislumbraban los jardines multicolores.

El olmo de los Pyncheon estaba enteramente cubierto de vida, lleno de sol y acariciado por una tibia brisa, que ponía en movimiento las mil lenguas verdes y susurrantes de las ramas. El añoso árbol no había sufrido a causa de la tempestad. Conservaba sus brotes y sus hojas perfectamente verdes, excepto una rama que, con el temprano cambio con que el olmo anuncia a veces el otoño, había sido transmutada en reluciente oro, cual rama dorada que valió a Eneas y a. la. Sibila la admisión en los infiernos.

Esta rama mística colgaba frente a la entrada principal de La Casa de los Siete Tejados, tan cerca del suelo que un transeúnte la alcanzaría, si se pusiera de puntillas. Presentándola en la puerta, habría podido parecer un símbolo que le diera derecho a entrar para conocer los secretos de la mansión.

Mirad cómo no debe darse crédito a las apariencias externas: la vieja casa tenía una fachada acogedora: sugería la idea de que su historia era decorosa y feliz, agradable de escuchar al calor de la lumbre. Las ventanas relucían alegremente bajo los oblicuos rayos de sol.

Una persona que poseyera regulares dotes de imaginación, al pasar por delante de la casa, se volvería una y otra vez para mirar sus siete tejados, la chimenea enorme, el piso saliente, la ventana en arco... el portal ancho y alto, la abundancia de gigantescas bardanas, cerca del umbral...

Todas esas características le darían la impresión de algo más profundo que lo simplemente visible. Creería que la mansión era residencia de la obstinada y vieja puritana, la integridad, que al morir, en alguna generación ya olvidada, había bendecido todos los cuartos y estancias de la casa, resultando de ello la evidente felicidad de sus descendientes actuales.

Un objeto sobre todos los demás arraigaría en la memoria del observador dotado de imaginación: la mata de flores carmesí -cizaña, se hubiera dicho hace apenas una semana- que crecía en el ángulo entre los dos tejados de la fachada.

La gente solía llamarla «Los ramilletes de Alice», en recuerdo de la linda Alice Pyncheon, que, se creía, había traído de Italia las semillas de aquella mata. Ostentaba hoy todo su esplendor y semejaba una mística expresión de que algo se había consumado en el interior de la casa.

Acababa de salir el sol cuando el tío Venner, como hemos dicho, hizo su aparición empujando una carretilla por la calle.

Hacía su ronda matutina en busca de hojas de col, pieles de zanahorias, nabos, patatas y otros desperdicios, que las amas de casa de la vecindad le dejaban aparte para alimentar a su cerdo.

El cerdo del tío Venner se nutría de estas contribuciones voluntarias. El remendado filósofo prometía que, antes de retirarse a su «granja», daría un soberbio banquete a base de su cerdo, al cual invitaría a todos los vecinos que ayudaran a engordarlo. Los restos que miss Hepzibah dejaba en la puerta habían mejorado tanto, desde la llegada de Clifford, que su participación en el prometido banquete habría de ser considerable.

El tío Venner sufrió, pues, amarga decepción al no encontrar la gran vasija llena de desperdicios que ordinariamente le esperaba en la puerta de La Casa de los Siete Tejados.

Murmuró el patriarca:

-Jamás había sido tan desmemoriada miss Hepzibah. Y ayer tendría un banquete... Ahora celebra banquetes todos los días... ¿Dónde están las mondaduras?... ¿Llamo para ver si ya está levantada? No, no... nada de eso. Si la pequeña Phoebe estuviera en casa, llamaría. Pero con seguridad miss Hepzibah me miraría desde una ventana con su ceño fruncido, pareciendo enfadada, aunque estuviese contenta. Volveré a mediodía.

Con esta reflexión, el viejo cerró la puerta del jardín que crujió y chirrió. El ruido llegó a oídos del ocupante de la buhardilla del norte, una de cuyas ventanas daba a aquel lado.

-Buenos días, tío Venner -dijo el daguerrotipista, asomándose-. ¿Ha oído usted a alguien en la casa?

-Ni un alma-contestó el viejo-. No es extraño, porque apenas hace media hora que salió el sol. Me alegro de verle, míster Holgrave. La casa tiene un extraño aspecto de soledad; y me he sobresaltado creyendo que no había nadie en ella. La fachada parece más alegre y los ramilletes de Alice están más hermosos que nunca. Si yo fuera joven, míster Holgrave, mi novia llevaría en el pecho unas cuantas de esas flores, aunque tuviera que arriesgarme a romperme la crisma para cogerlas... ¿Le dejó dormir anoche el viento?

-No... -contestó sonriendo el artista-. Si creyese en fantasmas... y no sé si creo o no... diría que los Pyncheon estaban de juerga en la planta baja, especialmente en las habitaciones de miss Hepzibah. Pero ahora todo está quieto.

-Sí, es posible que miss Hepzibah se haya dormido, después de no pegar el ojo en toda la noche a causa de la tormenta-dijo el tío Venner-. Sería extraño, ¿verdad?, que el juez se hubiese llevado a sus dos primos a la casa de campo. Ayer le vi entrar en la tienda.

-¿A qué hora?

-Por la mañana -repuso el viejo-. Bueno, he de proseguir mi ronda... A la hora de comer volveré a pasar, porque a mi cerdo le gusta tanto un almuerzo como un desayuno. Sospecho que no tiene horas para comer ni platos preferidos. ¡Buenos días!... Le repito que si yo fuese joven como usted, arrancaría unas flores del ramillete de Alice y las pondría en agua hasta el regreso de la pequeña Phoebe.

-He oído decir -le dijo el daguerrotipista, al retirarse de la ventana-, que el agua de la fuente de Maule sienta muy bien a esas flores...

Cesó la conversación y el tío Venner continuó su camino. Durante la siguiente media hora nada turbó el descanso de La Casa de los Siete Tejados. No recibió más visita que la del repartidor de periódicos, el cual echó el diario por debajo de la puerta. Hepzibah se había abonado últimamente a uno de los periódicos de la ciudad. Poco después llegó una mujer gruesa, andando con prodigiosa velocidad y tambaleándose al subir los escalones de la tienda. Empujó la puerta, pero estaba cerrada. Sacudió el pomo de la puerta con tanta energía que la campanilla tintineó enojada.

-El diablo se ha llevado a la vieja Pyncheon -murmuró la irascible ama de casa-. ¿Cree que puede tenerse una tienda cuando se quiere permanecer en cama hasta mediodía? Supongo que ella llamará a eso costumbres distinguidas. Pues o se levanta su señoría o le romperé la puerta.

Sacudió de nuevo el pomo y la campanilla repicó airada. No la oyó la dueña, pero sí una mujer del otro lado de la calle, la cual abrió la ventana y se dirigió a la impaciente matrona:

-No hay nadie, señora Gurbins.

-Tiene que haber alguien -gritó la señora Gurbins, infligiendo un nuevo ultraje a la campanilla-. Necesito tres onzas de tocino, para freír lenguado... Mi marido está esperando el desayuno... Señora o no, la vieja Pyncheon tiene que darme el tocino.

-Oiga usted, señora Gurbins -insistió la otra-. Ella y su hermano se han ido a la casa de campo del juez Pyncheon. No hay un alma en la casa, excepto el joven daguerrotipista que duerme en la buhardilla del norte. Ayer vi cómo se iban Hepzibah y Clifford. Parecían un par de patos chapoteando por los charcos... Le aseguro que se han ido.

-¿Y cómo sabe usted que están en casa del juez? -preguntó la señora Gurbins-. Es un hombre rico y están reñidos desde hace tiempo porque no quiere pasar una pensión a la vieja. Por eso abrió la tienda.

-Ya lo sé -contestó la vecina-. Pero la verdad es que se han ido. ¿Y quién acogería a esa terrible solterona y a su hermano, de no ser un pariente que necesita que le cuiden la casa? Eso es lo que ha ocurrido... No hay duda.

La señora Gurbins se fue, refunfuñando contra la ausente Hepzibah. Durante otra media media hora o quizá mucho más, el exterior de la casa permaneció casi tan tranquilo como el interior. El olmo ofrecía un aspecto alegre, agradable, soleado, y respondía a la brisa que era imperceptible en cualquier otro sitio. Un enjambre de insectos zumbaba alegremente bajo su sombra, convirtiéndose en chispas cuando penetraban en un rayo de sol. Una cigarra cantó desde su escondrijo, y un pajarito solitario, con plumaje de oro pálido, se posó en los ramilletes de Alice.

Por fin, nuestro antiguo conocido, el pequeño Higgins, pasó lentamente por la calle, camino de la escuela. Por primera vez en una quincena, se hallaba en posesión de un centavo y siendo así, no podía de ningún modo pasar de largo por delante de la tienda de los Siete Tejados. Mas no consiguió abrir. Una y otra vez, con la terrible obstinación de los niños para las cosas que consideran importantes, renovó sus esfuerzos. Sin duda tenía el corazón puesto en un elefante o quizá se proponía, como en *Hamlet*, comerse un cocodrilo. En respuesta a sus violentos ataques, la campanilla repicó moderadamente, pero la fuerza del atacante, que se ponía de puntillas, no logró hacerla tintinear clamorosamente. Apoyándose en el pomo, Ned atisbo por una rendija y vio que la puerta interior de comunicación con el resto de la casa estaba también cerrada.

-¡Miss Pyncheon! -chilló el niño, golpeando los cristales-. ¡Miss Pyncheon, quiero un elefante!

Como no obtuvo respuesta a sus repetidas peticiones, comenzó a impacientarse. Su pasión hirvió pronto y le hizo coger de la calle una piedra, con la malévola intención de lanzarla, contra los vidrios, gimoteando de rabia al mismo tiempo. Un hombre, de los dos que pasaban, cogió el brazo del pequeño.

-¿Qué ocurre, caballerete? -preguntó. -Quiero que la vieja, o Phoebe, o quien sea, me abra -contestó Ned entre furiosos sollozos-. No quieren abrir y no puedo comprar mi elefante.

-Vete a la escuela, bribonzuelo -repuso el hombre-. En la esquina hay otra tienda... Es extraño, Dixey -añadió dirigiéndose a su compañeros-, es extraño lo que ocurre a esos Pyncheon. Smith, el de los coches de alquiler, me ha dicho que el juez Pyncheon dejó allí su caballo ayer y pensaba dejarlo hasta después de la cena, pero todavía no se ha presentado a recogerlo. Uno de los criados del juez ha ido a verle esta mañana, preguntando por su amo. Dice que es un hombre de costumbres muy arregladas, que nunca duerme fuera de casa.

-¡Ya volverá! -supuso Dixey-. Y en cuanto a la vieja Pyncheon, estoy seguro que tenía deudas y ha huido de sus acreedores. Recuerda que cuando abrió la tienda te anuncié que su ceño infernal asustaría a los parroquianos. ¡Es imposible soportarla!

-Jamás creí que prosperaría -dijo el otro-. Hay muchas tiendecillas parecidas. Mi mujer abrió una y perdió cinco dólares.

-¡Mal negocio! -comentó Dixey, meneando la cabeza-. ¡Mal negocio!

Durante la mañana se hicieron otros intentos para ponerse en comunicación con los habitantes de la silenciosa e impenetrable mansión.

Vino el hombre del carretón pintado, trayendo un par de docenas de botellas de cerveza llenas, para cambiarlas por otras tantas vacías. Luego el panadero con unos pasteles que Hepzibah había encargado para su clientela. Después el carnicero, con su bocado riquísimo, que ella había encargado para Clifford. Si alguno de esos proveedores hubiera conocido el secreto oculto de la casa, se hubiera horrorizado al ver que la gente seguía su vida normal en los alrededores, tan cerca de las negras profundidades donde yacía invisible un cadáver.

El carnicero, preocupado por sus deliciosos filetes o lo que fuera, intentó penetrar en la casa por todas sus puertas, y finalmente decidió regresar a la tienda.

«Es un bocado exquisito y estoy seguro de que la vieja se alegraría. No es posible que se haya ido. En los quince años que vengo por esta calle, nunca la he encontrado fuera de casa, aunque muchas veces no hay manera de que abra, por mucho que llamen. Pero esto era cuando sólo tenía que ocuparse de sí misma.»

Atisbando por la misma rendija por la que poco antes había mirado el rapaz de apetitos canibalescos, vio la puerta interior entreabierta, y no cerrada como la había visto el niño. Por el pasillo se distinguía el interior del salón, más claro. Le pareció ver unas piernas gruesas, metidas en pantalones, pertenecientes, al parecer, a un hombre sentado en el sillón de roble, cuyo respaldo ocultaba el resto de su figura. Esa indiferencia por parte de un habitante de la casa, en respuesta a sus esfuerzos para llamar la atención, molestaron tanto al carnicero que decidió retirarse.

«Vaya -pensó-, conque mientras yo me tomo tanta molestia, el hermano de la vieja está sentado y no se digna abrirme, ¿eh?, si un cerdo no fuese más educado, le apalearía.... Tratar con gente así es rebajarse. Cuando necesiten una salchicha o una onza de hígado, ya vendrán a buscarlo, porque lo que es yo...»

Arrojó furioso el filete en el carrito y partió rezongando.

No mucho después, se oyó música en la calle, que fue acercándose con varios intervalos de silencio, tras los cuales estallaba la melodía con mayor alborozo. Una bandada de chiquillos avanzaba y se detenía al unísono con la música, que parecía llevarlos cautivos de sus compases. De vez en cuando, uno de los niños con delantal y sombrero de paja se encaramaba a una puerta o a una valla, para ver mejor. AI llegar el grupo a la sombra del olmo, pudo verse que se trataba del muchacho italianito con su mono y sus figuritas, que ya antes había estado frente a la ventana en arco. La agradable figura de Phoebe -y sin duda la generosa recompensa que le dio- habían quedado grabadas en su memoria.

Los rasgos del músico se dulcificaron al reconocer el escenario de aquella nimia aventura de su vida errante. Se acercó a las matas de bardana, detúvose junto a la puerta y, abriendo su instrumento, empezó a tocar y a mover las figuritas. Cada una de éstas se puso al trabajo, de acuerdo con su propia vocación; el mono, quitándose su gorro escocés, saludó obsequiosamente al público, con la mirada pronta a descubrir el menor vestigio de una moneda. El propio extranjero, al dar vueltas al manubrio, miró hacia la ventana en arco, esperando descubrir una presencia que haría más dulce y alegre la música. El tropel de muchachos le rodeaba; unos en la aceta., otros apretados contra la fachada del edificio, dos o tres en los escalones de la entrada. En tanto, la cigarra seguía cantando en el viejo olmo de los Pyncheon.

-No se oye a nadie en la casa -dijo uno de los niños a su compañero-. El mono no recogerá nada aquí.

-Hay alguien -dijo el chiquillo que estaba en la puerta-. Oigo pasos.

Los ojos del italiano volvieron a mirar a la ventana; parecía realmente como sí una emoción sutil comunicara cierta dulzura a su música. Los vagabundos agradecen cualquier bondad que se les otorgue en el camino de su vida, aunque sólo sea una sonrisa o una palabra cuyo sentido no entienden, pero cuya cordialidad captan fácilmente. Recuerdan esas cosas porque son los pequeños hechizos con ayuda de los cuales, por el espacio en que un paisaje se refleja en una burbuja de jabón, se construyen un momentáneo hogar.

Por esto el muchacho italiano no se desanimaba ante el silencio con que la vieja casa parecía decidida a apagar la vivacidad del instrumento. Persistió en sus melodiosas llamadas, mirando para arriba, esperando que la obscura ventana se iluminaría pronto con la presencia de Phoebe. No quería irse tampoco sin ver a Clifford, cuya sensibilidad, igual que la sonrisa de Phoebe, le había hablado en un lenguaje que él sabía interpretar.

Repitió varias veces todo su repertorio, hasta que el público demostró cansancio. También el mono y las figuritas estaban fatigados. Y no obtuvo más respuesta que el canto de la cigarra.

-En la casa no viven niños -dijo finalmente un escolar-. No hay más que una solterona y un viejo... No te darán nada...

-¡Bobo! ¿Por qué se lo dices? -susurró un astuto muchacho, al cual la música importaba menos que su calidad de gratuita-. Déjale que toque cuanto quiera. Si no hay nadie que le pague, peor para él.

Una vez más, sin embargo, el italiano tocó todas sus melodías.

Para el observador vulgar -que no comprendería nada del caso, excepto la música y el sol- resultaría, sin duda, divertido contemplar la pertinacia del músico callejero. ¿Obtendría finalmente éxito? ¿Se abriría, por fin, aquella obstinada puerta? ¿Saldrían los niños de la casa, cantando, riendo y saltando para rodear el manubrio, mirando con alegría las figuritas y arrojando cada uno una moneda al rabudo Mammón?

Pero a nosotros, que conocemos el corazón de La Casa de los Siete Tejados tan bien como su rostro, esta repetición de melodías populares nos produce escalofríos. Sería de pésimo efecto, realmente, si el juez Pyncheon, que no le hubiera importado nada el violín del mismo Paganini, se presentara en la puerta, con su sangrienta mancha en la pechera de la camisa y el ceño fruncido en su rostro lívido, para ahuyentar al músico y a su auditorio infantil. ¿Cuándo se oyó semejante serie de jigas y valses para bailarines inexistentes?... De hecho, sucede a menudo. El contraste y la mezcla de tragedia con alegría es cosa de todos los días, de todas las horas, de cada momento. La casa sombría y desolada, desierta de vida, con la terrible muerte sentada en su soledad, era el emblema de muchos corazones humanos, que, con todo, se ven obligados a escuchar el eco del mundo que les rodea.

Antes de la conclusión del repertorio pasaron dos hombres que se iban a comer.

-Oye, muchacho -dijo uno de ellos-, vete a otra parte con la música. Aquí vive la familia Pyncheon y ahora pasa por una gran calamidad. Hoy no están para músicas. Por toda la ciudad se dice que el juez Pyncheon, el dueño de esta casa, ha sido asesinado. Y el alguacil va a intervenir en el asunto. Será mejor que te vayas en seguida.

Al irse a retirar, con su manubrio al hombro, el italianito vio en el suelo, junto a la puerta, una tarjeta que el diario había ocultado hasta entonces, pero que ahora el pie de un muchacho dejó al descubierto. La recogió y al ver que tenía algo escrito con lápiz alargóla al hombre. Era una tarjeta del juez Pyncheon, con ciertas anotaciones referentes a sus ocupaciones del día. Un epítome de la historia de la jornada anterior, sólo que las cosas no habían sucedido de acuerdo con aquel programa. La tarjeta debió caer del bolsillo del juez al entrar en la casa. Aunque mojada todavía estaba legible.

-Mira Dixey -gritó el hombre-. Esto es del juez Pyncheon. Fíjate lleva impreso su nombre y supongo que el resto lo escribiría él mismo.

-Sería cuestión de llevarlo al alguacil -sugirió Dixey-. Puede ser una pista... Después de todo -susurró al oído de su compañero-, no sería nada extraño que el juez hubiese entrado por esa puerta para no volver a salir. Su primo no habrá olvidado sus viejas tretas... La solterona se entrampó con la tienda y el juez siempre llevaba la cartera llena... además se odiaban... Junta todos estos hechos y...

-Calla -musitó el otro-. No hablemos de esto. Vamos a ver al alguacil.

-Sí -dijo Dixey-. Siempre dije que la cara de la vieja Pyncheon tenía algo de diabólico.

Los hombres se fueron, girando sobre sus talones. El italianito se marchó también, lanzando una postrera mirada a la ventana. Los niños corrieron cada uno por su lado, como si un gigante o un ogro les persiguiera, hasta que, lejos ya, se detuvieron tan de repente como antes se habían desperdigado. Se alarmaban al pensar en lo que habían escuchado. Mirando a los grotescos tejados y a los sombríos ángulos de la vieja casa, la imaginaban envuelta en una sombra que no había sol capaz de rasgar. Una imaginaria Hepzibah les miraba ceñuda amenazándoles con el dedo, desde varias ventanas a la vez. Un imaginario Clifford -que siempre asustó a la gente menuda, cosa que, de saberla, le hubiera herido profundamente- permanecía erguido detrás de Hepzibah, haciendo pavorosos gestos de amenaza. Los niños, más aún que los mayores, se contagian de terror pánico. Durante el resto del día, los más tímidos pasaron por otra calle; los más audaces desafiaban a sus camaradas a pasar por delante de la espantosa casa con toda la velocidad de sus piernas.

Habría pasado media hora, después de la desaparición del italiano y de sus intempestivas melodías, cuando una berlina entró en la calle y se detuvo junto al olmo de los Pyncheon. El cochero bajó del vehículo un baúl, una maleta y una caja de cartón, y los depositó delante de la casa.

Un sombrero de paja y luego una linda figura de muchacha asomaron del interior del coche. Era Phoebe. No tan lozana como cuando la conocimos al entrar en nuestra historia, porque las experiencias de aquellas pocas semanas le habían dado mayor gravedad, mayor feminidad, mayor profundidad; pero aún conservaba en su rostro su alegría característica. No había perdido tampoco el don de dar a las cosas de su alrededor una apariencia más real que fantástica. Y, sin embargo, sentimos, que es una dicha muy discutible incluso para Phoebe cruzar el umbral de La Casa de los Siete Tejados, en esta ocasión.

¿Será su juvenil presencia bastante poderosa para expulsar la multitud de fantasmas pálidos, odiosos y pecadores que se introdujeron en la mansión después de su partida? ¿O ella también palidecerá, se marchitará, enfermará, se entristecerá y deformará, para convertirse en otro lívido fantasma, que subirá y bajará silenciosamente por las escaleras, asustando a los niños al asomarse a la ventana?

Nos gustaría poder avisar a la muchacha que nada sospecha, decirle que en la casa no hallará nada de forma o substancia humana, excepto la figura del juez Pyncheon, que sigue ocupando su sitio en el sillón de roble, espectáculo espantoso para nosotros que le hemos estado viendo durante toda la noche.

Phoebe intenta entrar primero por la puerta de la tienda, pero en vano. La cortinilla blanca, echada por detrás de los cristales, da a la muchacha la impresión de algo inusitado. Sin hacer otro esfuerzo, se dirige al portal, debajo de la ventana en arco. La encuentra cerrada y llama.

Una reverberación llega del vacío interior. Llama por segunda y tercera vez. Escucha y cree oír que el suelo cruje, como si Hepzibah acudiera de puntillas a abrirla. Pero a este imaginario sonido sigue un silencio mortal y Phoebe llega a preguntarse si se ha equivocado de casa.

Una voz de niño, que se oye a cierta distancia, atrae su atención. La voz, al parecer, grita su nombre. Mirando hacia la dirección de donde viene, distingue a Ned Higgins, que se acerca corriendo por la calle, gesticulando y llamándola.

-¡No! ¡No, Phoebe! -grita-. No entre, no entre... Hay algo muy malo dentro... ¡No entre, no entre!

Como no logra persuadir al personajillo a que se aproxime más y se explique, Phoebe deduce que prima Hepzibah le habrá asustado, pues las manifestaciones cariñosas de la vieja señora corrían peligro, por un igual, de causar miedo o de divertir a los pequeños. Este incidente aumentó la sensación de silencio inexplicable que en ella había despertado la casa.

Como último recurso, se dirigió al jardín, en el cual estaba segura que, siendo el día tan hermoso, hallaría a Clifford y quizá también a Hepzibah, disfrutando de la mañana a la sombra de la glorieta.

Apenas entró por la puerta trasera, la familia de *Cantaclaro* corrió a su encuentro, mientras un gato, que probablemente se encontraba en el alféizar de la ventana del salón, saltó la valla y desapareció.

El cenador estaba vacío, con los bancos y el suelo húmedos y cubiertos de ramitas y hojas desgajadas por el viento. El jardín aparecía descuidado. Las hierbas habían medrado durante su ausencia y la persistente lluvia les había permitido trepar por las plantas. La fuente de Maule rebasaba su borde de piedra y se extendía en un charco en aquel ángulo del jardín.

La impresión de aquella escena sugería que por allí no había entrado un alma viviente en el espacio de varios días -quizá desde su partida-, pues en un banco del cenador vio una de sus peinetas, que probablemente se le había caído la tarde anterior a su marcha.

La muchacha sabía que sus dos primos eran capaces de cosas mucho más extrañas que el encerrarse en la casa, como al parecer habían hecho. No obstante, presintiendo algo anormal, se acercó a la puerta del jardín. Estaba cerrada, igual que las otras dos que había intentado abrir. Llamó, sin embargo, e inmediatamente, como si esperasen la llamada, la puerta abrióse por una persona invisible. No del todo, lo preciso para dejar entrar a la muchacha. Hepzibah, para evitar la curiosidad del exterior, abría siempre las puertas de aquel modo y por esto Phoebe supuso, razonablemente, que su prima le franqueaba el acceso a la casa.

Sin vacilar, cruzó el umbral y apenas hubo entrado, la puerta se cerró detrás de ella.

CAPÍTULO XX

LA FLOR DEL EDÉN

PHOEBE, viniendo de la radiante luz del sol, quedó ofuscada por la sombra del interior. No se dio cuenta al principio de quién había abierto la puerta. Antes de que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad, una mano cogió la suya con firme, pero tibia y suave presión, dándole una bienvenida que le hizo saltar el corazón de alegría. Se sintió guiada no hacia el salón, sino hacia un espacioso cuarto vacío, que antaño había sido la sala de recepciones de La Casa de los Siete Tejados.

El sol entraba a raudales por las ventanas sin cortinajes y caía sobre el suelo polvoriento. Phoebe vio lo que ya no era un secreto para ella desde que sintió el cálido contacto de una mano; que no la había recibido Hepzibah ni tampoco Clifford, sino Holgrave. La sutil e intuitiva comunicación, o mejor dicho, la vaga e informe impresión de algo misterioso la había hecho ceder al leve impulso del artista.

Sin retirar la mano le miró ansiosamente al rostro, no presintiendo una desgracia, sino consciente de que la situación de la familia había cambiado desde su partida y deseosa, por lo tanto, de una explicación.

El artista estaba más pálido que de ordinario, tenía la frente pensativa y contraída. Su sonrisa cordial reflejaba una alegría -la expresión más viva de entre todas las que Phoebe había visto hasta ahora- que penetraba la habitual reserva típica de Nueva Inglaterra, con que Holgrave ocultaba los sentimientos de su corazón. Era como la sonrisa de un hombre que en medio del bosque se encuentra con algo horrible, pero que le trae a la memoria la imagen del amigo más querido, con todos los recuerdos del hogar y las amables corrientes de la vida cotidiana. No obstante, cuando hubo de responder a la mirada de Phoebe, la sonrisa desapareció de su rostro.

-No tendría que alegrarme de su llegada, Phoebe -dijo-. Nos encontramos en un momento singular.

-¿Qué ha ocurrido? -preguntó ella-. ¿Por qué está tan desierta la casa? ¿Dónde están Hepzibah y Clifford?

-Se han ido y no puedo figurarme adonde -contestó Holgrave-. Estamos solos en la casa.

-¿Que Hepzibah y Clifford se han ido? -exclamó Phoebe-. ¡No es posible!... ¿Por qué me ha traído a este cuarto en vez de llevarme al salón? ¡Habrá ocurrido algo horrible!... Voy a entrar a verlo.

-¡No, no, Phoebe! -dijo Holgrave, reteniéndola-. Le digo que se han ido, quién sabe adonde... Ha ocurrido, en efecto, algo terrible, pero no a ellos y creo que no por culpa de ellos -fijando sus ojos en los de la muchacha con cierta ansiedad mezclada de ternura, prosiguió-: Si no me equivoco al juzgar su carácter, Phoebe, aunque no lo parezca, es usted fuerte.

-¡Oh, no, yo soy muy débil -replicó Phoebe, temblando-. Pero dígame qué ha ocurrido.

-Usted es fuerte -insistió Holgrave-. Tiene que ser fuerte y prudente, porque necesito su consejo. Es posible que usted sugiera lo que hay que hacer.

-¡Dígame qué sucede...! ¡Dígamelo! -repitió Phoebe temblando-. Este misterio me ahoga, me aterroriza... Cualquier cosa es más soportable que esto.

El artista vaciló. Le parecía cobarde y vil darle a conocer el horrible suceso. No obstante, era imposible ocultarle el hecho. Tenía que saberlo.

-Phoebe -dijo-: ¿recuerda usted eso?

Puso en su mano un daguerrotipo; el mismo que le había enseñado en su primera entrevista en el jardín, y que ponía de relieve los rasgos desagradables del original.

-¿Qué tiene esto que ver con Clifford y Hepzibah? -dijo Phoebe impaciente y sorprendida de que Holgrave se entretuviera con bagatelas en aquel momento-. Es el juez Pyncheon. Ya me lo enseñó otra vez.

-Pues aquí tiene el mismo rostro tomado hace media hora -le anunció, mostrándole otra miniatura-. Apenas lo había acabado cuando oí que llamaba usted.

-¡Pero si aquí está muerto! -balbuceó Phoebe, palideciendo-. ¡El juez Pyncheon muerto!

-Tal como lo ve aquí, está sentado en el salón -dijo Holgrave-. El juez ha muerto y Hepzibah y Clifford han desaparecido. Es lo único que sé. Todo lo demás es pura hipótesis. Anoche, cuando llegué, no vi luz ni oí ruido en toda la casa. Esta mañana me sorprendió la misma quietud mortal. Desde mi ventana, escuché cómo una vecina decía que ayer los dos viejos Pyncheon abandonaron la casa en medio de la tempestad y luego me llegó el rumor de que el juez Pyncheon había desaparecido. Un sentimiento que no puedo describir, una intuición indefinible de alguna catástrofe, me indujo a entrar en esa parte de la casa, donde descubrí lo que he dicho. Para proteger a Clifford, saqué esta imagen de la muerte del juez Pyncheon. Tenía, además, motivos personales, pues existen ciertas razones hereditarias que me unen al destino de ese hombre.

Phoebe, en su agitación, no pudo por menos de notar la calma de Holgrave. Sentía todo el horror de la muerte del juez, pero acogía el hecho sin asombro, como un acontecimiento inevitable de acuerdo con hechos anteriores que casi habrían podido profetizarse.

-¿Por qué no ha dicho a nadie que el juez ha muerto? ¿Por qué no ha llamado a los vecinos? -inquirió Phoebe estremeciéndose-. ¡Es espantoso estar aquí... a solas!

-¿Y Clifford? -sugirió el artista- ¡Clifford y Hepzibah!... Hemos de pensar en lo que les conviene. Es una desgracia que hayan desaparecido. Su huida puede dar a este hecho colores muy sombríos. Y sin embargo, ¡qué fácil es la explicación para los que les conocemos! Asustados por la semejanza de la muerte del juez con la de otro pariente suyo, que tuvo desastrosas consecuencias para Clifford, no se les ocurrió más que huir del escenario del acontecimiento. ¡Qué desgraciados! Si Hepzibah hubiese gritado, si Clifford hubiese abierto la puerta y anunciado la muerte del juez Pyncheon, el hecho, por muy horrible que sea, no hubiera tenido funestas consecuencias. Creo que hasta hubiese borrado la mancha que empaña la fama de Clifford.

-¿Cómo puede favorecerle un hecho tan espantoso?

-Pues porque si se considera el hecho con buena fe, es evidente que el juez Pyncheon no pudo llegar a su fin más que por caminos naturales... El modo cómo ha muerto constituye una idiosincrasia familiar durante generaciones; no ocurre a menudo, pero cuando ocurre, ataca a individuos de la edad del juez, generalmente en alguna crisis espiritual, o quizá en un acceso de ira. La profecía o maldición del viejo Maule se basaba, probablemente, en el conocimiento de esa predisposición física de los Pyncheon. Ahora bien, hay una semejanza entre los aspectos de la muerte del juez ayer, y la muerte del tío de Clifford hace treinta años. Es cierto que hubo circunstancias... ahora no es menester precisarlas, que hicieron sospechar que el viejo Jaffrey Pyncheon murió de muerte violenta a manos de Clifford.

-¿Qué circunstancias fueron ésas -exclamó Phoebe-. Porque sabemos que Clifford es inocente, ¿no es verdad?

-Sí... Estoy convencido de que después de la muerte del tío y antes de que fuera conocida, el hombre que está sentado en el salón dispuso el escenario de la muerte de forma que recayeran sospechas sobre Clifford. Su propia muerte, tan parecida a la del otro, parece un castigo de Dios por su maldad, así como una demostración de la inocencia de Clifford... Pero la fuga de éste lo echa todo a perder. Puede estar oculto cerca de aquí. Si lográramos hacerle regresar antes de divulgarse la noticia de la muerte del juez, podría repararse la torpeza que ha cometido al huir.

-No hemos de seguir ocultando esta muerte ni un momento más -dijo Phoebe-. Es espantoso guardar un secreto como éste. Clifford es inocente. Dios lo pondrá de manifiesto. ¡Abramos las puertas y llamemos a los vecinos para que vean la verdad!

-¡Tiene usted tazón, Phoebe! -dijo Holgrave-. Sí, tiene usted razón.

El artista, sin embargo, no experimentaba ningún horror, como Phoebe, de enfrentarse con la soledad, mezclada en un suceso extraordinario. No tenía prisa, como ella, para volver a la vida ordinaria. Al contrario, sentía un gozo indescriptible, una momentánea felicidad en su actual situación. Esa horrible muerte separaba a Phoebe y a él del resto del mundo. Y por la decisión que se veían obligados a tomar les acercaba uno al otro. Ellos eran los únicos que conocían la muerte del juez Pyncheon.

Este secreto les aislaba del mundo; era como si les arrojase a una isla solitaria en medio del océano. Pero divulgado el secreto, las aguas se precipitarían entre ellos, alejándolos y llevándolos a orillas opuestas. Entretanto, ello les unía.

Eran como dos niños que van cogidos de la mano, bien apretados, y pasan por un pasillo obscuro. La imagen de la muerte, que llenaba la casa, les unía con su rígida garra.

Estas circunstancias precipitaban el desarrollo de emociones que de otro modo no hubieran florecido tan pronto y que, posiblemente, Holgrave se proponía dejar morir en germen.

-¿Por qué nos entretenemos? -preguntó Phoebe-. Este secreto me ahoga. ¡Abramos la puerta!

-En toda nuestra vida no habrá otro momento como éste -dijo Holgrave-. ¿Siente solamente horror, Phoebe? ¿Nada más que terror? ¿No siente, como yo, una especie de alegría, que hace que valga la pena de vivir este instante?

-Me parece un pecado pensar en tener alegría ahora -replicó Phoebe, estremeciéndose.

-¡Si supiera lo que sentía antes de que usted viniese! -exclamó el artista-. La presencia del muerto cubría todas las cosas de sombra. El universo entero, hasta donde yo llegaba a percibir, se convertía en una escena de delito y de terrible castigo... aún más terrible que el delito. Me sentí viejo y no creí volver a ser ya nunca joven. El mundo me parecía extraño, salvaje, dañino, hostil... mi vida pasada, solitaria y triste; mi futuro, una sombra sin forma, que yo tenía que moldear. Pero llegó usted, cruzó el umbral y la esperanza y la alegría llegaron con usted. Aquel momento negro se iluminó... No quiero que pase sin decírselo... ¡Phoebe, la amo!

-¿Cómo puede usted amar a una simple muchacha como yo? -preguntó Phoebe dominada por la gravedad de artista-. Tiene usted, muchas, muchísimas ideas con la: cuales yo intentaría en vano simpatizar. Y yo... yo tengo otras con las que usted tampoco simpatiza... Eso quizá no importaría mucho, pero soy demasiado insignificante para hacerle a usted feliz.

-Usted es mi única posibilidad de dicha -repuso Holgrave-. No tengo fe en la felicidad, a no ser que usted me la dé...

-Y, además, tengo miedo -continuó Phoebe, acercándose al artista mientras le explicaba con franqueza sus dudas-. Usted me apartaría de mi camino tranquilo y apacible. Usted me obligaría a seguirle por donde no hay caminos y yo no podría. No está en mi manera de ser. Me hundiría y moriría.

-¡Oh, Phoebe! -dijo Holgrave con un suspiro y una sonrisa pensativa-. Se equivoca usted. El mundo debe sus progresos a los hombres que no son felices. Los hombres dichosos se confinan dentro de los antiguos límites. Tengo el presentimiento de que, de ahora en adelante, mi misión será derribar árboles, y levantar vallas, y hasta quizá, a su debido tiempo, construir una casa para la generación que nos siga..., en una palabra, someterme a las leyes y a las costumbres de la sociedad. Su sensatez me servirá de freno.

-Sospecho que no -afirmó Phoebe con intensidad.

-¿Me quiere usted? -preguntó Holgrave-. Si nos queremos, no hay más que hablar. Cambiemos de tema y contentémonos con lo dicho. ¿Me quiere usted, Phoebe?

-Usted lee en mi corazón -respondió ella, bajando los ojos-. Ya sabe que sí...

En aquella hora llena de dudas y de terror, hízose el milagro sin el cual toda existencia humana queda vacía. Esta dicha que todo lo convierte en verdadero, hermoso y santo, la gozaban el joven y la doncella. No advirtieron en aquel instante nada triste ni viejo. Transfiguraron la tierra en un nuevo Edén, cuyos dos primeros moradores eran ellos. El muerto, tan cercano, había sido olvidado. En tal crisis, no existe la muerte; la inmortalidad se revela de nuevo y lo abraza todo en su atmósfera santificada.

Pero de pronto lo terrenal volvió a apoderarse de ellos.

-¡Escucha! -susurró Phoebe-. Hay alguien en la puerta le la calle.

-Ahora podemos salir al encuentro del mundo -dijo Holgrave-. Sin duda el rumor de la visita del juez y de la huida de Hepzibah y Clifford ha llegado a oídos de las autoridades. No nos queda más remedio que enfrentarnos con ellas. Abramos en seguida.

Con gran sorpresa, antes de llegar a la puerta de la calle, antes incluso de salir del cuarto, oyeron pasos en el interior. La puerta que suponían cerrada con llave, que Holgrave viera cerrada, y por la que Phoebe intentó en vano entrar, había sido abierta desde fuera. Las pisadas no eran firmes y resueltas, como serían las de gentes extrañas a la casa. Eran pasos débiles, de personas fatigadas. Y con ellos se mezclaba el murmullo de dos voces familiares.

-¿Es posible? -murmuró Holgrave.

-¡Son ellos! -exclamó Phoebe-. ¡Gracias, Señor, gracias!

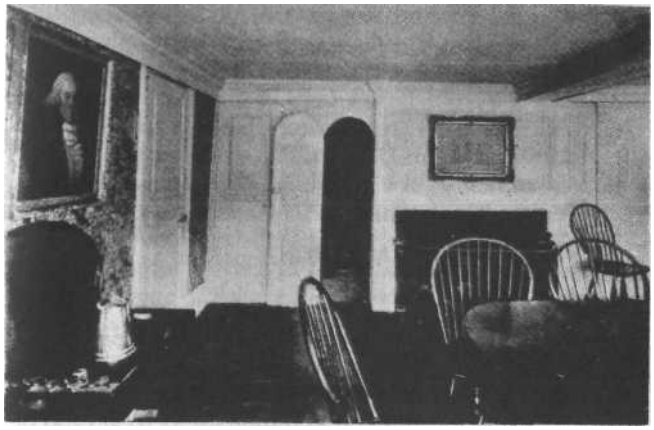
Como respuesta a la frase de Phoebe, oyeron más clara la voz de Hepzibah:

-¡Gracias a Dios que ya estamos en casa, hermano!...

-Sí, sí... gracias a Dios -respondió la voz de Clifford-. Una casa tristísima, Hepzibah. Pero has hecho bien en traerme aquí. ¡Mira!... la puerta del salón está abierta... ¡No puedo pasar por delante de ella! Me iré a descansar al jardín, como antes, ¡me parece que hace tanto tiempo! Después de lo que ha ocurrido... ¡donde era tan feliz con la pequeña Phoebe!

La casa, empero, no era tan lúgubre como Clifford se la imaginaba. No habían dado muchos pasos, seguían vagando por la entrada, sin saber qué hacer, cuando Phoebe corrió al encuentro de ellos. Al verla, Hepzibah estalló en sollozos. Abrumábale ya el peso de las penas y de la responsabilidad, y ahora, de súbito, podía descargarse de ellas. No tenía energías para arrojar aquella carga, pero sí para dejar de sostenerla, dejar que la aplastara en la tierra. Clifford parecía el más fuerte de los dos.

-¡Es nuestra pequeña Phoebe! -exclamó-. ¡Y Holgrave también esta aquí! -les dirigió una mirada penetrante, sonriéndoles con dulce y bella sonrisa, pero un tanto melancólica-. Pensé en vosotros dos al venir por la calle y al ver que los ramilletes de Alice habían florecido. Y de igual modo ha florecido hoy la flor del Edén en esta casa vieja y sombría.



EL COMEDOR

CAPÍTULO XXI

LA MARCHA

LA muerte repentina de un miembro tan prominente de la sociedad, como era el honorable juez Jaffrey Pyncheon, produjo enorme sensación -al menos en los círculos más relacionados con el difunto-, pero al cabo de una quincena había cesado casi por completo. Debe hacerse notar, sin embargo, que de todos los acontecimientos que constituyen la biografía de una persona, raramente hay uno -ninguno de importancia similar, desde luego- que se olvide tan pronto como su muerte. En muchos casos, el individuo está presente entre nosotros, mezclado en el tráfago diario de los negocios, concediéndonos, pues, un punto concreto de observación. Cuando muere, se produce un vacío y un revuelo momentáneo-muy pequeño, en comparación con la gravedad del suceso- y dos o tres burbujas que ascienden de las negras profundidades y revientan al llegar a la superficie.

En el caso del juez Pyncheon, parecía probable, a simple vista, que la manera cómo emprendió su viaje definitivo habría de interesar por un espacio de tiempo superior al que suele recordarse la memoria de una persona distinguida.

Pero cuando se tuvo seguridad de que la muerte fue natural -excepto en ciertos detalles que denotaban una extraña idiosincrasia- el público, con su habitual rapidez, se olvidó hasta de que hubiese vivido un tal Jaffrey Pyncheon.

En suma, el honorable juez ya era un tema de conversación pasado de moda cuando aún no todos los periódicos rurales habían tenido tiempo de poner de luto sus columnas y de publicar sus necrologías excesivamente elogiosas.

No obstante, en los círculos que el excelente hombre había frecuentado en vida, se chismorreaba en voz baja sobre ciertos hechos indecentes que habrían escandalizado de ser divulgados por toda la ciudad. Es curioso comprobar que la muerte de un individuo suele dar a la gente una idea de su carácter bueno o malo, más acertada que la que tenía de él cuando aún respiraba.

La muerte es un hecho tan auténtico que excluye toda falsedad y pone de relieve toda vacuidad; es piedra de toque que revela el oro y deshonra al metal de baja ley.

Si un difunto pudiera volver una semana después de morir, se encontraría en un punto más alto o más bajo que el que antes ocupara en la escala de la consideración pública. Los chismes o el escándalo a que aludimos referíanse también a hechos que se remontaban al supuesto asesinato, treinta o cuarenta años atrás, del tío del recién fenecido juez Pyncheon. La opinión médica respecto a la causa del último fallecimiento había hecho desaparecer casi por entero la creencia de que en el caso anterior se cometiera un crimen. Según se recordaba, hubo pruebas de que alguien había entrado en las habitaciones particulares del viejo Jaffrey Pyncheon, en el momento de su muerte o poco antes. Su mesa y los cajones de una cómoda situada en la estancia contigua habían sido revueltos; faltaban objetos de valor y dinero; en la ropa interior del anciano se halló una huella de sangre y por una serie de pruebas deductivas, se culpó de robo y asesinato a Clifford, que entonces vivía con su tío en La Casa de los Siete Tejados.

Ahora rechazábase la intervención de Clifford. Muchas personas afirmaban que la historia y dilucidación de los hechos, aparentemente tan misteriosos, había sido obtenida por el daguerrotipista gracias a sus dotes de clarividencia.

Según esta versión del caso, el juez Pyncheon, tan ejemplar como le hemos visto, fue en su juventud un bribón incorregible. Sus instintos salvajes se desarrollaron en él mucho antes que las cualidades intelectuales. Era disipado, adicto a los bajos placeres, turbulento, con tendencias poco menos que rufianescas, derrochador, sin otros recursos que la grandiosidad de su tío. Su conducta le había enajenado el afecto del anciano solterón, que antes le quería mucho. Ahora bien, se daba por seguro -aunque no hemos investigado si un tribunal aceptaría esta hipótesis- que una noche el joven, tentado por el diablo, revolvió los cajones de su tío. Mientras estaba ocupado en, estos manejos delictivos se asustó al ver que la puerta se abría.

Volvióse y en el umbral vio al viejo Jaffrey Pyncheon en pijama.

La sorpresa que tal descubrimiento produjo en el viejo, su agitación, la alarma y el horror le provocaron un ataque, al que estaba hereditariamente propenso; le ahogó una bocanada de sangre y cayó al suelo, dándose un fuerte golpe en la sien contra el ángulo de la mesa.

¿Qué hacer? Probablemente el viejo estaba muerto. Todo socorro llegaría tardío. ¡Qué desgracia si hubiesen llegado a tiempo de socorrerlo, pues al volver en sí habría recordado la ignominiosa conducta de su sobrino!

Pero no volvió en sí.

Con la serenidad y el valor que siempre le caracterizaron, el joven continuó buscando en los cajones. Encontró un testamento de fecha reciente y en favor de Clifford. Lo destruyó y dejó intacto otro anterior, que le favorecía.

Antes de retirarse, Jaffrey se dio cuenta de que aquellos cajones revueltos podían hacer sospechar de él. En presencia del muerto, formó un plan para librarse de toda sospecha a costa de Clifford, su rival, por el cual sentía a la vez repugnancia y desprecio.

Debe decirse que probablemente no se proponía complicarle en una acusación de asesinato. Sabiendo que su tío no había muerto de muerte violenta, no pudo ocurrírsele, en las prisas de su situación, que alguien pudiera suponerlo. Pero cuando el caso fue asumiendo caracteres cada vez más obscuros, los primeros pasos que Jaffrey había dado le obligaron a dar los restantes. Dispuso tan hábilmente las apariencias que, en el juicio contra Clifford, no tuvo que jurar nada en falso, sino simplemente callar lo que él había hecho y presenciado.

Así la conducta del juez Pyncheon fue criminal, pero en su vida no tuvo mayor importancia que un pecadillo venial. Lo olvidó entre las frivolidades de su juventud y raramente volvió a pensar en ello.

Dejemos al juez en su descanso eterno. No podemos llamarle afortunado a la hora de la muerte. Sin saberlo, cuando aún luchaba por añadir nuevas riquezas a la herencia de su hijo único, ya no tenía heredero. Una semana después de su muerte, un vapor de la *Cunard* trajo la noticia de la muerte del hijo del juez Pyncheon, que se había contagiado del cólera cuando estaba a punto de embarcarse para su país natal.

Esta desgracia enriqueció a Clifford y a Hepzibah, a nuestra pequeña pueblerina y, a través de ella, a aquel enemigo jurado de la riqueza y de toda clase de conservadurismo, al furioso Holgrave.

Clifford era demasiado viejo para que le interesara obtener una reivindicación jurídica que le reconciliase con la sociedad. Necesitaba el amor de unos pocos y no el respeto o la admiración de la multitud. Esto último hubiera podido fácilmente conseguirse si los que cuidaban del bienestar de Clifford hubiesen querido exponerle a una mezquina resurrección de ideas pasadas, quitándole la única comodidad posible: la calma y la paz del olvido. Para tanto daño como sufrió no hay reparación posible. La lamentable parodia de reparación que el mundo podía ofrecerle, viniendo después de una agonía tan prolongada, sólo hubiera servido para provocar una risa más amarga que la que Clifford hubiera sido capaz de soportar.

Es una verdad -verdad muy triste si no despertara grandes esperanzas- que ningún error cometido o sufrido puede ser enderezado en nuestra esfera mortal. El tiempo, la continua vicisitud de las circunstancias y la invariable inoportunidad de la muerte lo hacen imposible. Si al cabo de una larga serie de años la razón parece venirnos a las manos, no encontramos sitio donde guardarla. El mejor remedio es pasar de largo y dejar atrás lo que antes se consideró irreparable ruina.

La conmoción causada por la muerte del juez produjo benéficos efectos sobre Clifford. Aquel hombre fuerte y grave había sido una pesadilla para él. En la atmósfera malévola que irradiaba el juez no se podía respirar. El primer efecto de la liberación fue la trémula alegría que vimos en Clifford cuando su fuga de la vieja casa. Cuando se desvaneció, no fue para sumergirse de nuevo en la apatía anterior, aunque nunca alcanzó la medida completa de lo que hubieran podido dar sus facultades. Se recobró bastante, sin embargo, para alegrar su carácter, desplegar la maravillosa gracia que la vida hizo abortar en él y que le hacía objeto del interés más profundo y melancólico. Evidentemente era feliz. Si pudiéramos detenemos a describir su vida cotidiana actual, veríamos que las escenas del jardín, que le parecían tan dulces, resultarían ahora triviales y pobres.

Muy poco después de su cambio de fortuna, Clifford, Hepzibah y la pequeña Phoebe, con la aprobación del artista, se marcharon de la vieja casa de los Siete Tejados y se instalaron, por el momento, en la elegante quinta del juez Pyncheon. *Cantaclaro* y su familia habían sido ya transportados allí, donde las dos gallinas habían empezado a poner huevos infatigablemente, con el evidente designio -verdadero caso de conciencia para ellas- de continuar su ilustre estirpe bajo mejores auspicios que los que hubo durante dos siglos. El día fijado para la partida de los tres habitantes de los Siete Tejados se reunieron en el salón todos los personajes de nuestra historia, incluso el tío Venner.

-Su casa de campo -decía Holgrave- es muy linda y cómoda. Pero me extraña que el último juez, tan opulento y con un heredero, no atinase a recubrir el excelente edificio con un exterior de piedra en vez de madera. Entonces, cada generación de la familia hubiese podido alterar el interior según sus gustos y conveniencias, mientras la fachada, al correr de los años, iría añadiendo respetabilidad a su belleza original, dando así la impresión de una permanencia que considero esencial para la felicidad de cada momento.

-¿Cómo? -exclamó Phoebe mirando asombrada el rostro del artista-. ¡Qué maravillosamente han cambiado tus ideas! ¡Una casa de piedra!... Hace dos o tres semanas deseabas que la gente viviera en algo tan frágil y temporal como un nido.

-Ya te lo advertí, Phoebe -dijo el daguerrotipista con sonrisa melancólica-. Me voy volviendo conservador. Nunca pensé llegar a serlo... Es imperdonable que lo sea en esta morada de tantos infortunios hereditarios, y ante ese retrato de un conservador ejemplar, que precisamente a consecuencia de tal carácter ha hecho tanto daño a sus descendientes...

-¡Ese retrato! -exclamó Clifford, estremeciéndose bajo la mirada inmóvil del puritano-. Cuando le miro, un recuerdo borroso y confuso acude a mi memoria, pero no logro fijarlo. Es algo de riqueza... de riqueza sin límites, de riqueza fantástica... Hasta llego a imaginarme que, de niño, el retrato me reveló algún secreto o alargó la mano para enseñarme el escondrijo de alguna fortuna. Pero las cosas de antaño no vuelven a mi memoria... ¿Qué pudo ser ese sueño?

-Quizá yo pueda recordarlo -contestó Holgrave-. ¡Mire!... Hay noventa y nueve posibilidades sobre cien de que una persona que ignore el secreto no descubra.jamás este resorte...

-¡Un resorte secreto! -exclamó Clifford-. ¡Ahora recuerdo! Una tarde de verano, mientras vagaba perezosamente por la casa, descubrí uno, hace mucho mucho tiempo. Pero ya no recuerdo nada más.

El artista puso el dedo en el resorte que había señalado. En épocas pasadas, su efecto hubiera movido hacia un lado el retrato del puritano. Pero con el tiempo, el resorte se había enmohecido y ahora, bajo la presión del dedo de Holgrave, desprendiéndose el marco y el cuadro cayeron al suelo, dejando al descubierto un hueco en la pared. En el hueco se veía un objeto tan cubierto de polvo centenario que a la primera ojeada no se percibía que se trataba de un pergamino. Holgrave lo cogió, lo abrió y leyó. Era un antiguo documento, firmado con los jeroglíficos de varios jefes indios y en el que cedían al coronel Pyncheon y a sus herederos una vasta extensión de territorios en el este.

-Este es el pergamino que costó a Alice Pyncheon la felicidad y la vida -dijo el artista, aludiendo a su leyenda-. Los Pyncheon lo buscaron en vano, cuando tenía valor, y ahora que descubren el tesoro no les sirve de nada.

-¡Pobre primo Jaffrey! -dijo Hepzibah-. Eso le engañó. Cuando eran jóvenes, Clifford probablemente insinuó algo de este hallazgo de cuento de hadas. Siempre rondaba por la casa iluminando los rincones con sus hermosas historias. Y el pobre Jaffrey, que todo lo tomaba como si fuese real, sospechó que mi hermano había descubierto el escondite de la fortuna de nuestro tío. Murió con esta ilusión en su mente.

-Pero -dijo Phoebe a Holgrave, en un aparte-. ¿Cómo te enteraste del secreto?

-Querida Phoebe -repuso él- ¿Te agradaría llevar el nombre de Maule? En cuanto al secreto, es la única herencia que dejaron mis antepasados y que ha llegado hasta mí. Si no hubiera temido asustarte, te hubiera contado antes que en este largo drama de crimen y expiación yo represento al viejo brujo y soy probablemente tan brujo como él. El hijo de Maule ejecutado aceptó el encargo de construir La Casa de los Siete Tejados para poder abrir este escondrijo y ocultar en él el documento del cual dependía la fabulosa esperanza de los Pyncheon. Éstos, pues, cambiaron su inmenso territorio del este por el terreno del huerto y la cabaña de Maule.

-Y ahora supongo que ese documento vale menos que mi derecho a retirarme a la granja, ¿verdad? -comentó el tío Venner.

-¡Oh, tío Venner! -exclamó Phoebe, cogiendo la mano del remendado filósofo-. No hable nunca más de su granja. No piense en ir allí... En nuestro jardín nuevo hay una casita amarilla, lindísima, que parece hecha con pan de jengibre, y la amueblaremos para que usted viva en ella. No hará sino lo que le guste; será feliz durante todo el día y distraerá al primo Clifford con la prudencia y el ingenio que a todas horas deja escapar de sus labios...

-Querida niña -repuso el tío Venner conmovido-, si hablara a un joven como habla a un viejo, sus probabilidades de conservar el corazón durante un minuto más no valdrían ni lo que un botón de mi chaleco - suspiró profundamente, y dijo-: Este suspiro que acaba de arrancarme será el último... Ha sido el más feliz de todos cuantos he lanzado en mi vida y creo que estaba formado de aire del mismo cielo. ¡Bien, bien, miss Phoebe! Me echarán de menos en este vecindario, en los jardines y en las puertas traseras, y temo que la calle Pyncheon no parecerá lo mismo sin el viejo tío Venner, que aún la recuerda cuando sólo tenía un gran prado a un lado y La Casa de los Siete Tejados al otro. Pero yo tengo que ir a su quinta o ustedes tienen que venir a mi granja... Una de esas dos cosas es segura. Les dejo escoger.

-Venga con nosotros -dijo Clifford, que se complacía mucho con la charla madura, pacífica y simple del viejo-. Quisiera tenerle siempre a menos de cinco minutos de mi silla. Es usted el único filósofo que conozco cuya sabiduría no tiene en el fondo ni una gota de amargura.

-¡Dios mío! -exclamó el tío Venner, comenzando a darse cuenta de la clase de hombre que era-. ¡Y las gentes que me consideraban bobo, en mi juventud! Supongo que soy como una de esas manzanas de Roxbury, que cuanto más se guardan tanto mejores son. Sí... y mis palabras, que usted y Phoebe llaman prudentes y sabias, son como dorados amargones, que no crecen cuando hace calor, pero que brillan bajo las hojas secas de diciembre.

Un sencillo y hermoso birloche pintado de verde obscuro detúvose frente a la puerta principal de la vieja casa. Subieron todos al coche, excepto el tío Venner, que seguiría dentro de poco. Charlando y riendo y, como suele ocurrir en momentos en que deberíamos estar emocionados, Clifford y Hepzibah se despidieron del lugar de sus antepasados con la misma indiferencia que si tuvieran que volver a la hora del té. El espectáculo poco habitual del birloche tirado por dos caballos grises atrajo a un tropel de chiquillos.

Reconociendo entre ellos al pequeño Ned Higgins, Hepzibah se llevó la mano al bolsillo y obsequió a su primero y más fiel parroquiano con bastante dinero para poblar las cuevas de su estómago con una procesión de cuadrúpedos tan variados como los que se alojaron en el Arca de Noé.

Justamente cuando el birloche se ponía en marcha, pasaron dos hombres por frente a la casa.

-¿Qué te parece Dixey? -dijo uno de ellos-. Mi mujer tuvo una tiendecita durante tres meses y perdió cinco dólares. La vieja Pyncheon ha tenido su tienda abierta por igual tiempo y se va en coche y posee doscientos mil dólares... bueno, entre los tres, claro está. Si quieres llamarle buena suerte, pase, pero si me dices que es por voluntad de la Providencia, entonces no lo entiendo.

-¡Buen negocio! -comentó el sagaz Dixey-. ¡Buen negocio!

La fuente de Maule, aunque abandonada, provocaba, con el temblor de sus aguas, una serie de figuras caleidoscópicas en las cuales un ojo perspicaz hubiera podido adivinar la vida que esperaba a Hepzibah , a Clifford, al descendiente del legendario brujo y a la muchacha pueblerina que aquél había sabido hechizar.

El olmo de los Pyncheon, con el follaje que el viento de septiembre le dejó, murmuraba ininteligibles profecías.

En cuanto al discreto tío Venner, al pasar lentamente bajo el porche ruinoso, parecíale oír una suave melodía y se dijo que la dulce Alice Pyncheon, después de presenciar los hechos, penas y dichas de los mortales, tocaba en su clavicordio una canción de despedida, llena de espiritual alegría, antes de lanzarse al cielo, abandonando para siempre La Casa de los Siete Tejados.